

PRÍNCIPES VerdeAzules

Silvia Aguilar
Jorge Moreno



PRÍNCIPES VERDEAZULES

Silvia Aguilar y Jorge Moreno

Príncipes VerdeAzules

Todos los derechos reservados

© Silvia Aguilar Gamino 2018

© Jorge Moreno Muñoz 2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

PRÓLOGO

Los que han oído hablar de esta historia siempre les despierta curiosidad el descubrir cómo nació "Príncipes VerdeAzules". Por ello queremos compartir con todos vosotros la creación y desarrollo de este proyecto en el que hemos puesto mucha ilusión.

Sin conocernos, llegamos casi a la par al mismo punto: El arte de escribir es una afición que en nosotros permanecía dormida hasta que nuestra "valentía" nos abrió las puertas y decidimos aceptar el reto.

Como principiantes, nos presentamos a concursos al tiempo que fundamos nuestros blogs personales, facetas que aún conservamos. Un alto en el camino o el destino o "las letras", nos encontraron.

Esta es nuestra historia: la Historia de "Príncipes VerdeAzules".

Todo comenzó una tarde de mayo. Navegando por la web, Silvia llegó al blog "El relato del mes". Un blog que proponía la participación de bloggers en el desarrollo de un relato mensual, cuyo tema era común. Una vez recibidos y publicados, se realizaba una votación, resultando un único ganador. Atraída por el desafío, contactó con su creador, Jorge, quién le invitó a bailar con Alejandro Sanz: "Si tú me miras", era la canción elegida para el tema del relato de junio. A partir de ese momento, ambos comenzamos a compartir nuestras experiencias como "humildes escritores". El cruce de emails es la vía elegida.

El relato de Silvia fue el ganador de ese mes y como recompensa fue ella quién decidiría el tema del mes siguiente y el tema que propuso lo denominó "Príncipes VerdeAzules", con la idea de redefinir así el tan conocido concepto de "Príncipes Azules" que aleja más que acerca y reconvertirlo en "VerdeAzules", permitiendo que la mezcla de estos dos colores difumine la idea antigua para darle un sentido más real y positivo a estos nuestros Príncipes que no dejan de ser, ni más ni menos, que auténticos imperfectos mortales, pero que saben amar de verdad.

Finalmente, entre ambos decidimos otro tema para el mes siguiente, que se concreta en una frase. Sin embargo, el Amor y sus sinsabores, no se quedan al margen convirtiéndose, por tanto, en tema de debate.

Jorge, instalado en un antimonarquismo perpetuo, donde no hay cabida ni para reyes ni príncipes, defiende que los príncipes no tienen color y azules, VerdeAzules o rojos, a larga distancia le parecen todos iguales. Por su parte, Silvia apoya su teoría de la existencia de Princesas, curtidas sí, más con fe en el amor convertido en proyecto de pareja.

Interesantes, opuestos y, a veces, encontrados, van surgiendo pensamientos, y un día Jorge sugiere que "Príncipes VerdeAzules" podría ser un título perfecto para un libro. Esta propuesta fue bien recibida por Silvia quién se muestra abierta a "negociar" un libro a medias.

Y así, entre bromas, escritos y anhelos, en julio del 2011 nace "Príncipes VerdeAzules".

Sin acuerdo previo sobre el argumento ni el punto de partida, el libro se inicia a partir de una historia que Silvia imagina llena de sentimientos y emociones y con la que abre paso al mágico mundo del Amor. La historia la recoge Jorge añadiendo sus personajes y su peculiar visión. A través de los actores que van naciendo, cada uno va plasmando los diferentes colores que alimentan las relaciones entre hombres y mujeres, alternándose los capítulos, Silvia los impares y Jorge los pares, para aportar los diferentes puntos de vista de mujeres y hombres y hacer avanzar la historia.

Ninguno de los dos sabía lo que iba a ocurrir en los capítulos que el otro escribía, de tal manera que la narración se va nutriendo de forma espontánea cuando uno recibe el capítulo del

otro, suponiendo un reto adicional como escritores.

Cuando terminamos de escribirlo, nuestro propósito fue común: que pudierais leer la historia de nuestros protagonistas, Marta y Miguel, y que disfrutarais con ella tanto como nosotros hemos disfrutado escribiéndola.

Para vosotros que os habéis dejado desteñir,
y para todos los que camináis con Marta y Miguel y demás personajes.



Ilustración de Jaime Aguilar Gamino

*A quién ha dado sentido y rumbo a mi destino; mi hijo Héctor.
(Silvia)*

*A las mujeres y hombres que no se entienden, pero siguen
intentándolo. (Jorge)*

Hoy me he levantado con una sonrisa y bailando. Hace tiempo que no me sucedía. Eso de poner la música alta, saltar y cantar, aún a riesgo de estropear los tímpanos de los vecinos, es algo que dejé de hacer hace meses, muchos, justo aquel día que mi ex colgó el teléfono despidiéndose para siempre. Fue en ese instante cuando todas mis melodías se esfumaron. Imagino que irían en su búsqueda.

Pero Javier me llamó anoche. Por fin se ha decidido. Un par de tonos en mi teléfono que han hecho que deje de esperar a quien ya hace tiempo que se fue.

Me he puesto el vestido negro con esa impresionante abertura que, según tú, te “trastorna el sentido”, motivo que hizo que casi me obligaras a comprarlo, ¿recuerdas? Ocurrió aquel día lluvioso y frío de noviembre en el que me llamaste para decirme que ella se había ido y necesitabas una mano amiga. No te lo dije antes, pero te lo cuento ahora: precisamente ese mismo día, *él* también se marchó y explotó mi mundo de nuevo, pero dejé los clínex tirados en la mesa, reconstruí mi cara y fui en tu búsqueda. La lluvia camuflaba mis lágrimas, así es que fue fácil... engañarte.

Al final resultó ser una grata y buena tarde y como resultado de la misma, este LBD que ya llevo puesto. Conseguiste crear un ambiente tan agradable para los dos, que por momentos me hiciste olvidar el vacío que llevaba dentro. Te admiro por muchos motivos uno de ellos es este; logras sobreponerte al dolor contagiándolo al resto, sabes recuperar la cara amable del desamor.

Yo en cambio, hice lo posible porque no me vieras rota.

Suele resultar bastante complicado restaurarse tras la sacudida del Amor. Aprender a sobrellevar el pasar del "todo" a "la nada" sin previo aviso que me ayudara a amortiguar el salto y verme obligada a dejar morir mi interior cuando estaba más vivo que nunca, ha sido como permanecer aplastada. Solo he sabido estar pegada al imán de sus labios; solo he vivido para rebuscar en mi memoria y agarrarme a palabras que quería tomaran vida, recordarlo a través de su penetrante mirada que me dejaba sin aire y que sin embargo, ahora está hueca.

Constantemente viviendo entre cenizas mirando hacia atrás sabiendo que no necesitaba nada más y teniendo que mirar hacia delante sabiendo que ya daba igual lo que necesitara.

Ahora quiero poner punto y final y comenzar una vez más.

Javier ha reservado mesa para dos en esa tasca que tanto me gusta. Allí le vi por primera vez. Un ineludible compromiso de trabajo me llevó de la mano de cinco señores a cuál más aburrido y carente de alicientes, a compartir tres eternas horas de almuerzo que únicamente se vieron aliviadas por el cortejo de su sonrisa que, desde el primer momento, me cautivó.

No me había percatado de su presencia hasta que sentí su continua y penetrante mirada sobre mí, bueno, sobre mi escote básicamente. Consiguió que me costara luchar contra esa arrogancia de quien se ve seguro en la conquista y aunque mi timidez ante estas situaciones impide que demuestre mi interés, esta vez me armé de valor y opté por “dejarme ver”, así que contoneé los seis kilos de menos que mi cuerpo dejó en las clases de *gym* por todo el local un par de veces hasta ingeniármelas para quedarme sola en la esperanza de que se acercara. Y así fue. Con cierta torpeza, aunque cargado de ingenio, vino a mí y desde entonces llevamos dos semanas comiendo en el mismo sitio, y ya ves, finalmente estas charlas han dado su fruto. Bueno, esto y algo más...

Me explico: sé que no soy buena coqueteando, tú que me conoces bien, de sobra sabes que la falta de seguridad que tengo en mí misma me hace muy complicado el flirtear de forma sosegada sin ponerme a temblar. Además, abogo por la naturalidad y no me siento a gusto cuando tengo que

dejar de mostrar quién soy, pero en esta ocasión he desplegado todas esas “armas” que mis amigas dicen ayudan a perder vergüenza y acercar posiciones. Siempre me dicen que parezco dormida ante los hombres, que tanta timidez no conduce a nada más que a perder oportunidades de conocer a alguien interesante.

Aunque ha sido un reto, al final todo se ha reducido a unas sencillas maniobras que han favorecido a que me sienta un poco más tranquila y actúe de una forma cómoda ante él. Doy mucha importancia a los pasos previos en el galanteo porque suelen ser un preludio a lo venidero y no he querido dejar al margen quién soy, pero ha sido de gran ayuda poner en práctica estas técnicas.

Soy de la opinión de que la forma en la que somos conquistados dice mucho del que pretende llegar a ti. El "cómo" reaccionemos y el gusto con el que tratemos aquello que ha reclamado nuestra atención, también.

Eso de invertir escaso tiempo, poca imaginación, e ir ahorrando en cumplidos, en previos bajo el calor de un café, en susurros que encandilen y en leves caricias intencionadas, en definitiva, estos atajos en el cortejo, lo que provocan es olvidar el conquistar y en muchas ocasiones puede que acabe reduciendo a la nada las posibles ganas que existieran de continuar avanzando, pues parece que lo que triunfa es ir directamente a conseguir que lo que se quiere, saltando cualquier barrera que dilate obtener cuanto antes lo elegido; se ahorra en todo.

Insuficiente a mi juicio. Yo creo que estas posturas, más que aproximar, hacen huir.

Sin embargo, como llevo bastante tiempo prohibiendo a mis sentimientos latir, he pensado que una pequeña ayuda me vendría bien y he de decir que estas estudiadas tretas triunfan, efectivamente y sobre todo por su rapidez. ¡Cuánto tiempo he perdido a lo largo de mi vida! Estas lecciones debí haberlas puesto en práctica antes.

Estoy nerviosa y ese cosquilleo incómodo a la par que bienvenido me hace sentir viva. Sí, ya sé que hace unas semanas te retuve y casi sin dejarte respirar te expuse con todo tipo de convicciones mi firmeza en haber descartado el volver a caer en este tipo de tentaciones que al comienzo me iluminan, pero luego me llevan a terrenos *enfangados* -sí, eso te dije-, pero este *Príncipe* es distinto, ya lo verás.

Te dejo. Ya viene. ¡Deséame suerte! XXX

Los hombres enamorados tarde o temprano se desesperan. Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Los hombres enamorados suelen hacer cosas desesperadas que, en la mayoría de los casos, terminan en la risa generalizada de todos menos de uno: del hombre enamorado.

Ese concepto lo aprendí con trece años. Tras todo el curso detrás de Noelia García, decidí dar un paso para vencer su indiferencia. Aproveché la fiesta de fin de curso para saltar al escenario e interpretar la canción *Noelia*, de Nino Bravo. El plan era perfecto, ella se enamoraría de mí y seríamos felices toda la vida. Pero el resultado no respondió a mis expectativas. Mi desarrollo natural eligió aquel momento para hacer acto de presencia, dotando a mi voz de arrítmicos gallos. Si bien mi nueva voz más ronca y varonil se ajustaba mejor a las necesidades de la canción, mi escaso dominio de la nueva dote resultó grotesco. La gente reía. Noelia, que empezó ruborizada por mis insistentes miradas al iniciar mi interpretación, se contagió del cachondeo generalizado. Se me cayó el micrófono. Al agacharme a cogerlo, mis ceñidos pantalones no aguantaron la presión y se rajaron, añadiendo más ruidos variopintos a mi actuación.

Las carcajadas se contagiaban, acallando la música, pero lo que a mí me dolía era la risa de Noelia, muy diferente a la sonrisa que esperaba obtener de ella. Me quedé paralizado, intentando contener las lágrimas, porque los hombres no lloran y, a pesar de todo, quería mantener la dignidad. Pero el líquido retenido en mis ojos necesitaba una vía de escape y la encontró, oscureciéndome los pantalones a la altura de la entrepierna.

Aquel día tuvo varias consecuencias: Noelia nunca me dirigió la palabra, soy incapaz de escuchar una canción de Nino Bravo sin tener que ir al servicio, odio los karaokes, especialmente los que no tienen aseo y me juré que jamás me enamoraría.

Y eso nos lleva al día de hoy en el que he conseguido, una vez más, mantener mi promesa: Paula y yo hemos roto. Ella es genial, una chica estupenda, guapa, graciosa, inteligente. La mujer perfecta, como otras antes que ella. Pero ayer por la tarde empecé a sentirlo, ese cosquilleo en el estómago cuando de manera inconsciente dejamos de hablar y nos miramos a los ojos, esa sensación de que el tiempo se había detenido y deseábamos que permaneciera parado mil años. Entonces vino el camarero para preguntar si queríamos postre. Hasta entonces no me había fijado, pero era clavado a Nino Bravo. Recordé y supe que era el momento de acabar con lo nuestro. Utilicé la misma táctica que había usado otras veces. Esa misma noche le propuse hacer un trío con su mejor amiga. Me dio un tortazo muy doloroso, pero más me hubieran dolido las posibles consecuencias de enamorarme. Esa táctica es terriblemente efectiva. Casi me falla una vez en la que la chica aceptó y nos lo montamos su amiga, ella y yo, pero a la semana decidió que se lo pasaba mejor a solas con su amiga y me dejó.

La cosa es que hoy echo de menos a Paula, no paro de mirar su *twitter*, en el que ha escrito seguido veintiocho veces “cerdo”. Pero sabía que debía hacerlo. No había otra solución.

Había decidido salir esta noche, hacer borrón y cuenta nueva, pero he recordado que me había comprometido con mi hermano para quedarme con sus hijos.

Si yo decidí no enamorarme, mi hermano Javier nunca se lo planteó. Él se enamora para toda la vida y mucho, aproximadamente una vez cada quince minutos. Esto me ha proporcionado tres excuñadas y tres sobrinos.

Javier no recordaba que este fin de semana le tocaban los tres y tenía una cita con una mujer que conoció hace un par de semanas en un bar y que pensaba que podía ser la mujer de su vida. Una tal Marta o Marga o Mar, no sé, no soy muy bueno con los nombres. Así que me ha pedido

que me quede con mis sobrinos, vaya a dormir a su casa y le ceda la llave de mi apartamento, por si mi futura cuñada quiere acompañarle a desayunar al día siguiente.

Espero que ver *Cars 2* en el multicine me ayude a olvidarme de Paula.

Hoy llevo puesto “se venden ojeras” en la cara. ¡Qué noche y qué amanecer!

Iré por partes, pero tranquilo, no te asustes, sintetizaré. Me costará. De sobra sabes cómo soy capaz de desglosar una cita punto a punto sin obviar, por supuesto, detalle alguno y añadiendo, cómo no, más; ver y oír más allá de lo que la realidad presenta. Nada nuevo.

Ya hemos debatido sobre esto en más de una ocasión y como siempre acabo diciéndote tú sueles ser más parco en detalles, lo cual es absolutamente genial en muchas ocasiones, pero para ésta no sería suficiente.

Verás, aunque estaba deseando ir a su encuentro, llegué quince minutos tarde -una de las técnicas que me indicaron-. Se supone que si te espera demuestra interés. No estaba muy de acuerdo, la verdad, pero por una vez, como digo, me dejé instruir.

Contuve la respiración al verle, esboqué la mejor de mis sonrisas y me dejé llevar de su mano a la mesa. Él vestía un vaquero que tal y como definía su cuerpo, parecía hecho a medida, una camisa blanca impoluta y una americana beige. Con andar directo, semblante radiante y una sonrisa que rara vez desapareció en toda la noche, se acercó a mi besándome casi en los labios. Intenté disimular para que no se diera cuenta que yo no dejaba de buscar los suyos.

Javier comenzó a hablar y no dejó de hacerlo hasta muy entrada la noche. No sé si era para calmar nervios o que realmente es así de parlanchín. Ya lo descubriré. Una cita da para mucho, pero deja también juego a más descubrimientos.

Entre palabras y chistes acertaba caminos. Cuando quise darme cuenta, le tenía bebiendo de mi copa y con la mano en mi rodilla. No sé si era el vino o el perfume que *vestía*, pero me sentí mareada. O todo junto más la terrible atracción que no dejaba de sentir hacia él.

En un par de ocasiones recibió llamadas de móvil que contestó, aunque no en mi presencia. La duda me mataba, pero la discreción me hizo callar. ¿Quién le llama a esas horas? Aparté esos pensamientos y decidí seguir disfrutando del calor que producía su mano en mí.

Hablar hablé poco. Sí, ya sé que te costará creerlo, pero así fue. Javier estaba tan emocionado contándome aventuras juveniles con toques a lo James Bond que decidí escucharle a ver dónde me llevaban. Más tarde te diré a dónde me querían llevar.

No dejó de mirar mi escote. Razón tenías. Las miradas iban aderezadas con halagos, así es que me olvidé de los emergentes michelines que confiaba habían desaparecido.

La tasca iba a echar el cierre y llegó la pregunta: “¿Una copa en mi casa?”.

Te he dicho ya que olía genial, ¿no? Yo seguía mareada.

No había podido siquiera responder cuando una pelirroja de mediana estatura con un escote mayor que el mío se acercó a nosotros y agarrando a Javier por el brazo (que, dicho sea de paso, lo tenía yo), le increpó: “Pero ¿qué haces aquí? No me lo puedo creer. ¡Vaya regalo a los abogados! ¡Es que no cambiarás!”

Decidí que era el momento de visitar el lavabo.

Cuando regresé los vi en un rincón intercambiando gestos y vocablos.

Busqué la mejor manera de camuflarme entre la gente y esperar mi momento, pero fue complicado en un local casi vacío.

Me vio y recuperé *mi* brazo. ¿He dicho *mi*? Quería decir *su* brazo.

“Disculpa. Es mi segunda exmujer”. ¡Toma ya! Primera vez que “ex” viene acompañada por un número ordinal. “No entiendo por qué se pone así: nuestro hijo está perfectamente con su tío y sus

dos hermanos”.

¡Y seguimos con las matemáticas!

En cuestión de segundos me visualicé entrando a hurtadillas en una casa con tres enanines y un adulto y desterré la idea de poner en práctica más *armas* -esta vez más- ante el temor por ser descubierta.

Se me fue el mareo.

Sin poder dar aún respuesta a su pregunta, la pelirroja apareció en escena de nuevo. Cansada ya de la situación, decidí interrumpir tan emotivo encuentro cuando noté en mi cadera un brazo que, agarrándome fuertemente, me llevaba casi volando al centro del local al tiempo que, no sé con qué destreza, me colocaba en la mano un micrófono. Era Daniel. Ya sabes lo que le gusta un canturreo.

Javier, que había seguido atónito este despliegue, me sonreía acercándose... ¡con otro micrófono en mano!

Con dos brazos meneándome la cintura y los susurros de Javier apartándome el pelo, acabamos la noche con *Noelia*. Algo me comentó de esta canción y su hermano que no entendí, pues Daniel y sus amigos no paraban de competir por ver quién de ellos gritaba más alto *Noelia*. Ya le preguntaré.

La tasca no cerró. La música no cesó y sus besos tampoco. El alba nos sorprendió y una nueva llamada de “Buenos días papá, ¿cuándo vienes?” nos devolvió a cada uno a su casa... con otra cita concertada. Nos volveremos a ver.

Cars 2 se sale. Sé que parece pueril, pero no me avergüenza reconocerlo: disfruto como un enano con las películas de dibujos. De hecho, creo que fui al que más le gustó de los cuatro.

Ir al cine con los Panchos me encanta, pero tiene sus inconvenientes. Los Panchos son mis sobrinos. Los llamo así porque los tres se llaman Francisco. Mi hermano, casado tres veces con fracasos estrepitosos, tuvo un hijo con cada una de sus exesposas.

Ellas tienen en común muchas cosas y una de ellas es su pasión por el nombre de Francisco, por lo que tuvieron muy claro cómo llamarían a su hijo, a pesar de que tendría un hermano con el mismo nombre, en el caso del segundo y dos en el caso del tercero, a lo que Javier, entre su amor y sus remordimientos, no se opuso. Al principio me vino bien, debido a mi problema para recordar los nombres, pero luego empezó a ser un poco molesto cuando llamaba a uno y se daban la vuelta dos, así que decidí llamar Fran al mayor y Cisco al segundo. Sencillo y fácil de recordar. No me imaginé entonces que mi hermano podría volver a casarse, tener otro hijo y que su mujer también insistiese en Francisco. Dicho sea a mi favor, era bastante improbable. Pero ocurrió. Así que al pequeño le llamo Aranda, que es nuestro primer apellido. Así, si mi hermano persiste y sus futuras esposas insisten, tengo apellidos de sobra para continuar. Tres nombres fáciles de recordar. Y cuando estoy con los tres y les llamo “Fran, Cisco, Aranda”, llamo a los tres y a cada uno de ellos a la vez. La santísima trinidad. Los tres mosqueteros. Todos para uno y uno para todos.

Como decía, salir con los Panchos tiene sus inconvenientes. Anoche yo estaba liado intentando olvidarme de Paula. Probé tonteando con la taquillera, con la de las palomitas y con la acomodadora, todas ellas majísimas, pero al ver a mis sobrinos me miraban con cara de pánico y solo se daban la vuelta. Incluso la acomodadora me devolvió la propina.

Por terminar la crítica de *Cars 2*, a Fran, que ahora tiene diez años, le pareció para críos y hubiera preferido ir a ver *Transformers*. Cisco, que tiene siete años, se pasó toda la película diciendo que quería ver a su padre, así que tuve que dejarle el móvil para que le llamara varias veces. Aranda, que tiene cuatro años, se quedó dormido y no entendió nada. Pero yo os la recomiendo. Eso sí, intentad ir sin niños.

Esta mañana nos hemos levantado cuando nos ha despertado Cisco pidiéndome el móvil para llamar a Javier. Les he hecho unas tortitas y nos hemos ido al parque a esperar a mi hermano. Cuando le han visto aparecer, los tres han salido corriendo a abrazarle. Cisco ha llegado primero. Yo sé que Fran le ha dejado ganar. Es un buenazo.

Después de los besos y abrazos, los Panchos han seguido jugando y me he quedado a solas con Javier. A nuestro lado un perro empezaba a olisquear a una perra y he empezado la conversación con lo primero que se me ha ocurrido.

—¿Qué tal tu cita con Mar?

—Marta. Se llama Marta. ¿De verdad que no lo haces aposta, Miguel? Si no es aposta, deberías ir al psiquiatra.

—Perdona, Javi, ya sabes que me lío. Pero ¿qué tal?

—Bien. Genial. Es estupenda, maravillosa. Por cierto, toma las llaves de tu casa.

—Espero que me hayas cambiado las sábanas.

—No ha hecho falta. No terminamos allí.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No podía ser verdad. Pero no perdí la esperanza. Traté de que no se me notase y le lancé la siguiente pregunta con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa:

—Entonces, ¿fuisteis a su casa?

—No.

Solo dos letras y el inmenso pánico que provocan.

—Por Dios, Javi, dime que te la tiraste, en el coche, en el portal, o aunque sea en un callejón, pero dímelo —le grité fuera de mí.

—No, Miguel, no me la tiré.

Si algo he aprendido de Bruce Willis es que nunca hay que perder la esperanza. Así que traté de serenarme y buscar la respuesta que quería.

—¿Qué? Maravillosa, majeta, pero un callo malayo, ¿verdad?

—Qué va. Es muy atractiva y llevaba un escote que me hacía bizquear.

Todo estaba perdido. Javier Aranda, treinta y nueve años, mi hermano, dotado con el gen de los Aranda que le hace irresistible a la mayoría de las mujeres, en su larga lista de ligues desde que cumplió los diecisiete, se acostó con todas en la primera cita menos con tres, las mismas que tienen un Francisco Aranda en su casa y un ingreso de mi hermano en su cuenta corriente el día cinco de cada mes. Empecé a sentirme mareado. Una nueva cuñada, excuñada, María o como diablos se llamara. Y un nuevo sobrino, Gutiérrez tocaba. Parecía que todo empezaba a darme vueltas y que iba a desmayarme, pero las siguientes palabras de mi hermano me salvaron:

—Y lo intenté. Nos íbamos a ir a tu casa cuando nos pilló Claudia.

¡Claudia! La madre de Cisco. ¡Bendita excuñada! Claudia es mucho de pillar. Pilló a Javier con Virginia, la madre de Aranda, haciéndose arrumacos en un restaurante cuando pensaba que estaba de viaje en Barcelona. Entonces pilló un florero y se lo lanzó a Javier a la cabeza. Él no lo pilló y le quedaron tres puntos de recuerdo por encima de la ceja derecha.

No estaba todo perdido. Había causa mayor para el trágico final sin sexo de primera cita. Era la primera vez, pero podía considerarse excepcional.

—Entonces empezaron a liarse las cosas —continuó Javier—. Aparecieron unos amigos de ella y terminamos cantando en el karaoke hasta las tantas.

Maldita palabra. Mi momentánea felicidad se vio atacada por un pinchazo en la vejiga.

—Y cantamos tu canción.

Mierda. Salí corriendo a los aseos del parque, deseando ser perro y aliviarme en el primer árbol.

Cuando volví Javier tenía media sonrisa en la cara, dedicada a mi incidente.

—Te tengo que pedir un favor —me dijo.

—Dispara —temblé.

—Necesito que mañana devuelvas tú a los Panchos a sus madres. He quedado con Marta. Creo que es una mujer muy especial. Iremos al cine. ¿Qué nos recomiendas?

—*Cars 2* —balbuceé. Una mujer especial, no me lo podía creer.

Se rio. No sé por qué, lo dije en serio. Está muy bien.

—Creo que iremos a ver la última de Woody Allen o de Haneke.

Especial, una mujer especial. Inaudito. Se giró y gritó:

—¡Fran, Cisco, Aranda, vamos, chicos!

Los tres se giraron y corrieron hacia nosotros. Especial, pero ¿cómo de especial? ¿Especial de rara, inaguantable, o especial de obligar a mi cuarto sobrino a llamarse Francisco?

—Nos vamos a comer. ¿Te apuntas?

—Algunos tenemos una exnovia que olvidar, ¿sabes? —le dije enfadado.

Abracé a mis sobrinos y me fui caminando lentamente hasta mi casa impoluta, con mis sábanas sin cambiar, con un solo pensamiento en la cabeza: especial. ¿Por qué? ¿Por qué?

Mi querida Princesita: Este *hombretortuga* que acabas de adquirir no me convence. Dos semanas para llamarte, tres copas para acercarse y toda una noche para dejarte ir.

Entre lo que tardas tú en dar señales y los que te buscas no saco partido de ti. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Otra cena? ¿Cine? ¿A medias de nuevo?

Mi consejo: llama a Daniel. Le faltará tiempo para hacerte levitar de verdad. Necesitas desbocarte.

Fede

PD: Apruebo sin titubeo que, aunque al final no llegaras a ello, hicieras amago de poner orden ante el encuentro inesperado. Debes sacar más a menudo tu garra. XXX

.....

Mi querido Fede: menos lobos.

Todavía recuerdo cada paso de tortuga que diste para llegar a Virginia. Tus zancadas en su búsqueda y retrocesos simultáneos seguidos de mil lamentos y dudas solo ralentizaban el que te decidieras a tomar acción y acercarte a ella. También tardaste en romper barreras. Es lógico, los primeros pasos suelen costar más básicamente por la incertidumbre del siguiente. Estamos siempre pensando qué pasará y perdemos el vivir lo que se siente cada segundo y seguirlo. No pasa nada si no sale como imaginamos, es más, incluso a veces el resultado es inmensamente mejor.

Y en este caso, sí, ha sido cine. Y no, no se cae el mundo por un encuentro a medias (*en tu idioma*). Creo que el quedarse, en ocasiones, en *medio* de un *completo*, es de lo más excitante que se pueda vivir; es un preámbulo lleno de oportunidades que, si las sabes manejar, puede llevarte al paraíso.

Te detallo la *película*:

He de decirte para empezar que Javier es diferente. No es como mi último *VerdeAzul* (ya sabes que prometí no volver a pronunciar su nombre, aunque aún lo lleve tatuado a fuego en mi piel).

Es atento, generoso, divertido y un cañón. Arrebatadoramente seguro, me desarma con su sonrisa, me pierdo en esos grandes ojos cubiertos de pestañas, su manera de andar me arrastra... Hasta esos puntos en la ceja me resultan extraordinariamente atractivos. Y además, esto te gustará, es deportista. La marca en sus cejas tiene su origen en un partido de baloncesto. ¿Gana puntos?

Me gusta porque se toma su tiempo. Lo que tú llamas tortuga yo lo llamo acercar posiciones con cuidado. Demuestra que quiere de mí algo más que juegos a media luz y en estos momentos esta es la mejor medicina que mi cuerpo y mi alma pueden recibir. Aun ando recomponiendo pedazos de la *destrucción* anterior y lo que necesito es alguien que se tome tiempo en conocerme, en averiguar quién soy y a la vez, me permita a mí, descubrir si merece la pena volver a entrar en estos laberintos de nuevo.

Lo que espero es que no ande buscando un cuarto "Francisco". Ya tiene tres; ¿para qué repetir?

Por si no lo has cogido, me refiero a sus tres hijos. Los tres se llaman igual por mucho que su

hermano se empeñe en cambiarles el nombre, cosa que no acabo de entender, pues según me comenta Javier, es un desastre con los nombres. No descifro qué hace buscando otros cuando tiene uno para tres. Fíjate que para distinguir a uno de ellos le ha partido en dos: le llama “Cisco”.

A mi entender, bastaría con numerarlos. Total, en esta familia saben de números; no le sería difícil. Y a colación de su hermano... de él partió la idea del bodrio de película que fuimos a ver.

En aras de no contradecir al canguro y hacer méritos para poder seguir conservándole, requisito imprescindible si quieres citas con padres, mentí y accedí encantada añadiendo mi agradecimiento a su hermano por tan “genial” idea. Espero que no me notara el sarcasmo y la desgana, que aunque pensarás estaba justificado pero no excusado, era necesario para conservar nuestro canguro.

Arropado por la multitud agolpada en la puerta, apretaba su cuerpo al mío cogiendo mi mano y diciéndome lo despampanante que me veía... Su respiración me hacía temblar y sólo podía pensar en cómo sería tenerle pegado a mi dedicándonos solo a escucharnos.

De repente todo mi dormido cuerpo empezó a revelarse pidiendo ser atendido. Han sido muchos los meses que llevo sin disfrutar en la intimidad de una mano que me recorra sin dejarme pensar en otra cosa que no sea el entregarme y Javier ha despertado esta sensación en mí.

Una vez sentados y cuando las luces se apagaron, comenzó a contar las pecas de mi cuerpo una a una, despacio, sin prisa ni pausa, sin intenciones de acabar. Sin poder hablar ni casi respirar, inmóvil saboreando el momento, lo único que mi cuerpo pudo responder salió en forma de breve gemido -para darle pistas de por dónde debía seguir-. Esto si es levitar, Fede.

En el instante en que recobré el aliento le dije que sí, que sí quería probar ese vino blanco que guardaba en la nevera, pues aumentaba mi deseo por él y sólo pensaba en que debía vencer mi timidez si quería abrirle las puertas. Me regaló una gran sonrisa que le iluminó la cara y pensé: “Así es como deben vivir los felices”.

De nuevo ese pesado móvil nos interrumpió. Tranquilité mi impaciencia diciéndome que sería alguno de sus hijos.

Los dichosos coches, esos *Cars 2* de marras, comenzaron a liar la del siglo en un aeropuerto o qué sé yo, lo que no ayudó mucho a que pudiera descifrar más de la conversación, y solo pude escuchar cómo él, entre sorpresa y casi queja, repetía “¿Paula? ¿Paula?”, y más “¿Paula?”

¡Pero si el único nombre permitido esa noche era Marta!

Esta vez no estaba dispuesta a que ninguna pelirroja más irrumpiera, por lo que tan pronto vi que la llamada se cerraba, comencé a hablarle. Al tiempo, él hacía lo mismo, por lo que no nos quedó más remedio que parar en seco.

Me sostuvo la cara con las manos, me acarició el cuello y me dijo que, lamentablemente, debíamos dejar el descorche para otro día. Miguel, el *canguro-tío*, necesitaba la tarde y no podía encargarse de los niños, (yo no les digo Panchos, que me da por cantar y no estoy de humor). La tal Paula, ex de su hermano, llamó llorando y pidiendo auxilio.

Pensé en ponerme a llorar yo también a ver si en un combate de llantos, conseguía retenerle a mi lado que además ganas no me faltaban, pero de impotencia al verme que me quedaba con mi cita a medias.

De repente esta llamada llenó mi cabeza de “ex” ¿Qué les pasa a estos dos con sus “ex”? Cada vez que una de ellas aparece, todo cambia y el ambiente se paraliza. *Tendré que convertirme en una de ellas para acaparar su atención*, pensé irónicamente para mis adentros a ver si yo misma conseguía dar un toque de humor a la situación.

La despedida duró casi cuarenta minutos que no fueron suficientes. Cuarenta minutos robados a un tiempo que ya no nos quedaba esa noche. Alabó mi comprensión y me dijo que era especial.

“Especialmente idiota”, pensé. Pero callé.

Antes de subir a casa, asumiendo que esa noche nada calmaría mi sed, decidí caminar por la avenida. Me encantan las puestas de sol y la de esa noche era perfecta. He de decirte que mi primer pensamiento sin embargo fue para mi *VerdeAzul*... ¡Con qué rapidez se cuele en mis pensamientos! Bajo la guardia y entra de nuevo y es que los paseos al atardecer siempre han sido con él; de alguna forma le pertenecen. Era un espacio único para nosotros donde solo nos bastaba la luz para permanecer horas hablando, riendo y creando el futuro que tantas veces dijo que quería a mi lado.

Fue cuando te llamé. Necesitaba chillar, pero no di contigo. Cuando la sombra de su pasado aparece en mi vida, me suele costar no dejarme llevar olvidando dónde estoy; dejo de ser yo para ser quién era cuando estaba con él. Me guste o no, romper su presencia en mi vida tanto en mi mente como en ese castigado rincón de mi corazón dónde, aún le guardo, está siendo una tarea ardua. Le evoco con una frecuencia que casi he hecho hábito. Me sumerjo en mi memoria dejando el tiempo pasar. Me recreo en momentos que ya ni distingo si me los he creado yo, si realmente sucedieron, o si son una mezcla de ambos. Lo cierto es que de ahí no me muevo en horas.

Esta vez, ha tenido que ser una llamada la que me arrebatara de este *medio paraíso*.

Sorprendentemente Fabiola me ha llamado. Años luz desde el último encuentro, de hecho pensé que jamás volvería a saber de ella. Salió tal y como entró; sin pedir permiso. Nunca he vuelto a pensar en ella, de hecho, creo que me costaría reconocerla, pues apenas guardo muchos recuerdos de esta altiva mujer, salvo los dañinos y esos ya los enterré también.

Casi no entendía lo que decía, pues no dejaba de gimotear. Sé que te costaba tolerar su carácter arrogante. Pisaba fuerte por encima de todo y de todos ignorando las consecuencias de sus actos e importándole poco las secuelas que aún es peor. No obstante, oírla con tanto lamento me enterneció.

No pude colgar el teléfono ni dejar de atenderla, entre otros porque *amenazaba* con venir a mi casa así es que como no estaba dispuesta a pasar por ahí, invertí unos minutos en escucharla. Caso contrario es de imaginar que a su impertinencia le hubiera faltado tiempo para presentarse ante mi puerta.

Cuando por fin pude colgar, me desplomé en el sofá sin apenas ganas de nada ni tan siquiera de bajarme de mis tacones que ya llevaban un buen rato haciéndome daño. Me tumbé bajo mi gran manta de lana blanca que suele cuidar de mi cada noche y que resulta perfecta cuando me hace falta poner en orden mis ideas.

En ese preciso instante, Javier me llamó.

Ni por asomo imaginé que mi nuevo Príncipe y yo acabaríamos la noche secando lágrimas ajenas. Ya te hablaré de esto con detalle, pues es largo.

Las *princesitas* merecemos finales felices que, si bien no es el que imaginé, al menos he de decirte que fue con él.

Mi noche acabó con Javier; estuvimos al teléfono hasta bien entrada la madrugada.

Hablamos...

XXX

Este fin de semana ha sido increíble. El viernes no podría haber imaginado todo lo que me esperaba.

Después del disgusto de mi hermano del sábado por la mañana, volví a casa dispuesto a superar los últimos acontecimientos: lo de mi hermano y su obstinación perpetua por el compromiso momentáneo y lo de Paula y mi necesidad de alejar cualquier deseo de compromiso.

Sabía lo que necesitaba. Fui a casa, abrí la nevera, los armarios, saqué todo lo que buscaba y empecé a cocinar. Cocinar es mi actividad más relajante y clarificadora. Se me da muy bien, o eso creo yo, porque no tengo una segunda opinión. Jamás he invitado a nadie a probar mis platos. Ni siquiera he mencionado mi afición. Son ese tipo de cosas que hacen que una mujer quiera casarse contigo, así que lo mantengo en secreto. Solo lo uso como deleite y terapia personal.

No podía entretenerme mucho porque por la tarde tenía boda y debía salir a las seis de casa, así que opté por algo sencillo: ensalada de bogavante con crema de hongos. Empecé a cortar los ingredientes, alejando de mi mente a Paula y centrándome en mi hermano.

Javier y yo nos parecemos físicamente, aunque, como en el resto de cosas, él siempre ha estado un peldaño, o varios, por encima. Su metro ochenta y cinco supera en tres centímetros mi altura, aunque mis ochenta y cinco kilos rebasan en tres kilos su peso.

Ambos con el pelo moreno (él un poco más), piel morena (él algo más) y complexión atlética (sí, también). Únicamente nos diferenciamos en los ojos, los dos grandes (casi igual de grandes) y los dos con el gen Aranda, pero en sus dos versiones. Javier tiene los ojos de un azul claro, cristalino, que al exponerlos al sol adquieren un tono verdoso. Por mi parte, es el verde claro el que predomina, que se transforma en azul al contactar con la luz del sol. A partir de aquí empiezan las diferencias. Javier siempre viste elegante, impoluto, pelo perfectamente cortado. Cuando le miras tienes la sensación de estar viendo un catálogo de moda. Yo soy más descuidado, el pelo más largo y más desordenado y la ropa siempre con estilo, aunque no sabría decir cuál. Él siempre ha sido un líder, un triunfador. Él, base titular y capitán del equipo de baloncesto en el colegio. Yo base suplente. Él, delantero del equipo de fútbol, siempre al ataque, el que nos hacía ganar los partidos. Yo, defensa central, el que rechazaba los peligros que llegaban, el que hacía que no los perdiéramos. Javier es un triunfador. Tres carreras: ingeniería industrial, dirección y administración de empresas y derecho, le han otorgado un puestazo en Mercedes Benz, con un sueldo que le permite mantener su nivel de vida y su colección de exmujeres con hijo. Yo empecé cinco carreras, las mismas que nunca acabé: veterinaria, historia, matemáticas, periodismo y filología griega. Nunca he tenido las cosas muy claras, pero me otorgaron un conocimiento multidisciplinar como para poder presentarme a los concursos de la tele, eso sí, tan solo a nivel de primero de carrera. Así que un día me compré una cámara de fotos y empecé a disparar hasta convertirlo en mi profesión, con la que me gano la vida mejor de lo que podía esperar. En nuestras relaciones con las mujeres también abundan las diferencias. Yo siempre he huido del compromiso y he sentido pánico por el amor desde el incidente con Noelia García y he roto todas mis relaciones ante el atisbo de un “te quiero”, pero siempre he sido una persona fiel mientras he estado con una mujer. Javier, sin embargo, hace del amor su forma de vida. Enamorarse es una necesidad y sabe hacer a la mujer con la que está la más feliz del mundo, hasta que decide hacer la más feliz a otra y como es imposible que dos personas sean las más felices del mundo simultáneamente, aparece el conflicto.

Y ahora una nueva mujer candidata a alcanzar la cima. Afortunadamente, entonces no había

otra mujer en el trono de la felicidad mundial, con lo cual nadie saldría dañado por el momento. Sabía que Javier se enamoraría, le propondría casarse con él y tarde o temprano la engañaría. Pensé en intentar evitarlo, pero Javier siempre consigue lo que se propone. Él siempre gana.

Terminé de mezclar los ingredientes. Comí. Ducha, ropa limpia, cogí el equipo y salí para la casa de la novia para empezar el reportaje fotográfico.

Todas las novias son guapas. Mentira. Esta era horrorosa. Tanto que empecé a hacerle las fotos a la espalda. El velo la tapaba bastante y las imágenes quedaban algo decentes. Apunté a los detalles: la cola del vestido, los volantes, el ramo de flores, pero ella insistía en girarse, mirarme y sonreír. ¡Qué horror! Luego aparecieron los padres y los hermanos. Me mentalicé de que era un trabajo y había que ser profesional. Disparé deprisa, casi sin mirar, y salí de la casa de los horrores. Me dirigí a la iglesia temiendo el encuentro con el novio. Para mi sorpresa era un tipo muy guapete, alto y simpático. Le pregunté tres veces el nombre, para asegurarme. A su tercera afirmación estuve a punto de decirle “¿por qué?”, pero me contuve. Quizá mi estancia en aquel pasaje del terror había dañado mi retina y hacía que cualquiera pareciera hermoso.

Entré en la iglesia y recé para que la novia no llegara. Dios no me hizo caso. Ella alcanzó el altar, blanca, radiante, sonriente, pero fea, muy fea. El novio la besó en la mejilla. Parecía nervioso. Yo también lo estaría. No paraba de disparar aquí y allá intentando no analizar lo que veía. Puse el automático en la cámara, por no entretenerme en la visión. El cura les dio la bienvenida. Parecía un sacerdote de película, un hombre apuesto, con sus canitas y su voz alta, clara y fuerte.

Empezó a hablar de la novia. Al parecer, la conocía desde pequeña. Se notaba cierta complicidad entre ellos. Él la miraba con amor mientras hablaba de ella y ella le sonreía constantemente. Mientras, el novio parecía cada vez más nervioso.

Eso es, corre, corre, estás a tiempo. Pero no corrió. Por el contrario se acercó al cura y le dijo nervioso:

—Perdone, padre José, pero me gustaría decir unas palabras a nuestros invitados.

—Bueno, querido Lucas, no es algo muy normal, pero teniendo en cuenta la amistad que me une a la familia de Flor, adelante, hijo. —Y le tendió el micrófono.

¿Flor? ¿Flor? ¿Los cabrones de sus padres le pusieron Flor de nombre? ¿Es el cardo una flor? Lucas tomó el micrófono, se giró hacia la audiencia y carraspeó nervioso.

—Hola a todos. Lo primero, agradeceros que hayáis venido. Espero que os lo paséis muy bien hoy, yo pondré todo lo que pueda de mi parte. —Empezó a tranquilizarse y sus palabras fluían—. Todos sabéis cuánto amo a Flor —la miró y ella le devolvió una sonrisa que en otro rostro hubiera sido tierna, entreabriendo los dientes. Aunque pensé que no sería así, afortunadamente no le faltaba ninguno—, y sabéis que haría cualquier cosa por ella. —Un ¡oh! generalizado entre el público mientras los ojos de Flor se tornaban vidriosos. Lucas recuperó toda la confianza y prosiguió—: También conocéis todos mi falta de fe. Lo siento, padre José —dijo girándose y lanzando una sonrisa al párroco, que le devolvió una mueca medio sonriente mientras movía lentamente de un lado a otro la mano extendida con la palma hacia arriba, en señal de reprimenda—, pero a pesar de ello accedí a casarnos por la iglesia para hacer feliz a Flor, que ya sabéis que es una beata de mucho cuidado, todo el día en la iglesia. —Risitas generalizadas.

Esto empezaba a ser muy aburrido, así que empecé el juego que solía hacer para combatir el aburrimiento: hacer primeros planos de los asistentes con el zoom e intentar adivinar si eran de la familia del novio o de la novia. Resultaba muy sencillo diferenciarlos, así que volví a prestar atención a las palabras de Lucas.

—Lo único a lo que no accedí fue a la insistencia de Flor para que me confesara. Así que ayer

por la tarde ella vino a confesarse y yo me quedé solo. Empecé a sentirme mal por no concederle su deseo, así que decidí venir. —La humedad de los ojos de Flor cesó y su rostro tomó un tono rojizo, mientras el cura detuvo el movimiento de la mano, que no sé por qué no había cesado—. Llegué y busqué al padre José —dijo señalándole con el índice y manteniendo la mirada en el público. Intuí que algo grande iba a pasar, así que puse el modo de ráfaga y empecé a disparar a diestro y siniestro—. Y le encontré. Estaba en su despacho y Flor arrodillada ante él. —Giró el brazo con el índice extendido hacia la novia.

El rojo de la cara de Flor se intensificó mientras que el párroco empezó a moverse serenamente hacia Lucas y manteniendo la compostura le dijo:

—Hijo, ya está bien, ha sido muy hermoso, pero hay que seguir con la ceremonia.

Lucas empezó a moverse, alejándose del cura al mismo ritmo que él se acercaba, y siguió hablando:

—Yo no entiendo mucho de esto e interpreté que así era la confesión. Me acerqué a ellos en silencio, por no interrumpir, de hecho don José tenía los ojos cerrados y mascullaba algo y a Flor no la entendía bien lo que decía, así que confié en que no se percataran de mi presencia.

—¡Para, hijo, dame el micrófono! —gritó el cura, alterado, mientras empezó a correr hacia Lucas.

Flor era ya rojo vivo y se tapaba los ojos tras las manos. Lucas empezó a moverse a la misma velocidad que le perseguía el sacerdote, manteniendo la distancia y empezando a correr en círculos en el altar ante el interés de los invitados.

—Cuando me acerqué lo suficiente, me di cuenta de que mi ignorancia no era tanta y que aquello, aquí y en el Vaticano, era una limpieza de sable de dimensiones bíblicas.

—¡El micrófono, el micrófono! —gritaba el cura, sin cesar en su carrera mientras Flor rompía a llorar.

—Salí en silencio del despacho y he venido esta tarde aquí para haceros partícipes a todos vosotros. Como la cena está pagada, os espero a todos en el restaurante.

Lucas paró en seco, sorprendiendo a don José, que no pudo evitar que su cara chocase contra el puño del cornudo. El impacto pareció ser el pistoletazo de salida a una lucha cruenta. La madre del novio gritó: “¡guarraaaa!”, mientras se abalanzaba a por el pelo de la novia. Los amigos del novio se lanzaron a por el cura. El padre de la novia le puso la zancadilla a la madre del novio y recibió un puñetazo de su fallido consuegro. En los bancos se inició otra batalla entre las dos familias. Parecía *El señor de los anillos*, elfos a un lado y orcos al otro. Yo disparaba en un estado de frenesí, disfrutando del espectáculo, hasta que oí la voz de la madre de la novia:

—¡Que no me eches fotos, no me eches fotos!

Miré y vi que venía hacia mí, seguida por dos de sus hijos. Empecé a recular y salí de allí corriendo. Con el rabillo del ojo me dio tiempo a ver cómo las hermanas del novio se lanzaban a la espalda de mis perseguidores.

Me alejé un par de calles hasta un parque y me senté en un banco a recuperar el aliento. Frente a mí vi al novio ultrajado, sentado, apoyando los codos en las rodillas y tapándose los ojos con las palmas de las manos. Me acerqué a él.

—No merece la pena, has salido ganando —le dije.

Apartó las manos de la cara y me miró:

—Sí, lo sé, pero no puedo evitarlo. ¿Un cigarrillo? —me dijo extendiendo la mano con uno.

—No, no fumo. Si me lo permites, has estado grandioso.

—¿Tú crees?

—Ya te digo. ¿Pero cómo aguantaste?, quiero decir, ¿cómo no saltaste ayer cuando les

pillaste?

—Cuando los vi tan solo quería vengarme de ellos y me pareció la mejor manera.

—Brillante. ¡Vaya sangre fría! Miguel —le dije extendiéndole la mano.

—Lucas —respondió él, apretándomela—. Espero que te haya salido un gran reportaje.

—Fabuloso. ¿Sigues queriéndolo?

—No me lo perdería por nada del mundo, tan solo lamento no haber contratado el vídeo —dijo mientras ululaban las sirenas de la policía.

—Miguel, creo que mi chófer no podrá llevarme al restaurante. Te invito a cenar.

Subimos a mi coche y nos fuimos.

Entramos en el lugar del banquete ante la mirada de sorpresa del *maître*. Lucas le dio una explicación rápida y concisa. No hay boda. Hay banquete. Eso le bastó. El resto de invitados no llegaron. Entre el hospital y la comisaría dejaron huérfanos doscientos diecisiete cubiertos. Así que Lucas y yo empezamos el banquete en la mesa de los novios y poco a poco se fueron uniendo camareros, cocineros y el *maître* ante la insistencia de Lucas. No paramos de comer, beber y reír, sin hueco para *Flores* ni *Paulas*. Un grupo de amigos desconocidos pasándolo en grande. Después de la tarta, que Lucas me obligó a cortar junto a él, sonó mi móvil. Era Javier.

—Dime —respondí.

—¿Ese jaleo? ¿Dónde estás?

—Estoy en una boda y creo que soy la novia.

—Miguel, cada día estás peor. Si no fueses abstemio, juraría que estás borracho.

—Es una larga historia. Dime qué quieres, el novio me espera para repartir los puros.

Tras una pausa de varios segundos Javier habló:

—Es igual. Te llamaba para pedirte un favor. Por la mañana estaré con los niños y te quería pedir que te acercaras a sacarme las entradas para el cine. Sesión de las seis, la película de Haneke. ¿Podrás?

—Sin problema. Haneke a las seis. Te las daré cuando me traigas a los Panchos.

—Eres el mejor, Miguel. Te debo una.

—Ya me las devolverás todas juntas. Te dejo.

—Miguel... ¿Estás bien?

—Sí, sí, *ciao*, hermanito. Hasta mañana. —Le corté. No quería que empezara a hablarme de Paula ahora que llevaba toda la noche sin pensar en ella.

Tras el café y el chupito, los camareros hicieron ademán de levantarse a recoger, pero Lucas los frenó en seco.

—¿Pero qué hacéis? ¡Que empieza la barra libre!

Nos trasladamos a otra sala donde empezó a sonar la música y a correr el alcohol. Por desgracia, la grabación estaba preparada y abrió con un *vals*. Lucas rompió a llorar.

—¡Yo la quería, la quería!

Le llevé a la barra y le acerqué la copa que ya le había preparado un camarero, Luis, creo, un tío majísimo, de Cuenca.

—Vamos, Lucas, no lo pienses, disfruta de la noche, estamos aquí todos. Luis, Juanma, Marisa, Pedro, Belén...

Todos me miraron extrañados. Era un momento crítico, no se podía vacilar y dije los primeros nombres que se me ocurrieron.

—Sí, pero Flor... Ella es tan, tan...

No le salían las palabras. Fea, pensé yo.

—Francamente, Lucas, por la amistad que nos une, Flor es fea, pero fea fea. ¿Qué ves en ella?

—Sí, es fea, feísima, lo sé. Pero antes de ella tuve siete novias, todas guapísimas, espectaculares, pero las siete me engañaron con otro. Cuando conocí a Flor acababa de pillar a la última en la cama con el profesor de pádel. Flor me pareció horrorosa, pero yo estaba harto de tías buenas que me engañaban y pensé que ella nunca lo haría. —Rompió a llorar de nuevo—. Empecé a quedar con ella y dejé atrás su físico y conocí a una mujer maravillosa, buena, dulce, simpática, culta, la mujer perfecta, salvo por su físico, y empecé a enamorarme de ella.

Era difícil de creer, así que le hice la pregunta obvia para darle sentido:

—Y en la cama una fiera, ¿verdad?

—No lo sé. Nunca hicimos nada. Ella es muy religiosa y no quería nada hasta después de la boda. Besos y algún sobeteo, pero nada más. Todo el día en misa, en la iglesia... —Lloró de nuevo.

—Vamos, que don José la dejaba ahíta. —No pude contenerme.

Lucas cambió el llanto por risa. Las cosas mejoraban.

—¡Joder con don José! —dijo cuando paró la carcajada.

—Más bien José parecías tú y él el Espíritu Santo —añadí.

Volvió a reír. Me alegré.

—Lo mío con las mujeres no tiene arreglo, hasta las feas me engañan.

—Sí, eres algo así como un miura gafe.

La situación se fue serenando y nos unimos a la conga que habían montado los cocineros. Lucas siguió bebiendo y cuando alcanzó la fase de exaltación de la amistad y a pedirme que fuera al viaje de novios con él, decidí que era el momento de llevarle a casa, no fuese que decidiese probar suerte con su mismo sexo.

Llegué a casa a las siete de la mañana. Las barras libres para los abstemios tienen tres consecuencias básicamente: no dejas de orinar, no dejas de eructar y la Coca-Cola te deja sin sueño. Ante la perspectiva de estar horas y horas dando vueltas en la cama pensando en Paula, decidí entrar en internet y buscar la película de ese tal Haneke que al día siguiente verían mi hermano y mi futura excuñada. Leí las críticas. La cosa pintaba mal. Todos le daban cinco puntos sobre cinco. Obra maestra. Imprescindible. Un genio. Es decir, coñazo total. Me descargué el tráiler. Debía de estar defectuoso, porque salía en blanco y negro. Confirmó mis expectativas. Era infumable. Pensé que la nueva novia de mi hermano, antes de ser mi excuñada, sería mi cuñada, y debería portarme bien con ella y librarla de ese tostón. Ya eran las diez y mi estómago seguía lleno por la comilona del banquete de bodas fantasma. Salí a correr un rato. Volví, me duché y fui al cine por las entradas. Dos entradas para *Cars 2*. No conocía a esa mujer, pero ya estaba en deuda conmigo.

Volví a casa y mi cuerpo recuperó los sentimientos perdidos. Me atacó el hambre, pero no había tiempo para florituras. Un pollo con salsa de nécoras de días atrás fue el prelude perfecto a caer rendido en el sofá.

El timbre de la puerta me despertó. Abrí un ojo mirando al reloj. Las cinco y media. Debían de ser los Panchos. Me tambaleé hacia la puerta. Nada más abrirla Cisco se me lanzó al cuello, Aranda se me abrazó a la pierna y Fran chocó el puño contra el mío.

—¡Dios mío, Miguel, tienes un aspecto horrible! —dijo mi hermano—. ¿De verdad que te puedo dejar a los chicos?

—Claro, claro, Javi. Estaba dormido. Una ducha y me espabilo. Toma tus entradas, vas a llegar tarde. Empieza a las seis. —Se las extendí y las guardó sin mirarlas.

—Vale. Te quería pedir un favor, Miguel.

—Dispara. —Con Javier me parecía vivir la misma situación constantemente.

—Me gustaría que invitaras a Marta a mi fiesta.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta? No sé de qué fiesta me estás hablando —dije intentando parecer sorprendido.

—Vamos, Miguel, ya sé que me estás organizando una fiesta para el sábado que viene para celebrar mi cuarenta cumpleaños.

—¡Mierda! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién ha sido el bocazas? El gordito de tu oficina, seguro. Sabía que no tenía que invitarle...

—No, Miguel, no. Has sido tú, me incluiste en el mail.

Permanecí en silencio unos segundos. Era probable.

—¡Ah! Lo siento, de verdad.

—No te preocupes, te agradezco que lo hagas por mí. Eres el mejor. Pero me gustaría que viniera Marta, ya te he dicho que es especial.

—Vale, vale, no te preocupes. Vete, que llegarás tarde. Dime su número —dije mientras le empujaba hacia la puerta.

—697325446. Marta, recuerda. Marta, no lo olvides.

—No te preocupes, no se me olvidará, la llamo esta semana. Disfruta de tu tarde de domingo.

Le empujé fuera, cerré la puerta y fui a grabar el teléfono en el móvil, pero Cisco me lo había cogido para jugar. Dejé a los chicos a cargo de Fran y me metí en la ducha mientras repetía el número. Al salir lo grabé en mi móvil. 697325446 Marga. *No problem.*

Estuvimos un buen rato jugando con la consola. Me dieron una paliza. Cada dos por tres me sonaba el móvil. Paula. No lo cogí. Sobre las siete y cuarto estaba jugando contra Aranda y estaba a punto de ganarle cuando sonó de nuevo el móvil, pero enseguida cesó. Al instante vino hacia mí Cisco con él en la oreja.

—¡Paula! ¿Cuándo vas a venir a jugar con nosotros otra vez? Es Paula, tío.

Maldito crío. Tiene un problema serio con los móviles, una adicción o algo así.

—¡Yupiiii! Te lo paso, Paula, un besito. Toma, tío, es Paula.

Ya, ya me he enterado.

—Gracias, corazón. ¡Paula, qué sorpresa! ¿Llamadas dices? No, no he oído nada, estoy aquí con los chicos jugando y... ¿Pero por qué lloras, Paula?

Paula no paraba de llorar, decía que necesitaba verme, que era urgente, que no podía esperar y que me esperaba a las ocho en la terraza de la plaza, donde siempre. Parecía que estaba fatal y no me pude negar.

Eran las siete y media y no me daría tiempo a llevar a los Panchos con sus madres antes de la cita. Mi hermano no podría consumir en su segunda cita y esta vez sería culpa mía. Le llamé.

A las ocho menos diez los Panchos ya estaban preparados en el coche cuando llegó mi hermano.

—¿Cars 2, Miguel? Era Haneke.

—Se salen, ¿verdad? —le dije mientras intercambiábamos los coches y las llaves.

—Te voy a matar.

—Otro día, que hoy vamos con prisa.

Subí al coche y fui para la plaza. ¿Qué querría Paula? Sus lloros me habían preocupado, pero esperaba que no montara ningún numerito para que volviéramos. Aparqué no lejos de allí y me acerqué a la terraza caminando. A unos cien metros ya la vi. Estaba sentada, hablando con alguien que yo no veía porque le tapaba la gente de las otras mesas. Estaba guapísima. Paula es guapísima. Pelo negro, liso y largo. Una cara redonda y angelical, con unos ojos enormes, negros

como la noche y vivos como el día, labios carnosos y piel morena y suave. Muy suave. Alta, apenas cinco centímetros menos que yo y cuerpo de guitarra española. La conocí haciéndole una sesión de fotos hace dos años. Ella era modelo, hasta que terminó Derecho y empezó a trabajar en un despacho de abogados. Es lista, inteligente y aunque le saco diez años, mucho más madura que yo. Desvió la atención de su interlocutor, me miró y sonrió mientras agitaba la mano saludándome. Su sonrisa. Es la mujer perfecta. Y yo proponiéndole tríos cuando ella vale por diez. Malditas promesas de adolescencia. Respondí a su saludo con la mano y sonriendo. Entonces su acompañante se giró, descubriendo su identidad. ¡El bicho! No recuerdo su nombre, pero cuando la veo solo me sale Gertrudis o Rigoberta o algo parecido, así que la llamo el bicho. Es fea, y no es que tenga nada en contra de las feas, que alguna tiene su puntillo; es gorda, y no tengo nada en contra de las gordas, que alguna tiene su puntillo; es borde, y no tengo nada en contra de las bordes, que alguna tiene su puntillo; tiene pinta de feminista lesbiana, y no tengo nada en contra de las feministas, que alguna tiene su puntillo, y qué decir de las lesbianas. Lo peor de ella es que tiene siempre esa actitud de poner a parir a los hombres, en plan todos sois unos cerdos asquerosos que solo pensáis en lo mismo y seguramente ahora mismo estáis pensando en desnudarme y hacérmelo aquí mismo. Como si alguno tuviera esa intención con ella. Los hombres somos unos cerdos, no unos idiotas, o al menos no tan idiotas. En definitiva, ella era lo contrario a la mujer perfecta, es decir, el bicho.

Una idea se estrelló en mi mente como un misil: “Un trío con su mejor amiga”. Esperaba que Paula no considerara su mejor amiga al bicho, yo pensaba que era la otra, aquella que era compañera suya en la agencia de modelos, la que tiene un nombre tan bonito. El bicho se levantó, dio dos besos a Paula y caminó en mi dirección. Se iba. ¡Menos mal! La sangre volvió a fluir con normalidad. Cuando llegó a mi altura, traté de hacerme el simpático:

—Hey, ¿qué tal...?

—¡Apártate, cerdo asqueroso!

Y siguió su camino indignada. Alcancé la mesa de Paula, que me abrazó y me dio dos besos.

—Gracias por venir, Miguel. Eres un sol.

No, soy el hombre más estúpido del mundo, pensé, mientras su voz jugueteaba en mis oídos.

—Quiero decirte algo. Estoy muy nerviosa y solo te pido que no me interrumpas.

—Está bien, empieza, no te interrumpo.

Eres una diosa.

—Promételo.

—Lo prometo.

Ella sabía muy bien que cumplía todo lo que prometía.

—Desde el otro día no he parado de pensar en ti.

Y yo en ti.

—Te echo mucho de menos.

Y yo a ti.

—Tus gracias, tus torpezas.

¿Qué torpezas?

—No eres el hombre perfecto...

Pero tú sí eres la mujer perfecta.

—... pero me he dado cuenta de que te quiero.

Y yo también te quiero, Paula. Hice ademán de hablar, pero me puso el dedo sobre la boca. ¡Qué dedo! ¡Qué piel!

—Pero lo que me pediste... Por eso no puedo pasar.

Es mentira, todo mentira, solo quiero estar contigo, solo los dos, nadie más.

—Nunca podré estar contigo.

¿Cómo?

—Pero tenía que hablar contigo para decirte una cosa.

¿Y lo de antes te parece poco?, no digas más, por favor.

—Tengo un retraso.

¿Y? Se quedó callada. Interpreté que era mi turno para hablar. Estaba un poco perplejo por su preocupación, pero quise resolverla:

—No pasa nada. Déjame tu reloj que yo te lo ajusto.

—¡Miguel, por favor! No seas tonto. ¡Que creo que estoy embarazada!

La respiración me abandonó y se llevó con ella el flujo sanguíneo. Busqué la voz, pero debía de haber ido a acompañarlos. Paula me miraba con los ojos vidriosos. ¡Sus ojos! Parece que la voz me volvió por el reclamo de sus ojos y pude expresar lo que sentía mientras ella se levantaba para irse:

—Eso..., eso es.... Eso es maravilloso.

Se paró y me miró.

—Todo era mentira, no necesito tríos, tan solo te necesito a ti —le dije.

—Lo dices porque te doy pena. Eres un buenazo, pero no es verdad. Yo nunca te podré dar lo que quieres.

Y reinició la marcha.

—No, de verdad, escúchame. La culpa es de Noelia García. Te lo explicaré. Espera.

Me levanté y fui tras ella. Inmediatamente noté una mano sobre el hombro.

—A ver, listillo, a pagar la consumición y luego los numeritos que queráis.

—¡Espera, Paula!

Le lancé al camarero un billete de cincuenta euros y corrí hacia ella, pero con un tiempo perdido que Paula aprovechó para sacarme una considerable ventaja, a pesar de sus tacones. Sus tacones, sus piernas. ¡Qué piernas!

—¡Espera, Paula! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —grité mientras ella montó en el asiento del copiloto de un coche que la esperaba.

Qué raro. Había pronunciado las palabras prohibidas y nadie se reía. Aceleré el paso hasta alcanzar el coche y ver al copiloto: ¡el bicho! Aceleró y me miró sonriente. Seguí corriendo pero me dejaba atrás. Intenté algo desesperado y grité:

—¡Y sé cocinar, Paula, sé cocinar!

Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Ahora todos reían.

Dos y nueve de la madrugada. De nuevo.

Este incansable despertador asoma últimamente a la misma hora como si quisiera mantenerme alerta ante la llegada de algo o alguien. Una especie de señal cifrada que en ocasiones resultan ser de lo más premonitorias.

Así ha sido.

Hacía unos días que ya no pensaba en él, algo en lo que no me había percatado hasta esta madrugada en la que mi *señal* de nuevo apareció; había dejado de olvidarle recordándole ... o eso creía. Si, es difícil olvidar cuando solo se recuerda para que ello te lleve al olvido, pues para olvidar has de recordar que es lo que se ha de olvidar, compleja afirmación que me lleva a un bucle contradictorio en el que no hago más que jugarme mi estabilidad. *Una excusa más para mantenerle conmigo*, diría mi subconsciente.

En un primer momento al oír el timbre, por supuesto di por hecho que sería Javier, pero no... Era él. Una vez más. A hurtadillas como quién tiene algo que no quiere mostrar, al amparo de la oscuridad que le camufla, en el anonimato que produce el silencio de la noche, de la vida que duerme, es ahí cuando él decide que es el momento de “emerger”.

Tras meses desaparecido, o escondido (sería más aproximado), reaparece. Nunca de cara, siempre en la clandestinidad, al abrigo de las sombras. Para ver sin ser visto.

Sin poder evitarlo, me remonto atrás en el tiempo y me sumerjo sin apenas darme cuenta, en el embrujo de aquellos ocho meses en los que solo vivía prendida a su amor. Una dulce etapa que me descubrió quién soy entregándome por completo sin que nada me detuviera. Jamás antes había conocido una entrega igual; ni siquiera sabía que eso existía. Había oído hablar de lo que era estar enamorado, pero ni por asomo se acerca a lo que realmente sientes cuando te llega. Es como caer en un dulce vuelo en el que ni sientes tu cuerpo, dónde tan solo el verte reflejada en sus ojos hace que todo tenga sentido. Son esos roces de labios que hacen temblar tu alma donde sostienes el sentido de tu vida, un acogedor lugar que vas construyendo a medida para dos.

Es curioso que, habiéndome considerado una mujer fuerte, su presencia me hizo creer que aún lo era más; no temía a nada ni a nadie tan sólo porque sabía que él estaba a mi lado y eso me daba poder. Más tarde descubriría que fue su ausencia lo que realmente me hizo fuerte.

No me enamoré al instante. Fue con el tiempo que él consiguió que cayera absolutamente rendida y completamente enamorada. Lo hizo bien. Supo jugar con el tiempo llevándolo a su favor. Su acercamiento fue delicado, cortés, con la adecuada elección de palabras. Sutilmente acertaba distancias haciendo que en mí creciera cada día con más fuerza el deseo por él. Y me ganó.

Absolutamente atractivo, corpulento, fuerte, alegre a mi lado. Conquistaba allí donde llegaba. Las mujeres le rondaban constantemente, “pero me ha elegido a mí”, me decía a mí misma, sintiéndome afortunada. Aun cuando no estaba presente, en lo más profundo sabía que me llevaba con él.

Una aparente confianza que irradiaba me hacía absolutamente vulnerable a sus encantos. Esa forma de mirarme como si me descubriera cada vez; fija, penetrante, llena de luz. Sentía su amor en cada poro de mi piel y pese a que jamás me dijo “te quiero”, siempre supe que fue así. Tenía otras formas de comunicarse conmigo, pues su dura infancia cargada de sinsabores y carencias, aún le mantenían hermético ante los sentimientos y le era muy difícil expresarse abiertamente.

Como si de un amor de adolescentes se tratara, me entregué de lleno al arte de amar. Di sin esperar a recibir. Era suya. Inevitablemente suya. Su “niña”, como solía llamarme. Me creía

indestructible con él de mi mano. La fuerza que nos sostenía podía con todo.

Entendía mi idioma, sabía entregarme lo que deseaba. *Bailábamos* al mismo ritmo. Le amaba... con letras mayúsculas. Se sentía *afortunado e invencible a mi lado*, al menos, eso repetía.

Jamás he vuelto a ser tan feliz.

Aquí es donde nació la Princesita que conoces y a la que quisiera dejar de lado de una vez por todas porque no se puede vivir ideando cuentos imaginarios.

Y hoy, este mi Príncipe Azul, más tarde convertido en “VerdeAzul”, que me abandonó a las puertas del altar, vuelve a surgir.

Hasta este desgarrador episodio en mi vida, me había mantenido firme en la creencia de que el Amor de verdad existe; un Amor que acoge incondicionalmente a la otra persona aceptando y respetando todos sus matices y deseando sólo su felicidad. Un bondadoso Amor dónde la conexión entre ambos crease lazos únicos profundos e íntimos que solo invitasen a construir una vida juntos, un compromiso de vida entre *Príncipes y Princesas*, ya sabes.

Es un tema que he debatido en varias ocasiones y pese a las intenciones de mis contertulios por hacerme cambiar de opinión, tú incluido, me he resistido a hacerlo. Sin embargo y llegados a este punto, solo me quedó claudicar y desde entonces reconozco que los Príncipes ya no son azules. Razón por la cual les he bautizado como “VerdeAzules”, pues pese a la dureza de lo vivido, aún quiero creer que existen, aunque ya asumo y afirmo que están *decolorados*.

Casi seis años hace ya desde su abandono. “*No puedo, me falta valor*”, me dijo repitiéndolo de nuevo en las diferentes ocasiones posteriores en las que, cuando era incapaz de encontrarse a sí mismo, utilizaba como excusas sus falsas promesas para regresar a mis brazos buscando cobijo. Un embaucador nato que a base de mentiras imposibilitaba que pudiera reunir valor para cerrarle la puerta. Una pesadilla dulce en la que reconstruía y derrumbaba mis sueños al ritmo que él ataba y desataba sus dudas.

Sus incesantes desapariciones han dejado mucha falsedad pegada en mi corazón convertida en heridas profundas que han ido aumentando a medida que desaparecía una y otra vez

Entre ausencia y ausencia, vivía anestesiada en un autoengaño en el que pacientemente me sumergí en espera de que por fin decidiera incluirme en su mundo. Una espera que además tampoco encontraba consuelo a su vuelta.

Nunca llegó ese momento.

Jamás me dio explicación alguna y por lo que veo, no parece tampoco que tenga intenciones ni de hacerlo ni de dejar de colarse en mi vida a su antojo sin pensar que a mí me rompe cada vez más.

Y me ocurre que quiero que sea la última. Y quiero que vuelva de nuevo. Y quiero olvidarle y que nunca más regrese, mas le llevo conmigo dentro sin dejarle libre porque le quiero a mi lado. Un día y otro en esta línea, afirmando y negando sentimientos contrapuestos al mismo tiempo. Vivo en una auténtica contradicción que no cesa

Reconstruirme ante cada marcha fue tarea ardua, un camino de clavos que a duras penas me dejaba avanzar. Nadando en un abismo sin final ni señales que indicaran cuál era la dirección a seguir. Atascada en mí misma tratando de ahuyentar su incansable presencia

Mi mente sabe perfectamente que cuando se ama, este tipo de acciones deberían evitarse, porque estas inseguras esperas arañan el corazón, martirizan el alma y destrozan la esperanza. No se puede mantener un amor a mitad entre la sombra y la luz. No se debe jugar con los tiempos ajenos. Quien aguarda, se adormece en sueños ideados, agarrándose a fantasías que obviamente no verán la luz, mientras el daño crece a su antojo.

Pero mi corazón solo quiere amarle.

De nuevo su voz interrumpe la mía; me siento pequeña, débil, indefensa. Noto cómo caen lágrimas por mi rostro.

—Hola, mi niña. No dejo de pensar en ti. Quiero verte. ¿Me abres?

Sequé mis lágrimas y balbuceé: “Es tarde”. Confíe en que entendiera que era tarde su llegada a mi vida, pero no fue así. El timbre sonó.

Estos vecinos fiesteros que tengo en el piso de arriba justamente regresaban para continuar con la juerga, momento que él aprovechó para colarse entre el grupo y entrar.

Siempre tuvo buena mano para relacionarse. De hecho, al poco de llegar a un lugar, conociera o no conociera a la gente, se erigía como amo. Así es que una vez más su simpatía le llevó a donde quería, que esta vez era la puerta de mi casa.

En cuestión de segundos me vi abrazada a su cuerpo, derritiéndome en su mirada, deseando ser suya una vez más y rogando que él solo deseara permanecer así para nunca soltarse.

Casi tiro al traste lo aprendido en su ausencia; esas horas a solas en las que, sin apenas aliento, traté de curar su ausencia. Pero milagrosamente debí de haber invertido tanto esmero en ello que dio su fruto. La vida, tu destino, qué o quién quiera que sea, tiene una extraña, confusa manera de llevarte al punto en el que debes de alejarte de los delirios que provocan los "Príncipes" para dejar que cada cual encuentre su lugar y el mío desde luego, ya no era en sus brazos y pese a que mi cuerpo seguía sin ser inmune a él, me separé y le pedí, abriendo la puerta, que se marchara.

Atónito ante mi reticencia a sucumbir a sus encantos, me preguntó si estaba con alguien. En ese momento Javier vino a socorrerme.

Aunque ante un monosílabo parezca complicado tartamudear, lo hice: “Sí”, contesté.

Incrédulo, se desplomó sobre la pared. Cabizbajo, como asustado ante el descubrimiento, recobró aliento, me besó y esta vez sí me dijo “te quiero”. Algo diferente debió ver en mí que le hizo pronunciar estas palabras que jamás antes dijo y supongo que, con la esperanza de ablandar mi aparente seguridad, recurrió a ellas.

Pasé el resto de la noche asomada a mi ventana cuestionando los renglones del destino escritos para mí. Momentos tan a destiempo de él en mi vida y probablemente yo en la suya. Por qué este engranaje del amor nos deja unidos por siempre a quién da muestra de no querer permanecer a tu lado, pero que sin embargo jamás se va.

Tanto tiempo esperando su regreso hizo de mí una mujer carente de fe. Una Princesita inmune a los rayos del amor. Una mujer que aceptaba su derrota y asumía un futuro sin su Amor.

Hasta que llegó Javier y mis esperanzas volvieron a resurgir.

El despertador sonó. Las nueve.

Una noche más en vela, entregada a mi “VerdeAzul”.

Con una gran taza de café y cuatro paquetes de *kleenex*, me dispuse a llamarte cuando de nuevo sonó el teléfono.

Un número que no conocía. Debía contestar, pues esperaba una llamada de ese cliente del que te hablé que finalmente se había decidido a comprar el caserón en el centro de la ciudad. Supondría una importante venta de la que me vería beneficiada. Por lo menos el trabajo aportaría algo de alegría a este ya entristecido día.

—Hola, Marga, soy Miguel, hermano de Javier y canguro de vocación. Verás, te llamo porque estoy preparando una fiesta por el cuarenta cumpleaños de mi hermano que será el próximo

sábado en...

¿Marga?... No entendía. ¿Se ha confundido de nombre o de mujer? Antes de apresurarme a ninguna conclusión, recordé cómo Javier me había comentado la destreza de Miguel en cambiar o modificar nombres y con ese poquito de fe recuperada dije: "Marta, soy Marta, y espero ser la destinataria de tu llamada".

Después de varias modalidades de disculpa confirmé que era yo.

Sin sonreír, acepté.

Voy en tu busca, Fede. Estaré en el café de siempre en veinte minutos.

Ahora más que nunca me siento perdida.

XXX

PD: Acaba de entrarme un mensaje de Dani. Dice que quiere hablar conmigo. Tú no tendrás nada que ver, ¿verdad? Fede, no lo lées más que te conozco. Ahora hablamos.

La noche del domingo se me hizo eterna. Tras el encuentro con Paula volví a casa y deambulé por ella desorientado, en una nube de emociones y sentimientos. Embarazada. Iba a ser padre. Mi juramento contra el amor nunca me había permitido planteármelo y siempre que imaginaba la idea de una mujer confesándome un embarazo, empezaba a sudar. Sin embargo, ahora la idea me hacía sonreír. Los tres, Paula, el bebé y yo, paseando, riendo, siendo felices hasta el fin de los días. Pero antes tendría que solucionar el malentendido con Paula.

Paula. Nuestro encuentro había provocado una explosión dentro de mí, desbordando sentimientos que durante toda mi vida había intentado evitar. Pero ya no podía, eran incontables. No podía dejar de pensar en ella. Cerraba los ojos y veía el sabor de sus besos, saboreaba la melodía de su risa, oía el aroma de su piel, recibía la suavidad de su cara y tocaba sus miradas juguetonas. Así, con los sentidos alterados, sabía que mi única esperanza para sobrevivir era tenerla a mi lado.

La llamé al móvil cien veces y cien veces no contestó. A la ciento una me salió el mensaje de apagado o fuera de cobertura. Al igual que la ciento dos, ciento tres y ciento cuatro. La ciento cinco me equivoqué de botón y llamé al teléfono de mi hermano. Comunicaba. ¿Con quién hablaría a esas horas de la mañana? Obvio, con Marga. No es que recordara el nombre, es que lo miré en el móvil —menos mal que grabé el número, ya nunca más metería la pata—. Pensé que al igual que yo había cambiado ese día, quizá mi hermano también cambiara y ella fuese la definitiva. Tenía curiosidad por conocer a mi posible no excuñada.

Javier dice que el amor es como la Coca-Cola. Cuando llevas mucho tiempo sin tomarla, estás deseando encontrar una, la abres y la bebes con ganas, disfrutando su efervescencia, calmando tu sed, pero según pasa el tiempo, al final se queda sin fuerza y te da más sed. En mi nueva fase de enamorado acababa de descubrir una nueva similitud. El amor provoca insomnio. Los minutos avanzaban sin pausa y el sonido del despertador a las ocho de la mañana era una amenaza cada vez más cercana. A las cuatro de la madrugada puse la televisión para intentar conciliar el sueño. En mi mente estaba puesto como objetivo un documental de La 2, para facilitarme el sueño, pero se encendió en otro canal en el que ponían *El lago azul*. No pude cambiar. Brooke Shields me había fascinado desde niño cuando vi la película por primera vez y se convirtió en mi amor platónico. Tanto que con doce años construí una balsa con unas maderas para adentrarme en el mar con el fin de naufragar y encontrarme con Brooke. Una vez allí ya pensaría en cómo librarme del rubito de los rizos -por cierto, era peluca, ¿verdad?-. Mi aventura no llegó muy lejos. La primera ola volcó mi barca y deshizo los nudos, golpeándome la cabeza con las tablas. Lo siguiente que recuerdo fue el aliento nauseabundo de un socorrista reanimándome y los ojos de Noelia García mirándome, destacando entre el grupo de gente que me rodeaba. Aquel día me enamoré de Noelia. Veinticinco años después Brooke volvía a mi vida de la mano de Noelia García y me recordaban los peligros de hacer todo lo posible por conseguir a la persona que amas. Al fin me dormí.

A las ocho el despertador me rescató de una pesadilla. En ella Brooke Shields y Noelia García me pedían perdón por haber destrozado mi vida y, en compensación, me ayudaban a buscar a Paula. Después de recorrer cientos de karaokes la encontrábamos en uno cantando junto al rubito del pelucón de *El lago azul*. Ella me veía y me miraba y les enfocaba una potente luz. De repente, estábamos solos los tres y ellos estaban desnudos y Paula me decía con el micrófono: “Miguel, te concedo tu deseo. Ven, vamos a hacer un trío”. El bip del despertador me pareció música celestial.

El lunes debería haber sido un día perfecto. En la oficina teníamos una sesión de fotos para un anuncio de SAS Scandinavian Airlines. Llegué tarde a la oficina y en seguida me asaltó Nick:

—Mike, tío, ¿dónde estabas? Ya están aquí las suecas. Están de muerte.

Nick tiene la manía de llamar a todo el mundo en inglés. Él es muy moderno y parece que así se hace más total, aunque yo creo que lo hace para ocultar su verdadero nombre. Nick es de Murcia y en su DNI tiene grabado a fuego como nombre Nicasio. Es joven, dinámico, alegre, con don de gentes, y se ocupa de conseguirlo todo, en el trabajo y fuera de él, le da igual un par de focos que el teléfono de una modelo. Aparte de eso es feo. Bastante feo. Pero su personalidad es un atractivo para las mujeres.

—Ni me hables, Nick. Estoy fatal. Paula no me quiere ni ver.

—¡Perfecto! Justo a tiempo. Ya verás qué suecas.

—Y está embarazada.

—Mal rollito. Vamos a empezar la sesión. Te sentirás mejor.

Hice las fotos sin parar de pensar en Paula, mi futuro vástago y qué hacer para recuperarla, sin tiempo para mirar a las dos suecas enfundadas en sus pequeños uniformes de azafata. A cada descanso la llamé al móvil, pero no contestaba. La llamé al trabajo. Me dijeron que estaba de viaje visitando a un cliente, pero me reconocieron y se negaron a decirme a dónde había ido. Recordé mi promesa a Javier y llamé a Marga para invitarla a la fiesta sorpresa de mi hermano. Resulta que no se llama Marga, sino Marta. Me disculpé avergonzado y me confirmó que vendría. Tenía una voz preciosa, pero parecía algo triste. Espero que no fuera por culpa de mi confusión. Cambié el contacto en el móvil. Marta. Lo repetí en alto veinte veces. No podía volver a confundirme.

—¿Quién es Marta, picha brava? —me asaltó de nuevo Nick.

—¿Eh? Nadie, la nueva novia de mi hermano.

—Pues te ha calado hondo. ¿Ella también se ha enamorado de ti?

—Son cosas mías.

—A la que le has molado de verdad es a la rubia de los morritos. Tu pose de tío duro profesional sin babear les ha fascinado. ¿Cómo lo has hecho para que pareciese que no te interesaban? Hemos quedado con ellas esta noche.

—¿Qué? ¿Qué morritos? No estoy para tonterías, tengo que recuperar a Paula.

—Joder, Mike, no me fastidies. Paula, Paula, ¡qué cansino! ¿Tú has visto qué tetas tiene la otra? Tienes que venir o *miss* Labios Ardientes no vendrá y la mía tampoco. No me puedes hacer esto. No me falles. Pero ¿tú no te has fijado qué pibones?

—Que no, Nick, que no estoy para suecas, mi vida se hunde.

—Mi vida se hunde, mi vida se hunde... ¡Reacciona, tío! A ver, Paula y tú habéis roto, ¿*right*?

—Correcto.

—Y técnicamente hoy estás soltero, ¿*right*?

—Correcto.

—Hagamos un trato. Tú te vienes esta noche con *Morritos* y *Pechugas* y yo te ayudo a recuperar a Paula.

—¡No las llames así, joder! Son mujeres, tienen un nombre. Tú no eres así, Nick —dije indignado.

—¿Si las llamo Malin y Tuva recordarás sus nombres? —me contestó con resignación.

—*Morritos* y *Pechugas* está bien —le contesté. Cuando tiene razón tiene razón.

Nick lo consigue todo. Sabía que conseguiría que le acompañara con las suecas y sabía que también conseguiría que recuperara a Paula. O al menos me parecía mi única opción.

—Ok, Nick, yo voy con vosotros y tú me ayudas con Paula.

—¡Genial, tío!

Me abrazó. Nick es un tipo muy efusivo.

—A ver, Mike. Tenemos que conseguir que hables con ella y que la convenzas de que eres un tío estupendo y lo de la monogamia y todo eso. ¿*Right*?

—Sí, *right, right*. Al grano, Nicky.

—Lo tienes a huevo. Hay que saber dónde ha ido. Cuando lo sepamos, te vas allí. La localizas, no la dejas hablar y le dices algo bonito, lo que sientes, que te salga del corazón. Eso sí, no menciones nada de sexo, ni las cosas que le harías. Aunque te sorprenda no les gusta oírlo. Delicado y apasionado. ¿*Right*?

—Que sí, que sí. Sigue.

—Con eso captarás su atención y luego le explicas todos tus traumas de Noelia García y demás. Y listo. Pero lo primero es localizar dónde está, ¿*right*?

—¡Vale ya de *rights*! ¡Que eres de Murcia, Nicasio! ¡Al grano!

—¡Llámame Nick, Nick! ¡A ver si te va a oír alguien! Bueno, pues me imagino que ella tendrá una amiga a la que le cuente todo. ¿*Ri*....?

Le miré frunciendo el ceño y paró en seco. Pensé en las amigas de Paula.

—El bicho —contesté.

—¿Quién es el bicho? —me preguntó desconcertado.

—Sí, esa chica que a veces va con ella y que parece que no descansará hasta que se instaure la pena de muerte para el sexo masculino.

—¡Ah! ¡Bea!

—¿Sabes su nombre?

—Sí, claro. Llámala, queda con ella. Camélatela y consigue que te diga dónde ha ido a trabajar Paula.

—Hay dos problemas. Uno: ella me odia.

—Sé simpático, llámala por su nombre, intérsate por las cosas que le gustan, dile lo que sientes por Paula y se ablandará. ¿Y el otro problema?

—No tengo su número.

—Yo sí. Espera. —Sacó el móvil y empezó a buscar.

—¿Pero cómo es que tienes su número? —le interrogué perplejo.

Se detuvo, me miró y me soltó:

—No existen mujeres feas. Llámalas posibles amigas de tías buenorras. Apunta.

Anoté el número y el nombre. La llamé. Le dije que tenía que hablar con ella, que era importantísimo por el bien de Paula, y accedió.

—Hemos quedado a las dos y media en *La tapería*.

—Fantástico, Mike. Te podías haber estirado un poquito más. No seas rata, invítala a todo lo que quiera comer.

—Me voy para allá.

—¿Me acercas a casa? Te pillas de camino.

—Claro, te debo una.

—Ya me la pagarás esta noche. Adelántate. Voy a coger algo que te puede ayudar.

Salí y le esperé en el coche. Al rato apareció con una revista entre las manos. Subió al asiento del acompañante y la desplegó ante mis ojos.

—¿Pero qué es esto?

En la portada dos mujeres desnudas se besaban bajo el título “Lesbianas ardientes”.

—Tú ofréceselo, seguro que a cambio te dice todo lo que quieras.

—¡No digas burradas, tío!

La aparté de mi vista y arranqué. Dejé a Nick en su casa y al rato ya estaba en la terraza de *La tapería*. Las dos y cuarto. Para entretenerme me detuve en apreciar los pareados y lindezas que decían los obreros de una obra próxima a cada paso de una mujer. La inventiva del gremio nunca dejará de sorprenderme. Pasadas las dos y media la vi acercándose. Miré un papelito que tenía en la mano y empecé a repetir en mi cabeza: “Bea, Bea, Bea”. Los obreros acompañaban el vaivén de las caderas de una chica con vítores y rimas varias hasta perderla de su ángulo de visión. La siguiente en el desfile era Bea. De repente el murmullo cesó, dejando por único sonido la respiración de una mosca, cortada a los pocos segundos por la actividad frenética entre ladrillos, cemento y paletas.

Me levanté y le sonreí mientras la saludaba con la mano. Me acerqué a ella repitiendo en mi mente “Bea, Bea”. Ella se aproximó seria, tensa, apretando cada vez con más fuerza los brazos cruzados sobre el pecho. Le dije: “Hola, Bea, ¿qué tal estás?”, le di dos besos y aparté la silla para que se sentara. Pareció sorprenderse. Empecé a hablar. Que si me alegraba de que hubiera aceptado, que si se había cortado el pelo, que estaba más guapa. Vino el camarero y pedí con alegría. Variadito y abundante. Empecé a preguntarle por su vida y ella comenzó a relajarse y a hablar mientras engullía las especialidades de la casa. Resulta que trabaja en un centro de atención social y le encantan los gatos. Empecé a alabarla por su trabajo y su dedicación a los demás e incluso conseguí que riese con alguna broma. Cuando ya estaba a punto, le dije que amaba a Paula, que todo había sido una confusión y que quería dedicarle el resto de mi vida. Vi ternura en su expresión, no sé si por mis palabras o por la llegada del camarero con la degustación de postres. Entonces miró el reloj y dijo:

—¡Las cuatro ya! Tengo que volver al trabajo. Me voy al autobús.

Y acto seguido, se introdujo en la boca cuatro trozos de tartas diferentes. Esquivé las salpicaduras y le dije:

—Te acerco. Tengo el coche aquí mismo.

Aceptó. De camino al coche, mientras ella daba cuenta de una crepe, una torrija y un sorbete de limón -de verdad, lo juro- le dije:

—Bea, sobre lo que estábamos hablando necesito saber dónde está Paula para decirle lo que siento y aclarar las cosas.

Intentó hablar pero la mezcla de alimentos en su boca era incompatible con la pronunciación. Cuando llegamos terminó de tragar y pudo contestarme mientras le abría la puerta para que entrara:

—Te decía que me has sorprendido mucho, Miguel, no esperaba que fueses así, tenía un concepto totalmente equivocado y creo que mereces estar con Paula.

Entró en el coche mientras yo seguía aguantando la puerta:

—Ella está en...

Su cara cambió. Enrojeció de tal manera que pensé que entraría en erupción.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás bien?, ¿te ha sentado mal la comida? ¡Por Dios, dime dónde está Paula!

Bajó del coche con una velocidad difícil de creer. Su mano me cruzó la cara mientras gritaba “¡Cerdo!” señalando hacia el coche. Metí la cabeza en el coche y vi sobre el salpicadero “Lesbianas ardientes”. ¡Mierda! Apunté mentalmente un recordatorio: matar a Nick.

Mientras, ella se alejaba cada vez a mayor velocidad. Le grité:

—¡Espera, te lo puedo explicar!

Siguió andando, levantando la mano, elevando el dedo corazón y escondiendo los otros cuatro. ¡Había estado tan cerca! Tenía que intentar algo. Cogí la revista, la alcé y le grité mientras iniciaba la carrera hacia ella.

—¡Espera, es para ti, no corras, es para ti, bicho! —Mal momento para olvidar un nombre.

Mi intento fue frenado en seco por el bastón de una anciana, que se balanceaba sobre mi cabeza mientras su dueña me llamaba degenerado.

Llamé a Nick:

—¡La revista, Nick!

—Ha funcionado, ¿*right*?

Le insulté, lo reconozco. No sé durante cuánto tiempo. Quince minutos o media hora. Cuando me serené le expliqué lo ocurrido.

—No te preocupes, Mike. Como sabía que no podía confiar en ti, he llamado al bufete de Paula. Resulta que la telefonista es Carmen, la novia de Luis, que es hermano de Carlos, el sobrino de Pepe, el padre de Chelo, que es amiga íntima de Reme y Nata, las dos gemelas que están tan macizas. ¿Me sigues?

—*Right*. —No pude decir otra cosa.

—Está en Sevilla. Con su jefe, ese tal Daniel. Su cliente es Hispalense de marquetería. Tengo la dirección.

Su jefe. ¿Daniel? Puede ser. El que es tan majo, tan educado, tan agradable. Y el que seguro se la querrá tirar aprovechando la ocasión.

—Tengo que ir al aeropuerto. Te dejo.

—Alto, alto. No puedes.

—¿Cómo?

—Punto uno: me has prometido venir a cenar hoy con las suecas y tú siempre cumples tus promesas. Y punto dos: el primer avión sale mañana a las diez. Te he reservado un billete. Te hago yo las sesiones de la semana.

Me alegré de que la conversación fuese telefónica. Si no, le habría abrazado y hecho cosas de las que posteriormente me habría avergonzado.

La cena era a las nueve. Hasta entonces seguí llamando a Paula. Apagado o fuera de cobertura.

Habíamos quedado en un restaurante local, acogedor, luz de velas y música tranquila de fondo. Había que reconocer que Nick era un maestro. Cuando llegué pude ver mejor a nuestras acompañantes. Mi compañero estaba en lo cierto. Eran dos mujeres realmente espectaculares. Ambas de pelo rubio, ojos claros, altas y rostros angelicales con una pizca de demonio. La mía destacaba por sus labios carnosos, que configuraban una sonrisa amplia y frecuente. Los detalles de Nick sobre la suya eran correctos. Sus enormes pechos no pasaban inadvertidos. Cuando me la presentó y fui a darle dos besos tuve que ponerme de puntillas para salvar los “Alpes” escandinavos.

Resultó que las dos suecas eran azafatas de verdad y siempre las cogían para hacer los anuncios de la compañía. Hablaban bastante bien español. Nick se encargó de que el vino corriera por sus gargantas pero a mí no consiguió sacarme de la Coca-Cola. En mis frecuentes viajes al aseo aprovechaba para llamar a Paula, pero siempre obtenía el mismo aviso. Según avanzaba la noche Nick hablaba y hablaba y ellas reían y reían. Morritos se acercaba cada vez más a mí y yo intentaba separarme, pero ella insistía, jugaba con mi pelo y me decía al oído cosas como

Generösa, jag älskar du y visa mig min kärlek. Yo no entiendo sueco, pero sus ojos traducían sus palabras.

Usé el vino como aliado. Pedí otras dos botellas y les rellené las copas. En una de mis escapadas al baño Nick me siguió y empezó a hablarme con dificultad:

—¡Mikyyyyyy! Amigo mío, cuánto te quiero. Deja de moverte. Tuva quiere que la acompañe al hotel para enseñarme sus *bröstsida*, o algo así. Estate quieto. Aunque yo lo que creo es que quiere darse un buen revolcón. Y a Malin parece que le van a saltar los botones de la camisa cada vez que te mira. Miky, deja de duplicarte.

Estaba en deuda con él. Los monté en el coche y nos dirigimos al hotel. En el asiento de atrás, entre risas, Nick y su acompañante hacían intercambios lingüísticos. En el asiento del copiloto, Morritos se inclinaba hacia mi hombro y me deslizaba la mano por la pierna. A la tercera vez que la aparté optó por quedarse jugueteando con la palanca de cambios. Cuando llegamos al hotel intenté despedirme y disculparme, pero apenas se tenían en pie. Me sentí culpable por las botellas adicionales, así que los subí a la habitación. Cuando entramos Nick se fue directo al baño y las suecas cayeron sobre la cama. Aproveché para llamar a Paula, por inercia, sin percatarme de que las dos de la mañana no era la mejor hora para contactar. Dio tono. Por fin. Dos, tres, cuatro. Mientras esperaba el quinto tono un golpe seco llegó desde el baño, seguido de un grito de Nick. Dejé caer el teléfono sobre la cama y acudí a la llamada. Al abrir la puerta me encontré a Nick caído de bruces delante del inodoro, con los pantalones bajados a la altura de las rodillas. Mientras se tocaba la nariz, reía y gritaba. Me acerqué para ayudarlo a levantarse. En ese momento una conversación procedente de la habitación me heló la sangre.

—¿Paula? Miguel, te llama Paula. Yo ponerme *celosaaaa*. —Se oía en un tono juguetón.

¡Paula lo había cogido! ¡Y estaba hablando con Morritos! Intenté volver a la habitación, pero Nick se aferró a mí. Caí al suelo.

—Yo ser Malin, su novia de Suecia. Tuva, avisa a Miguel.

—Miguel, Miguel. Estamos en la cama, hablando con Paula —remató *Pechugas*.

Me zafé de Nick y salí a la habitación, salté hacia la cama y cogí el teléfono mientras una de las suecas decía “fiera” y la otra “torero”.

—Paula, por fin...

—Miguel, ¿qué haces? ¿Restregarme que has conseguido lo que querías? Al ver tu llamada a estas horas pensé que debía escucharte y esos gritos... Creía que te pasaba algo. Imbécil. No vuelvas a llamarme.

Y colgó. No cumplí sus órdenes y la llamé de inmediato. Un tono y cortó. Repetí. Apagado o fuera de cobertura.

Sentí ganas de llorar. No lo hice. No por vergüenza a que me vieran, nadie podía hacerlo. Las suecas dormían abrazadas en la cama y Nick, por su parte, se aferraba al bidé en el aseo. No lloré porque, a pesar de todo, tenía esperanzas de recuperarla.

Me fui a casa, dormí un par de horas, me duché y estrené el martes dirigiéndome al aeropuerto. Al poco de despegar me quedé dormido. Otra pesadilla me atormentó: Estaba en un avión y Noelia García ya era toda una mujer y era azafata del vuelo, junto a su compañera Brook Shields. Les pedía una Coca-Cola y se sentaban junto a mí, una a cada lado. Empezaban a susurrarme cosas ininteligibles al oído mientras se quitaban la ropa. Yo intentaba huir, pero no podía dejar de beber Coca-Cola. Cuando estaban totalmente desnudas colgadas de mi cuello, aparecía Paula por el pasillo y, al vernos, se giraba y saltaba en paracaídas. Ahí me desperté. Aunque me costó ser consciente de ello. En los monitores estaba una Brooke Shields de mi edad. Estaba perplejo. No sabía si estaba despierto o seguía soñando. Sin apartar la vista del televisor dije hacia mi

derecha: “Pellízcame”. Una anciana me golpeó con el bolso y empezó a insultarme. Esto me confirmó que estaba despierto. Me disculpé mil veces, pero la mujer no quedó muy conforme. La imagen del televisor era real, estaban poniendo la película *En pata de guerra*. Seguí viéndola. Es tronchante, muy recomendable. No sabía que Brooke seguía haciendo películas. Estaba impresionante. La dulzura de sus labios y de su mirada de niña permanecían decorando su madurez.

Al llegar a Sevilla fui directo a la dirección de Hispalense de marquetaría. Era la hora de comer, así que Paula no tardaría en salir. Esperé en la calle. Sobre las dos se abrió la puerta y salió ella. Si en mi recuerdo era la mujer más hermosa del mundo, ahora me parecía más hermosa que la más hermosa. Avanzó por la calle, sonriente, contoneándose, acompañada de su jefe. Ese majadero. No paraba de sonreírle y babear. Aunque no hacerlo sería un insulto.

No me vio hasta que estuvo a un metro de mí. Frenó en seco:

—¿Miguel? Pero, pero... ¿Qué haces aquí?

Bien. Factor sorpresa. Parecía confundida, pero me hablaba.

—Lárgate, no quiero verte —continuó.

La cosa se estropeaba. Recordé los consejos de Nick. Tenía que conseguir que me escuchara.

—Paula, te comprendo. Entiendo que me odies, que no quieras verme, que desees que desaparezca para siempre. Pero todo tiene una explicación. Escúchame. Tan solo te pido que me escuches una vez. Y si después de oírme decides que no quieres volver a verme, desapareceré de tu vida a riesgo de no volver a sonreír, de no volver a abrir los ojos, de no volver a oír, de no volver a abrazar ni a besar, porque después de amarte como te amo ahora mismo, ni mis ojos ni mis oídos querrán volver a ver ni oír nada que no sea tu cara y tu voz, ni mis brazos querrán abrazar nada que no sea tu cuerpo, ni mis labios podrán besar y sonreír a otra cosa que no sean tu boca y tu corazón.

Paula guardó silencio. Parecía dudar. Crucé los dedos de las manos e intenté cruzar también los de los pies. Toda ayuda era poca.

—Paula, ¿te está molestando? —intervino el oportunista de su jefe.

—No, no, Daniel. Está todo bien. —Se giró hacia él—. Necesito hablar con él. ¿Puedo volver directamente después de comer?

—Está bien, pero no te retrases —aceptó él de mala gana.

¡Toma ya! Miguel uno, jefecillo don perfecto baboso cero. ¡Me iba a escuchar! Tuve deseos de llamar a Nick y decirle que le quería, pero pensé que no me beneficiaría en nada con Paula.

Fuimos a comer. No recuerdo ni dónde era, ni si comí o no. Estaba solo centrado en Paula. En su belleza. En su tripa, que aún no delataba nada. Y en convencerla de mi inocencia. Le solté todo. Noelia García. Mi promesa y mis mentiras para acabar mis relaciones ante cualquier atisbo de amor. Según avanzaba en mi relato ella se iba relajando y hacía gestos de reproche que acababan en sonrisas. Sonó mi móvil. Era Javier. Corté, ya le llamaría. Al oírlo ella sacó el suyo.

—¡Uy, lo había olvidado!, como estabas tan pesado lo apagué —dijo mientras lo encendía—. Aunque lo conecté por la noche, justo para que llamaran tus amiguitas —dijo recuperando el gesto serio y lanzando una mirada inquisitiva.

Empecé a explicarle todo. Mientras se lo contaba empezaron a llegar avisos a su móvil. Ella los miraba y me interrumpía diciendo “Aviso de llamada: Miguel”. Yo no la hice caso y le detallé todos los pormenores del día anterior, el por qué estaba en la cena y como había llegado mi móvil a manos de las suecas. Mientras avanzaba en mi relato, ella dejó de hacer comentarios a cada aviso de su móvil. Tan solo lo miraba y seguía escuchándome hasta que cuando dije “y esta mañana he cogido el avión...”, sonó un nuevo aviso y lo miró con dejadez mientras me sonreía

con calidez, a punto de levantarse e ir hacia mí.

—¡Ahí va! ¡Un mensaje de Bea!

Bea, ¿quién era Bea? Recordé. Mierda.

—Eh. No lo leas, se habrá equivocado.

—¿Por qué se va a equivocar? Debe de querer algo. Ayer tenía un montón de llamadas perdidas de ella.

—Que no, que esa chica es muy despistada, que seguro que se ha equivocado. Bueno, ya me has perdonado, ¿verdad?

—No seas tonto, Miguel. Ya sé que no te cae muy bien, pero de eso a no dejarme leer sus mensajes...

—Además, fíjate qué móvil más viejo tienes. Trae, te lo cambio por el mío. 4G, *bluetooth*, cámara de 10 megapíxeles. ¡Es la caña! Toma, te lo cambio.

—Pero ¿qué te pasa, Miguel? Vale ya de tonterías —sentenció seria mientras manipulaba el aparato.

Cerré los ojos. Apreté los dientes.

—“Llámame” —leyó.

—¿Solo eso?

—Sí, solo eso, Miguel. ¿Qué más tiene que poner? Estás muy raro —dijo mientras empezaba a toquetear el móvil—. Un segundo, que la llamo.

—¿Ahora? No, Paula, más tarde. —Intenté ganar tiempo—. Ahora lo que vamos hacer es ir a ver la Torre del Oro. Es preciosa y me han encargado unos lingotes. Mi hermano, ya sabes, colecciona de todo...

Me miró perpleja.

—Miguel, a veces ni yo entiendo tus bromas. Deberías descansar un poco.

Y apreté el botón de llamada. Mi vida se convirtió en un castillo de naipes. Todas las cartas conformaban una construcción compleja, perfecta, pero inestable. La cara alegre de Paula cambió a tristeza e ira justo después de que sus labios pronunciaran: “¿Bea?”. Su mano extendida ejerció sobre mi cara la presión necesaria para lanzar por los aires todas las cartas de la baraja que componían mi castillo.

Paula se fue y yo me quedé destrozado. Fui al aeropuerto. No había vuelo hasta el día siguiente. Cogí un taxi y le dije que me llevara a un hotel.

—¡Chiquillo, qué mala cara tienes! Tú lo que necesitas es una buena mujer. Te voy a llevar a un hotel que es donde van todas las mujeres guapas, modelos, azafatas, todas esas. ¡Ozú, qué arte tienen! Solo de verlas se le arregla a uno la vida.

Me dejó en el hotel y fui a la recepción. Completo. Cuando la fortuna te esquiva, no tiene sentido perseguirla. Fui al bar, cabizbajo.

—¿Qué va a ser, caballero?

—Una Coca-Co... —Me detuve—. Un whisky con hielo.

Al tercero unas voces familiares dijeron mi nombre:

—¡Miguel ¡Amor! ¿Qué hacer por aquí?

Malin y Tuva iban directas a mí con los brazos abiertos.

—Pero qué mala cara. Nick nos contó todo. Lo sentimos mucho —me dijeron los morritos de Malin mientras me abrazaba.

—Yo también sentirlo —dijo Tuva mientras me abrazaba también, aunque en su caso fui incapaz de abarcar todo su perímetro.

Me alegré de verlas. No sé si fue por el alcohol, o porque les había cogido cariño.

—Espera. Nos cambiamos y bajamos contigo.

Yo pensé que con el uniforme de azafatas estaban muy bien. Pero no me opuse.

Malin y Tuva. Sí, recordaba cómo se llamaban. El alcohol tiene un extraño efecto en mí. Me hace recordar todos los nombres. Y en aquel momento un torbellino de caras y nombres recorría mi mente. Se me ocurrió algo. Cogí una servilleta, pedí un bolígrafo al camarero y empecé a escribir en dos columnas nombres por parejas: Marga – Marta; Bicho – Bea; morritos – Malin; Pechugas – Tuva; Brooke – Noelia; Flor – Lucas...

Me interrumpieron las suecas con su alegría. Recuerdo que bebimos y reímos. Que me dijeron que me querían y yo que las amaba, yo que no tenía habitación y ellas que tenían una muy grande. Lo siguiente que recuerdo fue el techo de una habitación y un dolor de cabeza monumental. Noté un peso sobre el hombro. Giré la cabeza. Unos morritos me señalaban. Recordé la nota ¡Malin! Era difícil contenerse para no besarlos. Tanteé mi cuerpo bajo las sábanas. No había ropa. Empecé a preocuparme. Palpé el cuerpo de ella. Ni rastro de tejidos distintos a los de su piel. Se despertó y me besó la mejilla. La preocupación tornó a nerviosismo. Me incorporé. Apareció la otra sueca. Llevaba puesta mi camisa, que apenas podía contener sus pechos ¡Tuva! Me sonrió, me besó en la otra mejilla y puso la televisión. Al nerviosismo le substituyó el pánico. ¡No recordaba nada! ¿Qué hicimos aquella noche? Solo podía saberlo preguntándole, pero me daba vergüenza hacerlo. Si pasó algo, no quería defraudarlas delatando que no recordaba nada. Aquello era insoportable. No sabría si realmente no pasó nada y así tendría la conciencia tranquila, pero por otro lado, ¿y si pasó? ¡No tendría el recuerdo de una noche de sexo con dos suecas explosivas! Busqué el reloj. Lo encontré en la muñeca de Malin.

—¡Mi avión! Tengo media hora para llegar al aeropuerto.

Mi comentario activó a las azafatas. Malin me devolvió el reloj, yo busqué mi ropa interior y los pantalones y Tuva se quitó mi camisa. Otra punzada de dolor castigó mi falta de recuerdos. En la tele ponían esa serie en la que a veces sale Enrique Iglesias, *Dos hombres y medio*. Es muy graciosa. Mientras me vestía no podía evitar mirarla de reojo. Cuando estaba terminando de abotonarme la camisa en pantalla apareció Brooke Shields. Me paré. Miré a las dos suecas medio desnudas. Evidentemente estaba soñando. Nada de eso era posible. Vi una botella de agua y me la eché por la cabeza. Cuando subí al avión todavía tenía la camisa mojada.

Cuando llegué a casa ya era el mediodía del miércoles. Estaba agotado. Mandé un mensaje a Nick: “Fracasé”. Al momento sonó una llamada. Pensé que sería él, pero era Javier.

—Miguel, ¿cómo estás? ¿Llamaste a Marta para lo de mi fiesta?

—Sí, Javi. Todo solucionado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí todo bien. —No tenía ganas de hablar.

—Es que no me ha dicho nada y pensé que te habrías olvidado. Gracias, Miguel. Ayer cené con ella y parecía algo distraída. Supongo que sería por eso. Porque no harías algo raro, ¿verdad?

—No, Javi, no. Todo bien. Tengo que colgar.

Lo hice y apagué el teléfono. Pensé que la cabeza me estallaría. Necesitaba distraerme y no pensar. Puse la tele y apareció Hannah Montana. Eso estaba bien, me parto de risa con esa chica. Pero no lograba desconectar. Paula. Había prometido que la dejaría en paz. No volvería a verla. Ni a mi hijo o hija. En el episodio de la serie irrumpió Brooke Shields. Es realmente hermosa. Pensé que me estaba volviendo algo obsesivo. Miré alrededor. Vi un florero, pero descarté hacer

la prueba de si estaba soñando. Miré la tele de nuevo. Brooke me recordó a Noelia García y esta, que mantener las promesas no necesariamente te hace la vida más feliz.

Sonreí. Cogí un folio y empecé a escribir:

“Querida Paula:

Te escribo esta carta a sabiendas de que.....”

Tras una laboriosa reconstrucción de mi cara a fin de ocultar la larga noche en vela, me apresuré a mi encuentro con Fede, *mi Fede*, mi gran compañero.

Nuestra amistad se remonta a muchos años. Eso de tener apellido común hizo que de niños nos tocara compartir pupitre en el cole todos los años y... mi merienda. Me decía que se olvidaba llevarla. Nos peleábamos, pero siempre ganaba él, así es que, tras pasar hambre durante unos días, decidí pedir a mi madre que me aumentara la ración.

Años después él se decantó por la rama de las ciencias y yo por la contraria, por lo que dejamos de compartir mesa, mas no comida. El hábito se hizo tradición y su instinto siempre me encontraba cuando sus tripas le hablaban. Ahora, en compensación a mi labor, cocina él.

En esos años adolescentes de descubrimiento Fede invertía su tiempo en la exploración exhaustiva de cada fémica que respiraba a su lado. No había una que se resistiera a subir en su moto.

Su media melena de un negro azabache, hoy tintada de blanco, ese cuerpo moldeado a base de patadas a balones y un desparpajo que le precedía, le hacían invencible en cada conquista. Además, tenía un tono de voz que gustaba y conocedor de ello, solía atraer cantando. Cuando le veía con guitarra en mano, sabía que estaba metido en pleno flirteo.

Yo permanecía al margen de estos juegos. Mi vida se basaba en estudiar. Mi madre me inculcó desde pequeña mi deber por no convertirme en una mujer que abandonara todo por un hombre “como ella había hecho”.

Oí tantas veces este mensaje que se hizo lema en mi vida, alejando de mí cualquier posible vampiro que se me acercara y me desviara del camino. No prestaba mucha atención a mi aspecto, para mí no era prioridad y solía vestir con unos roídos vaqueros, camisetas de mi hermano, zapatillas de deporte, por supuesto nada de maquillaje y pelo corto, muy corto.

Solo me dejaba ir con Fede: “Él te ve como un amigo”, sentenciaba. Él y todos. Lástima que esto me haya pasado factura tiempo después. No obstante, he de decir que agradezco en parte los consejos de mi madre, pues fomentó nuestra unión al tiempo que me hizo descubrir el valor de la amistad desde temprana edad. El compartir tantos momentos desde tan jóvenes, propició que comenzáramos con este intercambio de alegrías y penas de nuestras vidas que, a día de hoy, conservamos.

Cuando las broncas en casa de Fede se hacían insoportables, buscaba auxilio en mí, pues yo era “su colega, solo conmigo podía mostrarse”. Puedo relatar cada capítulo de su vida reconociendo cada sentimiento que en ellos vivió pues estaba al tanto de todas sus aventuras desde las más íntimas hasta las más cotidianas.

Fuera del ambiente de su casa y en general su vida era buena, pero cuando quería sentirse vivo, venía a mí pues yo era con la única persona con la que podía hablar sin reparos mostrándose sin temor.

Dani, su incansable compañero de fiestas y juergas, intentaba adentrarse en nuestro mundo con poco éxito; cuando Fede y yo abríamos nuestros universos, solo había cabida para nosotros.

Los años pasaron y trajeron distancia. Estuvimos cinco años viviendo en diferentes ciudades, manteniendo contacto, pero sin vernos. Cuando ya creí que la relación acabaría diluyéndose, apareció un día en mi oficina.

Pasé por su lado sin percatarme, (guardo resquicios de las enseñanzas y suelo no mirar a mi alrededor). Escuché mi nombre. Sin haber podido girarme del todo, le tenía cogiéndome las

manos y casi con más asombro que alegría me miraba de arriba abajo, sonriendo y balbuceando.

Poco quedaba ya de aquella Marta desgarrada. Mi aspecto por fin coqueteaba con la feminidad. Cuidaba más mi apariencia con un vestuario diferente al que él estaba acostumbrado, ganaba centímetros gracias a la altura de mis tacones y ya había descubierto el poder de un buen maquillaje. Él me tocaba el pelo, supongo que para comprobar que efectivamente era mío, tratando de entender dónde lo había tenido guardado en aquellos años de instituto.

Nos abrazamos y pasamos tres días hablando sin parar.

Una mañana de invierno lluvioso agarré mi almohada y sentí cómo él, adormilado, abrazaba mi cuerpo. No sé cómo una cosa llevó a la otra, pero allí estábamos. Sin daño ni melancolía retomamos nuestra relación en el punto donde se construyó: la amistad. Desde entonces, además de compartir ciudad, compartimos de nuevo muchos momentos configurando día a día el uno el diario del otro.

Entré en la cafetería y Fede, siempre puntual, aguardaba sentado en nuestra mesa:

—Hola Reina. ¡Vaya cara traes! ¡No quiero que vuelvas a ver a ese tío! —Acataba siempre mi deseo de no mencionar su nombre—. ¡No merece que dediques ni un segundo más! Si te vuelve a llamar, me avisas y ya aclaro yo todo con él. No pienso dejar que se acerque a ti. ¿Cómo es posible que después de cómo se comportó, siga reapareciendo una y otra vez? Ya sabía yo que no era trigo limpio. Cuando me dijiste que te casabas con él, intenté que entraras en razón. Si se le veía venir... ¡Abre los ojos! Mereces alguien mejor, que te vea, que sepa quién eres y que te quiera como debes ser querida.

—Para, Fede, respira.

Obvio es que Fede no tolera nada que venga de mi “Príncipe Verdeazul” al que, por el tiempo transcurrido desde su última visita, creía ya en el olvido, además de la llegada de Javier que había puesto velo en mis ojos.

Fede ha tenido que recogerme en pedazos muchas veces, cuidarme permaneciendo atento a entregarme solo lo mejor para que pudiese volver a la realidad que me tocaba vivir con el menor dolor posible. Su calor me ha salvado siempre; saberme querida por él, ha sido mi mejor antídoto a la tristeza.

Comencé a beberme su café. Pedimos dos más. Saqué mi paquete de kleenex asumiendo que iba a necesitarlo. Soy de lágrima fácil.

—Sé de sobra lo que tengo que hacer. La teoría la tengo grabada a sangre. Llevo tiempo tratando de convencerme de que debo alejarle de mí, no dedicarle ni un solo pensamiento, dejar de imaginarme respuestas a su fuga y sobre todo dejar de buscar el momento en el que hice o dejé de hacer para provocar que se alejara de mí partiéndome en dos sin piedad. Pero sucede que sigue siendo el dueño de mi corazón. Ocurre que allá donde vaya, busco su rostro entre la gente con la esperanza de que finalmente me encuentre y no se aleje de mí jamás. Sigo sin voluntad para poner distancia entre nosotros.

He imaginado muchas veces nuestro reencuentro poniendo palabras de arrepentimiento y de entrega absoluta a nuestro amor en su boca. Nunca he vuelto a amar a nadie como le he amado a él. Sus besos me hacían vibrar, sentirme plena, fuera de mí, como si flotara. El tiempo se detenía para dejar que nos amáramos lenta y apasionadamente, descubriendo cada parte de nuestro cuerpo. Su entrega me hacía sentir indestructible.

—Conocer a Javier ha supuesto un soplo de esperanza. Por instantes creí haber dejado atrás todo. Sin embargo, la nueva aparición de PVA, (“Príncipe Verde Azul”) ha desmantelado todo este universo que se estaba creando. No es que piense en dejar de ver a Javier, de hecho, no quiero hacerlo. Lo que no sé es si estaré siendo justa con él alimentando esta historia siendo incapaz de

ver solo su rostro.

—Ya estás otra vez haciendo lo mismo. ¡Deja de pensar en ellos, lo que quieren o lo que necesitan! Tienes que dejar de actuar pensando en lo que los demás desean. Aprende a cuidarte queriéndote y escogiendo lo que te hace feliz, ¡eres libre para elegir! ¡Piensa en ti! ¿Verdad, Dani? —dijo Fede, al tiempo que se levantaba para abrazar a nuestro amigo y alejarse con la excusa de una llamada.

Me había olvidado de Dani. Pero ¿qué hace aquí? ¿Cómo sabía dónde estábamos?

Antes de que pudiera interrogar a Fede, causante sin duda de esta situación, Dani, extrañamente, se aproximó lentamente hacia mí y me dio un par de besos. Me sorprendió. Jamás hace eso; suele elevarme estrujándome, casi sin dejarme respirar. Pensé que le pasaba algo. Su semblante era ligeramente serio.

Fede se levantó de la mesa mirando fijamente a Dani y guiñándome un ojo, con ese característico gesto suyo con el que trata de darme confianza.

—Dame esos kleenex por favor —me dijo Dani.

Con extremo cuidado y lentamente como quien limpia un lienzo, secó mi rostro deteniéndose por mis mejillas. Parecía que quisiera leer mis lágrimas. Acercó la silla. Me cogió las manos al tiempo que acariciando mi rostro me dijo que tenía que decirme algo.

Estaba tan sorprendida por la manera en la que se estaba comportando, que apenas podía responderle.

Él tan dicharachero siempre, el rey de los chistes, el compañero perfecto para fiestas, un buen tipo dónde los haya, aquel en el que, sin lugar a dudas, puedes confiar, pero que rara vez mantendrá una conversación seria más allá de tres bromas y hoy de repente ... tan silencioso, tan discreto. Algo debía estar pasando.

—Dani me estás preocupando. Te veo muy serio. ¿Va todo bien?

—Estoy bien.

Hizo una pausa mirando al suelo nervioso.

—No sé cómo decirte esto.

Alzó su cara hasta mirarme.

—Dilo sin más. Nunca has tenido problema en hablar conmigo. Suéltalo, que ahora si estoy preocupada.

Titubeando, comenzó.

—Verás, es algo que hace tiempo quería hablar contigo, años de hecho.

—¿¿Años?! —interrumpí asombrada. ¿¿Años?! No puede ser. ¿Hay algo que Dani no nos haya dicho ni a Fede ni a mí en... —¿¿Años?! —Aún más perpleja.

—Sí, debí hablarte hace tiempo, bastante tiempo atrás, aunque no lo creas. Lo intenté unas cuantas veces, pero nunca encontraba el momento adecuado. Me acercaba a ti y cuando creía que podía hablarte, empezaba a temblar, ya no recordaba lo que había ensayado que iba a decirte y al final me daba la vuelta sin decirte nada.

Otra vez bajó la cabeza.

— En fin, que soy un poco cobarde... tenía miedo de tu reacción, de que no te gustara lo que tenía que decirte, de perderte.

Le abracé y cuando traté de decirle que nada de lo que me dijera me iba a apartar de él, se adelantó y

—Ya es hora de que sepas que quiero dejar de lado esta relación de amistad...

—¿¿Qué?! ¿¿Por qué...?!

Mientras me miraba fijamente noté como su pierna se movía de arriba a abajo. No dijo nada

más.

Incapaz de articular palabra, comencé de nuevo a llorar sin consuelo. No estaba preparada para que Dani desapareciera de mi vida. Es algo que nunca imaginé. Mil preguntas se agolpaban en mi cabeza, ¿qué ha podido ocurrir para querer dejar nuestra amistad? ¿también él va a desaparecer de mi vida? ¿Otro más? ¿Y ha aguantado tanto tiempo en esta amistad sin quererla?...

Confundida, busqué la ayuda de Fede que permanecía en la barra atento a nosotros. Dos segundos pasaron antes de tenerle a nuestro lado. Sabe de sobra leer mi mirada.

Dani se levantó sobresaltado, como si la presencia de Fede le hubiera cogido desprevenido y por la forma en la que de hecho le increpó, hasta me atrevería a decir que molesto. Se despidió de ambos:

—¡No he podido hacerlo! ¡Has aparecido muy pronto! ¡Quedamos en que por lo menos me darías veinte minutos!

—Te dije que esperases un poco más; hoy no era el día por lo que ocurrió anoche — contestó Fede.

—¿Esperar más? Parece mentira que me digas eso — respondió Dani algo contrariado.

Me miró con ternura. Sin acercarse me lanzó un beso y se marchó.

No tuve tiempo ni de levantarme e ir tras él, ni de preguntar a Fede a qué se debía todo esto, pues en medio de este mar de lágrimas recibí varias llamadas que traté de obviar pero que, ante la insistencia, tuve que coger imaginando que sería algo urgente.

He de confesar que no me atrevía a mirar quién era el destinatario, pues mi *VerdeAzul* fue la primera imagen que me vino a la cabeza. Pese a mi negativa a dejarle entrar anoche en mi casa, sé lo insistente que puede llegar a ser cuando persigue algo.

Fede, raudo y veloz, cogió el móvil antes de que yo pudiera tirar el *kleenex*:

—Es un tal Miguel. ¡Vaya cuatro en una mañana! No está mal mi querida Princesita —comentó riendo.

Miguel quería pedirme ayuda con los preparativos para la fiesta de Javier. Acababa de regresar de Sevilla y no había tenido tiempo para nada. A mí me dio que además andaba con medio colocón aún, porque me soltó alguna que otra palabra en sueco, creo. Sonó parecido a cuando hablaba una sueca que salió con Fede hace años.

Sea como fuere, quedé con él para comer, ya que antes debía enseñar el caserón al matrimonio americano. Pensé que si conseguía finalmente esta venta, mi aspecto mejoraría algo y así el *tío-canguro* no notaría el desgaste que llevo desde anoche, amén de tratar de mostrarme contenta e interesada en colaborar en la llegada a los cuarenta de su hermano.

Afortunadamente, la venta se llevó a cabo, pero no alegró mi día. No obstante, aunque con mi rostro todavía magullado, me pinté una gran sonrisa, estrené la barra de labios rosa chicle —en la esperanza de que los encantos de la misma descritos por la vendedora dieran sus frutos— y entré en el restaurante en busca de Miguel.

Me adelantó que no tendría problema en reconocerle, pues Javier y él se parecen físicamente, aunque él es más bajo. Además, a modo de pista, dado que es fotógrafo, dejaría su cámara visible encima de la mesa.

Fue fácil encontrarle. Ciertamente el parecido era palpable, sin embargo, ese toque descuidado... esos ojos azules... No sabría definir muy bien ese suspiro que salió de mi boca sin permiso, pero no estoy ahora para adentrarme a descubrirlo.

—Hola, soy Marta —dije cuando alcancé su mesa.

—¿Broo... Brooke...?! ¿Noe... Noelia?!

“¡Por Dios! ¡Marta, me llamo Marta!”, pensé para mis adentros.

—Necesito con urgencia una Coca-Cola... —dijo Miguel alzando la mano en busca del camarero.

“Querida Paula:

Te escribo esta carta a sabiendas de que quizá nunca te llegue. O quizá te llegue y no la leas. Entonces no tendría sentido escribir eso. O quizá la leas y...”

Estrujé el folio y lo lancé a la papelera. Nunca se me había dado bien escribir mis sentimientos.

Cogí un nuevo papel en blanco. Cerré los ojos unos segundos y me precipité a escribir.

“Querida Paula:

“P” de preciosa, “A” de amante perfecta, “U” de...”

No se me ocurría nada con la “u”. Tiré una nueva bola de papel y cambié de canal de televisión, buscando una inspiración diferente a Hanna Montana. Vídeos musicales. Perfecto. Volví a la carga.

Media hora después la papelera rebosaba y la desesperación me invadía. Estaba a punto de abandonar cuando en la televisión comenzó un vídeo de Alejandro Fernández. Era perfecto. Parecía que habían transcrito mis sentimientos en aquella canción. Cogí el enésimo papel en blanco:

“Querida Paula:

No te pido las estrellas, ni la luna, ni el sol. Yo no te pido ser el dueño de tu amor. No necesito que me jures la verdad, solo tu mirada me basta. No preciso obligarte que me dediques tu existir, es tan sencillo lo que quiero yo de ti. Te has convertido en mi luz, mi manantial, ya no puedo más que en ti pensar. Y tú, mi amor, me elevas al cielo. Y tú, mi amor, de mi sueño al desvelo. Y tú, mi amor, solo tú, mi amor. Tengo una sola petición, solo te pido: quíereme. Quíereme, cariño, que tú eres mi adoración. Quíereme, quédate conmigo, has atrapado mi corazón. Quíereme, quíereme, quíereme, quíereme. Solo te pido lo que quieras entregar. No te pido una fortuna, ni un tesoro que pagar, en tu guarida es donde quiero yo morar. Quiero perderme en el abismo de tu piel, para luego volverte a querer. Y tú, mi amor, me embriagas, me hechizas. Y tú, mi amor, con cada sonrisa. Y tú, mi amor, solo tú, mi amor. Llevas mi alma en tu bolsillo, por eso pido: quíereme, quíereme, cariño, quíereme, cariño. Quíereme, quédate conmigo. Conmigo. Conmigo.

Siempre tuyo,

Miguel.”

Perfecto. Paula no era mucho de música latina, así que no había peligro. Doblé el papel. Busqué una foto de los dos juntos, riendo, felices, y la añadí. Cogí también el tique de la primera película que vimos juntos, *Los abrazos rotos*. Eligió ella. Buenísima. Eso dijo ella, yo no la entendí muy bien. Yo quería ver *Fuga de cerebros*, pero era nuestra primera cita y no quería meter la pata. Los billetes del autobús de dos pisos de nuestro viaje a Londres, las entradas del Coliseo de Roma. Lo fui amontonando todo para añadirlo y tocar la fibra sensible, inundándola de

recuerdos felices. Sonó mi móvil. Era Nick.

—Miky, tío. Siento mucho toda tu movida. Pero, en fin, esta tarde hay un congreso de apicultura y nos han contratado el reportaje fotográfico. El jefe se ha mosqueado por no verte en varios días y dice que quiere que lo hagas tú.

La maldita crisis hacía que cada vez la agencia aceptara trabajos más extraños.

—Vale, no te preocupes. Lugar y hora.

—Palacio de Congresos. Inauguración a las seis y media. ¿Cómo llevas lo de la fiesta de tu hermano? Ya sabes que puedes contar conmigo para ayudarte en la preparación.

¡La fiesta! Había estado tan absorbido por mis problemas que había olvidado organizar la fiesta de su cuarenta cumpleaños. Tan solo quedaban tres días. No podía defraudarle. Nick parecía la única solución, pero no podía arriesgarme a pasar la noche viendo salir continuamente azafatas suecas de tartas de nata.

—Todo controlado, Nick. Adiós.

La única persona en la que podía confiar era una desconocida para mí: la nueva novia de Javier. Busqué su número en el móvil. Por Maite no encontré nada. Era Maite, ¿verdad? Recordaba haber grabado el nombre correcto después del bochorno de la llamada que le hice, pero ahora no sabía qué nombre buscar o, al menos, no era el que yo creía (juraría que era Maite). Pensé en tomarme una copa, para recordarlo, pero me asustaba la experiencia de la noche anterior. Recordé la servilleta donde escribí los nombres. Busqué en el bolsillo del pantalón. Allí estaba. Afortunadamente mi noche de “no o quizá sí” pasión no la había extraviado. Leí la primera pareja de nombres: Marga – Marta. ¡Eso es! ¡Marta! Busqué en el móvil y encontré el contacto. Llamé:

—Hola, Marta. Soy Miguel. Ya ves, recuerdo tu nombre...

—No soy Marta. Espera un momento —me interrumpió una voz masculina.

¿Quién sería ese tipo? Me pareció raro que un hombre contestara a su móvil, pero no le di importancia. A fin de cuentas, mi experiencia con quién contesta tu móvil no me permitía sacar conclusiones.

Mientras esperaba a mi interlocutora vino a mi memoria el recuerdo de Malin y Tuva y lo que daría por saber qué pasó aquella noche. ¿Cómo eran esas palabras que me dijo Malin en sueco? ¿Generösa? ¿Jag älskar? Debería buscar su significado en un diccionario.

—¿Miguel?, ¿Miguel? ¿Eres tú?, ¿estás bien? ¡No entiendo lo que dices!

La voz hermosa que yo recordaba, pero con un tono aún más triste, me devolvió a la realidad.

—Perdona, Malin. ¡Marta!, ¡Marta! Tu nombre es Marta. —A estas alturas aquella mujer ya debía de tener un concepto bien definido de mí: cretino retrasado integral.

Nervioso, empecé a exponerle la situación mientras intentaba no decir tonterías para mejorar su concepto sobre mí o, al menos, no empeorarlo, y guardaba todo el contenido de la carta para Paula en un sobre. Marta accedió encantada a ayudarme. Me había salvado la vida. Intuí que nos llevaríamos bien. Me propuso quedar a comer. Miré el reloj, el sobre cerrado y mi cámara. Me esperaba una tarde intensa, pero tenía que avanzar en lo del cumpleaños. Tenía media hora para entregar la carta, luego comería con Marta y después a hacer fotos a los amantes de las abejas. Accedí. Le facilité la tarea de reconocerme:

—Imagínate a Javier. Ahora quítale todo aquello que haría que no fuese tan perfecto. Ponle una cámara de fotos y me reconocerás.

Nadie abrió la puerta de la casa de Paula. No sabía cuándo volvería de Sevilla. Intenté pasar el sobre por debajo de su puerta, pero con tanto relleno no cabía, así que opté por echarlo en su buzón.

El tráfico se puso de mi parte y llegué enseguida al restaurante, antes que Marta. Estuve

probando mi memoria. Memorizando su nombre. Intentando olvidarlo y recordarlo. Marta. Lo tenía controlado. Jamás lo olvidaría. Había pensado asegurarme tomándome una cerveza, pero la posibilidad de no recordar al día siguiente si había hecho el amor con la novia de mi hermano me hizo desistir. Intenté olvidar todas las cosas raras de los últimos días. Paula, las suecas, Brooke Shields y los sueños extraños. Tenía que causar una buena impresión a mi próxima cuñada: Marta. ¡Sí, lo recordaba! ¡Marta, Marta!

—Hola, soy Marta.

Miré hacia la voz hermosa que reconocí pese a la ausencia del teléfono. Sufrí un colapso.

—¡¿Broo... Brooke... Noe.. Noelia?!

Marta era Brooke Shields, o eso me parecía a mí, porque empecé a marearme y su rostro se transformaba en el de Noelia. Tan solo tuve tiempo de levantar el brazo y pedir al camarero una Coca-Cola. *La chispa de la vida* me devolvió a ella.

Marta ni era Brooke ni era Noelia. Era Marta. Solo ella, con un parecido físico sorprendente a la norteamericana que hizo disparar todas mis paranoias. Me disculpé con ella una y mil veces durante la comida. Es un portento. Yo le suministré los datos: sábado, chalet de mis padres, cincuenta invitados. Ella aportó las preguntas: dimensiones del chalet y presupuesto. Las respuestas “grande y a lo grande” la hicieron reír pero no la convencieron. Así que usé el móvil para interrogar a mi padre y consultar mi saldo bancario.

—Estupendo, con eso tenemos hasta para mariachis. Es broma —corrigió al ver mi cara de susto.

Lo organizó todo en un santiamén. Catering, camareros, pinchadiscos. Unas cuantas llamadas y lo cerró todo.

—Listo. Te sobran cien euros.

—Viéndote, pensé que lo cuadrarías al céntimo —bromeé.

—Y lo he hecho. Los cien euros es para que me invites a la comida de hoy —apuntilló guiñándome un ojo.

Con mi vida salvada, dejamos a Javier y su fiesta a un lado y empezamos a charlar relajadamente de una cosa y de otra, de su inmobiliaria y de mis fotos, riéndonos y manteniéndome en la senda de la normalidad, solo mancillada por mi renuencia a probar el vino que me ofrecía y pidiendo Coca-Colas una y otra vez. Pensaría que estoy algo tarado, pero no podía dejar al alcohol entrar en reacción ante ese rostro tan atractivo y esa voz tan sensual.

Un camarero interrumpió nuestra sobremesa de cuñados bien avenidos para indicarnos que iban a cerrar. ¡Las seis de la tarde! Tenía media hora para llegar al Palacio de Congresos. Cogí la cuenta y miré a Marta con gesto victorioso.

—Olvidas la propina. Hay que ser generoso —me dijo ella antes de que pudiera abrir la boca.

Hice un fingido gesto de contrariedad y aporté la propina hasta completar los cien euros. Me despedí:

—Me alegro de haberte conocido, Marta. Me has hecho el favor de mi vida. No creo que nunca pueda devolvértelo.

—Quizá sí. —Miró hacia mi cámara—. Siempre deseé que me hiciera un reportaje un profesional.

—¡Uf! Después de la fiesta y la comida no me va a quedar dinero para pagarte uno. Si te vale que te lo haga yo...

—Me vale.

—Te lo debo entonces.

Salí velozmente, no sin antes disculparme nuevamente por el inicio de la comida. Había

pasado un buen rato pero, sobre todo, en aquel momento más que nunca en mi vida envidiaba a mi hermano.

Monté en el coche y aceleré más de lo debido con la vana esperanza de que los flashes de los radares no alcanzaran mi matrícula. Concretamente tres veces hice uso de esa esperanza.

Llegué cinco minutos tarde. En cualquier otro caso hubiera sido llegar pronto, pero no conté con la meticulosidad y precisión de los apicultores. Cincuenta rostros se giraron hacia mí al irrumpir en la sala, excesivamente grande para el evento. Levanté ligeramente la mano a modo de saludo e invitándoles a que siguieran a lo suyo. El congreso no daba para mucho, fotográficamente hablando. Una sala fría, una mesa presidencial con cinco personas, una urna con un panal y varias abejas y un auditorio despoblado. Hice unas cuantas fotos con ojo de pez para maquillar la escasa presencia y otras de los espectadores. Primeros planos de la mesa presidencial, copada por cuatro hombres de avanzada edad y una mujer de treinta y tantos, rubia, guapa, ojos claros, delgada. La versión Barbie del mundo de la miel. Tan solo me quedaba por fotografiar el panal, que lo había ido posponiendo por mi aversión a las abejas y mi intolerancia a la miel. Le eché valor y subí al estrado, dando la espalda a la mesa y afrontando mis temores para acabar con aquello cuanto antes y volver a casa.

—... este año contamos por primera vez con la presencia de mi sustituta, nuestra nueva presidenta —disertaba el hombre de mayor edad de la mesa—, una mujer que ha hecho de la miel una forma de vida y ha demostrado su pasión por el mundo de la abeja.

Perfecto. Una foto más de esos bichos, a recoger el equipo y a casita a dormir y tener, al fin, una noche tranquila.

—... para no aburrirnos más, os dejo con nuestra nueva presidenta, Noelia García.

Giré veloz, golpeando con la bolsa del equipo la urna, que emitió un ruido seco atrayendo las miradas de los apicultores.

—¿Miguel? —se dirigió hacia mí la presidenta—. ¿Miguel Aranda? Eres tú, ¿verdad?

No podía ser cierto. Por un momento retrocedí a otro escenario muchos años atrás, pero, dotado de agilidad en esta ocasión, giré y empecé a correr. Tan solo empecé, porque la urna frenó mis deseos, cayendo cada uno a un lado. Inicialmente yo tuve mejor suerte, porque no me rompí en mil pedazos, pero las abejas libres vinieron a agradecerme, una en concreto muy efusivamente, introduciéndose en mi oído. Veinticuatro años después volví a tener un reencuentro traumático con Noelia García sobre un escenario, pero a diferencia de entonces, mis pantalones seguían secos y Noelia García salió conmigo, aunque fuera para ir a las urgencias del hospital.

Me curaron el oído y me indicaron que me lo revisara un otorrino. Noelia me recomendó el suyo. Buscó en la agenda de su móvil y me extendió los datos en un papel.

—Te llevo a casa, Miguel.

—No es necesario, puedo conducir.

—Insisto, no puedes irte así.

—No, de verdad, sí que puedo. Pero, después de la que he liado, ¿por qué eres tan amable conmigo?

—¿Sabes?, no sé si recordarás cuando éramos pequeños. En una fiesta de fin de curso que tú cantaste la canción de Noelia y me mirabas.

—No, no recuerdo —mentí.

—Y te salió un gallo y todo el mundo se puso a reír. ¡Tienes que acordarte, hombre!

—Pues no, no caigo —continué mientras me ruborizaba.

—Sí, hombre, que después te measte encima.

—Algo me suena, algo me suena —admití, intentando que frenara la humillación.

—Pues bien, aquella vez yo me sumé a las risas porque tenía una reputación y no quería que se rieran de mí, pero fue lo más bonito que nunca nadie ha hecho por mí. Y desde entonces tengo la sensación de que fui injusta y estaba en deuda contigo.

—¡Ah, eso! No te preocupes, ni me acordaba. No me debes nada, mujer. Anda, vete a casa con tu marido.

—Estoy separada, no me espera nadie. ¿Quieres tomar algo?

Estaba abrumado y perplejo. No podía soportar nada más.

—Perdóname, Noelia, llevo una semana muy mala. Quedamos en otro momento y nos ponemos al día. Toma mi número. Gracias por todo, Noelia.

—Gracias a ti, Miguel.

Y acercó lentamente su boca a la mía y rozó levemente en mis labios los suyos, dejando caer un efímero beso, tal y como siempre yo imaginé que debía de ser un beso de mi Noelia García de trece años.

Se fue. Me senté en la acera. Los aspersores del jardín se pusieron en marcha evitándome cualquier elucubración sobre si estaba despierto o no. No sabía si volver a urgencias o buscar un manicomio. Opté por ir a casa. Evité la televisión, la radio y hasta los espejos y todo aquello que pudiera evocar una cara conocida. Me dormí.

El jueves amanecí a las doce del mediodía. Parecía que había dormido durante tres días seguidos. Consulté el día para cerciorarme que no había sido así. Por fin mi cuerpo se sentía descansado y mi mente se había librado de sueños extraños. Me sentí optimista, quizá mi suerte empezara a cambiar. Fui a la agencia y me recibieron con una carta de despido. Mis ahorros comprometidos en la fiesta de Javier y una cita en la oficina de empleo me confirmaron el cambio de suerte: de mala a muy mala.

Fui a un parque a relajarme haciendo unas cuantas fotos, por placer. Después de un rato me senté en un banco con la sensación de que esa sería mi nueva oficina. Una punzada en el oído me recordó que tenía que ir al otorrino. Busqué la nota de Noelia y llamé. Viernes tarde. Sin problema, ahora lo tenía libre.

Noelia, el beso. Paula, la carta. Marta, la comida. Las suecas, los interrogantes. Demasiadas mujeres paseando por mi vida en los últimos días. Aunque sabía que tenía que afrontar a otras tres. La fiesta de Javier era en dos días y ese fin de semana no le tocaban a él los Panchos, así que tenía que hablar con mis excuñadas para pedirles que dejaran a mis sobrinos ir a la fiesta de cumpleaños de su padre. Empecé por orden cronológico. Llamé a Laura, la madre de Fran y la menos rencorosa de las tres. Sin problema. Accedió con la única condición de ir ella también, a fin de cuentas había sido su mujer y también quería compartir con Javier sus cuarenta años. No me lo creí, pero tampoco estaba en condiciones de negociar. Claudia, la madre de Cisco y la más guerrera de las tres, también se apuntó, aduciendo que el niño le tocaba a ella y no estaba dispuesta a ceder a que no estuviera con su madre. Dos a cero perdiendo. Llamé a Virginia, la madre de Aranda, la más tímida e inocente. Aceptó, pero no me decía nada más. Parecía que quería añadir algo pero no se atrevía. Así que la ayudé:

—¿Y no quieres venir tú también?

—¿Eh?, sí, eso, sí. Es que... es que... me gustan mucho las fiestas y todo eso.

—Vale, vale, cuento contigo.

—Gracias, Miguel —me dijo aliviada.

Era evidente que una conspiración del clan de las exmujeres estaba en marcha, pero no podía hacer nada si quería que mi hermano estuviera con sus hijos en su fiesta. Pensé en Marta. No sé qué tendrían preparado, pero Marta podía ser la mayor damnificada. Le mandé un mensaje por el

móvil (qué gusto da recordar los nombres): “Lista cerrada. Tres invitadas más. Nos vemos el sábado. No olvides el chaleco antibalas”.

El resto del jueves y la mañana del viernes transcurrieron, afortunadamente, con tranquilidad. Nada de sueños extraños ni apariciones inesperadas. Sin noticias de Paula ni de ninguna otra mujer. Aproveché para enviar correos electrónicos a todos los invitados confirmando la hora y el lugar de la fiesta. A Javier se lo mandé también, a fin de cuentas ya lo sabía y aproveché para recordarle que debía hacerse el sorprendido, aunque cuando viera a sus exesposas, no haría falta que fingiera. Cuando llegó el nombre de Paula en la lista, dudé. Quizá leyera mi carta y decidiera volver conmigo, así que también se lo envié.

El viernes tenía cita con el otorrino a las cuatro de la tarde. Ante mi repentina ociosidad, llegué demasiado pronto y el consultorio no abría hasta las cuatro, así que aproveché para tomarme un café en una cafetería frente al portal. Por primera vez en mucho tiempo empezaba a sentirme tranquilo. Mi futuro estaba lleno de dudas, pero estaba disfrutando de ese momento. Mi café solo, los árboles enmarcando la tranquilidad de la calle semivacía, un perro paseando a su dueño, un grupo de estudiantes riendo, Marta abrazando a un hombre junto al portal del otorrino. ¡Marta abrazando a un hombre! El café se me derramó sobre la mesa inundando cualquier resto de tranquilidad. No podía ser ella. Miré, fijamente. La mujer se daba la vuelta y se iba sola. Sí, era Marta. Por un momento la idea de que Marta estuviera engañando a mi hermano me resultaba casi hasta agradable. Javier cayendo en su propia debilidad. Pero por otro lado el imaginarla con aquel hombre me desagradaba. ¿Quién sería? ¿El mismo que contestó a su teléfono días atrás?

Otro pinchazo en el oído me recordó por qué estaba allí. Fui a la consulta, pregunté por el doctor Escriba. Me pasaron a su consulta. Un hombre aproximadamente de mi edad, alegre y simpático. Me extendió la mano.

—Soy Daniel.

Se la apreté como un autómatas, perplejo, escrutándole con la mirada. Sí, era él, no había duda: el amante de Marta, el mismo hombre que hace unos minutos la abrazaba en el portal. Pero su voz era mucho menos grave que la del tipo que contestó el teléfono. ¿Dos amantes quizá? A esas alturas todo me parecía posible.

—A ver... —continuó el doctor mientras consultaba una hoja de papel—. Miguel, ¿venías para...?

Para partirme la cara, pensé. Le conté mi incidente con la abeja. Empezó a examinarme y aproveché para indagar y buscarle una lógica a todo aquello.

—Doctor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Lláname por mi nombre, Miguel, a fin de cuentas debemos de tener la misma edad.

Pregunta.

—Entonces, David, ¿verdad?

—Daniel.

—Eso, Daniel. —Si cuando le llamaba doctor era por algo—. Es que tengo una hermana y tengo que comprarle un regalo y no sé él qué. ¿Me puedes ayudar? ¿Tienes hermanas?

—No, hermanas no.

—¿Primas?

—Sí, pero no las veo nunca, no sabría qué comprarles. Así que una abeja. Curioso. El tímpano está bien.

Hermana o prima en actitud afectuosa descartado.

—¿Casado?

—Separado. Tienes un poco de infección. Nada grave.

—Pero seguro que habrá alguna persona especial. ¿Sales con alguien?

—No, nadie.

—¿Seguro? Piénsalo bien.

—Que no —parecía molesto—. Pero eso no viene al caso.

Ya veríamos si venía al caso o no.

—Pero seguro que estarías dispuesto a tener una relación con alguien, aunque ese alguien saliese con otro alguien.

—Creo que no procede. Solo soy tu médico —dijo serio.

Volví a ser el doctor. Era evidente que lo ocultaba, no sé por qué, pero lo ocultaba.

—Porque un poco golfó sí que eres, ¿no? Y te da igual que salga con otro o con otros más, ¿verdad?

—Miguel, vale ya. No sé qué idea te habrás hecho, pero no soy gay. No voy a hacer nada ni contigo ni con tus amigos.

—¿Eh? ¿Gay? No, no, te equivocas, yo no...

—Échate esta pomada dos veces al día durante cinco días. No hace falta que vuelvas.

Y me empujó hacia la puerta, cerrándola a mi paso. Salí de allí preocupado, no porque pareciese gay, sino porque la posibilidad del adulterio masivo de Marta era evidente.

Volví a casa retornando a la senda de las preocupaciones. Cuando entré tropecé con un sobre en el suelo. La letra de Paula dibujaba mi nombre y encendió mi nerviosismo. Lo abrí y empecé a leer.

“Querido Miguel:

Tu carta me ha conmovido. Casi tanto como la primera vez que le oí cantarla a Alejandro Fernández. No sabía que le conocieras y le escribieras las canciones, pero contigo todo es posible. Lo de la servilleta de papel con los nombres emparejados no llego a entenderlo. ¿Acaso me restriegas quiénes son tus objetivos cumplidos o una lista de propuestas? ¿Y la pareja Flor – Lucas? ¿Qué más no me has contado de tus gustos sexuales?

No me voy a extender más, porque todo lo que te quiero decir te lo puedo resumir en una frase: Vete a la mierda.

Nunca más tuya:

Paula.

P.D.: Tus recuerdos y la foto los he quemado y conservaré la servilleta por si acaso en algún momento dudo de lo falso que eres”.

Mierda. Debería ser más cuidadoso cuando hago algo mientras hablo por teléfono.

Cuando parece que nada más puede ir mal y solo cabe mejorar, siempre hay algo que te hace ver lo equivocado que estás.

Abrió la puerta, soltó las bolsas y se dejó caer en la cama. Un día largo. El cansancio que produce el llanto había hecho que se sintiera agotada. Permaneció así unos veinte minutos. Cerró los ojos y repasó su día.

Dos palabras le piden paso a voces rompiendo su reposo: “Te quiero”, “te quiero”. Por primera vez las oía en su boca. Nunca antes su PVA las había pronunciado.

—Nunca me dices que me quieres.

—¿Lo crees necesario? Sabes que es así. No hay necesidad de expresarlo. Te lo demuestro de mil maneras.

Lo veía, sí, lo veía y lo sentía. Luego, ¿por qué entonces este Amor en lugar de unirles les separó?

“Cuánto tiempo perdido”, pensó. Nunca sabrá que hubiera sido de aquel amor que pudo acabar en matrimonio.

Con gran esfuerzo consigue poner su cuerpo en pie. Ya descalza va llenando la bañera de las sales de Epson que su hermano le había regalado las pasadas Navidades y que son un buen remedio casero para relajarse. Lo necesitaba con urgencia. Sumerge la cabeza aferrándose al silencio del buceo como si permanecer en este estado sin sonidos pudiera borrar el dolor de las palabras, tanto las habladas como las que quedaron por decir.

Suena su teléfono. Es Fabiola:

—Te he llamado tres veces y dejado dos mensajes. ¿Dónde estás, qué haces?

—Hola, Fabiola. No he oído el móvil. ¿Qué tal vas?

—Te llamo para que te vengas con Virginia y conmigo a un fiestón este sábado. No me digas que no. Va a estar lleno de cuarentones. Ya sabes que tengo necesidades que cubrir. —Sin que Marta pudiera mediar palabra ni reaccionar a tiempo, añadió—: Te vienes y punto. Te recojo a las diez. *Ciao*. Besitos. —Y colgó.

“No estoy por la labor. Mañana hablaré con Fabiola y me inventaré algo. Además, tengo la fiesta de Javier y a esa sí quiero ir”.

Sin prestar más atención a las palabras de su amiga, vuelve a descansar su cuerpo en la bañera, pero otra llamada le interrumpe de nuevo. Sus movimientos son lentos y cautos. “Son las secuelas del vino de la comida”, sonríe mientras se mira al espejo.

—Hola, Reina, ¿cómo ha ido tu comida? ¿Qué tal es ese Miguel?

—Es muy agradable. Me ha prometido que me va a hacer un reportaje. Fíjate, ¡por fin! Ya sabes cuánto tiempo llevo para hacerlo. He pensado que sin falta la próxima semana. No puedo dejar pasar esta oportunidad. Tan solo con ver la sonrisa que le aparece cuando habla de su trabajo seguro que saldrá bien. Se ve que es un hombre afable, un tanto despistado, pero eso le da encanto, que, dicho sea de paso, tiene bastante. Es dulcemente masculino. Sus gestos me gustan. Ya sabes que suelo fijarme mucho en el lenguaje no verbal. Casi diría que su mirada brillaba. Es un caballero y...

—Bueno, calma, calma. Por un momento pensé que me hablabas de Javier, pero ya veo que hablas de su hermano. ¿Tú no te ibas a reunir con él para preparar una fiesta para *alguien*? —comentó Fede con cierta ironía.

—¡Ah, sí, claro, lo había olvidado! ¡La fiesta!

—¡¿Olvidado?! Ten cuidado. A ver si el flash del fotógrafo acaba por nublarle la mente.

—¡Qué dices! Anda, anda.

—Te conozco bien. Sé lo que significa que hables con esa sonrisa instalada en tu boca que traspasa el teléfono. Estás en zona peligrosa.

—¡Que no! Lo que pasa es que después de la noche de ayer y el día de hoy lleno de lágrimas por PVA ¡otra vez!, y la sorpresa de Dani..., por cierto —interrumpe—, ¡Dani! ¿Qué le pasa a Dani? No entendí nada de lo que me decía.

—Siempre has sido buena cambiando de tema. Dani está por fin donde quería estar.

—Eso no me revela qué le pasa. Soy incapaz de encontrar sentido a la conversación que mantuvimos. Tú sabes algo. Suéltalo.

—Habla tú con él mañana que, aunque es viernes, pasará consulta.

—OK, tomo nota.

—Espera un segundo, me llaman... PVA en escena de nuevo. Te dejo. Luego te llamo.

—Me opongo, Reina, pero te esperaré. Besos.

Respiró hondo y contestó. Oyó cómo él, casi suplicando, le dijo: “Por favor, abre la puerta. Necesito hablarte. Prometo ser breve”.

“Estupendo, ¡breve! Encima continúa parco en palabras...”, lo pensó, pero no lo dijo.

Con pena, abandonó su baño, se apresuró a cambiar su vestimenta, se puso máscara en las pestañas y brillo en los labios. Abrió la puerta.

En esta ocasión no sabe si por su cansancio o por las ganas de verle, su fuerza no era capaz de hacerle frente. Dejó que él subiera.

—Hola, amor. Gracias por dejarme entrar. Estás preciosa... ¡Cómo te he echado de menos! —dijo mientras agarraba su cintura y buscaba su boca.

Sucumbió. Se fundieron en un largo, cálido y apasionado beso. “Ojalá pudiera olvidar el sabor de su boca y que mi pasión por él desvaneciera. ¡Cómo le echo de menos! No acabo de encontrar un argumento lógico que me disculpe de tal torpeza, más que nada para proteger mi intelecto no vaya a ser que se crea que finalmente me he quedado sin cordura cuando él decide visitarme, situación a la que sin embargo ya debería estar acostumbrada, pues este ir y venir de su sombra no es nuevo, pero es que este vendaval de deseos le siguen esperando y sigo sin saber cómo luchar contra ellos”.

Albergando poca esperanza, una vez recobrado el sentido, Marta le pidió que le explicara a qué había venido. Sabía que era difícil que hablara de sus sentimientos y menos explicara razones de su proceder. Nunca le gustó. Ella tenía que limitarse a imaginar lo que sin decir, decía.

—Siéntate a mi lado —le dijo extendiendo su mano para alcanzar la de ella. Una vez la tuvo sobre sus rodillas, comenzó de nuevo a besarla. Ella se apartó.

—Has dicho que necesitabas hablar conmigo.

—Quería verte. Te he echado de menos.

—¿Y? ¿Qué quieres? Sé que algo buscas. Las últimas veces que te has acercado a mí han sido porque necesitabas que hiciera algo por ti. Esta vez no estoy dispuesta. Esta vez la que quiere algo soy yo. Quiero saber qué pasó.

—¿Qué pasó? Ya te lo dije en el correo que te escribí. No quiero repetirlo de nuevo. ¿Podemos olvidar el pasado y disfrutar de este momento?

—Para empezar en ese correo del que me hablas no había más que un “No puedo hacerlo”. ¿Eso te parece una explicación? ¿Crees acaso que solo merecía eso? Además, me mantuviste a la espera de alguna noticia tuya casi un mes y medio después de tu huida. ¿Sabes cómo se sufre en esa espera vacía?

—Bueno, también te dije que eras la persona más importante de mi vida —comentó guiñándole un ojo, un gesto al que solía recurrir en cuando quería complicidad con ella—. Venga,

déjalo estar. No tengo ganas de volver hacia atrás. Solo sé que quiero estar contigo. ¡Estás increíble!

Abrazó de nuevo su cuerpo mientras desabrochaba los botones de su camisa.

—No, esta vez no. Ya te comenté que he conocido a alguien que me gusta mucho. Quiero intentarlo con él.

Los botones volvieron a su ojal.

—No me importa. Sé que no significa lo mismo que yo. Lo nuestro está por encima de todo. Hablemos en tu cuarto.

Se quitó el pantalón e intentó una vez más callar su boca con besos.

Con la mirada fija en él, entre malestar e impotencia, cavila en silencio: “Cierto es que nada ni nadie significa ni significará lo mismo después de ti. No soy la misma después de tu paso por mi piel. Hiciste que en mi vida todo se encaminara hacia ti: mi amigo, mi compañero mi enigma, mi desvelo, mi locura, mi soledad, mi libertad, mi camino y mi pérdida. Mi Amor. Pero no fue suficiente. Se marchó y se partió en pedazos mi corazón. Un corazón que aún sigo reconstruyendo”.

Su falta de tacto en sus palabras terminó por desatar el enfado de Marta.

—¿Acaso tienes calor? Haz el favor, ¡vístete, márchate y no vuelvas más!

Le entregó su pantalón y él volvió al sofá.

—¿Te haces una idea de lo que me ha costado sacarte de mi vida? ¿Sabes lo que he sufrido durante todos estos largos meses? Perdí la razón. Desconcertada ante ese brusco giro que diste a mi vida, solo pensaba vivir a oscuras. Enfadada conmigo misma, he estado peleando con lo poco que de mí quedó a salvo, para salir de ese inútil estado de absurda confianza en tu regreso que cada día me iba consumiendo un poco más y donde era imposible sostenerme sola, constantemente me caía; nadie se mantiene en equilibrio de puntillas mucho tiempo. Nunca te has preocupado por saber cómo estaba, qué sentía. Tan solo recibí un correo con escasas palabras y con esta, unas ocho visitas tuyas en las que solo dedicaste tiempo a pedirme algo. No ha habido más explicaciones. Me has dejado tirada en un estado de incertidumbre que no me gusta nada y no merezco. Después de tal sacudida, permanecí unos días expectante manteniéndome en la distancia en el entendimiento de que todo lleva su proceso que cada cual responde dentro de su tiempo y estúpidamente dando por hecho que todo obedecía a tu mala gestión del miedo al compromiso, pero que, sin duda, reaccionarías y sabríamos reconducir esto hasta reducirlo a una pésima anécdota en nuestro camino, pues éramos legítimos propietarios de un gran Amor que todo lo podía y todo lo quería. En este punto aún ni imaginaba que iba a quedarme al borde del abismo. Con el correr de los días en los que no llegaban noticias tuyas, yo iba pasando de la expectación al asombro, luego a la incredulidad, ambos casi a la par, después al dolor más profundo que pueda describir en el que era incapaz de crear una frase que se ajustara a la realidad, pues obviamente la desconocía. En medio de todo ello me perdía, me encontraba, me buscaba, me volvía a perder y me volvía a encontrar, aunque fuera a medias. Al final, llegué un momento en el que me di cuenta de que todo se había partido y que ya era hora de poner punto y final. La confianza dejó de existir y comencé a asumir que era un adiós definitivo por lo que me armé de valor para buscar la forma de olvidarte rogando que desaparecieras de mi alma con la misma rapidez con la que te hiciste amo de mi corazón. Nada fácil olvidarte después de tanto amarte. Fuiste tú quien quiso boda. No es que yo me opusiera, pero ya sabes que te dije que era mejor esperar un poco. Solo llevábamos ocho meses juntos y aunque sé, sabía, mejor dicho, que eras el hombre de mi vida, quise ser cautelosa. Una decisión así no se debe tomar a la ligera. Pero insististe. Organizaste prácticamente tú todo: hablaste con el cura, elegiste banquete, flores, viaje... Casi todo. Vamos que, si me

descuido, me escoges también el traje. Mi temor por la precipitación la calmabas con tus besos, tus abrazos, tus promesas de una vida juntos. Decías que nunca antes hubieras pensado en llegar hasta aquí con una mujer. Que cambié tu forma de ver el amor, que conmigo eras plenamente feliz y que no necesitabas nada más. Incluso tú mismo decidiste hablar en tu empresa para reducir el número de viajes al extranjero y así “permanecer más tiempo juntos”. Estas fueron tus palabras.

Marta hablaba sin parar de moverse por la casa. Iba y venía del salón a la cocina, doblaba ropa, guardaba comida en la despensa, ponía a cargar su móvil... Siempre le ocurre cuando está nerviosa. Añadir a ello su temor por parar y caer en sus redes.

PVA la miraba sin pestañear. En silencio.

—Y por si eso hubiera sido poco doloroso, pasé las semanas siguientes deshaciendo todo lo que tú creaste. Sin posibilidad de escape me tuve que enfrentar a destruir lo que con tanta ilusión quise tener. No imaginas cómo es batirte contra ti misma. Te quería, pero sabía que debía alejarte de mí. No físicamente, claro. De esto ya te habías encargado tú. Luis, de tu oficina, me comentó que andabas por Brasil. Menos mal que por lo menos no te fuiste a Australia aprovechando el viaje de novios. Nadie imagina lo que es cancelar “el día más feliz de tu vida” y lo que ello conlleva. Trataba de olvidarte, pero cada paso en mi vida me conducía de nuevo a ti. Interminable sufrimiento. Hasta ahora te he abierto las puertas de mi casa y de mi corazón. Este tormento en espera de tu regreso parecía apaciguarse cuando tú volvías. Nunca te pregunté. No quise romper el hechizo de volver a estar contigo. Confié en que te quedarías por fin a mi lado. Que me elegirías. Pero al final siempre despertaba sola. Ahora sí quiero una explicación. Quiero, necesito, casi te exijo que me cuentes qué hizo que desaparecieras y qué ha hecho que hayas vuelto después. Es la única forma que tengo de poder cerrar el pasado contigo y empezar un futuro sin ti. Antes sentías no poder darme lo que yo quería y ahora soy yo la que no quiere darte lo que puedo. No puedes pretender que todo vaya como si jamás hubieras faltado a tus promesas. Es hora de que asumas las consecuencias de tus actos.

Se giró para buscarle en el sofá. Cuál fue su sorpresa al ver que él estaba profundamente dormido. Desconoce el momento en el que dejó de oírla. Un primer impulso quiso despertarle. “De nada serviría”, pensó. “No ha venido a calmar mi angustia, sino su sed”.

Volvió a sentirse pequeña. No le gustaba esa imagen de sí misma. No le gustaba la mujer que era ante él.

Un mensaje salta en su móvil. “Preciosa, ¿estás aún despierta? ¿Te puedo llamar?”. No estaba en condiciones de mantener ningún tipo de conversación más por hoy y mucho menos con Javier. No le contestó. Se acurrucó en su cama y se meció al amparo de sus lágrimas.

Siete y media de la mañana. “No puedo moverme”. El móvil suena.

—Hola, ¿has dormido bien? Anoche te eché de menos.

—Hola, Javier. Me alegra oírte. Lo siento. Anoche me acosté temprano. Tengo ganas de verte.

—Cómo contarle lo ocurrido. Es mejor cara a cara.

—¿Desayunamos juntos? Tengo reunión a las nueve. Puedo estar en tu casa en media hora. Estoy cerca, ¿te parece?

—¡Sí...! ¡No! —En ese momento recordó que en su sofá había alguien a quien a Javier no le gustaría ver—. Lo siento, salgo ya para la oficina. Tengo una cita a las ocho.

No iba a ser capaz de enfrentar tal escena. Le iba a ver esa noche en su fiesta, pero...

—Javier, te llamo más tarde para comer. Un beso.

Saltó de la cama y se apresuró al sofá.

Ni restos de cuerpo humano.

Tan solo un minúsculo pósito:

Gracias por dejarme pasar la noche. Besos.

“No voy a dejarme vencer. ¡Se acabó! No voy a dedicarle ni un minuto más ni desgranar cada gesto, palabra o actitud. ¡Fuera PVA! ¡Entra Javier!”

Apartando pensamientos nocivos de su mente se vistió dejando preparado en la silla el vestido que se iba a poner esa noche. Zapatos, bolso, pendientes... ¡Perfecto!

El día le regaló dos ventas pero le denegó la comida con Javier, que tuvo un almuerzo de trabajo.

Contaba con dos horas para dedicarlas a Dani. “El buenazo de Dani. Tenemos que arreglar este tema. Probablemente sea un problema con su ex. Siempre actúa confundido cuando ella asoma. Aun así, no entiendo qué me quiso decir”.

Con medio sándwich en la mano conduce hasta el aparcamiento que hay cerca de la consulta de su amigo.

—Marta, ¿qué te trae por aquí? ¡Qué sorpresa! No te esperaba, ¿estás bien?

—Estoy bien, pero preocupada por ti. Te fuiste sin más. Ayer tuve un día muy malo y no supe reaccionar para salir tras de ti.

—Yo creo que no estás muy bien. Guapa sí, como siempre, pero tienes mala cara. ¿Noche larga?

—Sí, la verdad es que fue una noche intensa. Vino PVA a mi casa. Ya sabes cómo me altera tenerle cerca. Nos acostamos muy tarde.

“¿NOS?”. Dani se concentró en esa única palabra. “Sigue sin ser el momento. Contra *eso* no hay quien gane terreno”, se dijo.

—Siempre dais mil vueltas a todo. No te preocupes, no es nada.

—Tiene que ver con tu ex, ¿verdad? Invariablemente te tambalea y acabas lanzando conjeturas que nadie entiende. Tienes que concentrarte en seguir sin ella. Asume que ya no está.

“¡Buena estoy yo para dar estos consejos!”, pensó.

—Se me ocurre una cosa: ¿por qué no te vienes mañana por la noche a la fiesta de Javier? Lo pasaremos genial, ya lo verás. Lo he organizado todo con su hermano, que es un encanto. Te gustará y seguro que te presenta a gente interesante, sobre todo chicas. Acierto si digo que debe de tener la agenda llena.

—Lo pienso, Marta.

—Nada de eso. Llamaré a Fede para que se una. Iremos los tres, que hace tiempo que no coincidimos.

—Bajo contigo, te acompaño al portal.

Se unieron en un fuerte abrazo. Dani pensó que ese era un buen estado para permanecer toda la tarde, pero la realidad le devolvió a su consulta.

Una vez en el coche Marta quiso que Miguel supiera que iba a ir acompañada. “¿Le llamo? No, mejor un mensaje. Sé que no hay problema. Un mensaje está bien. Bueno, le llamo. No, total ya le comenté que a lo mejor llevaba a alguien conmigo. Sí, pero es mejor decirlo. Le llamo. Bah, seguro que en este parking no hay cobertura y no me va a oír. Mensaje, sí, mejor.” Diez minutos después estaba marcando su número. “Vaya, no contesta. La primera idea es la que vale: mensaje”.

—Fede, ¿cómo vas? Recuerda que tienes que recoger a Dani en una hora y luego pasar a por mí.

—Sí, ya sabes lo que nos gusta a Dani y a mí una juerga. Me acaba de llamar. En una hora en tu casa. Pero dime, ¿qué pasó con PVA? Te he llamado varias veces e incluso pasé por tu casa, pero no doy contigo.

—He estado liada toda la mañana con los últimos preparativos de la fiesta. Luego me quedé dormida frente a la tele. Llevo cansancio acumulado. Pero nada, no voy a contarte nada. ¡Prohíbeme hablar de él! Se acabó. Voy a ducharme. Besos.

—De acuerdo. —Accedió.

“Momentáneo. Sé que necesitará volver a él. Por lo pronto, a ver si esta noche mi Reina disfruta y deja de lado el pasado. Dani tiene que actuar ya. De lo contrario Javier ganará la jugada. ¿Javier o Miguel? No tengo muy claro a cuál de los hermanos prefiere. Tengo que quedar con Dani antes de ir a por Marta. La lista de la competencia se va agrandando”.

Vestido corto rojo con escote en la espalda. Tacones de diez centímetros. Bolso a juego. Pelo suelto. Sonrisa y ¡lista! Abrió el portal de su casa y abrazó a sus amigos. Dani enmudeció al verla. Fede saludó con una reverencia y abrió la puerta del coche. “¡Impecable, radiante! Estás increíble”.

De camino a la fiesta Fabiola llama: ““Estoy en tu casa. Baja”.

No recordaba su “no cita” con ella y amiga.

—Disculpa, olvidé llamarte. Tengo otro compromiso. Se trata del chico del que te hablé. Voy camino de su casa. Otro día, ¿de acuerdo? Pásalo muy bien.

—Admito ser reemplazada por un hombre. Yo haría lo mismo. No obstante, si te apetece escapar, llámame. Seré tu plan B. —Casi no podía oírla entre tanta risa.

—Espero quedarme con este *plan*. Gracias. Besos.

—Esa Fabiola... Casi en sus cincuenta y actúa como si tuviera veinte —sentenció Fede.

—Pese a que le encantaría, no creo que te vuelvas a cruzar con ella. ¡Vamos a pasarlo bien! Gracias a los dos por haber venido. Echaba de menos estas salidas. Voy a llamar a Miguel para decirle que ya estamos en camino. Lo mismo quiere que pasemos a por él. Se lo ofreceré.

—¿Para qué? No me desvío a buscar a nadie más. Seguro que ya está allí.

—Por lo menos que sepa que estamos en camino. Más que nada por si necesita ayuda.

—Repito, ¿para qué? Ya sabe que vas, ¿no? ¿Y más ayuda? Si tú has hecho todo. Anda, guarda el móvil. Dani, cuéntale a Marta los planes del próximo fin de semana. —Subió el volumen de la radio y les dejó conversando.

Quince minutos más tarde estaban frente a la casa. Todo lucía tal y como ella lo había preparado: entrada adornada con flores frescas intercaladas con grandes velas que cubrían la escalera de la entrada principal. Todo en colores crema alternando tonalidades de marrón y verde oscuro. Un cuarteto deleitaba la llegada a los invitados que puntualmente iban llegando. La organización del aparcamiento, intachable. La copa de bienvenida perfectamente dispuesta; número exacto de camareros, diligencia en la entrega, y el fotógrafo, amigo de Miguel, sin perder detalle. En principio, quiso que fuera Miguel quién realizara el reportaje, pero ello hubiera supuesto casi apartarle del convite, pues la idea era vídeo y fotografías hasta el final de la velada, por lo que decidieron que fuera otro fotógrafo quién lo hiciera. Ella y Miguel habían acordado, no obstante, que una vez dispusieran de todo el material, se reunirían para organizar un álbum, elegir las mejores escenas del vídeo y regalárselo a Javier. En ese momento cayó en la cuenta de que tenía dos ocasiones más para ver a Miguel: su reportaje y el de la fiesta. Se volvió a escapar sin

permiso otra sonrisa.

—¡Ahí está Javier, en la escalera de entrada con los invitados! ¡Qué guapo es! Me gusta este hombre. Me encanta el traje que lleva. Le sienta fenomenal. Lleva el pelo diferente. Me gusta más así —dijo, al tiempo que cogía de la mano a Fede y Dani y se abría paso entre la multitud dirigiéndose hacia él.

Repentinamente Fede frena en seco, lo que hace que Marta tropiece.

—¡Fede, qué alegría! ¡Tú aquí! ¡Mi noche empieza bien! Estás estupendo y veo que sigues en forma —soltó Fabiola que, con ojos saltones, le apretaba fuertemente su brazo.

Mientras Fede trata de liberarse de la garra, Marta alza la vista.

—¡Fabiola, casi nos tiras a los tres al suelo! Menos mal que Dani me ha cogido, pero ¿tú no ibas a una fiesta?

Fede, inmóvil frente a las tres mujeres, tan solo acierta a decir:

—No lo puedo creer... Virginia. Ella de nuevo. Casi había conseguido olvidar su paso en mi vida.

—Cierto, esta es la fiesta. Verás, el del cumpleaños es el...

No pudo acabar la frase. Atónito, Javier exclamó:

—¡Virginia! Miguel no me comentó que vinieras.

Más tarde pediría cuentas a su hermano. Ahora toca aguantar el tipo. Pensó en Marta. “A ver cómo se lo explico. Las tres aquí... ¡Vaya papelón!”.

Aranda se abalanzó sobre su padre al grito de “¡feliz cumpleaños!”.

Marta, que escucha la voz de Javier, se gira a buscarle donde creyó encontrarle, pero ya no estaba allí. “¡Es imposible que haya llegado hasta aquí tan rápido! ¡Estaba en la entrada!”.

—¡Mar... Marta, Marta, Marta! —balbuceando y con su hijo aún enganchado a su cuello—. Te acabo de enviar un mensaje para ver por dónde andabas. Estás preciosa. —Y dejando a Aranda en el suelo, que salió corriendo al encuentro de sus hermanos, se acercó para besarla.

“¿Pero su traje no era azul? Y Fabiola, ¿de qué conoce a Javier? ¿Y su amiga? ¿Su ex? ¿Aquí? ¿Cuál de ellas? Por descarte, sería la primera o la tercera. La pelirroja del bar era la segunda. ¿La pelirroja también aquí?”. Los saltos de Aranda hicieron que la divisara a pocos metros de ellos.

Antes de poder comenzar con el interrogatorio, no era el momento adecuado, mucho público, presentó a Fede.

—Finalmente he venido con mis dos mejores amigos. Tenía ganas de que os conocierais y además contribuimos a que Dani se anime un poco que lleva unos días un tanto raro. Dani, Dani, ¿dónde está Dani?

—Vaya, Dani siempre encuentra con quien hablar —dijo Fede—. Está justo detrás de ti, saludando a un amigo.

Los Panchos correteando alrededor del grupo con cientos de globos en mano, saltando y gritando “papá”. La pelirroja se acerca a ellos con cierta frialdad y en dirección a su homóloga, la otra ex, y a Fabiola que, interponiéndose entre Virginia y Fede, se vuelve a pegar al brazo de Fede tirando de él para que le acompañe a pedir otra copa. Dani alza la mano y haciendo señas a Marta, le dice:

—¡Ven, Marta! ¡No te lo vas a creer! Acabo de encontrarme con un paciente que conocí ayer y resulta que es...

—... el hermano de Javier —acaba ella con cierto temblor en sus palabras al descubrir que el corpulento cuerpo vestido de azul, con pelo ligeramente despeinado, el hombre que esperaba de pie en la escalera y que se da la vuelta quedándose frente a ella a escasos dos pasos, era Miguel.

“¡Y encima me he quedado sin plan B!”, pensó.

La carta de Paula me dejó hundido. Recordé lo feliz que era yo sin enamorarme, disfrutando de la vida sin pasarme las noches en vela y sin preocupaciones. Pero Paula y su embarazo me habían devuelto a mi niñez, con mis miedos y dificultades para relacionarme con el sexo femenino. Y la reaparición de Noelia y la reencarnación de Brooke Shields en Marta no habían contribuido a mejorar mi situación. Paula, Noelia, Marta. Quizá ahí estuviera la clave. Tenía que aprender del pasado y volver a lo que realmente me había hecho feliz tantos años, recuperar mi promesa de no enamorarme jamás, vivir con el compromiso de que nunca habría amor en mi vida. Pero, ¿por quién empezar? ¿Paula? Imposible. Aparte del detalle de que me odiaba, con ella había empezado el problema y era el origen de ese dolor que sentía. Dolor, cierto, todo eso dolía y no podía vivir así. ¿Y el hijo de Paula? ¡Mi hijo! Por mucho que ella quisiera evitarlo, siempre sería mi hijo y aunque ahora ella me odiase, no podría evitar que le viera. Por primera vez desde que leí la carta de Paula volví a sonreír.

Entonces, ¿Noelia? Demasiado arriesgado. Ella pertenecía al pasado que no quería recordar y solo me acarrearía problemas. ¿Y Marta? Imposible, demasiado parecida a Brooke Shields y además era la novia de Javier. ¿En qué estaría pensando planteándome algo así? Tenía que buscar un nuevo objetivo. Lo primero que pasó por mi mente fue Bea. Extraño, pero no había que descartar ninguna opción. Quizá un cambio radical era lo que necesitaba y, en el fondo, la chica era agradable y debía de tener buen corazón. Su imagen devorando oreja a la plancha y pasteles de crema rebosando por su boca venció cualquier esfuerzo que me hubiera planteado.

Mi situación no mejoraba mucho, así que tenía que tomar medidas excepcionales y para estos casos no había otra solución: Bruce Willis. Busqué la trilogía de la *Jungla de cristal* y conecté el reproductor de DVD. A la mitad de la segunda entrega me quedé dormido, plácidamente, durante diez horas y descansé como hacía tiempo. Para ciertas cosas, como tranquilizarme, Bruce es un valor seguro. De hecho, hubiera seguido durmiendo de no ser porque mi móvil sonó a las dos de la tarde. El número era desconocido. Era Noelia. Había llamado a mi oficina y Nick le había dicho que me habían despedido y le dio mi teléfono. Se sentía responsable de lo ocurrido, estaba muy mal y quería invitarme a comer.

No es lo que se dice empezar de cero, pero después de la sesión de Bruce en la jungla no podía hacer otra cosa que dejarme arrastrar por los problemas. Era tarde, así que me duché velozmente y me vestí con lo primero que vi. Antes de montar en el coche, al ver mi reflejo en él, pensé que quizá debería replantearme la influencia del actor en mi vestuario, pero no había tiempo.

Llegué al restaurante que me dijo Noelia. Era un sitio elegante y la cara del *maître* me hizo comprender que los vaqueros, camiseta blanca y cazadora de cuero no habían sido la mejor elección, a no ser que el edificio fuese a ser tomado por un grupo de terroristas.

En seguida oí la voz de Noelia, que suavizó la actitud del *maître* y se acercó sonriendo a abrazarme. Estaba preciosa. Su pelo rubio y sus ojos verdes me recordaron a la adolescente de la que me enamoré, que ahora acompañaban a un cuerpo de mujer, delgado y dotado de una perfección que solo podría ser fruto del bisturí.

Durante la comida no paró de disculparse por lo de mi despido y prometió ayudarme como pudiera. Evitó hacer ningún comentario sobre su beso de unas noches atrás, lo cual agradecí, aunque no podía evitar pensar en él. No paraba de halagarme y alabar mi estilo vistiendo, cumplidos que no se reflejaban en las miradas del resto de la clientela, que se tornaban en

sonrisas si se cruzaban con los ojos de Noelia. Recordamos nuestra época en el colegio, antes del incidente sobre el escenario, y nos reímos mucho. Luego me contó que era una especie de magnate de la miel. Yo no paraba de inspeccionarla, llegando al convencimiento de que los beneficios de sus negocios con la miel habían esculpido su cuerpo. Ya no pude más y le comenté lo estupenda y guapa que estaba.

—Eres un encanto, Miguel. Aunque tengo que confesarte algo. No todo es natural, me hice un pequeño retoque.

Lo sabía. ¿Un pequeño retoque?, yo diría que alguno más, aunque al menos dos eran evidentes.

—Mírame aquí —me dijo acercándose a mí. Empecé a ponerme nervioso y bajé la mirada—. No seas tonto, no te cortes, mírame aquí, a los ojos.

—¿Cómo?

—Sí, aquí, me quité unas arruguitas que me salieron, unas patitas de gallo que no soportaba.

—¿Nada más? —inquirí bajando la mirada, deteniéndola y girando en círculo.

—¿Esto? —respondió poniéndose las manos delante de los pechos y moviéndolas leve, pero contundentemente.

—¡Por favor, dónde vamos a llegar! ¡Qué vulgaridad! —nos llegó el comentario de la mesa de al lado—. ¡*Maître*, la cuenta!

—Eso y el resto de ti —dije sincero.

Noelia rio.

—¡No! Te confesaré un secreto: la miel.

—¿Miel? —respondí con cierta aversión.

—Tomo mucha miel. Con todo. Es buenísima para el pelo, el cutis, la piel, la firmeza del cuerpo... —me explicaba, dirigiendo de nuevo las manos a su zona pectoral. No pude evitar imaginármela cubierta de miel, lo que me provocó una sensación agridulce, agria por mi repulsión por la miel y dulce por la situación.

—Adiós, muy buenas —dijo nuestra vecina de mesa mientras tiraba de su acompañante hacia la puerta.

—... y endulza el carácter —concluyó Noelia, alzando la voz hacia la señora que abandonaba el restaurante.

Era difícil de creer.

—Mira, la tomo continuamente —dijo señalando a la mesa.

Era cierto. De primero había pedido una ensalada con miel y de segundo, besugo con salsa de miel. Y de postre, queso fresco con miel.

Me dejé invitar, más por necesidad que por voluntad. Ya eran las seis de la tarde. Tiempo de sobra para ir a casa y arreglarme para ir a la fiesta de Javier.

—¡Ahora que recuerdo! Tengo una foto de cuando éramos pequeños, con toda la clase. ¿Por qué no me acompañas a casa y te la enseño? ¿Tienes prisa?

Mi mente dijo “no puedo, he de irme”, pero mi boca no respondía a esa parte de mi cuerpo y dijo:

—Claro, tengo la tarde libre.

La casa de Noelia era impresionante. Fuimos al salón y se sirvió un ron miel. Me enseñó la foto. En ella aparecíamos toda la clase, ella en el centro, mirando a la cámara con su sonrisa bonita e inocente, tal como yo la recordaba; en el otro extremo yo, mirando hacia ella. Me sonrojé.

—¡Qué rico eras!

Intenté que no se me notara el rubor, pero me vi sorprendido por sus labios en los míos. Los recibí con sorpresa y precaución, con miedo a que mi boca se inundará con sabor a miel, pero tan

solo fue dulzura lo que recibí. La besé y la abracé. ¡Qué firmeza, qué dureza! Aquello no podía ser fruto de la miel, seguramente el señor *wonderbra* tendría algo que decir.

—Vamos a mi habitación —me dijo cuando separó su boca de la mía.

Paula apareció en mi mente con una punzada de dolor. Aquello no estaba bien. Un nuevo beso de Noelia inundó de miel la imagen de Paula de mi cabeza, difuminándola.

Noelia me cogió la mano y me guio rápidamente por la casa. Tardamos un tiempo en llegar a su cuarto, e incluso sentí cierta fatiga, es lo malo de las mansiones muy grandes. Me empujó sobre la cama, empezó a besarme y me quitó la camiseta. Yo respondí, miméticamente, liberándola de la blusa, conducido en parte por el deseo y en parte por la curiosidad. Los nervios me enredaron los dedos en su sostén y su ayuda me ayudó a terminar el trabajo. La observé. No era posible. Entrecerré los ojos y examiné. Ni rastro de cicatrices.

—¿Pero qué te pasa?, ¿es tu primera vez? —dijo riendo.

—¿Eh?, no, no —contesté aturdido—. Es que tanta perfección parece irreal.

—¿Qué mono!

No pude contenerme más y acaricié su pecho. Bueno, creo que más que acariciarlo lo estrujé, o al menos lo intenté. En ese momento me hice devoto de la miel.

Nos desnudamos mutuamente y nos dejamos llevar, al menos unos segundos, hasta que llegó un ruido de algún lugar de la casa acompañado de una voz grave que clamaba: “¡Cariño, estoy en casa!”.

—¡Mierda! ¡Mi marido!

—¿Tu marido? ¿Pero no estabas separada?

—Sí, una vez. Con este no estoy casada, pero bueno, como si lo estuviera.

Me quedé perplejo y sin poder reaccionar.

—¡Deprisa, escóndete! Es muy celoso. ¡Como te pille...!

Me imaginé en su situación, encontrando a mi pareja desnuda con un hombre, y llegué a la conclusión de que yo también sería celoso y que lo mejor era desaparecer. Pensé en salir de la habitación. En una casa de esas dimensiones sería difícil que coincidiéramos, pero me dio miedo perderme y lo desestimé. Cada vez se oían pisadas más fuertes y decididas. Noelia salió del baño enroscada en una toalla mientras yo valoraba entrar en la puerta contigua.

—En el vestidor no, se cambiará ahí. Corre, entra en este armario —dijo empujándome sin darme más opción.

A los pocos segundos abrió la puerta, lanzando al interior nuestra ropa, desprendida por la pasión, me besó con fuerza y me sonrió. A los dos segundos de cerrar el armario oí la puerta del dormitorio abriéndose, seguida de una voz fuerte y agresiva.

—¡Noelia!, ¿de quién es esta cazadora?

Mierda... La cazadora, la había dejado en el salón. Me imaginé al dueño de esa voz como un hombre de dos metros de alto por dos metros de ancho, con bíceps como mis piernas, y me apreté contra el fondo del armario.

—¡Cariño, estás aquí! ¿La cazadora? Ni idea, será del jardinero. ¿Dónde la has encontrado? —contestó Noelia con tan pasmosa naturalidad que me hizo pensar que yo no era el primer inquilino de aquel mueble—. Al final has adelantado la vuelta de París.

—Claro, ya te lo dije, que hoy teníamos una fiesta —siguió gritando el no marido—. Pero ¿qué haces desnuda?

—¿Desnuda? Si tengo la toalla puesta. Mira, ya no la tengo. Solo lo afirmaba. Claro que sabía que venías, me iba a dar una ducha antes de vestirme para la fiesta, pero todavía tenemos tiempo, ¿verdad?

No volví a oírle gritar, al menos no en el mismo tono. Nunca me había visto en una situación semejante y no sabía qué hacer. Pensé en aprovechar su entretenimiento y salir, pero no encontré el valor. El armario no estaba mal, no era demasiado pequeño, pero empecé a notar frío. La espera se antojaba larga, así que palpé la ropa que me había lanzado Noelia y empecé a vestirme mientras analizaba mi situación. Lo mejor era que había estado a punto de rehabilitarme de mi obsesión por Paula. Obsesión. Eso estaba bien, ya no lo definía como amor. Y el dolor de horas antes parecía apenas un escozor. Del otro lado de la puerta me llegó un “me matas, me matas, eres una diosa” y me hizo ver el lado negativo: al final, el asesinado por la diosa no había sido yo. Allí no tenía mucho más que hacer, así que decidí sentarme y esperar pacientemente mi liberación. Sé que Bruce Willis no se hubiera sentido orgulloso de mi actitud, pero también consideré poco probable que alguna vez me lo echara en cara.

En la espera me quedé dormido. Me despertó una luz cegadora al abrirse la puerta. Recordé dónde estaba y por qué y pensé que había sido descubierto. Una mano me agarró del brazo y me sobrecogí.

—Rápido, Miguel, Esteban está en la ducha —me tranquilizó la voz de Noelia y el reconocer que la mano que me tiraba del brazo era de ella—. Lo siento. Te llamaré.

Y me despidió con un beso, una sonrisa y un empujón.

Tardé en encontrar la salida, pero lo hice. Jadeaba, no por el esfuerzo físico, sino por la tensión que había pasado por los pasillos de aquella mansión esperando que el tal Esteban surgiera de cada puerta. Definitivamente tendría que replantearme mi pasión por Bruce. Nuestro único parecido era la indumentaria. Recordé la fiesta de Javier y que tenía que cambiarme. Miré la hora. ¡Las nueve y media! Menudo maratón se había celebrado al otro lado del armario. El tal Esteban debía de ser una mala bestia, así que suspiré aliviado por que no me hubiera descubierto.

La casa de mis padres no estaba lejos de allí y no tenía tiempo para atravesar la ciudad hasta mi casa, cambiarme y volver, así que decidí ir directamente al chalet familiar. A fin de cuentas todos sabían que yo no era la elegancia personificada.

Entré en el chalet, sorprendido por todo el montaje que había preparado Marta. Aquella mujer era un genio. Javier tenía suerte, como siempre. Me encontré a Nick con mi equipo fotográfico.

—Gracias, Nick, por encargarte de las fotos. En cuanto a lo de pagarte, intentaré hacerlo poco a poco.

—No te preocupes, Mike, conozco a los pibones que van a venir y con eso me siento pagado —dijo guiñando un ojo—. Qué mala pinta tienes. ¿Todo bien?

—Ya te contaré.

Le dejé y entré en casa de mis padres.

—¡Felicidades, hermanito! —le dije a Javier en cuanto atravesé la puerta y le vi junto a nuestros progenitores, imponente, con un traje gris oscuro que parecía ser su propia piel.

—¡Miguel, la que has montado! Muchas gracias, eres el mejor, te debo una. Pero ¿dónde estabas? Te estaba llamando. ¿Y esas pintas?

—¿Me has llamado? No lo he oído —contesté mientras besaba a mis padres y rehuía la mirada de desaprobación de mi madre, a la vez que me palpaba el cuerpo en busca del teléfono.

¡El móvil! No lo tenía. Recé para que se me hubiera caído en el coche.

—¿Cuándo has llamado? —pregunté alterado—. ¿He respondido?

—Pero ¿cómo lo vas a responder si no lo has oído? Hace unos minutos. ¿Cómo vienes con esas pintas?

—Estoy cómodo, muy cómodo. —No creo que me creyera si le contaba la verdad y, además, me sentía incómodo siendo una vez más el hermano torpe.

—Pero qué dices, no puedes estar así con el fiestón que has montado. Ven, te dejaré un traje, siempre tengo alguno en casa de papá y mamá. Me preocupas, Miguel. ¿Estás bien? ¿Qué tal con Paula?

El estilo de Javier no era el mismo que el mío, pero sabía que mi atuendo sería tema de conversación en la fiesta, así que accedí a su propuesta. Con todo el frenesí de aquellos días no había hablado con mi hermano de Paula, así que aproveché para ponerle al día con todo lujo de detalles.

—Hemos roto. Ella me odia.

—¿Ah, sí? —dijo extrañado—. Entonces lo has vuelto a hacer, ¿eh, granuja? —continuó mientras sacaba un traje azul del armario—. Este te irá bien.

—Sí, bueno, no. Es más complicado. Ella está embarazada.

Se le cayó el traje mientras me lo daba.

—¿Embarazada? ¿De quién?

—De mí, ¿de quién va ser? Luego el raro soy yo.

—Vale, vale. Espera que te busco unos zapatos. ¿Y por qué habéis roto?

—Le hice la propuesta de montar un trío para romper. Luego me dijo que estaba embarazada. Me enamoré de ella y ahora piensa que soy un perverso. ¿Este traje? ¿No tienes algo más informal?

—¿Pero no lo buscabais? Vete vistiendo, que se nos va a hacer tarde. No tengo cinturón, lo siento.

—No, algún accidente.

—¿Cómo un accidente? Ella toma precauciones, ¿verdad, verdad?

—Pero bueno, relájate, no te voy a contar nuestra vida. Está embarazada y punto. Me odia y punto —dije mientras empecé a deshacerme de mi disfraz de Bruce—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo es que... Paula es tan maja que esperaba que sería tu definitiva. Y encima embarazada, un hijo, mi sobrino, ¡voy a tener un sobrino! —Se paró y me miró fijamente—. Miguel, no voy a hacer preguntas, pero creo que tienes un problema. Te recomendaré un psicólogo. Te espero en la fiesta.

No entendí nada. Javier estaba rarísimo, pero imaginé que sería la crisis de los cuarenta. Me puse el traje, la camisa y los zapatos elegidos por Javier. Me miré al espejo y parecía otro. Había que reconocerle su mérito a la hora de vestir, el pantalón un pelín largo y mis kilos por encima del peso de Javier hacían un buen tope para no echar de menos el cinturón. Había salido ganando con el cambio. Respiré hondo y salí decidido a disfrutar de la fiesta.

Nada más salir al jardín Fran me asaltó:

—¡Tío, qué elegante! ¿Qué pasa, vas de ligue?

—Vaya, Miguel, al fin has decidido ser todo un *gentleman* —dijo Laura, que acompañaba a mi sobrino.

El ser humano es vengativo. Algo en lo que se parecen los hombres y las mujeres es que son vengativos por naturaleza. Laura, al poco de descubrir a Javier con Claudia, decidió vengarse de él acostándose con su hermano. Tuve la fortuna de que Javier no tuviera más hermanos. Puede parecer que no está bien, pero a fin de cuentas ya no estaban juntos y me prometió que no se lo diría, porque realmente me perjudicaría a mí más que lo que ella ganase. Al verla con su melena morena, sus ojos azules intensos y sus piernas infinitas, recordé por qué no puse objeción a ser cómplice de su venganza.

En seguida llegó Cisco, que saltó a mi espalda al grito de “¡Tiiiiiiiiiiio!”

—Hola, Miguel. ¡Caray, veo que has mejorado tu estilo!

Era Claudia. Más menuda y más curvilínea, con su pelo pelirrojo y sus pecas graciosas y dulces que camuflaban su fuerte temperamento. Toda una mujer de carácter, convincente y difícil de contradecir. Cuando encontró a Javier con Virginia, también vino a verme y no me dejó opción a llevarle la contraria. Le pedí que no se lo contara a mi hermano y me dijo: “Está bien, me conformo con mirarle a la cara y sonreír por lo que hemos hecho”.

—Allí está nuestro hermano. Vamos —dijo Fran a Cisco y se dirigieron a un grupo donde estaba Aranda con Virginia.

Virginia también me visitó cuando supo que Javier la había engañado. Tímida y llorosa, con sus ojos marrones brillantes por las lágrimas y su pelo rubio recogido en una coleta. Además de vengativo, el ser humano es un animal de costumbres y decidí que no estaría bien romperlas.

En el grupo de Virginia una espalda enmarcada por el escote de un vestido rojo llamó mi atención. La dueña de la espalda se giró y reconocí a Marta. Sonreí. Algún día mi hermano volvería a sus pecados y entonces sería un placer continuar mi tradición, y en aquel instante deseé que Javier pecara cuanto antes mejor.

Aquello iba bien, en unos minutos mis ojos habían recorrido los cuerpos de cuatro mujeres y no tenía ningún sentimiento de culpa hacia Paula. Prometía. Decidí acercarme a Marta para agradecerle toda la organización de la fiesta. Mis pantalones nuevos y los tres centímetros de altura de más de Javier se engancharon con el tacón de mis zapatos, tropezando levemente, evitando que cayera al suelo uno de los invitados.

—Gracias —dije mientras me subía un poco los pantalones—. ¡Doctor! Pero ¿qué haces aquí? Danián, ¿verdad? ¿Conoces a mi hermano?

Era el otorrino y no recordaba que estuviera en mi lista de invitados.

—Daniel, me llamo Daniel. ¿Tu hermano es Javier? No, no le conozco, he venido con una amiga que le conoce.

Le había traído Marta. Había invitado a su amante a la fiesta de cumpleaños de su novio. Y no me había avisado. Desde luego la chica tenía todo un carácter y le gustaba el riesgo.

—Sí, Daniel, perdona. Disculpa por lo del otro día, creo que hubo una confusión, yo no...

—No, no pasa nada, Miguel. Te respeto, no tengo nada en contra de los homosexuales, es que me sentí incómodo.

—No, pero si yo no...

—De verdad, Miguel, no pasa nada, discúlpame tu a mí, de veras. Ven, te voy a presentar a mis amigos. —Se giró y elevó la voz—. Ven, Marta. No te lo vas a creer. Acabo de encontrarme con un paciente que conocí ayer y resulta que es el hermano de Javier.

Marta parecía perdida, pero me miró y sonrió.

—¡Miguel! No sabía que eras paciente de Dani.

—Bueno, un poco, pero tampoco sabe nada de mí, ni de mi vida, ni lo que me gusta hacer, ni lo que no, ni si me gusta el fútbol o el ballet... —empecé a decir por miedo a lo que pudiera contarle el médico.

—Qué gracioso eres. ¿Te gusta lo que he preparado?

—Es perfecto. Un millón de gracias, no sé cómo podré agradecértelo.

—Mi *book* de fotos, recuerda. No te voy a dejar que te echas para atrás. ¿Cuándo quedamos?

Mi agenda en ese momento estaba vacía. Deseaba decirle que al día siguiente, pero parecía precipitado.

—¿El martes puedes?

—No. ¿Qué te parece el miércoles por la tarde?

—Perfecto. Miraré si me pueden dejar algún estudio. Te concreto dónde cuando lo sepa.

—Perfecto y así, de paso, podemos elegir las fotos de hoy.

Estaba preciosa. Sus ojos brillaban y su boca dibujaba las palabras con dulzura. Hacía esfuerzos por mantener mi mirada itinerante de sus ojos a su boca que contenía las tentaciones de bajarla para comprobar si por delante su vestido rojo se ajustaba con la misma espectacularidad que por el resto del cuerpo. El brazo de Javier apareció por su cintura, arrastrándola junto a él.

—Mis dos héroes. La que me habéis montado —nos dijo, y acto seguido besó a Marta en los labios. Yo aproveché para bajar la mirada. Tenían que separarse. Ya. Allí y en ese mismo momento.

—Eres sensacional, cariño —le dijo cuando liberaron sus labios—. ¿Y qué te parece Miguel? Hoy está impresionante, ¿verdad?

—Sí, muy guapo —contestó Marta—. Se notan los genes de la familia.

—Ven conmigo, Marta, te voy a presentar a mi jefe.

Tras de mí oí una voz masculina que me sonaba, fuerte y grave. Me giré y vi al doctor junto a otro hombre.

—Mira, te voy a presentar al hermano de Javier. Miguel, este es Fede, también es amigo de Marta.

—Hola, Miguel, encantado.

En cuanto volví a oírle supe de qué me sonaba. Era el que contestó el móvil de Marta. ¡Había traído a sus dos amantes! O quizás tan solo él y Daniel eran amigos de Marta. No sé. Empezaba a dudar.

—Y yo soy Fabiola —me dijo una mujer que hablaba con el tal Fede mientras no paraba de tocarle el hombro y agarrarle el brazo.

—¿Tu mujer? —le pregunté.

—No, no —dijo Fede—, es una conocida, es amiga de Marta.

Tampoco estaba en mi lista. Otra amiga o quizás otra amante de Marta. Aquello me superaba.

—Pues mira, Miguel —dijo el otorrino amante amigo—, resulta que Fede tiene un amigo que también es gay y ha roto con su novio y quizá podríais quedar a tomar algo...

La noche se tornaba surrealista. Necesitaba escapar de aquello. El alcohol no era una buena alternativa, así que me fui a jugar con mis sobrinos. Sus madres hablaban entre ellas en una extraña reunión de exmujeres cornudas y corneadoras mientras posaban para el objetivo de Nick bajo la atenta mirada de tres compañeros de trabajo de Javier y vieron con agrado que les liberara de sus retoños.

Fuimos al interior de la casa, con Aranda en mis brazos prácticamente dormido. Cisco no aguantó mucho más y también cayó rendido enseguida. Fran y yo empezamos a jugar con la videoconsola. A los cinco minutos me dijo que sería mejor que le dejara jugar solo porque era muy aburrido ganarme tan fácilmente.

Volví a la fiesta. La pausa en las visiones femeninas me había venido bien. Eché una ojeada y enseguida vi a Javier. Marta no estaba con él. Albergué la esperanza de que hubieran roto, pero las risas de Javier desvanecieron mi ilusión. Estaba con un hombre bajito, delgado y algo calvo, al que le acompañaba una mujer más alta que él y, por resumir, más que en él en todos los sentidos físicos de la palabra. Dudé en volver a entrar a jugar con Fran y huir, pero pensé que no me aceptaría. En fin, debería seguir en esa fiesta disfrutando de la belleza de las mujeres y, a fin de cuentas, ¡estaba soltero! Volví la atención a los acompañantes de Javier, más en concreto a la acompañante. Aproveché la lejanía y que me daba la espalda para analizarla con serenidad. Unos tacones largos me confirmaron que pisaba el suelo y no era un ángel suspendido. Donde terminaban se iniciaban unas piernas infinitas, delgadas y modeladas que se cubrían con un

vestido que dejaba claro que aquella mujer era mucho más que piernas.

—Miguel, mira, ven, te voy a presentar a mi jefe —me interrumpió Javier animándome a acercarme con un movimiento de la mano— y no te vas a creer quién es su pareja. —Fui hacia ellos deseando ver el rostro de aquella ninfa—. Noelia, Noelia García, del colegio.

Noelia se giró y me sonrió. Yo me paré y se me aceleró el corazón.

—¡Miguel, qué alegría! ¡Cuántos años sin vernos! —dijo con naturalidad mientras me daba dos besos y devolvía a mi nariz el aroma de su perfume.

—Muchos, muchísimos, ni me acuerdo ya. Noelia, ¿seguro que eres tú? ¿De verdad? Si me encontrase contigo en cualquier sitio, como una convención o lo que fuese, no te reconocería —dije nervioso, recordando el sabor de sus besos.

—Mira, Miguel, este es Esteban, el director general de la empresa. Miguel me ha organizado toda la fiesta.

Le miré perplejo. Aquel Esteban esmirriado y sexagenario no podía ser *Mister me matas, me matas, eres una diosa*. Desde luego no era así el que se dibujó en mi imaginación, atormentándome, en la casa de Noelia.

—Encantado, Miguel. Una organización maravillosa —dijo Esteban, disipando mis dudas con su voz.

—Bueno, el mérito es de Marta, yo no he hecho mucho.

—Marta, realmente encantadora —dijo Noelia—. Pero, Miguel, ¿qué ha sido de tu vida? Tenemos que hablar un día. Te llamo al móvil y quedamos.

—Ah, vale —acepté encantado de repetir y, de ser posible, culminar aquella tarde.

—Vale, pues entonces dame el número de tu teléfono móvil —dijo ella enfatizando la palabra móvil y bajando la mirada hacia su bolso.

¡Mi móvil! ¡Lo perdí en su casa y ahora lo tenía en su bolso!

—¡Ah, sí, sí! Apunta.

En ese momento entre nosotros cuatro empezó a sonar la canción *We will rock you* de Queen. Instintivamente me llevé las manos a los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones.

—Cariño, te suena el bolso —dijo el acompañante de Noelia.

—¿Mi bolso? No, no creo.

—Sí, seguro, mi amor, el mismo tono que en casa, cuando me dijiste que habías cambiado la señal de llamada del móvil.

—Ah, es verdad. Es que no me acostumbro al nuevo tono.

—¿Y no vas a responder?

Javier y yo asistíamos mudos a la conversación entre la pareja. Javier, tranquilo y sonriente aunque algo incómodo. Yo nervioso, preocupado y nada cómodo.

—No, creo que no responderé.

—Podría ser de la empresa, algo importante.

—¿Un sábado? No creo.

—Entonces ¿quién puede ser? —insistió, sin parar de mirarla, escudriñándola esperando un error.

—Cualquiera. Será un comercial para que me cambie de compañía.

—Pasa mucho. A mí no paran de llamarme —intenté echar un cable.

—Pero si no lo coges, no sabrás quién es.

El ruido cesó.

—Qué pesado te pones, Esteban. Vale, contesto. Uy, mira, ya han cortado. —Sacó su teléfono y lo manipuló rápidamente—. Lo que te decía, número desconocido, para vender algo. —Y lo

introdujo de nuevo en el bolso.

Al instante se oyó un pitido acompañado de la voz de Chiquito de la Calzada: “*Tienes un mensaje, pecadorrrrr*”.

—¿También has cambiado el tono de los mensajes? —inquirió el mihura.

Yo empecé a sudar y Javier me miró con pánico.

—¿Ese no es tu tono, Miguel? —me preguntó mi hermano.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, sí, es el mío, no es el de Noelia, el mío, el mío. —Y metí la mano en el bolsillo del pantalón.

—Pues yo diría que ha salido de tu bolso.

—A veces te pones insoportable, Esteban. Mira. —Abrió el bolso, sacó su móvil y se lo mostró—. Ningún mensaje. Tengo que ir al baño. —Y nos dejó a los tres solos.

—Perdonadme. Es que a veces soy un poco celoso. Comprendedme. Una mujer así...

—Sí, es normal, Esteban, no te preocupes —dijo mi hermano mientras me miraba con cara de querer asesinarme.

—Sí, pero no te preocupes —añadí yo—. Noelia tiene pinta de ser una mujer muy fiel, de hecho, de niña ya era muy fiel.

—¿Y tú? —me preguntó el jefe de mi hermano.

—¿Yo qué? —respondí temeroso.

—¿No vas a mirar el mensaje? —dijo mirando hacia el bolsillo, donde mantenía mi mano.

—¡Ah, sí! Oye, Nick, espera un momento. —La aparición de mi ex compañero de trabajo me salvó—. Tengo que preguntarte una cosa. Perdonadme, yo ya miro el mensaje y ya luego os digo lo que era. Mira, Nick, es que quería unas fotos de unos amigos que... —dije alejándonos.

El corazón me palpitaba más deprisa de lo recomendable. Entré de nuevo en la casa y me apoyé contra la pared. Cerré los ojos, intentando recuperarme. Cuando los abrí Noelia estaba delante de mí. Salté.

—Soy yo, tonto, no te asustes. Toma tu móvil. Esto ha sido súper excitante.

Y me besó sin opción a abrir la boca más que para responder a su beso. Su mano se abalanzó a mi entrepierna y en un suspiro me soltó el botón del pantalón. Sonó un móvil y no era el mío.

—Mi marido. —Su segunda interrupción en menos de veinticuatro horas hizo que empezara a cogerle un poco de manía—. Tenemos algo pendiente —me dijo mientras salía de la casa y coqueteaba con la mirada.

Dejé resbalar la espalda por la pared hasta sentarme en el suelo, intentando recuperar el resuello. Me miré la mano y vi mi móvil. Lo revisé. Varias llamadas, la última era de Paula. ¡Paula! ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Y ahora? También estaba el mensaje y también era de Paula: “*Tenemos que hablar*”. Fuera de la casa la música cesó y se escuchó la voz de mi hermano por el altavoz agradeciendo a todos que hubieran ido:

—... muchísimas gracias a Marta, porque estoy seguro de que el mérito de la organización es tuyo. Marta, ven, sube conmigo. —Hizo una pausa y se oyó algo parecido a un beso mientras la gente aplaudía—. Pero, sobre todo, gracias a Miguel, mi hermano, el mejor hermano del mundo, aunque a veces me haga dudar. Miguel, ven, ¿dónde estás? ¿Alguien ha visto a Miguel?

Mierda. Una aparición pública me apetecía tanto como dormir en la cama de un faquir, pero no podía defraudar a Javier. Me levanté y salí fuera.

—Aquí, aquí. Estoy aquí.

—Vaya, una pequeña indisposición, ¿eh, hermanito? —bromeó Javier.

Encantador. Eso contribuía a facilitar mi situación. La gente volvió las miradas hacia mí. Realmente era incómodo, pero aceleré el paso. Note más soltura en el pantalón. Recordé las

manos de Noelia, desabrochándolo. Pararme en ese momento y abotonarlo tan solo daría la razón a mi hermano y la diferencia de peso entre los dos lo apretaba lo suficiente para que no se me cayera. Según atravesaba el pasillo formado por los invitados hacia el escenario, la gente se reía. ¿Mi pantalón? No, seguía en su sitio, algo más suelto, pero en su sitio. No, me miraban a la cara y reían. ¿Qué pasaba? Un moco quizá. No, un moco no, por favor. Siempre me aterrorizaba la idea de hablar con alguien y que me colgara un moco sin yo saberlo. Seguí avanzando y pasé la mano por la cara. No noté nada. El camino se me hizo eterno, pero al fin llegué al pie del escenario. Velozmente subí los escalones para acabar con aquello cuanto antes. En el último los tres centímetros de más de Javier y de sus pantalones prestados se introdujeron por debajo del talón de los zapatos que, con su presión y mi deseo de subir, echaron hacia atrás el resto de los pantalones que, liberados de la retención del botón, bajaron sin problemas. Caí hacia delante, apoyándome sobre las manos y quedando sobre el escenario a cuatro patas, orientando el trasero hacia el público. Oí las carcajadas. Acababa de enseñar los calzoncillos a todos los invitados, menos a la orquesta, a Marta y a Javier, que me miraban con la boca abierta. Por desgracia no fue así. Por instinto me levanté e intenté subirme los pantalones y me miré la ropa interior con la esperanza de que la elección de aquel día no fuese muy extravagante. No recuerdo cuál fue la elección, pero la exhibición era peor que cualquier elección. Me paralicé. Allí, de pie, con los pantalones por los tobillos, con mis partes íntimas cubiertas por unas braguitas blancas, monísimas, eso sí, y muy suaves, mirando hacia Javier y Marta (y a la banda), mostrándoles la parte delantera de mi lencería con una abeja dorada bordada, mientras mi trasero saludaba a los invitados, conocidos y desconocidos, con dos grandes letras doradas una "N" y una "G".

—¡Miguel! —me gritó Javier. Mientras, la gente reía.

—Tienes carmín en los labios —dijo Marta, mientras intentaba no reír, cosa que seguía haciendo el resto del público.

—¡Paula! —dijo sorprendido Javier mirando a un lado.

—Javier —dijo la voz de Paula a mi derecha.

—¡Paula! —dije yo cuando me giré y vi que allí estaba Paula.

—¿Miguel? —dijo Paula con cara de horror mientras la visión de mi parte delantera avivó las risas del público.

Recorrí a los espectadores con la mirada con un solo pensamiento: *“Miguel, por Dios, no te mees encima”*. Divisé las miradas perplejas de mis excuñadas, los flashes de mi cámara en manos de Nick, al otorrino, que me miraba con los pulgares hacia arriba y después señalaba a su otro amigo, el del colega gay. En esos momentos todo el auditorio dudaba de mi condición sexual, todos menos dos personas: Noelia, que miraba al suelo con la cara enrojecida y su acompañante, *Míster me matas, me matas*, que me miraba con odio, dibujando en sus labios unas palabras parecidas: *“te mato, te mato”*, y a pesar de su aspecto, pensé que sería capaz de hacerlo.

En mi regreso a los escenarios aprendí dos lecciones importantes: una positiva, que en la madurez la capacidad para retener la orina es mayor que en la adolescencia; y otra no tan positiva: si alguna vez encuentras a tu amor de la adolescencia y acabas en su casa, desnudo, y llega su marido y te esconde en el armario con las ropas que os habéis arrancado, por mucho frío que haga, vestirse en la oscuridad no es una buena idea.

"Mi querida Princesa:

La madrugada de anoche acabó en tragicomedia. Menuda reunión de personajes.

Fabiola perdió el norte. Ya sabes cómo se pone cuando bebe más de dos copas, y sin duda, llevaba más de cuatro. Casi me desnuda cuando salía de la cocina. Me acorraló de tal manera que cayeron al suelo las tazas de café que estaban en la encimera, lo que produjo, además, que ella se cortara la mano. ¡Un número! Alguien avisó a Javier, que apareció al momento. Pedí mil disculpas, avergonzado por el espectáculo. Quise curar a Fabiola, pero se agarró a Javier cual águila a su presa. Él, asustado, llamó a su hermano. No sé cómo acabaría, pues en ese momento decidí marcharme y fui en tu búsqueda. Fue cuando te vi hablando con Daniel. No era el momento de explicarte nada porque además no quería interrumpir vuestra conversación. De nuevo traslado mis disculpas a Javier, por favor.

De camino a la salida encontré una pareja discutiendo a voz en grito sobre no sé qué de unas letras doradas "N" y "G" al tiempo que el nombre de Miguel saltaba de una boca a otra. Por cierto, ese tal Miguel... ¡Vaya espectáculo! No entiendo tu fascinación. En cualquier caso, ya hablaremos porque a este tipo le va lo que su hermano deja, así es que ojo. Ya te contaré con calma. Como sabes, me marché de viaje y regreso en unos diez días.

Acabo de decir adiós a Virginia. Hemos pasado la noche juntos. Mis llaves cayeron al suelo cuando intentaba derrotar a Fabiola y Virginia, que había presenciado todo sin perder detalle, las recogió. Me las entregó con la condición de que la llevara a mi casa. Sorprendido, no pregunté ni de dónde había sacado de pronto tanto descaro; simplemente, lo hice.

Ahora te entiendo mejor que nunca cuando me hablas de tu PVA y lo difícil que te resulta escapar de él. Yo creí haber superado a Virginia, pero he de reconocer que mi debilidad gana terreno cuando aparece ella. Sé desde hace tiempo que no debo ni siquiera mantener la esperanza de volver con ella y por si me quedaban dudas, anoche me lo reconfirmó: "Esto es solo sexo", me dijo. Me ha pagado con la misma moneda que he ido entregando yo a más de una.

No hay nada como padecer en carne propia, pues hasta ahora no sabía el dolor que estas palabras pueden llegar a causar. Me parecía todo muy justo cuando trataba de esta manera a mis conquistas, justificándome a mí mismo sobre la base de mi sinceridad. Veo hoy que no era tal la sinceridad; era comodidad, huida fácil que me alejaba de la telaraña de cualquier compromiso que fuera más allá de un desayuno después de...

Estos días en la distancia espero que esclarezcan mi mente y me devuelvan cordura.

No te llamo. Imagino que seguirás enredada en Javier.

Escríbeme pronto. XXX. Fede".

—Ha sido un cumpleaños increíble y todo gracias a ti. Un éxito. Tú has estado espectacular. Estás absolutamente radiante. No he podido apartar los ojos de ti. Mi hermano, como siempre, ha tenido que poner la nota discordante. A ver si de una vez por todas se centra, que va a ser padre —comentó Javier mientras la luz de las velas se consumía dejando ver el rostro de Marta, que no daba crédito a lo que le acababa de escuchar.

—¿Padre? Pero... ¿cómo?

—¿Necesitas que te lo explique, Martita? —dijo con una gran sonrisa agarrando a Marta por la cintura, buscando su boca.

Se fundieron en un beso que poco pudo Marta saborear, pues sus pensamientos estaban lejos de los brazos que la sujetaban. “Así es que tiene novia, o mujer... ¡Está casado!”. De repente, ya no tenía muchas ganas de dejarse llevar por lo que el preludio anunciaba. Sin entender por qué, esta noticia hizo que sintiera frío. Apartó tan pronto pudo cualquier pensamiento dirigido a Miguel y trató de concentrarse en el hombre que tenía delante. “Me ha devuelto confianza en el amor. Javier es una buena opción. Quiero que funcione con él”. Se apartó suavemente sentándose dos pasos alejada de Javier.

—Tengo que contarte algo.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar? No tengo ganas de hablar precisamente. —Javier volvió a acercarse. Esta vez sus manos fueron directas a la cremallera del vestido.

—Espera. Se trata de mi ex.

Con gesto desairado Javier se levantó dirigiéndose a la barra para dos segundos después beber de un sorbo el whisky que había dejado abandonado. “No tengo ganas de acabar la noche con el ex de Marta”, pensó.

—Quiero ser sincera contigo. Estamos empezando una relación que para mí es importante y...

“No tengo ganas de sinceridad esta noche”, quiso decir él, no obstante, no dijo nada y siguió bebiendo otra copa mientras en la distancia escuchaba el eco de las palabras de Marta. Absorto en rellenar su vaso con más bebida, no prestaba atención hasta que oyó: “... y a la mañana siguiente ya no estaba en mi casa...”.

—Espera, ¿quieres decir que has pasado la noche con él? —Su orgullo sintió una punzada. Por ahí sí que no estaba dispuesto a pasar.

—Pero, Javier, ¿no me has oído decir que NO pasó nada? Es lo primero que te he dicho.

“¿Y entonces a qué viene esta historia? No pasó nada. Bien. ¡Deja que pase aquí, ahora y conmigo!”, quiso gritar.

—Marta, si no ha pasado nada, no tengo necesidad de saber nada sobre tu ex. Esta noche estás aquí, ¿no?, pues no hay más que decir.

Ciertamente no hubo más que decir.

“Fede, no me acordaba de tu viaje. Tengo tanto que contarte... ¡Ojalá estuvieras aquí! Sé que he tardado en contestar. Lo siento. No te imaginas los días que he tenido. No puedo esperar a que llegues para relatar todo, así es que iré por partes. Espero que una vez llegues al final de este correo, entiendas la decisión que he tomado.

La noche del cumpleaños de Javier, después de que todos los invitados se fueran, nos quedamos a solas.

Tras de una larga velada llena de "ex" que me aniquilaban con sus miradas y seguían cada paso que daba, Daniel que estaba rarísimo, Virginia la eterna ex, la locura de Fabiola corriendo detrás de ti y el final que organizó Miguel, lo único que quería era un poco de paz y, además, necesitaba verme de nuevo cara a cara con Javier.

Con mi mente alborotada, llena de sensaciones cuanto menos exasperantes, lo primero que quise es contarle a Javier la visita de mi PVA y cómo había conseguido desestabilizar mi presuntamente organizada vida. Lo intenté, pero no quiso escucharme. Pareció centrarse más en el hecho de que estuviera con él. Asumí pues que carecía de importancia para él y que no le producía ni el más mínimo interés, por lo que de las palabras pasamos a los hechos sin volver a comentar absolutamente nada del tema. Me pareció que estaba dotado de una madurez de la que yo me veía desprovista, así es que me tranquilicé. Sintíendome casi infantil por dar suma importancia al hecho, me sumergí de lleno en mi encuentro, diciéndome a mí misma lo

afortunada que era por haber encontrado a un hombre como él taaaan comprensivo y formado. Hasta me sentí culpable por haber abierto esa “veda”.

Dicho esto, te diré que la noche fue una suma de posturas que nos llevaron a recibir el amanecer. No es especialmente tierno en la intimidad. Parece que le gusta probar todo, eso sí. Eché en falta algo de delicadeza. No es que fuera tosco, lo que pasa es que ese refinamiento que tiene de día, desaparece de noche entre las sábanas. Sí, ya sé que estarás diciendo que ya estoy con mis bobadas románticas, pero qué quieres que te diga, necesito ese ambiente.

Él, “agotado”, apenas pudo pronunciar palabra cuando le dije que debía irme y muy “cortésmente” me dijo que llamase un taxi, dándose sin más la vuelta y cerrando de nuevo los ojos. Me pregunté dónde había quedado su talante cortés, sus susurros que, aunque escasos, los acompañó de besos interminables no menos de una media hora antes. Le disculpé. Seguía convencida de que había sido agraciada con su presencia. Bien, me marché... en taxi, sí.

Comencé a pensar que quizá no era tal mi fortuna al cabo de unas doce horas de espera visualizando el móvil en busca de su llamada o al menos, me dije más tarde, un mensaje. No llegó.

Quien sí me llamó fue Miguel, —recuerda que quedamos en que me haría el book—. Quedamos al día siguiente, miércoles, a las cinco de la tarde. No sé qué extraño efecto tuvo esta llamada en mí, pero me hizo olvidar mi espera por Javier y me centré en elegir qué me pondría para la cita que acababa de cerrar sin dejar de configurar mi táctica para averiguar todo sobre el “nuevo papá”.

Exhausta por la falta de sueño, caí dormida. A la mañana siguiente seguía sin recibir noticias de Javier, y antes de que hubiera decidido si le llamaba yo o no —ya sabes lo que tardo en ver una posible resolución—, sonó el timbre. En la más absoluta de las certezas pensé que era él. Abrí sin pensar. Cuál es mi sorpresa que era el vecino de arriba, sí, Quique, el buenorro de Quique. No sé ni cómo fue capaz de decirme que estaba preciosa, pues mi cara tras la fiesta desde luego no era reflejo de ello.

Con desayuno en mano raudo y veloz se instauró en la cocina. Yo tenía hambre, así es que no puse inconveniente. Él también tenía hambre, pero de otro tipo. Directo se dirigió a mí diciéndome que llevaba tiempo esperando el tenerme para él. ¿Qué te parece? ¿Quién le dijo que “yo era para él”? Por lo visto fue él quien abrió la puerta a PVA aquel día sin saber que venía a mi casa, pues resulta que esa misma noche había decidido “estar conmigo”, pero que al ver que PVA tocaba a mi puerta, desistió y se fue con la prima de su amigo a la que también “le tenía ganas”. Bueno, imaginarás mi cara. El café se me detuvo en mitad de la garganta y mis ojos hablaban por mi boca.

Pensé que se daría cuenta, pero nada más alejado de la verdad. Sonriendo —reconozco que su sonrisa me derrite y sin apartar su la mirada de mi boca, sus manos subían por mi camión al tiempo que mordía mi cuello. Aquello me gustó con la misma fuerza que me asustó. Le aparté y cumpliendo con mis obligaciones de “Princesita”, le dije que estaba con alguien. Creo que ni me escuchó. Tuve que apartarle poniendo mi taza de café en su hombro. El calor le hizo retirarse. “¿Qué pasa?”, me dice. Entendí que con él las palabras eran inútiles, así es que de la mano le dirigí a la puerta. Supuse que era la única manera de hacerle entender. Él creyó que la dirección era otra y mientras caminaba se iba quitando la camiseta. Abrí a tiempo de que el desnudo no fuera a más. Cerré y le vi por la mirilla. No dejaba de sonreír. Me guiñó un ojo. Sin palabras, Fede...

Más tarde tuve que salir a enseñar un par de casas. Con hambre, pues finalmente no pude probar el desayuno, me detuve en la cafetería cerca de la oficina. Mi estómago no dejaba

margen a nada más que a pedir con ansia cada una de las tapas mostradas. A lo lejos oír reír con intensidad. Una risa "en celo". Ya sabes de lo que te hablo, pues este bautizo lo hicimos en nuestra época de instituto. Ni quise prestar atención, pero inevitable se hizo el que girara la cabeza, pues el sonido iba en aumento. No lo creerás, bueno, sí, seguro que sí. Era Fabiola. Embutida en un pantalón que probablemente le imposibilitaba respirar, solo reír, acariciaba piernas y demás partes visibles y no visibles de su acompañante. Me oculté: no estaba yo para "Fabioladas", la verdad. Pero ¡cómo es la vida que te abre a realidades no buscadas! El camarero, que estaba pasando la tarjeta de un cliente para cobrar, tuvo problemas en la comunicación, por lo que requirió a este señor su presencia. Sin haber recibido ni un trozo de pan, lo resalto porque mi estómago vacío ha tenido que soportar bastante en menos de un día —, Fabiola se levanta abrazando a su acompañante. Pensé que, con suerte, no me vería, pues no estaba cerca de la puerta. Me camuflé tras el periódico, esperando que la "tormenta" siguiera de largo.

Pero a menos de dos palmos volví a escuchar esa estridente risa de nombre propio. Me dije que debía ser cortés y saludar: "Hola, Fabiola, ¿qué haces por aquí?". Su risa cesó, sus brazos se cruzaron a la vez que su contertulio se dio la vuelta soltando las amarras que Fabiola le había impuesto. ¡Javier! Sí, era Javier. Me tembló el cuerpo. Quise huir. Quise gritar. Quise llorar. Quise hasta insultar, mas no lo hice. Sin embargo, Fabiola aprovechó los fríos segundos de incertidumbre para escapar, dejándonos frente a frente con un camarero atónito. Javier pagó. Yo era incapaz de pronunciar palabra. Me miró y me preguntó qué tal estaba (¿?) ¡Pues cómo iba a estar! Le pregunté qué hacía con Fabiola. Lo único que acertó a decir es que ella le había ido a buscar a la oficina invitándole a comer y aceptó. Le respondí que no entendía que tal almuerzo incluyera un aperitivo de caricias, roces y besos -su cuello era fiel reflejo de ello-. "Al fin y al cabo, tú has estado con tu exnovio ¿no?", me contestó. "¡No!" exclamé. Quise continuar explicando, pero Javier me cortó el paso: "Mira, Marta, tengo tres experiencias fracasadas a mis espaldas, no quiero una más". Me besó y marchó.

Salí de la cafetería con lágrimas en los ojos y de nuevo con el estómago vacío. Esta Fabiola... Me acordé de ti cuando decías que era insufrible. Quise decirle cuatro cosas. A punto estaba de llamarla cuando me sonó el móvil. Era Miguel. Quería asegurarse de que yo llegaba correctamente al lugar convenido. Intenté disfrazar mi dolor, sin embargo, lo notó y le faltó tiempo para decirme que me venía a buscar estuviera donde estuviera. Finalmente, mi capacidad de convicción le calmó y evité una escena innecesaria.

Con la mejor de mis sonrisas aterricé en el local. No permití interrogatorio alguno sobre mi estado logrando que Miguel dudara en cuestionar mis circunstancias personales. Me besó, me abrazó con fuerza haciéndome sentir con sus palabras cada vez que disparaba su cámara una mujer sexy, inigualable, capaz e incluso única.

No sé de dónde saqué fuerzas, Fede, pero brillé. Me vi a través de sus ojos, con luz, con magia, irrompible. Finalizada la sesión, Miguel se acercó para mostrarme el resultado. Además, me pidió ayuda en la elección de las fotos para el montaje del vídeo del cumpleaños de Javier. Haciendo de tripas corazón, le ayudé. Se mostraba tan cercano, tan a mi lado, tan identificado que no me pude resistir. No tuve valor para contarle mi último encuentro con su hermano y el dolor que llevaba por dentro. Creí por minutos que quizá esta era la mejor versión de los "Aranda" y que después de todo, en esa búsqueda incansable que me he encomendado de mi Príncipe, tal vez este era el único camino para llegar a él. Quizá no había leído bien el guion.

Nuestros buzones sonaron al unísono interrumpiendo mis pensamientos. Mi PVA

“necesitaba verme”. ¡Otra vez, Fede! ¿Cuándo voy a poder escapar de tal angustia? Miguel me miró con tono picarón y me dijo que una tal Virginia o Vanesa (no se aclara con los nombres) necesitaba verle... ¡Cuánta gente con tanta necesidad! Reaccioné. Recordé que tú me habías escrito diciendo que “a este tipo le va lo que su hermano deja”, por lo que al más puro estilo Sherlock Holmes, indagué. Sin entrar en detalles te diré que, efectivamente, Miguel recoge lo que su hermano abandona. ¡Ay, Fede, cuánta decepción! Miguel se descubrió ante mí. Posiblemente fue el champagne lo que le hizo “confesar” tanta gula prohibida. Lo que no conseguí averiguar es el nombre de la madre de su hijo y, para ser te sincera, perdí curiosidad conforme él ganaba confianza narrando sus batallas.

Con poca habilidad inclinaba su cuerpo al mío rozando sin disimulo mis brazos, manos y piernas, mientras coqueteando me decía que mirarme era como ver “un lago azul”. Ah, y me llamó Brooke o algo parecido un par de veces. ¿Tú sabes qué querría decir con eso? Casi pierdo el norte por este hombre con extraña habilidad para encandilar, pero detuve a tiempo mis impulsos, es un camino por dónde no debo entrar. No podía dejar que el desencanto con Javier me llevara a esto o, por lo menos, no tan rápido. No quise brindar una última vez. Desaparecí. Me fundí con la noche que imploraba su presencia y me esfumé.

Lo siguiente es mi ron compartido con PVA. Ese bareto de la esquina, testigo mudo de nuestros encuentros desde hace años, abrió sus puertas una vez más a este amor sin sentido de débil firmeza y tintes obviamente dispares, aunque no por ello pasajeros, que está reclamando tregua.

Entre tanta decepción que los dos hermanos habían dejado en mí y el extraño poderío que mi PVA tiene sobre mi voluntad, quise retomar ese punto donde los sueños aún tienen cabida. Me dije que hay amores que huelen a victoria y que tanto tiempo invertido en el nuestro solo podía significar que era uno de ellos.

Él me esperaba en nuestra mesa. Me abrazó y me besó como siempre. Mirándome fijamente me dijo: “Eres el amor de mi vida. No he encontrado a nadie como tú y sé que no lo encontraré”.

Esperé por si esta vez añadía algo más a esta frase que me regala cada vez que aparece. Silencio, besos, más besos. “¿No vas a decir nada más? ¿O a hacer?”. Claro que no quería decir nada más. Le es más cómodo el silencio, entre otros porque de esta forma evita cometer errores sobre sus engaños. Aun así, como nunca pierdo la esperanza, le dejé pensando su respuesta.

De camino al lavabo, recibí un mensaje de Fabiola “Martita, tía, no te mosquees. Solo quería darle las gracias por curarme la mano el día de su fiesta. Me invitó a comer. Tú sabes cómo soy, una copita de vino y me desmadro, necesito estas emociones, pero no pasó nada, tontita... Enfadarnos por un tío... ¡No merece la pena! Ya, ya sé que tú no lo ves así, pero por eso sufres más. Hay que jugar y punto, es lo que siempre te digo. Así es que cuando termines de “jugar” con Javier, me lo pasas, ¡ja, ja, ja! Un besito, guapa (es bromaaaa)”.

Bueno, ¡qué desfachatez! Había olvidado cómo era. Ya me hizo esto hace tiempo con aquel chico de Salamanca, Gus, y me contó una estupidez parecida. De aquella hablé seriamente con ella, pero esta vez no merece nada de mi parte. No iba a perder tiempo en descubrir quién de los dos decía la verdad o mentía menos. Volví a mi PVA al que encontré pagando la cuenta. “Te demostraré que voy a estar aquí”. Fue todo lo que dijo.

Nos montamos en su moto y desaparecimos camino de un hotel rural que han inaugurado hace un par de meses cerca de la sierra de Madrid, al que los dueños le habían invitado agradecidos por el bonito reportaje que hizo sobre el mismo, meses atrás.

Ya no hablamos más de nuestra relación. Me autoconvencí de nuevo pensando que esta forma escurridiza y asustadiza que tiene ante el amor era una consecuencia más del peso de una vida marcada por el abandono familiar que le ha creado mucho desconcierto y falta de seguridad a la hora de compartir lo que siente, al tiempo que le impide por completo valorar la opción de comprometerse con nadie.

Me arrepentiría más tarde de no haber sido capaz de imponer mis deseos que tan solo se limitaban a aclarar de una vez por todas qué intenciones tenía de permanecer en mi vida y, sobre todo, por cuánto tiempo y para qué.

Pero la verdad es que muy dentro de mí, sabía que para él era muy difícil vencer sus barreras totalmente, por lo que pensé que yo podría ayudarlo a conseguirlo porque este fuerte amor que hay entre nosotros debía terminar de consolidarse. “Siempre regresa a mi lado. Me quiere, lo sé, ahora es el momento, ya no se marchará más. Por fin juntos de nuevo. Adiós, Javier. Adiós, fantasías con Miguel, mi verdadero PVA viene a quedarse. Él es el único que me importa”.

En un último intento por conseguirlo, decidí apostar todo de nuevo. Debía no obstante tener sumo cuidado, pues sabía con certeza que al ser la última vez que luchara por él, era un momento crítico donde el más mínimo empuje hacia un lado u otro, podía lograr que definitivamente nuestro Amor se desplomase o adquiriera mayor solidez.

El resto de la tarde, esa noche y la siguiente mañana me sentí P R I N C E S A de verdad. Fue vivir un cuento de amor en el que mis recuerdos habían sido destruidos retirando los restos dañinos del pasado. Me fundía con él como si fuera la primera vez, sin memoria. No nos soltamos durante todo el tiempo que estuvimos juntos. Le dije que le quería y que siempre le había estado esperando. Me sentía la mujer más feliz del mundo. Hasta le confesé que aún guardaba el traje de novia.

Mi PVA no dejó que me apartara de él más de cinco minutos, sólo quería que permaneciéramos juntos. Me besaba y acariciaba con una pasional ternura que antes no me había mostrado. Caía rendido ante mí de tal forma que sus caricias en mi pelo y sus eternas miradas cargadas de amor van a permanecer conmigo de por vida. La última noche me dijo que quería construir su vida conmigo.

Las horas pasaron rápido y el jueves por la tarde ya estábamos de vuelta. PVA se fue al hotel a recoger sus cosas para venir a mi casa. Pasé las siguientes tres horas limpiando hasta el rincón más escondido, hice hueco en mi armario y en el baño. Codifiqué canales de deportes mientras, a fuego lento, cocinaba su plato preferido.

A las 22:30 mi casa estaba de estreno y yo, acorde a esta bienvenida. Miré a mi alrededor para cerciorarme de que todo estaba perfecto: música adecuada, mesa para dos, solo luz de unas velas perfumadas, comida predilecta... Sonreí. ¡Era tan feliz...!

23:54. La casa era un bloque de hielo que me impedía ponerme en pie. De rodillas permanecí tiempo, no sé cuánto, mucho, demasiado...

Fui capaz de reaccionar cuando la oscuridad invadió el salón. Solo quedaba olor a quemado. La música dejó de sonar en algún momento, pero no lo percibí. Supongo que mi llanto superaba en intensidad los graves de Sinatra.

Se fue, Fede. Otra vez.

No entraré en detalles... No puedo.

No sé cómo lidiar bien con esto, a qué tabla sujetarme para seguir adelante, qué hago con tanto sentimiento entrelazado y despedazado, con qué me quedo cuando apenas soy capaz de

poner orden a los recuerdos, pues todo lo que obtengo son confusas situaciones que tan pronto me hacen feliz como que me entristecen, debido a que me cuesta bastante discernir lo verdadero de lo fingido, (aparte de plantearme qué narices hice o dejé de hacer).

Resulta inmensamente complicado saber con qué versión de la historia quedarse. No alcanzo a comprender cómo es que no he sido lo suficientemente avispada como para haber dado carpetazo al tema antes de dejarlo agonizar, haber creído solo tres palabras de las veintisiete diarias que me decía y asumir que nada con él es real. Ahora solo queda dar tiempo al tiempo.

Falté a la oficina el viernes. El sábado no me levanté de la cama. El domingo reservé vuelo y hotel. Hoy lunes estoy en la Toscana.

He alquilado durante unos meses esa casita de la que te llevo hablando todo este año. Nunca encontraba hueco para escaparme a este maravilloso lugar que figuraba en mi lista de los países por ver desde que era adolescente. Esto es magnífico. Respiro sin ahogarme. Paz, calma, buena gente. Además, desde aquí puedo seguir gestionando temas de la oficina. No obstante, he dejado a Lucas al mando hasta que yo regrese.

Como te dije al comienzo, espero que entiendas esta decisión. No huyo. Solo necesito “escucharme”. Por ello es que me regalo este tiempo. Aquí te espero.

XXX

Marta”.

Cada día nos enfrentamos a miles de decisiones. Decir unas palabras o no pronunciarlas, contestar el teléfono o dejarlo sonar, aceptar una cita a ciegas o dejarlo pasar, hacerle un favor a alguien o disimular, decir un no cuando queremos decir un sí, o un sí cuando queremos decir un no, aceptar la tentación o rechazar la manzana prohibida, dar un beso o guardarlo, decir un te quiero o aplazarlo. Y en la mayoría de los casos no somos conscientes de que en cada una de ellas tomar una u otra decisión nos depararía un futuro diferente.

Mi cadena de elecciones me había llevado a enseñar mi trasero decorado por las preciosas bragas de Noelia García en vez de pasar la mañana junto a la mujer perfecta, acariciando su vientre y haciendo planes para nuestra futura vida con nuestra hija o hijo. Estoy seguro de que, para mi desgracia, las más de cien personas que presenciaron mi exhibición en directo jamás la olvidarían. Y el millón de visitas del vídeo en YouTube que algún gracioso grabó con el móvil también aportarían lo suyo para difundir mis proezas.

El timbre del teléfono me dio los buenos días. A la décima llamada pidiéndome consejo para hacer un regalo de lencería a alguna novia o esposa decidí desconectarlo.

Mi correo no paraba de avisarme de nuevos mensajes, así que apagué el ordenador y me fui a pasear.

A pesar de todo, el apetito me seguía guardando fidelidad. Podía haber elegido coger algo para llevar en algún establecimiento de comida rápida y continuar envenenando mis arterias en soledad, pero no lo hice. Elegí el primer restaurante que encontré. Noté que la gente clavaba los ojos en mí. Instintivamente bajé la mirada. Falsa alarma, todo correcto. Pantalones vaqueros de hombre, quizá algo ceñidos, pero de hombre. Se me acercó el *maître*:

—Lo siento, señor, pero está todo... —dijo, interrumpiéndole los cuchicheos de un camarero—. No, no, pase, pase, por aquí tenemos un sitio para usted.

Movieron un piano de un altillo y situaron una mesa en su lugar. El sitio perfecto para que te pidieran un bis y el menos adecuado si tan solo quieres la compañía de la soledad.

Los platos eran buenísimos, pero no recuerdo una comida más desagradable. Soporté estoicamente los cuchicheos y las miradas de los clientes, cómo se decían entre ellos: “Eh, mira, es el tío de las bragas”. ¡Malditos móviles con cámara de alta resolución! Aguanté incluso los flashes y posar con los que se me acercaban, no por protagonismo ni vanidad, sino por miedo a levantarme y montar otro numerito. Esperé a que no quedara nadie para pedir la cuenta. Caro, pero la calidad lo merecía. Al rato el *maître* me informó de que les rechazaban la tarjeta por falta de saldo, aunque tenía una propuesta para solucionarlo. Una foto con el dueño que decoraría la pared del restaurante sobre la leyenda “El tío de las bragas también come aquí” saldó mi deuda.

Volví a casa consciente de que mi ruina personal tan solo era comparable a mi ruina económica. Necesitaba dinero, así que decidí que el lunes iría a la oficina de empleo. Pero hasta que volviera a trabajar necesitaría liquidez para subsistir. Pensé qué cosas de valor podría vender. La casa fue lo primero que me vino a la mente. Podría venderla y comprar otra más pequeña o en un barrio peor. Un rápido vistazo alrededor y una mirada por la ventana me hizo ver que sería imposible. Entonces pensé en venderla e irme a otra de alquiler. Un breve cálculo mental de lo que me quedaba de hipoteca y el valor de los pisos de la zona en la actualidad incrementó mi saldo negativo en cincuenta mil euros. Necesitaba vender otra cosa de valor que no tuviera deudas. Pensé en mi equipo fotográfico, pero lo necesitaría para trabajar. Continué con la

lista: mi coche. No, mi coche no, por favor. No era ninguna maravilla, pero era mi coche. Tantas vivencias juntos... Habíamos compartido tantas cosas que no podía deshacerme de él. Tantos secretos guardados, tantos besos vividos, tantas mujeres acariciadas por los dos. No, no podía venderlo. Tenía que encontrar otra cosa. Pensé un largo rato y rebusqué por toda la casa, pero lo más valioso que encontré fue mi colección de películas de Bruce Willis. Lo valoré, pero las descargas de internet y que ya no había cinéfilos de verdad no me daban una recaudación que me aportara más de un par de días de supervivencia.

Tendría que vender el coche. Necesidad obliga. Decidí poner un anuncio en Ebay. Encendí el ordenador y cerré el correo. Tuve la oportunidad de ver que #eltiodelasbragas era el *trending topic* del momento en Twitter. Después del mosqueo, decidí sacar provecho de mi fama. Mandé un tuit: “#eltiodelasbragas soy el tío de las bragas y vendo mi coche, ¿quién lo quiere?”.

En media hora ya había cerrado seis citas para ver el coche.

Al día siguiente amanecí con un objetivo claro: la oficina de empleo. Entré y cogí mi número, dejando pasar educadamente primero a una mujer de mediana edad. Después de varias horas de espera tan solo faltaban tres números para que el mío se reflejara en el marcador que distribuía a las tres mesas que atendían, ocupadas por dos mujeres y un hombre. De las dos mujeres una era espectacular y su exuberancia apenas daba oportunidad para apreciar a la segunda. Y el hombre... Creo que tenía barba. Qué más da, tan solo era un hombre, pero era mi mejor opción. Cualquier conversación con el sexo femenino se me antojaba insufrible en mi estado.

El hombre despidió al desempleado y accionó el marcador. Mi mejor opción perdida. Supliqué para que no me tocará la guapa. Pero mira que estaba buena, y la otra..., qué más daba la otra... ¿Había otra? Pero... no, la guapa no, por favor. Necesitaba la fea, que me tocara la fea. No más mujeres atractivas en mi camino.

Las dos personas a las que atendían se levantaron a la vez. La guapa se detuvo a despedir al que atendía con dos besos. ¡Y encima agradable! ¡Sí, sí, que me toque la guapa! ¡La quiero, la quiero! ¡No, no, no puede ser, mejor la otra!

La otra se sentó enseguida: la suerte estaba echada, la guapa sería para mí. ¿Bien? ¿Mal? Me centré en el monitor y saltó el siguiente número indicando la mesa afortunada: la de la maciza. Dirigí la mirada a su compañera, que movía papeles en su escritorio. Miré a la buenorra y ya regalaba una sonrisa a la mujer que dejé pasar en la entrada a coger el que habría sido mi número. A veces decisiones que parecen intrascendentes te cambian la vida y esa parecía que había jugado a mi favor.

El avisador volvió a cambiar y señaló a mi número su destino hacia la mesa de la fea. Me acerqué sonriente por mi buena fortuna y comprobé que tampoco era fea. Detrás de la cara de perro, las gafas y bajo el pelo recogido con un lápiz se escondía una cara que incluso podría no ser desagradable:

—¿Qué? No me digas más, buscas trabajo de fisonomista —me soltó mientras la inspeccionaba.

—¿Eh?

—Sí, que qué miras. Que no todos tenemos la suerte de estar en el paro. Algunos trabajamos y se agradecería un poco de colaboración.

—¿Cómo?

—Uf, veo que va a ser difícil encontrarte algo.

—No, no, perdona. Es que me has pillado pensando y no te entendía. ¿Qué tengo que hacer?

—Vale, puedes pensar, pero mientras lo haces te incapacita para desarrollar una vida normal. Eso elimina bastantes opciones. ¿Nombre?

—Miguel Aranda.

—¿Profesión?

—Fotógrafo.

Me miró unos segundos.

—¿Nos conocemos de algo? —me interrogó.

—No me suena. ¿Dónde trabajas? Je, je... —contesté intentando suavizarla.

—Vale, de payaso también lo tacho. No tienes gracia. No sé, tu cara me es familiar. ¿Has salido en la tele?

—No... —dije recordando mi actuación estelar.

—¿Seguro? ¿Y qué buscas? ¿Solo de fotógrafo?

—De lo que sea, estoy un poco justo de dinero. —Miré a su compañera, que despedía con dos besos a la víbora que me había robado mi número. ¡Esos dos besos eran míos, míos!—. Y de verdad, no, no he salido en la tele, ni en la radio, ni en YouTube, ni en ningún lado.

Ella detuvo su tecleo y me miró. Mordió una risa y volvió a la pantalla del ordenador.

—Mira, aquí hay algo para ti.

—¿Sí? ¿Qué bien! ¿El qué? —dije lleno de emoción. Al final parecía que no había tenido tan mala suerte.

—Dependiente en una tienda de lencería. Pero piden experiencia. ¿La tienes? Vendiendo digo, ya sé que vistiéndola te sobra.

Me hundí en la silla decepcionado. Estaba a punto de irme cuando ella me dijo:

—Mira... —dijo consultando la pantalla—... Miguelete —y volvió sus ojos directos a los míos—. Voy a ser franca contigo. Los mercados están muy mal, el mercado de trabajo es una jungla en el que hay un puesto para cada cien mil aspirantes. Pero hay otro mercado que está aún peor: el de los tíos. Es difícil encontrar a un tío guapo, con dinero, inteligente, elegante y simpático. A mí el dinero, la elegancia, la inteligencia y la simpatía, me la traen al fresco y si te soy sincera hasta me conformo con uno pasable como tú. Y eso nos lleva al primer mercado, el de trabajo. ¿Qué me dices?

—¿Eh?

—Sí, ya tengo claro que no eres muy listo, pero ¿aceptas o no?

—¿Cómo?

—Sí, hombre, ¡que te voy a tener que hacer un dibujo!

—¿Perdón?

—A ver, es sencillo: yo tengo algo que tú quieres y tú algo que quiero yo. ¿Hay trato?

Salí de allí anhelando a la funcionaria buenorra y al barbitas, consciente de que a veces una decisión u otra te cambia la vida. Que el decir un sí o un no a veces cambiaría de signo dependiendo de las circunstancias. Y mis circunstancias eran precarias. Salí de allí con dos cosas más: una cita para el martes y la promesa de ocupar el número uno en la lista de candidatos de la semana siguiente.

Tenía una sensación extraña. Me sentía sucio. En fin, tan solo era una cita y aquella funcionaria me encontraría trabajo, tampoco era que hubiera vendido mi alma al diablo.

Para evitar los errores del día anterior, decidí ir a comer a casa, pero la larga espera en la oficina de empleo me dejaba poco margen para atender a los posibles compradores de mi coche, así que opté por el ayuno. Los tres primeros presuntos compradores tan solo querían hacerse unas fotos conmigo. Acepté, nunca se sabe de quién podría necesitar un favor, aunque me negué a bajarme los pantalones. El cuarto, un chico joven y muy bien vestido, tan solo quería acostarse conmigo. No acepté. Me ofreció dinero y también me opuse, aunque le dejé hacerse una foto

conmigo, para que no pensara que se me había subido la fama a la cabeza. Mi actitud firme en rechazar su ofrecimiento me hizo sentir algo más limpio. Sabía dónde estaba el límite.

Empecé a pensar que quizá mi idea de *Twitter* no había sido tan buena. El quinto pretendiente me alegró la tarde. Quería el coche, le entusiasmaba. Le pedí tres mil euros, con eso podría aguantar de sobra hasta que mi mecenas me otorgara un trabajo. Él me dijo que me podía dar dos mil ochocientos ese mismo día. Mi tripa rugía invitándome a aceptar e ir a alimentarla. Dudé. Doscientos euros menos no era tanto. Bueno, en mi situación sí lo era, toda una fortuna. ¿Y si lo de mi trabajo se retrasaba? ¿Y si me daba un brote de dignidad y no le daba a la funcionaria todo lo que quisiera de mí? ¿Y qué querría de mí? Empecé a agobiarme. Pensé en que todavía tenía un comprador más.

Le dije que lo tenía que pensar, que en un par de días le decía algo y así ganaba tiempo para escuchar otras ofertas y para conocer lo que me costaría encontrar empleo. Pareció contrariado pero aceptó.

La noche ya cubría la ciudad cuando llegó mi sexta opción. Nada más verla lo tuve claro y no paré de repetirme: “Por Dios, Miguel, no dejes que te baje de dos mil quinientos. Dos mil quinientos, ni un euro menos”. Aunque supe que me lo sacaría por mucho menos e incluso conseguiría que se lo entregara lavadito y lleno de gasolina.

Para colmo empezó a tontear conmigo, hasta el punto de que yo ya no sabía si le gustaba más el coche o yo.

—¿Y cuánto pides por él, corazón? —me dijo la muy sibilina.

Ya está, Miguel. Resiste, el momento clave. Sé fuerte.

—Tres mil..., bueno, aunque te lo puedo dejar por algo menos —Mierda—. E incluso si quieres, te lleno el depósito. —Remierda, ¿por qué tenía que estar tan buena?

Me miró con sensualidad, entró en el coche y se sentó en el asiento del conductor. ¡Mi asiento, estaba en mi asiento! Y acariciando el volante me dijo:

—Seguro que llegamos a un acuerdo. —Me guiñó un ojo—. ¿Puedo probarlo, cielo?

Por un momento me pareció que mi coche se arrodillaba ante mí y juntando sus dos ruedas delanteras me suplicaba: “Por favor, por favor, véndeme a ella”.

—Claro que sí —dije sacando las llaves y subiéndome en el asiento del copiloto.

—No, no. Yo sola. Ya sé lo que quieres, bombón, que me ponga nerviosa y no me concentre en el coche. ¿Es que tiene algún fallo que quieras ocultar?

—¿Eh? No, no, toma, toma —dije mientras bajaba, le entregaba las llaves y recuperaba el aliento.

Ella arrancó y aceleró con brusquedad. Eso estaba bien, se daría cuenta de que un coche de esa potencia y a ese precio era una ganga. Siguió por la calle hasta que vi perderse las luces a lo lejos.

Una hora después dejé de mirar al horizonte, seguro de que había dejado esfumarse dos mil ochocientos euros.

La buena noticia era que había perdido el apetito.

El martes amanecí sin trabajo, sin dinero y sin coche. Tan solo con una cita para esa noche que me hacía estremecer cada vez que la recordaba. El silencio de mi móvil me recordó su existencia y que llevaba veinticuatro horas desconectado. Lo encendí y decidí que también era hora de levantar el castigo a mi estómago. Abrí la nevera mientras los avisos de mensajes no cesaban. Una hoja de lechuga y un bote de ketchup podrían parecer una combinación errónea en cualquier circunstancia, pero la mía no era cualquier circunstancia. Los primeros bocados de lechuga regados con ketchup me confirmaron que la mía sí entraba en la categoría de “cualquier

circunstancia”.

Cuando el móvil cesó en sus avisos empecé a revisarlos. Llamadas de mucha gente, algunas desconocidas. Mensajes supuestamente graciosos, que conservé para poder encontrar la manera de agradecerse los a sus autores. Varias llamadas de Paula y un mensaje: “Tenemos que hablar”. ¿De qué? ¿Querría volver? Mi actuación del sábado evitó que habláramos y me dijera para lo que había ido a la fiesta de mi hermano. ¿Y si quisiera volver? Sí, seguro que era eso. Aunque su cara cuando me vio en bragas... Esperaba no haberla hecho cambiar de opinión. ¿Y si era por eso? A lo peor quería preguntarme si me había quedado con un tanga suyo que hacía tiempo que no encontraba. No podía enfrentarme a eso. No le contesté y pasé al mensaje de Javier que culminaba sus llamadas: “Tenemos que hablar”. Qué poca originalidad, ni que se pusieran de acuerdo. Sabía perfectamente cómo sería la conversación con Javier: le había arruinado la fiesta y querría preguntarme, una vez más, qué estaba haciendo con mi vida. Sabía que tenía razón, pero no estaba para sermones. Bastante tenía yo con el numerito y con que su novia me hubiera visto en bragas. Marta. Mierda, Marta me había visto en bragas. ¿Qué pensaría de mí? Me invadió el agobio y recordé que le prometí quedar esa semana para hacerle un *book*. No podía. Era vergonzoso. No podía quedar con ella y mirarla a los ojos y saber que ella estaría recordando mi varonil aspecto en ropa interior femenina. No, no podía. Decidí llamarla para anularlo. Al oír su voz, mi boca tan solo pudo articular un sí en vez de un no. El miércoles quedaríamos y por un instante sentí que el único sentido de mi vida era que llegase ese día. Aunque quizá hubiese sido mejor pronunciar el no.

De nuevo el aviso de mensaje me devolvió a la realidad. No conocía el número. Lo abrí esperando una nueva broma: “*Hola, suertudo. Recógeme a las ocho en mi casa, C/ Libertad 13, 6º C. Por cierto, a mí me gustan los hombres con calzoncillos, así que nada de sorpresitas. Besos, V.*”

La funcionaria. Tendría que avisarla de que no podía pasar a recogerla. Mi coche, mi pobre coche. Aunque recordando a su nueva propietaria creo que no me echaría de menos. Pero yo sí a él. Hablar con ella no me apetecía lo más mínimo, no solo por tener que oírlo, sino porque no recordaba su nombre. V. Encima se tenía que poner misteriosa. Sí, sí empezaba por “V”, pero ¿cuál era? ¿Qué iba a hacer?, ¿llamar y decirle?: “Eh, ¿cómo te va?, es que no tengo coche?”. Opté por responderle con un mensaje: “*Estimada V, imposible recogerte, no tengo coche. Espero tus instrucciones*”.

La respuesta no tardó en llegar: *Estimado lerdo, existe el autobús. Por las dudas que me deja tu mensaje sobre tu aptitud mental quiero recordarte y hacer especial hincapié en una cuestión que espero que entiendas: Calzoncillos “SÍ”, bragas “NO”.*

Mi estómago rugió y para mi desgracia comprobé que no quedaba más ketchup. Me vacié los bolsillos. Tres monedas. Dos euros con veinte. Por lo menos me llegaba para una barra de pan y algo con lo que rellenarla. Pero tenía que saber de qué dispondría esos días. El efectivo ya lo había contado y por más que sumara las tres monedas en diferente orden el resultado siempre era el mismo. Después se encendió una luz en mi cabeza: ¡El paro! Lo calculé y la decepción volvió a mí: con él ni siquiera cubriría el importe de la hipoteca. La bombilla volvió a encenderse en forma de indemnización. Busqué el cheque de mi finiquito que había dejado apartado porque me pareció insignificante cuando lo recibí. Mil quinientos eurazos se me antojaban ahora toda una fortuna. Salí corriendo a la calle besándolo y convirtiéndolo a otras monedas: a panes, a menús de McDonalds, a pizzas... Llegué al banco para cobrarlo pero estaba cerrado. Mi reloj marcaba impertinente las tres de la tarde reclamando que le hubiera hecho más caso antes de empezar la celebración. Entré en una pizzería y pedí dos con treinta euros de pizza. Mucho mejor que la

ensalada al ketchup, pero insuficiente.

Mi voracidad había disipado la posibilidad de acudir a mi cita en cualquier transporte de pago. La opción de pedir ayuda a algún conocido me apetecía tanto como buscar en Google “el tío de las bragas”. Busqué la dirección de V en el callejero. Hice unos cálculos y decidí que la mejor opción era acercarme dando un agradable paseo de unas dos horas. A fin de cuentas si el que no tuviera coche no alteraba sus planes sería porque tampoco tendríamos que ir muy lejos en la velada. Dudé de que eso fuera realmente bueno.

Me arreglé a conciencia. Estaba comprobando que el hambre es muy mala y sabía que necesitaba un trabajo. Me afeité y elegí la mejor ropa de mi armario. Me miré al espejo. Informal pero elegante.

El paseo se me hizo largo pero al fin encontré la dirección. Llamé al telefonillo. Inmediatamente recordé que no sabía su nombre. ¿Vanesa? ¿Virginia? Ni idea. Respondí con un “Hola” al “¿Sí?” del aparato. Siguió un “Sube”, seguido de un murmullo “No sé si habrá sido una buena idea” antes de que un zumbido abriera la puerta.

Deambulé varios minutos por el portal hasta convencerme de que no había ascensor. Subí los seis pisos andando pensando que quizá V, arreglada y fuera de esa odiosa oficina, podría ser interesante e incluso atractiva.

Llegué a la puerta y me paré para recuperar el resuello. Cuando iba a accionar el timbre se abrió y V salió velozmente. Al principio no la reconocí bien, pero sí, era ella.

—¡Vaya! —exclamó mientras sus ojos me recorrían de arriba abajo—. Al final incluso hasta va a resultar que he hecho una buena elección —continuó sonriendo—. Estás potente, Miguelete.

—Tú... Esto... Tú... También — dije intentando ser amable.

—Olvidaba lo de tus problemillas de vocabulario, pero bueno, es igual, me servirás. Tú sígueme el rollo —concluyó, abrió la puerta y entró.

Me costó reaccionar. V acababa de abrirme la puerta elegantemente vestida con un pantalón de chándal, una sudadera dos tallas más grandes que la que debería ser la suya y unas zapatillas que simulaban unos osos, calentando sus pies. Afortunadamente conservaba su peinado rematado con un lápiz para no perder el glamur y poder identificarla. Pensé que seguramente me había adelantado y todavía no se había arreglado.

—¡Vamos! —me gritó y no tuve más remedio que obedecer—. Mira, mamá, este es Miguel. Miguel, ya ha llegado mamá del pueblo.

Mamá. Había una mamá, una septuagenaria que se dirigía hacia mí, sonriente, con los brazos hacia delante y las manos extendidas que me agarraron la cara y empezaron a apretarla hasta llevarla a sus labios y besuquearla frenéticamente. Pinchaba.

—¡Ay, Miguel! ¡Qué alegría! —empezó a decir la mujer medio llorando—. Yo ya pensaba que esta hija mía me estaba mintiendo y lo de que tenía novio era una invención. Pero fíjate, si encima eres un buen mozo. ¡Ay, hija, qué alegría! —Y se volvió a abrazar a su hija.

—Venga, mamá, déjalo, que Miguel va a pensar que eres tonta —le dijo V, mientras abrazaba a su madre y me parecía otra persona totalmente distinta a la que me había mostrado hasta el momento—. Vamos al sofá y nos cuentas las cosas del pueblo. Siéntate que ya te he hecho tu manzanilla. Cariño, tú un poleito, como siempre, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a mí.

—Sí, sí —dije, porque ante ese espectáculo no encontré otras palabras.

—Pero tráele algo más —me ayudó la anciana, que pareció intuir mi cara de decepción—. Las pastas que os he traído del pueblo, que está muy delgado. —Se volvió a mí y bajó el tono—. Tú no te preocupes, Miguel, que los días que esté aquí te voy a hacer de comer de verdad, que cualquiera sabe lo que te da la desastre de mi hija.

Los días, había dicho los días. ¿Cuántos? ¿Cuántos?

—Ven, siéntate a mi lado —dijo la madre de mi nueva novia.

La obedecí y en seguida V ocupó mi otro flanco dejando una caja de pastas para acompañar las infusiones, de la que ya había sustraído un par. Yo la miré con deseo. A la caja de pastas, claro.

—Y dime, Miguel —volvió a la carga la madre—. ¿Cómo conociste a Victoria?

—¿A quién? —inquirí segundos antes de que el codo de V se clavara en mis costillas.

—¡Ay, pero qué gracioso eres! —dijo la anciana.

—Mamá, es que él me llama Vicky y es que tampoco tiene muchas luces.

—Anda, anda, si se ve que es bien listo. Pero dime, dime, ¿dónde conociste a mi Victoria?

Intenté pensar rápido, pero no pude mentir:

—En el trabajo.

—¿Trabajáis juntos?

—No —dije yo.

—Sí —dijo Vicky a la vez.

Me aparté para evitar su codo y continué:

—Quiero decir que ahora no trabajamos juntos. —Me sabía mal mentirle a la pobre mujer—. Estoy en paro.

—Pero bueno, mamá, vale ya de hablar de nosotros. Cuéntanos cómo van las cosas por el pueblo —dijo V mientras seguía devorando pastas.

Después de dos horas de primos y primas, tíos y tías, ganado y siembras y miles de vocablos extraños, intentando comer pastas a mayor velocidad de la que Vicky las tragaba, al fin dijo:

—Bueno, mamá, a dormir, que estarás cansada y yo mañana madrugo. Que este, como no trabaja, nunca tiene prisa por irse a dormir.

Estuve a punto de besarla para agradecerle la tregua.

Me levanté raudo, pero sin saber qué hacer. Mi duda no pasó indiferente para la madre.

—Anda, Miguel, no te apures. Que aquí donde me ves soy una mujer moderna. Que ya sé que vivís juntos y ya me imagino que aunque no estéis casados no vais a dormir separados.

—No, mujer, no querría ofenderla...

—Calla, calla. ¡Qué suerte tienes, hija, todo un caballero! Divertíos, que sois jóvenes, como si yo no estuviera.

Mis temores se confirmaron y me vi abocado a la habitación de Vicky, esperándola, de pie, cruzando las manos por delante de mí. Contando una y otra vez las camas de la habitación y siempre con el mismo resultado: una.

Al fin llegó. Se había soltado el pelo y quitado las gafas y llevaba una camiseta de talla grande, que marcaba su cuerpo. Me miró de arriba abajo y me dijo sonriendo.

—¿Qué? ¿No piensas desnudarte?

En ese momento, viéndola con su nueva imagen, ya no me parecía tan mala idea el pasar la noche juntos. Incluso puedo decir que empecé a sentir deseo. Después de todo, hacía tiempo que había roto con Paula y desde entonces se habían sucedido una serie de circunstancias que no paraban de provocar mis instintos y dejarlos insatisfechos. Creo que estaba empezando a excitarme. Me entristecí, porque eso significaba que probablemente no pasó nada en mi noche con las suecas, y, aunque no lo recordara, me hacía ilusión el pensar que hubiera sido cierto.

La miré, no sé si era culpa de la abstinencia o de qué, pero su pelo castaño, suelto y largo, sus ojos marrones y su cuerpo con algún kilo de más escondido tras la camiseta de hombre me parecían lo más excitante del universo. Me acerqué y la besé. Me gustó enredar los dedos en su

pelo, acariciarle la nuca mientras ella respondía a mi beso. Me empujó a la cama y empezó a bajarme los pantalones. Me sentí mal.

—Perdona, pero me siento mal, no quiero que pienses que esto lo hago por lo del trabajo. Realmente me apetece.

Ella terminó de bajármelos y se rio.

—Vaya, qué decepción.

—¿Cómo?

—Sí, tan solo quería comprobar si tenías esas braguitas. Pensé que insistiéndote, te liaría y te las traerías.

Se levantó.

—¿Qué? ¿Pensabas que ibas echar un polvete?

Yo ya no sabía lo que pensaba, tan solo quería arrancarle la camiseta y poseerla antes de que me reventara la cabeza u otra parte del cuerpo.

—¿Roncas? —me preguntó.

No supe qué responder.

—Mira, no puedes irte. Si mañana no estás cuando se levante mi madre, le va a dar algo.

—Está bien. —Me negaba a pensar o tomar cualquier decisión y tampoco se me ocurrió nada más que decir.

—¿Me puedo fiar de ti o duermes en el suelo?

—Sí —respondí no sé si a la primera o a la segunda pregunta.

—Anda, métete en la cama. Pareces un buen tío.

Obedecí, con miedo de hablar y tomar la decisión errónea.

—No te preocupes, no hace falta que tengas que venir todos los días. Mañana le dices a mi madre que tienes que ir a una entrevista de trabajo a Barcelona y que estarás varios días fuera. Con eso bastará.

—Vale.

Nos tumbamos. Tuve la sensación de que éramos un matrimonio que se iba a dormir y hablábamos antes de apagar la luz.

—Y no te preocupes, esta semana te mandaré alguna oferta de empleo.

Me fui relajando.

—Oye, Miguel, no soy mala persona, no me juzgues.

Me miró a los ojos. Se acercó y me besó. Se puso sobre mí y noté su cuerpo. Seguí callado, dejándome llevar. De repente, volvió a su lado de la cama.

—Perdóname. Pensé que podría follarte y ya está, pero no puedo, todavía no. —Se giró y apagó la luz.

Guardé silencio unos segundos hasta que dije:

—No le mentiste a tu madre cuando le dijiste que tenías novio, ¿verdad?

No contestó. Desperté a la mañana siguiente solo en la cama. Una nota en la mesilla me decía: “Gracias. V”. Una segunda nota me ofrecía: “Coge lo que quieras del segundo cajón. Te lo has ganado”. Abrí el cajón y descubrí una variada oferta de bragas. Sonreí y me guardé la primera nota.

Salí de la habitación y fui interceptado por la madre de Vicky sin tiempo de alcanzar el baño.

—Ay, Miguel, dormiloncete. Esta juventud...

La esquivé y alcancé el servicio. Miré el reloj para descubrir que ya habíamos sobrepasado el mediodía. Recordé que esa tarde había quedado con Marta para hacerle su *book* y que todavía tendría que volver a casa, recoger el equipo y llegar al local que me había conseguido Nick y

donde me había dejado todas las fotos que hizo en el cumpleaños de Javier. A pie me llevaría un buen rato. Pensé en escabullirme de la anciana. Al salir del baño me encaminé decidido hacia la puerta, pero un agradable olor hizo gruñir a mi estómago y dirigir mi curiosidad hacia el salón. Allí, la mujer posaba ante la mesa con toda una colección de alimentos.

—Ven, Miguel, majo, y come algo, que el día es muy largo.

Comí hasta reventar. Una vez que comes lechuga con ketchup, todas las normas de la alimentación quedan suspendidas y no vi objeción a desayunar una fabada con su chorizo, su morcilla y su tocino y así resarcir a mi estómago de su abstinencia. Y cuando digo fabada, me refiero a fabada, a la olla entera. Mientras, Carmen, que así se llamaba la madre de Vicky y cuyo nombre decidí recordar en agradecimiento a tan glorioso regalo, no paró de amenizarme el desayuno con su compañía. Cuando terminé el queso y las nueces del postre, consulté el reloj y supe que no llegaría a tiempo a mi cita con Marta, así que miré a la que en ese momento deseé que fuese mi madre y le dije:

—Carmen, ¿no tendrás dos euros para prestarme para coger el autobús?

Me sentí un poco yonki, pero no se me ocurrió otra cosa.

De camino a mi hogar pensé en Marta y sentí que quería escuchar su voz y la llamé. La noté rara. Algo le pasaba. ¿Mi hermano quizá? ¿Le habría pillado con otra? En ese caso ella querría vengarse. ¡Bien! Pero no me quiso decir qué la turbaba. ¿Sería por mí quizá? A lo mejor la habían visto sus conocidos en mi vídeo en YouTube y se avergonzaba de que pudieran descubrirla en mi compañía y quería cancelar la cita. Me entró pánico. Necesitaba que viera que era buena persona y todo un caballero y me lancé:

—Marta, algo te pasa. Dime dónde estás, sea donde sea, y te voy a buscar.

Miré a mi alrededor, hacia las paredes del autobús y apreté los dientes. Afortunadamente rechazó mi oferta.

Una vez cambiado y equipado, me fui al local y fui preparando las luces, los decorados, la cámara y algo para tomar que por suerte había en la nevera. Ella llegó sonriente, como si lo que intuía a través del teléfono tan solo fuese un espejismo. Si era lo que ella quería, yo no era quién para cambiarlo y ni siquiera pensaba que estuviera capacitado para hacerlo, así que hice lo único que se me ocurre hacer cuando pienso que alguien lo está pasando mal: abrazarla.

Empezamos con la sesión. Ella estaba radiante. Al principio la noté nerviosa. Está mal que yo lo diga, pero soy bueno en mi trabajo. Empecé a hablarle y tranquilizarla. Ponderé la belleza de su sonrisa, lo salvaje de su pelo y lo atractivo de su mirada y poco a poco se fue soltando. No tuve que mentir, porque estaba impresionante. Tan solo tuve que contenerme y no decirle lo maciza que estaba y de interrogarla para saber si mi hermano la había engañado y quería vengarse en ese momento o prefería vengarse ya mismo a cuenta de cuando la engañase. No sé si se debía a mi larga abstinencia agravada por las ejecuciones *interruptus*, pero pensé que enloquecía y un cosquilleo nervioso recorría mis partes bajas como pocas veces había sentido. Terminamos las fotos y pensé que iba a subirme por las paredes, pero ella seguía encerrada en sí misma. Decidí proponerle pasar a seleccionar las fotos del cumpleaños de mi hermano, a ver si así descubriría algo, pero ella siguió impertérrita mientras el cosquilleo parecía que acabaría conmigo. Me ausenté para respirar, con la excusa de llevarle algo para beber. Mi estómago repleto de fabes repelió la comida y tan solo cogí una botella de champán. Cuando volví al local ella estaba de espaldas, mirando por la ventana.

Y entonces el mundo se paró. Se paró en su nuca, que aparecía y se escondía tras su pelo que se confabulaba con el aire de la calle para jugar conmigo. Se paró en sus mejillas, que se esforzaban en mantener los extremos de sus labios hacia arriba y ocultar su tristeza. Se paró en sus

ojos, que miraban a la calle buscando el infinito, llenándolos de melancolía y una pizca de esperanza. Y fue entonces cuando me di cuenta de que las distancias son importantes, que un palmo más o menos, dependiendo del lugar, puede ser definitivo y que aquel cosquilleo que me invadía toda la tarde, palmo abajo o palmo arriba, realmente estaba en mi estómago, oculto entre tanta fabe, y no era fruto de la abstinencia, porque en aquel momento lo único que deseaba era seguir allí, mirándola, hasta encontrar la forma de alimentar su esperanza, disipar su melancolía, hacerle olvidar su tristeza y besar su nuca.

Le acerqué la copa, se giró al oírme y me sonrió. Disimulé volviendo a las fotos. Nick había tenido el detalle de no incluir ninguna en la que tuviera los pantalones por los tobillos, pero la colección la cerraba una en la que aparecía Paula.

Paula. En ese momento recordé la última vez que había sentido ese cosquilleo. Y recordé también todo lo que pasó después. Pude decidir que merecía la pena intentarlo, pero decidí que no podía ser, no podía caer de nuevo en el mismo error y en la espiral destructiva que lo acompañaba.

Y decidí olvidar esa nuca, esas mejillas, esos labios y esos ojos o, al menos, alejarme de ellos. Sería fácil. Había sido un experto durante toda mi vida. Nuestros móviles nos avisaron de sendos mensajes casi al unísono. Miré el mío. Vicky: “Amo tanto la fabada como te odio a ti ahora mismo. He tenido que hacerme una sopa de sobre. Me debes una invitación a comer. V”. Era un buen momento para empezar a mostrar el hombre que ninguna mujer quiere tener.

—Es Vanesa... O quizá Virginia —dije poniendo cara de deseo—. No recuerdo bien su nombre —mentí—. Estuve ayer con ella y quiere verme otra vez. ¡Qué le vamos a hacer, la vida es dura! —concluí guiñándole un ojo.

Y continué confesando todas mis aventuras con las exmujeres de Javier, y alguna cosa más que me inventé, intentando no acercarme a ella, ni tocarla, ni mirarla a los ojos por miedo a caer rendido.

Pero no contaba con el efecto flatulento de mi maratón de fabes, que a la más mínima oportunidad amenazaban con acrecentar la imagen de cerdo que me estaba esforzando en remarcar. Así a cada acometida gasística yo contraía y paralizaba el cuerpo, agarrando y tocando a Marta involuntariamente. Cada roce era una condena y una puya en favor de abandonar mi objetivo. Así que opté por tirar de manual y compararla con otra mujer y empecé a hacerle comentarios sobre Brooke Shields.

Tras un último ataque del comando fabe nuestros ojos se enfrentaron y creí que toda resistencia sería inútil, pero afortunadamente ella se fue.

Recogí el equipo y volví paseando a casa, permitiendo que mi estómago dejara de ser una cámara de gas.

Abrí la puerta, entré y la cerré, apoyando la cabeza contra ella, pensando en que había hecho lo correcto y que lo mejor era haber dejado escapar el sentimiento que había vuelto a mí.

—Miguel, llevamos horas esperándote. —Me sobresaltó la voz de mi hermano.

Me giré y le vi en mi salón, junto a Paula. ¿Qué hacían allí? ¿Para qué? ¿Por qué los dos juntos? Y sobre todo, ¿en qué momento dejé escapar el último gas de mi cuerpo? ¿Sonoro u oloroso?

Mi último pensamiento me hizo enrojecer y balbucear:

—¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos que hablar —dijeron al unísono.

—Déjame a mí, Javier.

—Está bien.

Aproveché su conversación para moverme por la casa y dispersar cualquier posible olor.

—Siéntate, Miguel. Tengo que hablar contigo. Párate, por favor.

Obedecí. La miré y sentí con alivio que podía hacerlo sin besarla.

—Mira, sabes que has sido muy importante para mí, y probablemente lo seguirás siendo. Pero también sabes que eres algo complicado. No es fácil ser tu pareja...

¿A qué venía todo eso? ¿Estaba rompiendo conmigo? Pero si ya rompió hace tiempo. ¿Acaso mi recuerdo de las últimas semanas había sido un sueño y seguíamos juntos? ¿O era un sueño lo que estaba viviendo en ese momento? Y en ese caso, ¿cuándo había empezado? ¿En la fabada? ¿En el estudio? ¿En los pedos?

—Sé que ya te he dejado claro que no quiero volver a verte...

Eso acotaba algo la situación.

—... que tienes costumbres sexuales que no estoy dispuesta a admitir...

No hice ningún intento por desmentirlas, ya daba igual.

—... que quizá no tendría que decirte lo que te voy a decir y tal vez no nos haga bien a ninguno, pero me siento mal y tengo que hacerlo...

Está bien, dilo y marchaos, que creo que la fábrica de gas todavía no ha cerrado.

—Miguel, hace algún tiempo, uno de esos días en que quedamos con mis amigos...

¡Ah, sus amigos! Esos niñatos tan divertidos de los que ni siquiera recuerdo el nombre. Tan solo me caía algo bien la devoradora de oreja a la plancha.

—... y te empeñaste en dejarme en ridículo no recordando sus nombres...

Correcto.

—... pues ese día recuerda que volvimos a tu casa porque te ibas a quedar con tus sobrinos y me acercó a casa tu hermano...

¿Realmente había llegado a estar enamorado de esta tía tan coñazo? Por Dios, suéltalo ya y marchaos, o me lo tiro ahora mismo.

—Esa noche, Miguel, me acosté con tu hermano.

Palidecí y un ruido de aire sibilante escapó de mi cuerpo. Mi hermano se acercó y me puso la mano en el hombro.

—Miguel, ¿estás bien? Lo siento, ya sabes que no me puedo resistir a una mujer y...

Le interrumpí con un puñetazo que le tiró al suelo.

—¡Joder, no es para ponerse así! —dijo frotándose la barbilla.

—¡Que no es para ponerse así! ¡Te tiras a mi novia y no es para ponerse así! ¿Qué quieres? ¿Que te dé un abrazo?

—Joder, Miguel, tú nunca has ido en serio con una tía. —Tenía razón—. Y mira lo buena que está. —Toda la razón—. Y a ti tampoco te parecía tan mal tirarte a mis exmujeres.

Ahí también tenía razón. Paula me miró con ira.

—¿Qué exmujeres? —intenté disimular—. Todas fueron exmujeres antes de conocerte a ti. — Me dirigí a Paula excusándome.

—Vamos, Miguel, las tres me lo dijeron. ¿Acaso pensabas que querían vengarse de mí pero no me lo dirían?

—Está bien, lo admito, pero todas eran ex, exmujeres. Tú ya te habías encargado de arruinar vuestro matrimonio...

—Dejadlo ya —me interrumpió Paula—. Lo que ha pasado no se puede cambiar, pero quería que lo supieras, tenías que saberlo porque...

—¿Sí? Pues ya lo sé. Ya sé que soy raro, extravagante y que cualquier cosa que se suponga de mí puede ser verdad. Pero yo también quiero que sepáis algo. Quiero que sepáis que nunca he

querido comprometerme con una mujer, que nunca he dado a entender a ninguna mujer con la que he estado que lo nuestro fuera para siempre ni que crearíamos una familia. Nunca lo he hecho. Pero eso no quiere decir que ninguna vez con ninguna mujer con la que haya estado he dejado de vivir con ella como si fuese la única mujer del mundo, y que nunca he engañado a una mujer.

Enmudecimos unos segundos y ellos dos se miraron.

—Hay algo más —rompió el silencio Paula.

—¿Algo más?

—Sí, nuestro hijo.

Mi hijo. Me había olvidado de él. No es que prometiera mucho como padre. Pero ¿qué quería? Era mi hijo y la ayudaría, si es que alguna vez volvía a tener un trabajo.

—Sé que no quieres verme, pero puedes contar conmigo —dije más sereno—. Si quieres, le reconoceré y le pones mi apellido o no. Lo que tú quieras.

—Sé que su apellido será Aranda —dijo Paula—. Pero lo que no sé es a quién decirle que llame papá y a quién decirle que llame tío.

El silencio volvió a apoderarse de la casa. A veces no solo tus decisiones puntuales pueden cambiar tu vida, sino que también lo hacen las decisiones de los demás. No era posible. Todavía no había nacido y ya había perdido a mi hijo. O quizá no.

—Pero... pero...

No acertaba a decir otra cosa.

—No te preocupes, Miguel —empezó mi hermano—. Mira, es tuyo, aquí no ha pasado, nada. Es tuyo y punto. Si se parece a mí... pues no hay problema porque también se parecerá a ti. No se notará. No hay problema, de verdad. Yo ya tengo tres.

Sus palabras liquidaron la falta de las mías.

—Ese es mi hermano: Javier, el triunfador, el perfecto, el que es lo que a mí me falta, tan generoso conmigo que me regala a sus hijos, porque ya tiene muchos, ¿verdad, Javier? ¿Y qué más da que sea mío o tuyo? En cualquier caso pasará más tiempo conmigo que contigo, como lo hacen tus hijos. Y cuando tenga un problema en el cole o quiera ir al cine, me llamará a mí, ¿verdad?

Los miré a la cara.

—No quiero volver a veros. Tan solo quiero ver a mi hijo o a mi sobrino cuando nazca.

Salí y cerré la puerta. Pensarían que era una estupidez más de las mías, yéndome de mi propia casa y dejándolos allí. Pero no lo era. La fabada aún me atormentaba y no quería que me estropeará el discurso. Me alivié en el descansillo y volví a entrar.

—Mejor os vais vosotros, que esta es mi casa.

El día siguiente me desperté con las ideas claras. Cogí una maleta con algo de ropa y con mi equipo fotográfico. Fui al banco y cobré el talón de mi indemnización. Cogí un taxi, fui al aeropuerto y me dirigí a la ventanilla de Iberia.

—Quiero un billete de ida para cualquier lugar, que valga menos de trescientos euros y que salga lo antes posible.

—Vamos a ver... Tiene un vuelo a Florencia en quince minutos por doscientos noventa euros. Si no tiene que facturar, quizá pueda cogerlo. Si no... uno a Barcelona en una hora por doscientos euros... y el siguiente sería en dos horas, por ciento cincuenta euros, a Atenas.

Florencia, Barcelona o Atenas. De nuevo una elección que marcaría mi vida, pero en este caso era plenamente consciente de que así sería.

—Señor, el embarque a Florencia está a punto de cerrar.

A veces el no tomar una decisión no deja de ser una decisión, aunque lo que esperamos realmente es que alguien la tome por nosotros.

—¡Miguel! —gritó una voz detrás de mí—. ¡Sí, Miguel eres tú! ¡Qué alegría! Precisamente estaba hablándole a Lucía de ti. Ven, Lucía, que te presente a Miguel, es el fotógrafo del que te hablaba.

Y hay veces que decisiones insignificantes de otros, como coger un vuelo u otro, tardar más o menos en recoger el equipaje de la cinta o comprar una cosa o no en las tiendas del aeropuerto, interfieren en tus decisiones y determinan el resto de tu vida.

Marta respiró una vez se encontró sentada en el avión. Tuvo suerte, pues entre el asiento suyo y el del pasillo, quedaba libre el del medio. “Más espacio y más fácil que no surjan presentaciones”.

No le gusta entablar banales conversaciones cuando vuela; le resulta pesado entrar en detalles personales, más bien, prefiere escabullirse y no darlos. Siempre saca un libro que, aunque rara vez consigue avanzar más de una página, le sirve como escudo frente a posibles charlas. Disfruta de sus viajes en avión, pero a solas.

Le encanta volar, se deleita hasta con el olor del combustible. Se sabe de memoria las voces de a bordo, que repite en silencio, y sabe cada paso que los auxiliares llevan a cabo a lo largo del recorrido. Le gusta observarles. De hecho, hubo un tiempo en el que quiso ser azafata, pero su madre le alejó aquella idea de la cabeza afirmando que “no daba el perfil”. Desistió. Su madre y esa *manía* de desestructurarla con tan solo dos palabras restando importancia a lo que ella quería por encima de lo que su madre consideraba. Ahora disfruta de sus viajes con esa falsa añoranza de algo que nunca sucedió.

Además, es un buen momento para recapitular: “Arriba la perspectiva cambia. El mero hecho de alejarte físicamente de lo que te ata a la tierra hace que mires en otras direcciones”, comenta siempre.

Este pensar quizá toma ahora más forma que nunca. Tras los últimos y precipitados acontecimientos que ha vivido en las pasadas semanas, siente que ha de poner distancia. No se ve capaz de enfrentar el día a día con el temor de que en una esquina se cruce con alguien que pueda tambalear más si cabe su mundo, o de nuevo recibir visitas que vienen en busca de calmar sus tensiones.

Se ha perdido entre tanta sucesión de imágenes entrelazadas de personas conocidas y extrañas que al final resultaron estar todas unidas entre ambas. “¡Cómo iba a imaginar que una de las ex de Javier era el amor de Fede! ¡Cómo siquiera pensar a Miguel siendo amigo/conocido de Dani! ¡Qué pinta Fabiola con el ex de su amiga que, dicho de paso, es (o era por aquel entonces) mi pareja Javier! ¡¡Y en qué demonios pensaba Miguel enrollándose con toooooodas las ex de su hermano!! Demasiado para vivirlo de cerca”.

Asimilar esta información, tolerar con tranquilidad lo que todo esto le ha producido encajar piezas y aceptar lo que indudablemente es ya imborrable, es algo que, para empezar, va a requerirle distancia.

Siempre ha sido una mujer muy paciente, poco irritable, tendente incluso a claudicar defendiendo sus argumentos si ello producía calma y terminaba discusiones. No soporta alargar conflictos. Sin embargo, cuando las situaciones se complican entremezclándose unas con otras, su nivel de adaptación a ello, le lleva tiempo. Se ve incapaz de tomar decisiones ya que se pierde entre tanta carga de datos y si a ello se le suma que pueda afectar a su vida sentimental, el desajuste es total. Entonces se ve incapaz de identificar sus propias emociones. Atrapada, sin salida posible, confusa, huye. Se aleja del lugar para quitarle dramatismo, sopesar pros y contras para ordenar sus ideas y sobre todo sus sentimientos. Es en este punto en el que ahora se encuentra, además de absolutamente abatida. Por ello es que un viaje es la mejor elección que podía tomar.

Recostada con el libro entre sus manos, su mirada clavada en el exterior y esa maravillosa sensación que producen los primeros momentos del despegue siente cómo su mente encuentra

sosiego.

Tras media hora de vuelo, cuando ya las ciudades se dibujan distantes, casi minúsculas, se levanta. Mirando al frente, atraviesa el estrecho camino que lleva al lavabo. Antes de que pueda llegar al final, una punzada hace que contenga la respiración al escuchar una risa que le resulta conocida. No se detiene; el pasillo no da juego para escondites ni paradas en seco. Continúa girando discretamente su cabeza. Catorce filas detrás de ella... ¡Miguel!

No da crédito. Ahí está él sonriendo, eufórico por los efectos del alcohol, (no sube a un avión sin haber tomado al menos una cerveza para amortiguar un oculto miedo al vuelo), sin parar de hablar y reír, entre torpe y divertido, divide su gracia para conquistar a las dos chicas que se sientan a su lado.

Con rapidez Marta entra en el lavabo intentando averiguar si una de ellas o quizás las dos, eran también ex de Javier. Lo que le faltaba por ver y esperaba no oír, pero no tenía muy claro cómo iba a volver a pasar delante de él sin ser vista, permanecer oculta el resto del vuelo y cómo se las iba a ingeniar para coger las maletas y salir corriendo.

Nada más alejado de su ánimo que encontrarse con el que hasta hace unas horas consideró como “la mejor versión de los Aranda” y por el que estuvo a punto de vencer sus propias barreras y dejarse caer en aquel sofá sin pensar en más.

“Esos imperfectos instantes de locura sensata que son los que se clavan en la memoria de la piel, a los que recurres siempre que desees saber si estás viva, esos momentos que eres más tú que nunca, en los que dejas de luchar por ser ese ejemplo moldeado a gusto de otros.

Unas sensaciones profundas en las que te sumerges ignorando consecuencias ni alcance de actos. Nada importa pues solo hay espacio para seguir tus instintos hacia la veracidad más profunda que jamás hayas sentido y que puede que nunca más vuelvas a vivir. Afortunados aquellos que sin miedo se adentran en este fabuloso laberinto de convincentes emociones prácticamente desconocidas que egoístas no se escuchan más que a sí mismas”.

No podía entender qué hacía Miguel camino de La Toscana. Si al menos le hubiera comentado sus planes el día que le estuvo haciendo fotos, ella habría reaccionado a tiempo para elegir otro destino pese a que este lugar le atraía con fuerza. Hubiera sacrificado su estancia en estas tierras con tal de no tener ni un mínimo acercamiento a Miguel, ya no solo por él, sino también porque Miguel le llevaba a Javier, Javier le llevaba a Fabiola, Fabiola a Virginia... “¡Uf, de nuevo el baile de personajes!”.

Su cuerpo aún tiembla al recordar.

Aprovechando que un miembro de la tripulación se acerca a una fila anterior a la de Miguel a atender a un pasajero, con la respiración contenida, se apresura a salir a toda prisa directa a su asiento.

El resto del viaje resultó ser todo menos apacible. Finalmente, sus intenciones para evitar conversaciones no dan fruto. El asiento del medio que estaba libre ahora está ocupado por una señora de avanzada edad que estira su cuello con fuerza para tratar de ver algo por la ventana al tiempo que agarra a su marido de la mano y le explica con detalle el color de cada nube. Sin dar tiempo a Marta, se levantan, se presentan, la besan explicándole que ella se ha cambiado a este asiento libre para estar con él; que no saben cómo, pero su sobrina les facturó y no debió darse cuenta de que iban en asientos separados. Mientras van retirando sus abrigos y revistas le dicen que les encantaría cambiar asientos, ya que el no ver por la ventana les produce mareos. “¿Mareos? Vaya excusa...”. No puede cederles el asiento, pues justo ahora más que nunca necesita permanecer poco visible y el asiento en ventanilla es mejor lugar para permanecer lo más

escondida posible de Miguel.

Llegan al destino y Marta hace lo posible por salir cuanto antes del avión para no ser alcanzada ni siquiera con la mirada. A zancadas llega a la cinta de equipajes. Permanece unos cuatro minutos detrás de una columna oteando el horizonte: un ojo por si ve a Miguel y el otro en busca de su maleta.

“Lo he conseguido”, se dice a sí misma una vez el taxi está en marcha. “No creo que me lo cruce. Mi casita está alejada del centro, dentro de un paraje solo visitado por aficionados a las setas, y la verdad es que no veo yo a Miguel en esas excursiones. Además, no tengo intenciones de moverme más allá de los mil metros cuadrados de la finca, por lo que estoy a salvo”, musita.

Abatida por el cansancio, cierra los ojos tratando de encontrar paz en su caos. El ruido del motor hace que caiga en un profundo sueño, del que despierta cuando escucha “Una furtiva lagrima” que se adueña del lugar.

Frente a ella, la majestuosa villa de finales del siglo XVII situada al pie de la montaña. Una fabulosa *cascina* antigua hecha de piedra magníficamente restaurada, rodeada por un cuidado jardín con olivos y árboles frutales que miran hacia las verdes montañas. Un idílico lugar bañado con aromas de la campiña al que se accede a través de dos entradas cada una con patio privado.

Una inmensa piscina instalada en el lugar más panorámico de la finca recibe al visitante. La huerta luce radiante al lado de una barbacoa en la terraza del porche, perfecto para comidas al aire libre, todo como si de una alegre acuarela se tratase a base de vivos rojos, amarillos, naranjas que danzan con las tonalidades verdes del bosque y el claro azul del cielo.

Nonna sale a su encuentro y, sin dejar de hablar, de la mano lleva a Marta a recorrer cada lugar de la casa.

Sabía que contaba con la ayuda de una señora que, al más puro estilo ama de llaves, se encargaría de hacer de su estancia un lugar cómodo sin más preocupaciones que el descanso.

Esta mujer fuerte con curvas definidas de pelo azabache rizado y con un fuerte acento de la zona, ha sido la encargada de mantener la villa en condiciones adecuadas desde que su madre falleciera. Entregada y siempre dispuesta a todo por los inquilinos dirige a Marta hasta su estancia.

Su habitación es blanca, huele a romero y el sol se cuele a través del gran ventanal que preside la estancia. Flores y frutas frescas en cada rincón. Velas de color vainilla adornan la antigua bañera blanca que se alza regia al fondo. Nonna comienza a prepararle un baño al tiempo que le invita a pasear por el jardín.

El murmullo de la naturaleza le lleva a la terraza. Allí mecida al olor de una copa de vino, embutida en soledad, siente cómo el peso de su cuerpo se acomoda en la mecedora. Y su mente habla:

“Tanto tiempo deseé venir a este lugar. Aquí era dónde quería celebrar mi boda con mi Príncipe *VerdeAzul*. Lo tuve siempre claro. Ningún otro sitio sería el adecuado. Cuando él me lo pidió creí que por fin vería mi sueño realizado.

Me imaginaba a mí misma vestida de blanco del brazo de mi padre caminando sobre frescas y coloridas flores depositadas en el suelo que servirían de alfombra a mis descalzos pies que, seguros, se encaminarían a los brazos de mi Príncipe. Una pequeña diadema de flores adornando mi pelo y como joya el anillo que él me regaló. Vestido largo, sencillo y extremadamente femenino con un toque *vintage*.

Pocos invitados al convite, tan solo nuestros buenos amigos y nuestras familias. Nunca me han gustado las celebraciones ostentosas. Una gran fiesta interminable bajo carpas colocadas en el jardín.

Sus labios sellando mi vida para lo bueno y para lo malo. Promesas de amor eterno enlazando nuestras cinturas que, pegadas la una a la otra, se dejan acariciar por nuestra canción. Alegría, abrazos, risas, bailes y yo sintiéndome la mujer más afortunada del mundo por tenerle por fin y para siempre a mi lado.

Alejada de este idílico día quedó mi “no boda” que aún sufro recordando.

Pero ¿qué te estás haciendo? ¡Deja esos ridículos sueños sacados de la más absurda de las sesiones de tarde en el sofá a base de lacrimógenas películas no reales! ¡Cuánto daño nos han hecho las fábulas de Príncipes y Princesas! Nos hemos creído que efectivamente existen los caballeros que, espada en mano, nos sacarían de nuestro retiro para llevarnos a una vida de amor pleno y verdadero. O lo que es peor, que para ser felices necesitamos de estos actos. Nos han inhabilitado para gobernar nuestra propia felicidad.

Yo misma que anclada a mi PVA, construyendo mi vida a base de sus huidas, dudas, silencios y abandono, engañándome a base de permanecer ciega ante sus actos. Esperando, esperando y esperando su vuelta convencida de su amor por mí. Disculpando su retraso por su cobardía. Otorgando el tiempo que yo creía que él necesitaba para darse cuenta de que era conmigo con quién quería estar. Aguardando callada en la distancia enviándole mi devoción por él, entregándome sin recelo en cada encuentro. Ridículamente apostando incansable por su amor, hasta que por fin mis instintos se dieron de bruces y no me quedó otra que aceptar que todo había sido una mentira.

Ya no quedan razones que me aten a su regreso. Ahora lo veo claro: para él era cómoda esta situación. Nada arriesgaba, nada daba porque nada pedía, al contrario, las exigencias probablemente hasta hubieran sido superiores. No necesitaba nada más de mí que tenerme cuando él lo requería, por ello es que solo había silencios brotando de sus labios. A veces, para endulzarme momentos, me regalaba alguna que otra máxima que sabía me haría callar, pero ahora veo que era fruto de una pasión contenida: la suya por sí mismo y por satisfacerla. “Te necesito a mi lado, tú me equilibras y me das paz. Quiero hacer todo contigo porque lo que quiero es estar contigo. Eres un conjunto de cosas que te hacen perfecta para mi vida, para hacerme feliz”, solía repetir.

Cuando me da por desempolvar recuerdos, todo abrumba. En algunos me quedaría un rato más a ver si consigo descifrar porqué con los ojos abiertos, le seguí y porqué ahora, vacía de ellos y con los ojos cerrados, le sigo viendo. Se hace complicado saber en qué punto detener la mirada para congelar un recuerdo y hacerlo válido de por vida. Por más que lo intento me quedo a mitad de lo que realmente fue y lo que debió ser o más bien, quise que fuera. He de cerrar este episodio que cansa más de lo que dura.

Reconociendo que su magia ha hecho de mí la mejor y peor versión, lo que realmente necesito es dejar de aceptarle y negarle, pues ni lo uno ni lo otro alivia quien soy después de él. Y aunque aún me cuesta mantenerme en esa distancia en la que me dejó sin apenas parpadear, sin sentir algo que no fuera su deseo por desaparecer, siento que, por primera vez en mucho tiempo, el pensar en él no me estruja el estómago”.

Eleva su copa y brinda por su adiós. Pavarotti suena lejano. Con la mirada ausente, se pierde de nuevo en sus pensamientos.

“Por un momento ha venido Miguel a mi cabeza. Quizá debiera dejarme de tanta tontería de Princesa y llamarle para que me libre de esta soledad. Tal vez si hiciera una *Fabiolada*, me sintiera mejor, dejaría tanto sufrimiento de lado y viviría más alegre. Al menos, es lo que ella siempre dice que funciona: “No te creas nada, tan solo juega a tu conveniencia. Nada de amores ni historias, que eso no te lleva a ningún lado... Sexo y sexo, que además la mayoría son incapaces

de comprometerse y una vez obtienen lo que quieren, se marchan por la puerta de atrás sin decir adiós, así es que deja de ser tan boba y creer en cuentos que nunca ocurren”.

Se encoje y cubre su rostro con las manos al tiempo que mirando al cielo se dice: "¿Seré capaz? ¿Llegará un día en el que aparque mi corazón para dejar disfrutar tan solo a mi cuerpo? Y ¿a dónde me llevará? ¿Realmente me hará feliz ser así?".

“Tanto tiempo invertido en la búsqueda del Hombre-Príncipe Perfecto me ha convertido sin duda en alguien carente de fe, insatisfecha, con muchas angustias incrustadas e infectadas por el desamor. He puesto mi felicidad en manos ajenas. Hombres que han pasado por mi vida a los que con mucha rapidez les he entregado mi corazón sin pensar ni preguntar si lo querían y menos si tenían intenciones de cuidarlo. Grave error.

Ahora sé que quiero a alguien que camine a mi lado, no que lleve a cuestas mi pesar. Quiero un proyecto de vida común, pero también he aprendido que hasta que yo no sea capaz de sentirme feliz por mí misma, este proyecto nunca tendrá lugar.

Creo que ya va siendo hora de saber qué quiero y eso pasa por saber quién soy. Voy a utilizar este tiempo en La Toscana para mí, pero de verdad. Dejaré que el embrujo del lugar, esta paz que entra y se asienta me reconforte, sosiegue los gritos de mi corazón y sane mi dolor”.

Los días siguientes transcurren lenta y placenteramente. Marta disfruta de largos paseos en compañía de Nonna y sus nietas por los alrededores de la finca, recogiendo los frutos que la huerta entrega y escuchando historias de los lugareños que Nonna relata con todo detalle. Escasas conexiones con la oficina, teléfono apagado todo el día, sesiones de natación, carreras a caballo, almuerzos y cenas tranquilas, familiares, con sus vecinos, siestas bajo el almendro le van acercando al disfrute con todos sus sentidos. Se oye respirar. Se siente. Se canta. Se escucha.

Dos semanas y media en el paraíso han logrado apaciguar el alma de Marta. Se siente con más fuerza que nunca y aun consciente de que el camino es largo, sabe que va en buena dirección. Ha conseguido mantener a raya las dudas que de ella misma tiene, para dar paso a un equilibrio que hace que viva con intensidad hasta los mínimos detalles a los que por fin es capaz de prestar atención y de los que extrae su jugo.

Ha logrado incluso retomar su afición por *hablar* con su diario dónde va relatando día a día sus descubrimientos. Es un hábito que tuvo en su infancia que le permitía expresar lo que no podía compartir con nadie: un padre cariñoso pero que sabía poco de escuchar, una madre autoritaria que más que hablar ordenaba, un hermano casi ausente y unos primos mayores con los que no había puntos en común, la mantenían en un estado solitario al que se acostumbró y que al final acabó por gustarle. Está recuperando de nuevo esa sensación y se encuentra en paz.

Una mañana de lunes en la que Marta está sentada al borde de la piscina, se acerca Nonna con un caballero. La amable mujer le explica que es el padre de la panadera que va a casarse el próximo sábado y quisiera preguntarle si su hija y familia podrían venir a la villa para hacerse un reportaje. Ya había sido informada que la casa y alrededores son muy codiciados por los habitantes de la zona para reportajes, por lo que no se sorprende y accede a ello sin objeción.

Acuerdan el viernes a mediodía.

Martes, miércoles y jueves siguientes tienen a Marta muy entretenida, ya que se acercan las fiestas locales y ha sido invitada a colaborar en diversos actos, por lo que el viernes llega sin apenas darse cuenta. Alrededor de las doce escucha a lo lejos ruidos de motores, sonido que, aunque parezca increíble, le resulta extraño, pues desde su llegada este ruido había dejado de existir. Se apresura a bajar las escaleras encontrándose con Nonna, que también con rapidez ha salido en su busca.

—¡Me he olvidado por completo de la panadera y su familia!

—No se preocupe. La casa está limpia, el jardín regado y la piscina preparada. Voy a preparar vino y queso —la calma Nonna.

—Muchas gracias. Voy a recibirles.

Enmudece al ver la silueta de la novia que hacia ella avanzaba con una sonrisa llena de felicidad. La luz que imana impregna el ambiente. Rodeada por toda su familia, unos veintitantos, camina como una reina que va a ser coronada. Alborotados corretean los niños detrás de un balón, mientras las madres colocan el vestido a sus hijas y atan cordones a los zapatos de los olvidadizos. Los alegres abuelos brindan.

El novio indica a cada uno su sitio. La madre de la novia, nerviosa, repasa el maquillaje de su hija. El escenario es perfecto, por algo ella lo había elegido para su boda. Marta se sintió afortunada por estar ahí: “Es como ver una película en la que yo soy la única espectadora”, escribiría más tarde Marta en su diario.

Tanto júbilo la mantiene absorta hasta que a lo lejos escucha cómo alguien la llama. Un sonido lejano que poco a poco se va acercando a ella hasta oírlo delante.

—¡Marta! ¿Pero qué haces aquí? Tú, tú, tú ¿aquí?, ¿desde cuándo? No sabía nada. ¡Este Javier no me ha dicho nada y hablé con él hace pocos días! Me vine hace un par de semanas y como en el pueblo saben que soy fotógrafo me han contratado para varias sesiones, entre ellas la boda de Rossi y Paolo. Pero dime, tú... Tú...

Miguel no puede dejar de acariciar el sorprendido rostro de Marta. Se diría que en sus ojos hay un brillo especial.

—¡Si llego a saber que estás aquí! Me dijeron que la otra inquilina era española, pero ¿quién iba a pensar que podrías ser tú? —terminó diciendo mientras no dejaba de observarla casi sin parpadear, pensando que nunca se había sentido tan pleno, tan feliz.

Marta no habla; no sabe si callar o gritar. Miguel ha conseguido derrumbar su paz con tan solo su presencia. Nota como sus piernas están inmóviles, todo su cuerpo rígido y temblando a la vez. Teme caer.

De nuevo ese suspiro que él le produce, se escapa. Él le hace vibrar de una forma especial, diferente a cualquier otra sensación que haya tenido nunca y le gusta; nota como pierde autoridad ante sus sentimientos. Sólo quiere perderse en ellos con él. No hay resistencia.

Miguel suelta su equipo fotográfico y abraza a Marta con tanto cariño y ternura que provoca el aplauso de todos los que allí están, que entre risas y vítores aclaman a los dos vociferando, momento que Miguel, dejando atrás la timidez, aprovecha para besarla ardientemente mientras le recorre con las manos cada parte de su cuerpo. Ella sucumbe; el calor que desprende Miguel en su mirada, el largo dulce y apasionado beso furtivo la hacen presa.

“Me escuché respirar. Me sentí. Me canté. Me escuché”, escribiría más tarde en su diario.

Me giré con alivio, enfrentando aquella voz que gritaba mi nombre en el aeropuerto e interrumpía la toma de la decisión que iba a cambiar mi vida.

Reconocí en su dueño al cornudo de la boda que fotografié días atrás, al que su novia, Flor, alias Cardo Borriquero, se la había estado pegando con el sacerdote que les iba a casar. No había podido olvidar el nombre de ella, por lo desafortunado del mismo, pero no recordaba el de él. Le acompañaba, agarrada a su mano, una mujer que, afortunadamente, parecía de una especie distinta a la adúltera, y a la que se refería como Lucía. ¿Lucía? Sí, el nombre de él era algo parecido. ¿Luciano? ¿Lucio? ¿Lucio y Lucía?

—¡Miguel, soy yo! ¿Te acuerdas de mí? Lucas, de la boda...

—¡Lucas! Cómo no me voy a acordar...

Luc—Luc. Así me sería más fácil recordar sus nombres.

Me abrazó golpeándome con fuerza la espalda.

—Mira, esta es Lucía, la conocí en Maldivas. Al final me fui solo al viaje de novios y como ves, hice bien.

Ella se me acercó y me dio dos besos. Evidentemente él había salido ganando con el cambio. Aparte de que cualquiera a la que pudieras referirte como mujer mejoraba a Flor, Lucía era una digna representante de su especie, es decir, sería un ejemplo de mujer en un libro del género humano. Cara, cuerpo, ojos, sonrisa, todo ello sin desentonar, agradable, sin exceso, pero también sin carecer de nada. Si se juntasen a todas las mujeres del mundo, ella sería la media.

—¡Qué alegría, Miguel! Pero ¿qué haces aquí? ¿Te vas de viaje?

—Esto... sí, sí —contesté recordando para lo que había ido allí.

—Perdone, caballero, el embarque del vuelo a Florencia ha cerrado. ¿Desea volar a Barcelona o a Atenas?

El tiempo y la casualidad habían tomado parte en descartar uno de mis futuros probables.

—¿Tienes tiempo? Vamos a tomar algo y hablamos —me propuso Lucas.

El miedo a tomar una decisión me hizo aceptar.

Salimos del aeropuerto y fuimos a una cafetería. En cuanto nos sentamos Lucía se excusó para ir al servicio.

—¿Qué? ¿No es maravillosa?

—Sí, muy guapa —dije mientras pensaba que conociendo las elecciones pasadas de Lucas, tampoco se le podía considerar un experto en la materia.

—Fíjate, fue llegar a Maldivas y conocerla en el autobús que nos llevaba al hotel. Los dos de luna de miel solos, después de dos bodas frustradas. Bueno, ella no, llegó a casarse, pero se encontró a su marido cepillándose a su prima en los servicios. ¿Puedes creerte tanta suerte?

—Bueno, así sin saber cómo es su prima, tampoco puedo pronunciarlo...

—No, hombre, no, ¡qué suerte la mía de encontrarla! Resulta que también la habían engañado todos sus novios anteriores. Somos almas gemelas. Hemos pasado unas vacaciones de ensueño. Todo por partida doble, dos suites nupciales, dos cestas de bienvenida, dos cenas de recién casados y así de todo. Creo que me he enamorado.

—Pero L., Lu... Luc, ¿no te estarás precipitando? Apenas la conoces.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso? ¿De qué te has enterado? ¿Me ha engañado? ¿Eh? ¡Responde, responde! —empezó a gritar mientras se levantaba.

—No, no, tranquilízate. Si acabo de conocerla.

—Calla, calla que viene.

Luc hembra se acercó a nosotros sonriente, besó a Luc macho y le dijo:

—Te he echado de menos, Lucas, mi amor.

Uf, una relación de esas. No sabía si estaba preparado para ello.

Al instante llegó la camarera, una chica joven y guapa e incluso con cara de despierta y seguramente inteligente, pero todo ello eclipsado por su poderoso escote, a todas luces insuficiente para contener su busto.

—¿Qué va a ser, chicos?

—Cerveza —dijo Luc macho.

—Coca-Cola —dije yo.

—¿Y tú?

—Otra cerveza, pero sobre todo que dejes en paz a mi chico, mala zorra —soltó Luc hembra —, si no quieres que haga una hoguera de silicona.

—Tranquila, Lucía, cariño, si no ha pasado nada.

Lucía, eso era, Lucía.

—Porque tú eres un santo, que la he visto con qué cara se te insinuaba, Lucas.

Vale, Lucía y Lucas. No se me podía olvidar.

La camarera me miró con cara de perplejidad y no supe hacer otra cosa que encogerme de hombros. Nos trajó las bebidas ante la atenta mirada de Lucía. La reunión se fue distendiendo y empezaron a contarme sus dos semanas de vacaciones. Aquello no me importaba mucho y yo solo podía pensar en Barcelona o Atenas, pero me sirvió para darme cuenta de un fenómeno del que me habían hablado pero del que no había sido consciente hasta ese instante: los hombres no escuchamos a las mujeres. Ahí estaban, los dos, la pareja cornuda ideal, contándome su luna de miel doble, pero yo tan solo conseguía seguir las palabras de Lucas, mientras que cuando era Lucía la que hablaba mi mente se evadía. No lo hacía aposta, incluso me esforzaba por atenderla, pero no había manera.

Después de un rato se acercó un hombre asiático con un ramo de rosas y cogiendo una de ellas se la ofreció a Lucía. Lucas saltó sobre él. Le derribó y empezó a golpearle.

—¡Cabrón! ¡Lo sabía! ¡Sabía que me engañarías!

—¡Que no, mi amor, que no conozco a este señor, te lo juro!

Les separé.

—¿Seguro?

—De verdad, mi vida. Te lo juro.

Ayudé a levantarse al hombre, recogí las flores del suelo y ante la mirada de este al estado en que habían quedado, saqué cincuenta euros y se los di a la vez que le decía en voz baja:

—No te vayas muy lejos y no dejes que se acerque nadie a nuestra mesa.

Nos sentamos y Lucas se fue al servicio a recomponer su estado.

—Hay que ver este chico lo celoso que es.

—Sí, claro, los antecedentes, ya sabes.

—Sí, le entiendo, pero yo lo llevo mejor, yo no me inmuto cuando se acerca otra mujer. —
¡Pero qué decía esa loca!—. Yo soy de otra manera. Recuerdo un día en Maldivas que...

Desde luego eran una pareja peculiar. Celosos a rabiar y con motivos de sobra en su pasado para la desconfianza. Había que estar en su situación para poder entenderlos.

—¿No crees, Miguel?

¡Mierda! Otra vez había dejado de escucharla.

—Sí, sí, claro —me lancé.

—Pues eso digo yo. Qué comprensivo eres. No todos dirían lo mismo.

Recé por que Lucas no tardara y me dispuse a prestarle toda la atención.

—Pero, claro, antes tendríamos que quedar a solas.

Pero ¿qué decía? Concentración, necesitaba concentración. La miré a los ojos.

—Porque hay que estar seguro...

No sabía qué ojo mirar, empecé por el derecho, luego el izquierdo y luego pensé que me estaría notando mi ir y venir de un ojo a otro, así que bajé la mirada a su boca. Así mejor. Pero quizá se preguntara que por qué no la miraba a los ojos. ¿Y si llegase Lucas y me viese mirándola a los labios? Seguro que me mataba.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

Me encomendé al destino y contesté.

—Sí.

—Perfecto. Toma, esta es mi dirección. Luego me deshago de Lucas y te vienes esta noche.

Palidecí. Lucas volvió.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé. Creo que me voy a desmayar.

—¿Te ha sentado algo mal? Vamos al médico.

A este le entendía todo, no me iba de la conversación, estaba a punto de perder el sentido y entendía y recordaba todas y cada una de sus palabras.

—No, no es nada.

—Te acompañamos a casa.

—No, no. —Únicamente quería huir de ellos—. Ya estoy mejor, solo necesito pasear un rato.

Quizá estuviese exagerando y las palabras no escuchadas de Lucía tan solo eran una cita para aconsejarle sobre un regalo para Lucas, o para que la ayudara a hacer limpieza de las cosas de su ex para que Lucas no las viera. Sí, seguro que era eso.

—Te quiero, Miguel, de verdad —dijo Lucas mientras me abrazaba para despedirse—. En ti puedo confiar, eres un tío de ley. ¡Soy tan feliz!

Lucía me dio dos besos y se fueron agarrados de las manos. Realmente era una mujer interesante con un bonito bamboleo al caminar. Seguramente si me estuviese hablando, ya no la estaría escuchando. Pero no, mi idea anterior era la correcta, solo quería que la ayudase con algo. Les seguí con la mirada. Ella se dio la vuelta, me miró y levanté el brazo extendiendo un dedo y girándolo en el aire indicándole que luego nos veíamos y le guiñé un ojo como muestra de complicidad. Ella me devolvió el guiño y continuó abriendo la boca, sacando la lengua lentamente y recorriendo sus labios con ella, para terminar cerrándolos y lanzando un beso. Deseé que el destinatario fuese el chino.

Mi abstinencia, su contoneo y su gesto, aderezado con mi situación personal, me hicieron pensar por un instante que de todas las posibles tampoco era una mala manera de morir. Pero luego pensé en Lucas. Me quería, confiaba en mí. No le podía fallar.

Decidí no acudir a la cita. Miré el reloj y comprobé que era demasiado tarde para los vuelos a Barcelona y Atenas y que mi futuro debería ser otro. Pero también recordé a todas las personas con las que tenía cosas pendientes. Decidí postergar mi marcha hasta saldar mis deudas. A fin de cuentas siempre habría un vuelo a cualquier lugar. Decidí seguir dilapidando mis escasos recursos que habían menguado sin haber avanzado y volver a casa en un taxi.

Pasé la noche atormentado por el recuerdo de los labios de Lucía y cuestionándome si había hecho lo correcto, hasta que me quedé dormido. Al despertar recordé lo que había soñado.

Aparecía Marta, mirando con ojos tristes por una ventana, como si esperase a alguien. Yo observaba su cuello, deseando acercarme y besarla, pero no lo hacía. Permanecía contemplándola. Ella seguía mirando al horizonte, pero no llegaba nadie. Al final se giraba, me miraba y sonreía y mi sueño terminaba.

Me levanté animado. Necesitaba salir de allí, pero antes tenía que cerrar algunos asuntos y saldar mis deudas con los demás y conmigo mismo.

Llamé a V, la funcionaria. Le debía una comida por mi voracidad con la fabada de su madre y la invité a cenar. Fuimos al restaurante en el que colgaron mi foto. Estaba seguro de que esos detalles frikis le gustarían. No me equivoqué. Incluso creo que se sintió impresionada cuando el *mâitre* me saludó. Afortunadamente era viernes noche y el piano estaba ocupado, con lo que la mesa fue mucho más discreta que en mi anterior visita.

A pesar de mis temores, V se había arreglado, abandonando su indumentaria habitual, lápiz incluido. No diré que estuviese espectacular, pero me gustaba. Tampoco quise hacer una valoración oficial, porque sabía que mi estado de carencias sexuales trastornaba cualquier valoración realista. Disfruté de la cena. Me confesó que hacía dos años que su novio la había dejado y no se había atrevido a decírselo a su madre, la que, por cierto, me adoraba. Se había llevado un disgusto al saber que me había ido a una entrevista a Barcelona. Me anunció también que para atajar la situación había decidido que yo iba a morir antes de regresar de mi viaje. Al parecer, me iban a disparar al intentar ayudar a una ancianita a la que habían robado el bolso. No me pareció mal, pero le pedí que si podía añadir que también la había ayudado a cruzar la calle.

Lo pasaba bien. V era divertida y atractiva. Algún kilo de más que me parecía tremendamente deseable. Además, con el suéter que llevaba se le marcaba un pecho generoso y bonito.

—¿No crees? —me interrogó V.

—¿Eh? —¡Mierda! Acababa de sufrir un nuevo episodio de déficit de atención masculina selectiva.

—¡No me estabas escuchando! Estabas... ¡estabas mirándome las tetas!

Encima era lista.

—No... Yo no... ¡Claro que no! Te escuchaba, es que no te he entendido bien.

—Sí, sí, claro, no has entendido bien porque mis pechos no te dejan oír bien. Pero, bueno, Miguelete, ¿qué estabas pensando? ¿En tirarme encima de la mesa y echar un polvete? —Esa mujer era todo delicadeza. Al instante noté lo que supuse era su pie en mi entrepierna—. ¡Vaya, veo que no estoy equivocada!

—Para, para, aquí me conocen. Y eso..., bueno, es la cartera, la cartera.

—Sí, sí, pues la llevas bien llenita. Bueno, pues lo que te decía es que...

Afortunadamente cambió de tema. Esa mesa... No era mala idea. Tirar todo al suelo, tumbarla encima y hacerle el amor salvajemente, eso sí, cuando se hubiese ido todo el mundo.

—Entonces estás de acuerdo, ¿verdad?

Mierda, otra vez. No podía reconocer que no la escuchaba.

—Totalmente de acuerdo, era justo lo que estaba pensando.

—Pues nada —prosiguió mientras cogía el móvil—. Llamo a mi amigo. Ya le dije que te encantaría que te sodomizara.

Mi cara se puso tan pálida que podía haber sido transparente. Sabía que ese déficit de atención tarde o temprano me traería un disgusto.

V empezó a reírse.

—Anda, vámonos.

Nunca me había alegrado tanto de que una mujer se riera de mí.

Llegamos al portal de su casa.

—Me lo he pasado muy bien, Miguel, muchas gracias.

Acerqué la cara para darle dos besos, pero me vi sorprendido por sus labios en los míos y asaltado por su lengua en mi boca. En un instante vi pasar un montón de imágenes ante mí: su suéter, la mesa del restaurante, su pie, su boca, su lengua. A continuación, me demostró que era una caja de sorpresas al ordenar a su mano masajear la intersección de las piernas de mis pantalones.

—Algún día tendrás que enseñarme esa cartera.

—Hoy es el día, vamos, subimos a tu casa.

—¡Estás loco! Está mi madre y te hace en Barcelona.

—Vamos a mi casa.

—¿Y cómo le explico que no duermo en casa! No, ni hablar, bastante disgusto va a tener la pobre cuando sepa que has muerto. Como para pensar que su hija es una adúltera.

Estaba desesperado. Ya no era culpa de ningún síndrome ni nada parecido. Era ya instinto de supervivencia.

—¿Y algo rapidito ahí dentro, en el portal?

—¡Miguel, aquí me conocen! —dijo intentando imitar mi voz.

Me besó y se deslizó dentro del portal. Había saldado mi deuda con ella, pero no me encontraba a gusto conmigo mismo. A pesar de la distancia decidí volver caminando a casa para relajarme y no malgastar más dinero, aunque realmente dudaba de que en mi estado algún taxista se atreviera a pararme.

De nuevo me metí en la cama sin poder apartar esta vez a V de mis pensamientos, pero se disipó tan pronto como me quedé dormido. El sueño me trajo de nuevo a Marta mirando al horizonte. Estaba preciosa. Yo intentaba correr hacia ella pero no avanzaba, gritaba para llamar su atención pero de mi boca no salía ningún sonido. Desesperado, me detenía y ella me miraba y sonreía y de nuevo acababa el sueño. Al despertar fui consciente de dos cosas: la primera, que mi cuerpo necesitaba urgentemente tener una relación sexual completa con una mujer, y la segunda, que mi subconsciente estaba obsesionado con Marta. Sería una de mis cosas pendientes si no hubiera decidido que no podía enamorarme de ella.

Decidí intentar alejar mis dos obsesiones con otro de mis puntos pendientes. Mis sobrinos. No podía desaparecer sin verles. Llamé a mis excuñadas y conseguí quedarme con los tres. Pasé el sábado entero con ellos. Comida, cine, videojuegos, cena. Les iba a echar mucho de menos, pero tenía que salir de allí. Se quedaron a dormir en mi casa y por fin puede apartar de mi mente al género femenino, aunque seguía sintiendo una desazón orgánica dentro de mí.

Nuevamente Marta apareció en mi sueño esa noche. De nuevo, su cuello y su mirada perdida, pero esta vez yo podía correr hacia ella, notaba que mi voz funcionaba e iba a llamarla, pero Aranda me despertó porque quería dormir conmigo. Marta no volvió en toda la noche.

Al día siguiente devolví a mis sobrinos con sus madres y de vuelta a casa pasé junto a una tienda de lencería. Me quedé hipnotizado mirando el escaparate. Ese busto perfecto, esas caderas, esa depilación brasileña. Fui consciente de que si el maniquí me hubiera hablado en ese momento, no le habría escuchado. Hice un rápido cálculo mental y tomé una decisión: sí, me lo podía permitir, entraría en la tienda y compraría el maniquí, me lo llevaría a casa y... Y supe que había tocado fondo. Necesitaba solucionar mi problema urgentemente. Fui a casa, busqué una tarjeta y tecleé el número de teléfono con intención de finiquitar mi problema y acabar con otro asunto pendiente.

Por la noche vi llegar a Noelia al restaurante donde habíamos quedado. El vestido se le ceñía

al cuerpo devolviendo a mi mente el recuerdo de su desnudez. Iba a ser una cena dura. Empecé a sentir palpitations que se tornaron en taquicardias cuando sus labios me besaron la cara. Íbamos a entrar al restaurante cuando se detuvo y me dijo.

—Miguel, yo creo que comer juntos ya lo hicimos otro día, pero nos quedó algo pendiente.

Moví arriba y abajo con rapidez la cabeza para dejarle claro lo acertado de su comentario y por temor a abrir la boca y que se me escurriera la baba.

Por evitar sorpresas y más interruptus le propuse ir a mi casa. Traspasamos la entrada, cerré la puerta y, al girarme, ella se presentó desnuda ante mí. Me quedé perplejo. ¿Cómo lo había hecho? ¿Y su vestido? ¿Cuántas veces había ejecutado esa técnica para tener esa maestría?

Su cuerpo desnudo me paralizó el cerebro y toda actividad interrogativa. Se lanzó a por mí, me besó y me arrancó la camisa. Por fin, después de tantos años mi anhelo de adolescencia se iba a tornar realidad, si bien hace tantos años yo no podía imaginar que se pudiera hacer todo lo que recorría ahora mi cabeza. Pero al fin besaba a Noelia, mi dulce Noelia, esa niña encantadora, cuyo recuerdo me había perseguido tanto tiempo.

Algo no iba bien. No podía ser cierto. No, en ese momento no, por Dios. Algo le fallaba a mi cuerpo. No podía ser que mi amigo fiel no respondiera, no era justo. Me agobié. Nuestro beso no cesaba y yo intentaba concentrarme en un objetivo. Pensamiento positivo, banderas izadas, los monumentos de la isla de Pascua.

¿Por qué? ¿Por qué a mí? El mejor cuerpo del mundo no paraba de apretujarse contra mí y su lengua me hacía una inspección que ni el mejor dentista del mundo, y mi más fiel amigo no paraba de mandarme una señal de apagado o fuera de cobertura.

Ella empezó a bajar las manos y a desabrocharme el pantalón.

Enloquecí. ¡Por Dios, arriba, arriba! Recé un padrenuestro y prometí ir a misa.

La yema de uno de sus dedos rozó al que yo daba por muerto. Y entonces volvió a la vida.

¡Sí, sí!

Gané confianza con mi recuperada virilidad. La cogí en brazos y la llevé a la cama. Me empujó y se subió sobre mí. Por fin, le haría el amor y saciaría toda mi necesidad acumulada.

Un momento. ¡No, no, por favor! No podía ser verdad. No podía pasarme eso. Necesitaba hacer algo y empecé a recitar en mi mente: “Casillas de portero. En la defensa, Ramos, Piqué...”

No llegué a Xabi Alonso. Los peores fantasmas de un hombre, impotencia y eyaculación precoz en una misma noche. No sabía quién había sido en mi vida anterior, pero seguro que alguien muy malo.

—Vaya, será mejor que vaya un momento al servicio —dijo ella sorprendida.

—Esto... Yo... Yo... lo siento. Es la primera vez que me pasa. Dame cinco minutos, solo cinco minutos

—No te preocupes —dijo Noelia. Seguro que no me creyó.

Después de ella, fui yo, humillado y cabizbajo. A mi regreso la encontré tendida en la cama, desnuda y con mirada insinuante. Hay veces que la vida te da una segunda oportunidad. Corrí hacia ella. Me tumbé junto a su cuerpo desnudo, dispuesto a concentrarme en cada milímetro de su perfección. Ella empezó a hablarme de cuando éramos pequeños y demás mientras yo seguía concentrado en su desnudez. Evidentemente no la escuchaba, necesitaba una respuesta inmediata de mi cuerpo y saldar todo aquello.

Fue inútil. Me quedé dormido y empecé a soñar de nuevo con Marta. De nuevo, miraba al infinito, grité su nombre y me sorprendí oyendo mi voz. Ella se giró y me sonrió, bajó la mirada y empezó a reírse. Miré al objeto de su risa y grité.

—¡Le mato, le mato! ¡Y tú estás despedido! —Me despertó una voz de hombre que no

reconocí, pero que no me era desconocida.

Salí del atontamiento para descubrir sobre mí el cuerpo desnudo de una Noelia que también despertaba por el grito y que asía en su mano, al fin, toda mi virilidad. Miré hacia la puerta y vi al marido de Noelia, custodiado por mi hermano y gritándome.

—¡Sabía que estaba con él! ¡Te mato! —me gritó el marido.

—¡Miguel, yo te mato! —me gritó mi hermano.

Tanta amenaza de muerte me hizo reaccionar. Me deshice del apretón de Noelia, que no sé si por la sorpresa, por aturdimiento o por puro vicio, continuaba asiéndome y cada vez con más fuerza. Agarré lo primero que encontré, que por suerte fue un pantalón, una camiseta y la cartera y empecé a correr por mi vida.

Mi hermano y su jefe salieron tras de mí. Tapándome con la escasa ropa que había alcanzado intenté parar un taxi. Tras varios fracasos, al fin uno se apiadó de mí. Al parecer, me había reconocido de mi video en YouTube y quería contar a todos sus amigos que me había llevado. Le indiqué la dirección: el aeropuerto. Aunque no había conseguido cerrar todos mis temas pendientes, la cara desencajada del jefe de mi hermano corriendo tras el taxi me convenció de que había llegado el momento de huir.

De camino al aeropuerto pasamos junto a la tienda de lencería que me había hecho reconocer mi patético estado. Le pedí al taxista que parara, bajé y enfrenté el escaparate. Aquel maniquí había perdido todo su atractivo lascivo. Respiré aliviado. Al menos, había conseguido algo de todo aquello. Aproveché que al lado había una zapatería para comprarme algo con lo que calzarme y no me echaran a patadas al entrar al aeropuerto.

Una vez en el aeropuerto me acerqué al mostrador y pedí un billete para el primer vuelo que hubiera, dejando definitivamente mi futuro en manos del azar.

Harare. No tenía ni idea de que existiera un sitio llamado así, ni sabía dónde podría estar. Pero el azar es así de juguetón. Pagué el billete.

—Disculpe. Así aproximadamente, ¿por dónde queda Harare?

—Zimbabue, señor. Dese prisa o le cerrará el control. Buen viaje.

Quizá lo del azar no había sido tan buena idea. Dudé.

—¡Corra! —me gritó.

Obedecí y volé hacia el control de pasaportes, sin poder pasar desapercibido para la Guardia Civil, que me pidió muy amablemente que les acompañara a una sala. Empezaron a cachearme y entonces recordé la ausencia de ropa interior y empecé a inquietarme. Mi nerviosismo les hizo ponerse en alerta. Me interrogaron sobre los motivos de mi viaje. Pensé en contarles la verdad, pero dudé de que la creyeran, así que les dije que iba de vacaciones. Les extrañó que no llevara maletas, así que me retuvieron hasta que comprobaron que lo único peligroso de mi historial era una aparición en bragas. Seis horas más tarde me dejaron ir sin poder contener las risas.

El vuelo a Harare probablemente ya habría llegado a su destino.

Volví al mostrador a por otro billete y desconfiando ya del azar, recordé que últimamente apoyarme en la religión me había ido bien, así que me encomendé a la Virgen del Carmen.

Florenia. Al menos esta vez sabía en qué continente estaba.

De nuevo Florenia. ¿Significaría algo? ¿Era la Virgen del Carmen de fiar?

Monté en el avión para dar un giro definitivo a mi vida con tan solo unos zapatos nuevos, un pantalón, una camiseta y casi sin dinero. Abandonaba el país con un futuro tan incierto como mi ropa interior.

Ocupé mi asiento. Ni ventanilla ni pasillo. Ciertamente me daba igual, tan solo esperaba poder descansar y calmar las taquicardias que sufría. Le pedí a la Virgen del Carmen que mis vecinos de

asiento fueran buenos. Y lo fueron. Buenas. Muy buenas. Italianas. Venían juntas y me ofrecí a cambiarles un asiento para que pudieran compartir el vuelo, pero se negaron e insistieron en que me quedara entre las dos y en darme conversación. Afortunadamente, mi rápida pero eficaz actuación de la noche anterior había templado mi ánimo y pude disfrutar de su compañía sin saltar del avión. Mi incapacidad para escuchar a las mujeres quedó desactivada por la sencilla razón de que no tengo ni idea de italiano y ellas tampoco dominaban el español, por lo que me pasé riendo casi todo el trayecto. Juntando las raíces latinas, nos hicimos entender. Lo que no sabía era en qué momento interpretaron que quería la cerveza que pusieron en mi bandeja. No me la tomé, por supuesto, solo hice que bebía. La última vez que bebí con dos extranjeras me arrepentí de no saber lo que pasó, y no pensaba caer en el mismo error. Eran de un pueblecito de la Toscana, San Gimignano. Interrogado por ellas, les dije que mi destino no tenía rumbo fijo. Me insistieron en que podía ir a su pueblo, que allí podría trabajar en algo. La idea de iniciar una nueva vida en Italia dirigida por dos espléndidas representantes de su población era tan tentadora como poco recomendable. Pero el descubrimiento de mis problemas con el idioma era un punto a favor de acompañarlas. Finalmente decidí aceptar por motivos religiosos. Una se llamaba María y la otra Lucía y no podía ser otra cosa que una señal que me enviaba la Virgen del Carmen para decirme que era lo correcto.

Una vez en tierra las acompañé mientras recogían su equipaje. Deseé tener algo que recoger, mi equipo fotográfico, ropa, útiles de aseo, o al menos unos calzoncillos. En mis cavilaciones vi a una mujer que andaba deprimida, como intentando pasar desapercibida. La vi a lo lejos y me pareció que era Brooke Shields, eso explicaría su deseo de desaparecer.

Me interrumpieron mis nuevas amigas, sonrientes y agarrándome de los brazos. Por lo que les entendí iba a recogerlas el hermano de Lucía para llevarlas a San Gimignano. Supuse que se llamaría Jesús, para confirmar las señales de la Virgen, pero me equivoqué. Su nombre era Vincenzo. Un hombre alto y fuerte, moreno y atractivo, que aparentaba una edad similar a la mía y que me miró durante todo el trayecto con desconfianza. Al llegar al pueblo Lucía y Vincenzo se fueron a un lado y empezaron a discutir con vehemencia. A pesar de no entenderles, sí pude distinguir varias veces mi nombre en la conversación.

Cuando terminaron, Lucía parecía sonriente y Vincenzo se dirigió hacia mí.

—*Andiamo, spagnolo.*

Eso sí que lo entendí y obedecí. Entramos en un restaurante y nos dirigimos a un cuarto. Me señaló una silla y se fue. Empecé a dudar del poder de la Virgen del Carmen. Vale que ya éramos todos europeos y civilizados, pero tampoco estaba muy al corriente de las costumbres de aquel país y quizá todo mi conocimiento se reducía a *El padrino*.

Vincenzo volvió con Lucía, que me sonrió. Eso me tranquilizó. Él dijo su nombre y volvió a salir. Entró de nuevo, con María y dijo también su nombre. Continuó con otras quince jóvenes, a cual más sonriente y hermosa. Quizá las costumbres de Italia tampoco fuesen tan malas. Había oído algo de ciertos países que te invitan a comer y luego te ofrecen a su mujer para que te acuestes con ella y si no lo haces, se enfadan mucho porque lo consideran una falta de respeto, pero nunca pensé que fuese en Italia. Ese pensamiento me resultó agradable mientras entraban una tras otras, pero a partir de la séptima empecé a preocuparme, porque no me veía capacitado a no faltarles al respeto a todas ellas.

Después de la decimoquinta Vincenzo les dijo algo y todas salieron, cerró la puerta y fue hacia mí. No entendía nada, en esa situación, a solas con Vincenzo, ni la opción de *El padrino* ni la de la invitación al sexo me complacían.

—Miguel, has vistos a todas estas mujeres, ¿verdad? —soltó en un perfecto español ante mi

sorpresa.

—¡Hablas español!

—Sí, pero escúchame. Graba sus caras y sus nombres en tu cabeza. —¡Mierda! Los nombres. Sería imposible. Ya me veía dando un paseo por el lago con aquel hombre—. Todas ellas son de mi familia, hermanas, primas, amigas. Recuerda, no te acerques a ninguna de ellas. ¿*Capito*?

—*Capito, capito* —respondí automáticamente.

—Y ahora dime, ¿qué sabes hacer?

—Bueno, soy fotógrafo —dije recordando mi equipo fotográfico abandonado en mi casa.

—No me sirve. ¿Qué se te da bien?

No sabía a dónde quería llegar. Intenté recordar mis habilidades y cómo podrían encajar con *El padrino*. Nunca había matado a nadie, ni extorsionado, e incluso creo que nunca le había levantado la voz a nadie. Entonces recordé la primera parte de la saga, la escena en que Al Pacino se reúne en un restaurante con el asesino de su padre para matarle, y entonces se me ocurrió.

—Bueno, sé cocinar.

—¡Cocinar! Perfecto. Espero que seas bueno. Puedes trabajar aquí en el restaurante.

Mi afición oculta fue del gusto de mis nuevos amigos. Poco a poco me gané la amistad de Vincenzo. Era fácil comunicarme con él. Empezó a aprender el español en sus veraneos en Lloret de Mar y luego fue de beca Erasmus a Madrid. Con esos antecedentes era normal su desconfianza hacia los españoles varones.

Pasaron las semanas y empecé a sentirme feliz. Entre los fogones del restaurante y los ratos libres con mis nuevos amigos, parecía que al fin mi vida era tranquila. A pesar de ello, muchas noches soñaba con Marta, con su mirada perdida, pero me parecía muy lejana, como si la estuviera viendo en una película.

Un día Vincenzo me sorprendió preguntándome que si realmente era fotógrafo. Al parecer se iba a casar su primo Paolo con la panadera y necesitaban uno para hacer el reportaje. Yo no había vuelto a pensar en la fotografía, pero el ofrecimiento me devolvió la ilusión por volver a disparar. Retomar la fotografía quizá era todo lo que me faltaba para alcanzar la felicidad absoluta. O quizá necesitaría algo más.

Mis gastos en San Gimignano eran escasos, comida gratis y alojamiento en una habitación en el piso de arriba del restaurante, así que cobré mis dos primeras semanas de trabajo y fui a Florencia a comprarme un equipo nuevo, aunque mucho más modesto que el que dejé en el que entonces parecía mi lejano hogar.

Antes de la boda querían hacer un reportaje fotográfico en una hacienda cercana. Allí fui con los novios y sus allegados. Hice una vista general del lugar para seleccionar localizaciones. Era un lugar precioso. Podríamos estar todo el día haciendo el reportaje. Divisé la casa. En la entrada una mujer miraba al infinito. Mi corazón cambió el ritmo. ¡Marta! ¿Podía ser ella realmente? Imposible, debía de estar en otro de mis sueños. Aproveché que Vincenzo pasaba a mi lado.

—Vin. Pellízcame.

—*Spagnolo* maricón —me espetó, antes de darme un puñetazo.

Me dolió, pero me sirvió para saber que no era un sueño.

Empecé a andar hacia ella. Sí, podía serlo. Aceleré el paso. Seguro que era ella. Pero ¿y mi hermano? ¿Estaría allí? Me paré. Volví a mirarla y de repente ya nada me importaba. Corrí hasta alcanzarla y gritar su nombre. Me miró con sorpresa y empecé a hablar sin parar, sin saber apenas lo que decía, manteniendo mis labios ocupados para no hacer lo que estaba pensando. Pero no pude resistir. La abracé y la besé. Entonces sentí que ya lo tenía todo.

Marta me contó que estaba allí sola y que mi hermano la había defraudado. No necesitaba

preguntarle cómo.

Los siguientes días fueron maravillosos. Descubrí que el amor no tenía que ser tan malo como siempre me había empeñado en pensar. Por las noches hacíamos el amor con pasión y dulzura y por las mañanas, antes de ir a trabajar al mediodía al restaurante, paseábamos por el pueblo medieval poniendo el escenario ideal al sentimiento que me invadía. Nuestro recorrido solía terminar en un patio con un pozo antiguo.

Uno de aquellos días terminamos una vez más nuestra ruta allí. Nos besamos y, al separarnos, entrecerré los ojos al recibir el sol en ellos. Marta me miraba fijamente.

—A ver, abre los ojos.

Obedecí con dificultad.

—Tus ojos son verdes, pero con el sol parecen azules. ¿Eres tú mi príncipe verdeazul? —dijo Marta.

—¿Tu príncipe qué?

—Nada, tonterías mías.

Los días se sucedían perfectos. Uno de ellos Vincenzo vino a verme a la cocina, sonriente, y me anunció grandes noticias. El padrino de Rossa quería hablar conmigo. Palidecí. La asociación “el padrino” y “hablar conmigo” no podía ser nada bueno. Luego me explicó que Rossa era la panadera, la mujer de Paolo, su primo, a los que les hice el reportaje de la boda y que su padrino tenía un cargo importante en Florencia. Había visto mi reportaje y quería ofrecerme algo.

Después de la reunión hice una parada en una iglesia y le di las gracias a la Virgen del Carmen. Querían hacer un libro de fotografías de la Toscana y querían que las hiciera yo. El siguiente mes lo pasé junto a Marta, recorriendo la Toscana, fotografiando a ambas y amándonos sin parar. Yo seguía con mis torpezas y mis defectos. A menudo perdía el hilo de lo que me contaba Marta, mi pensamiento se entretenía en sus ojos, en sus mejillas y en su respiración, y cuando ella se daba cuenta me decía:

—Pero, Miguel, ¿otra vez? No me estás escuchando.

Yo me sonrojaba y ella acababa besándome y abrazándome.

Todo era perfecto. El lugar ideal, la mujer ideal y el trabajo perfecto en el que podía seguir dos meses más disfrutando de la región junto a Marta. Echaba de menos la cocina del restaurante, pero al regreso de los viajes me pasaba y cocinaba para todos mis amigos.

Hasta que un día, después de seleccionar las fotos de Gubbio y enviarlas, Marta entró en la habitación, me besó y empezó a hablarme. Su voz me llenaba y su rostro me podía mantener entretenido durante horas, mirándolo y besándolo.

—... así que tengo que volver a España.

Fue lo único que escuché. Cambié la cara deseando haber estado atento al resto de sus palabras.

—¡Por Dios, Miguel! ¡No me estabas escuchando!

Al llegar al aeropuerto, Fede estaba esperándome. Me abracé a él con tanta fuerza que casi no podía articular palabra. Comprendió al momento que así era la única forma en la que podía sostenerme de pie y no dejó que me separara, cubriendo de calor mi cuerpo. Sus abrazos es uno de los pocos lugares en los que me he encontrado siempre a salvo.

Cuando por fin consiguió verme el rostro, solo encontró lágrimas en él. Nos subimos al coche y me paseó por la ciudad sin apenas hablarme pues sabe lo que me relaja esta sensación de estar escuchando música cuando voy en un coche. No quise ir a mi casa, por lo que le pedí que me llevara a la suya. Allí tengo mi pequeña habitación siempre dispuesta para mí. Era lo que necesitaba. Me hizo un café y me acurrucó en sus brazos en el sofá acariciando y enjugando mi dolor. Así permanecemos hasta que pude comenzar a hablar:

—En ese momento ni lo imaginé, pero mi despedida era el comienzo de mi tortura Fede. La misma noche de mi regreso a Madrid Miguel destapó la caja de Pandora. Aún estoy recobrando el sentido. No vas a imaginar lo que ha pasado. Yo aún trato de entenderlo. Miguel me ha dejado:

“Verás, he saltado de una relación a otra sin pararme a pensar si ello es lo que quería. Tú me has hecho comprender que debo pensar en mí.

Nunca antes me lo había planteado, pero tu cariño, tu amor, tu ternura, me han abierto las puertas a mí mismo dejando a mi alcance un mundo que creo he de conocer. Sé que no encontraré jamás a nadie como tú.

Me has hecho muy feliz, más que ninguna otra, pero no estoy preparado para comenzar una relación. Necesito aire para descubrir qué es lo que quiero. No quiero verte sufrir.

Eres maravillosa, extremadamente generosa y he aprendido contigo el valor de la entrega, pero necesito tiempo”, decía el correo de Miguel.

—Cuando pude recomponer algo de quietud, le llamé. Dos minutos de conversación es todo lo que conseguí. Ese poco sosiego que trataba de conservar se esfumó y apenas tuve aliento para hablar, pues mi desconsuelo no dejaba margen a mucho más. Aun así, intenté retener la llamada para que me diera más explicaciones, para que me dijera qué era lo que había pasado, cómo era posible un giro tan radical sin dejarme además tiempo para que pudiera contestar.

Quería que me hablara ¿por qué había tomado una decisión unilateral de algo que nos afecta a dos sin escuchar lo que tengo que decir al respecto? ¿Esto es todo, así de fácil? ¿tan poco cuesta alejarse de mí? Unas cuantas palabras ¿y se acabó?, ¿de verdad?

Frío, distante, reiteró lo escrito en tan solo una frase. Me sentí hasta ofendida, cómo si mi cuerpo se desgarrara temblando ante el dolor al tiempo que deseaba con todas mis fuerzas que de repente se diera cuenta de que era un error; que sólo había tenido un momento de dudas que pronto iban a desaparecer por *“su devoción por mí”*, como me solía decir.

Pero no fue así.

Tanto tiempo esperando por mi Príncipe, que no mi PVA al que ya tuve, y cuando por fin llega, Fede, todo se desvanece entre mis dedos. Una vez más.

De golpe con esta cruel realidad que me abofetea cada vez que respiro, no encuentro fuerzas ni palabras ni un soporte al que agarrarme. Se ha roto de nuevo en pedazos mi corazón, parece que no aprendo la lección, no sé qué he hecho ni porqué vuelve a sucederme, ya creo que me voy a quedar sola de por vida, que mi sino no es en pareja por mucho que lleve toda la vida luchando

por ello. No entiendo nada. Ya no sé si quiera si merece la pena seguir apostando por esto que lo único que hago es recibir batacazos y estoy cansada de salir perdiendo.

Quizá debí conservar algo de prudencia en lugar de entregarme rendida y sin coraza a darle mi vida y mi amor, así sin más, sin pensar en nada que no fuera darle todo. Y lo único que sé es que dárselo es lo único que podía hacer, pues era suyo. Conservarlo dentro de mí era sufrir en silencio cuando lo que realmente quería era hacerle feliz y equivocada, pensé que el amor que le tengo iba a ser suficiente e incluso bastaría para ambos.

¡Como puedo seguir siendo tan insensata!

Tenia que haber ido con más cuidado y sobre todo sabiendo lo que sé de él y los juegos que se ha traído con las mujeres. No sé qué hago ahora arrepintiéndome que ya no sirve de nada ni arregla lo sucedido.

Los días para Marta pasaban a una lentitud acorde a la pena que llevaba. Solía acabar la noche en llantos que la despedazaban y para los que no encontraba consuelo, hundiéndose cada día más. No sabía cómo seguir sin él. Le costaba vivir, tristemente perdida, vagando entre los recuerdos sin apenas percibir algo más que no fuera sufrimiento, no entendía cómo es posible que alguien que te dice reiteradamente lo mucho que significas en su vida, lo mucho que te quiere, lo mucho que desea seguir teniéndote en su mundo, de la noche a la mañana se distancia con tanta facilidad.

“Si necesitaba una tabla de salvación, podría haber pensado antes las consecuencias de este ahorcamiento al que me ha sometido. Quizá, si un poco atrás hubiera pensado algo en mí en lugar de solo sus deseos y necesidades, este martirio que no sé si tendrá fin, no habría llegado a ocurrir. Van a tener razón todos cuando me decían que los Príncipes no existían. Claudico pues en esta idea... este sueño... este afán por consagrar el Amor. Mi teoría ya no se sustenta. No tiene razón de ser.

¿Cómo se vive en el vacío, en el abismo de una locura que quema y quita vida?”

La vuelta de Miguel se produjo un sábado lluvioso y gris. Marta recordaba perfectamente la fecha, la marcó en el calendario aquella tarde en La Toscana cuando junto a él, decidieron que ese día, sería el día de su compromiso. Si las cosas hubieran seguido su cauce, en este momento estaría con él recibéndole con los brazos abiertos, deseando su regreso y de camino al restaurante dónde Marta había pensado sorprenderle esa noche. Ese fabuloso vestido que compró en la *Bella Italia* y que iba a ser testigo de su amor, tampoco iba a brillar esta noche.

Pensó esperar unos días a que Miguel se instalara de nuevo en casa, pero presa de su enfado e impaciencia, se armó de valor y al par de horas de su llegada, le llamó.

—Miguel quiero verte —le dijo y acordaron verse esa misma tarde en la casa de él.

Marta se abrochó el abrigo, se soltó el pelo, desconectó su móvil y se dirigió caminando a casa de Miguel. No temblaba, no lloraba, no sentía, por un momento se creyó inmune a todo lo que él le recordaba y confiaba en poder seguir así de fuerte en su incipiente encuentro.

Su aparente único interés era que le explicara qué proceso había seguido hasta llegar aquí, qué había sido de todo este sueño que ambos construyeron y por el que olvidó vivir su propia vida para consagrarse por entero a este ahora definido por ella *ilógico Amor*.

Él la esperaba en el portal. Nervioso apretaba una mano contra la otra tratando de ordenar las palabras que quería decirle. También quiso llamarla al llegar, pero no tuvo valor y sólo confiaba

en que fuera ella quién diera el primer paso, pues su cobardía vencía a su amor por ella y le era imposible avanzar. Mojado por la lluvia, deambulaba de un lado al otro mirando el horizonte, cuando la figura de Marta, con ojos humedecidos, se puso frente a él.

Él la abrazó con la misma intensidad que siempre lo había hecho y con voz temblorosa alcanzó a decirle “te quiero”.

Esa tarde se fundió con la noche y el día siguiente, de la misma forma que ambos se fundieron el uno en el otro; sin resistencia, con mucho amor, pasión, ternura y escasez de palabras. En cada encuentro se descubrían entregándose con tanta fuerza que parecían indestructibles. Esta vez aún a sabiendas que estaban abatidos, su Universo resurgió con más fuerza arrastrándoles a satisfacer todos los deseos de los que, en definitiva, no estaban dispuestos a escapar.

El amanecer del lunes limpió espejismos trayendo algo de lucidez a Marta que, antes de que las farolas se apagasen, abandonó la casa de Miguel mientras él dormía. “En estos momentos en los que ni yo misma me entiendo, ¿cómo voy a ser capaz de explicarle a él? No tenía ninguna intención de acabar en la cama, sólo quería hablar con él. No sé por qué siempre pierdo fuerza ante mis intenciones que al final se quedan en un segundo plano dejando que mis sentimientos venzan. He de pensar en esto”. Sin apenas hacer ruido, cerró la puerta y se marchó lo más rápido que pudo.

La tristeza que Miguel sintió al despertar sin ella en su habitación, le empujó directamente a ir en su búsqueda. Por un instante imaginó su vida sin Marta y eso le produjo terror. Ya no trataba de ordenar sus palabras, ni buscar la adecuada forma de explicarle qué o cómo. Lo único que le importaba es tenerla a su lado para siempre. La amaba. No pensó que él mismo había cambiado el curso de los acontecimientos y que quizá, aunque Marta a su vuelta se había entregado sin reparo, quizá, sólo quizá, iba a requerir algo más que una escueta declaración de amor por su parte.

Consiguió convencer a la secretaria de Marta para que le permitiera esperarla en su despacho hasta que finalizara su reunión. Pensó que sería un acto que ella aprobaría (“en las películas funciona”, se dijo mientras esbozaba una sonrisa ganadora).

Una vez dentro, recorrió la estancia que olía a ella en cada rincón, ese olor que llevaba pegado con él que le sumergía en momentos que solo quería repetir. Cuando más absorto estaba en sus pensamientos, apareció Marta, seria y algo contrariada pues ya había sido puesta en aviso por su secretaria.

—Marta quiero que estemos juntos, no me importa nada más.

Marta permanecía inmóvil ante él en espera de que desarrollase su argumento.

—Ayer no, hoy sí, ¿y mañana?

La rigidez en el rostro de Marta expresaba su dolor, el tono roto de su voz y sus lágrimas asomando, le hicieron comprender que no bastaba con decirle que la quería.

—Soy un desastre, ni yo mismo me entiendo. No te imaginas el dolor que me produce haberte hecho sufrir, solo quiero que estemos juntos. Tuve miedo. Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Es muy fuerte, Marta, te quiero de verdad. —Se acercó cogiéndole las manos y continuó hablando....

Habían pasado unos días cuando Marta llamó a su gran apoyo.

—Fede, ¿nos vemos para comer en una hora?

A la hora convenida Fede apareció en el bar. Sonriente, se acercó a Marta entregándole una caja de bombones. Le solía guardar los regalos de chocolate que recibía de sus clientes porque

sabía que a ella le encantaba. Marta que ya había pedido para los dos, le entregaba una copa de whiskey.

-¿Whiskey? Está bien ¿qué quieres decirme?

Ella sonrió y le dio un beso en su mejilla agradeciendo que Fede la conociera tan bien que no necesitara explicarle nada más y procedió: “aunque imagino, Fede, que te será difícil de entender, Miguel volvió hace unos días y he estado con él ...”

—Princesa —interrumpió Fede—. ¿Me estás diciendo “lo que me estás diciendo”? ¡Pero bueno! ¡Vaya sinvergüenza! No creo que...

—Un segundo, Fede, déjame acabar, por favor, que luego ya tendremos tiempo de “definirle”. Marta le contó lo sucedido sin adentrarse tanto en la noche cómo en lo ocurrido en su despacho aquel día:

—Según él su amor por mí nunca murió, que no había dejado de quererme y que se sentía extraño y triste sin escuchar mi voz y que echaba de menos la ternura con la que yo le trataba. Que él solo pidió un poco de tranquilidad para poder encontrarse porque le dio miedo verse tan vulnerable ante el amor que estaba sintiendo por mí. Que me quería, pero que tenía que averiguar por sí mismo si estaba enamorado de mí y si quería de verdad tener una relación seria conmigo, pero que no pretendía desaparecer y menos que yo lo hiciera. Estos días sin saber ni recibir nada por mi parte le estaban haciendo sentir tan mal que lo único que tenía claro es que es conmigo con quién quiere estar. “No dejes de darme tu Amor, que te necesito”, cito textualmente.

Fede se levantó llevándose las manos a la cabeza para sostener su cuello, que solo podía moverse de un lado al otro negando con indignación.

—¡Impresentable! ¡M...menudo tío! ¡Qué manera de jugar con tus sentimientos! Solo piensa en él, Princesa. Quiero que dejes de verle. Apártate de ese tío, que no te merece. ¿No sabe si está enamorado de ti, pero te quiere? ¡Qué significa eso! Mira, Reina, un tipo que está esperando un hijo de su ex, que se lía además con sus excuñadas, que se mete en la cama de una mujer casada y que acaba liándose con la novia de su hermano...No sé qué le has visto, pues más bien todo son puntos para alejarse. No entiendo ¿Acaso no te has dado cuenta de que un hombre así solo puede traerte problemas? ¿Qué hiciste? ¿Qué vas a hacer?

—Pese a la fuerte oposición de mi mente, ya que tenía claro que lo único que debía hacer era olvidarle para siempre, me volví a entregar casi sin mediar palabra, si bien no como antes, sino con mucha más cautela, regresé a sus brazos y a llevarle de nuevo por la pasión que me había arrebatado y que le pertenecía.

Así dos largos días en los que parecía que volvíamos a ser esos dos enamorados que por fin habían encontrado su sitio. Sin embargo, me di cuenta de que tanto contener energía para evitar excesos en el amor como freno a posibles equivocaciones y desapariciones por su parte, me estaba desconcertando y haciendo que me planteara si realmente era yo esa que moderaba serenidad o si bien trataba de convertirme en lo que él pretendía que fuera (pues estaba de lo más contento), llegando al punto en el que lo más gracioso es que ahora me encuentro en un estado indefinido, pues veo que él está encantado y totalmente rendido ante esta Marta que calla lo que desea gritar, que no se expresa como quiere ni dice lo que desea. Ni siquiera quiero hacerle preguntas; solo me limito a seguir sus pasos, pero seguimos sin aclarar en qué punto estamos o qué vamos a hacer con esta relación.

Como no sé qué quiere, cómo quiere que me comporte, qué quiere que haga, no tengo ni idea de por dónde ir. He intentado darle tiempo y cariño, pero esto último también de forma reprimida por temor a una nueva huida, (parece ser que mi amor también le asustó, ¡no hay quién entienda nada!).

Te confieso que esta forma de actuar en contra de quien soy se debe básicamente a que no hago más que recordar la de veces que mi PVA entraba y salía de mi vida a su antojo sin contar conmigo con la consecuente angustia que ello me producía, y no quiero que me vuelva a suceder lo mismo con Miguel. Por eso hago lo imposible por no seguir mis pasos, pero no soy yo. No soy quien quiero ser ni entrego lo que quiero entregar, lo cual me ha llevado a preguntarme qué es lo que dice que le gusta de mí, pues me desconcierta que no haya sido si quiera capaz de darse cuenta de que parezco otra. No parece echar de menos a la Marta de Italia. Quizá concebí una idea errónea del hombre que pensé tener enfrente y que ha resultado ser otro un tanto diferente: inseguro, incapaz de pensar en alguien más que solo él, temeroso, al tiempo que un egoísta que solo busca saciar su dañado ego y al que le han venido fenomenal mis muestras de cariño, mis alientos en sus momentos bajos y mi deseo por él, pero al que le importa poco saber exactamente quién soy.

Dudo incluso si ahora soy yo la que estaba equivocada y no estoy tan enamorada de él como me creía. Es más, si acaso lo estoy, porque no puedo andar mutándome cada vez que él flaquea para intentar dar con la clave que le haga permanecer a mi lado sin riesgo de fuga. Yo no voy a hacer de mí una marioneta. No es así como quiero vivir el Amor.

»¿Qué voy a hacer? ¿Debo hacer algo? Hasta hace poco mi filosofía era mostrar, apostar, confiar, dar y actuar en consecuencia, sin miedo, luchar por lo bueno que a mí llegaba. Depositar mi confianza en una persona, pese al riesgo que eso entraña, y buscar la manera de ser feliz y compartir esa felicidad. En estos momentos, como ya te digo, no sabría definir mi estado ni los sentimientos que me recorren aplastando mi alma, por lo que no me veo capaz de poder hacer mucho.

»Sé que no quiero ser esta versión de mí misma. Otra versión que no quiero. Que tampoco quiero soportar más tristeza a base de contener mi ímpetu, ya que veo que me alejo cada vez más de mí y de él y aunque mermada, conservo algo de esperanza en esta relación, pues creo que podríamos ser felices, lo que ya no tengo claro es cómo serlo. Estas subidas y bajadas por las que me estoy dejando ir, están apagándome.

»Lo que temo es si sabré encontrar la forma de sobrellevar las secuelas de este desgaste, pues no dejo de analizar que cuando aparentemente pensé haber dominado mi yo, resulta que de nuevo he de reconstruirme para encarar otra parte de mí que me ha llegado por sorpresa y a la que trato de adaptarme por retenerle conmigo pero que no me acaba de convencer, es decir, aprender a reconocerme en esta versión que no sé si me gusta. Espero sacar algo bueno de todo ello.

Desconozco si lo que verdaderamente necesita Miguel es que yo repare su complicado pasado, cosa que me parece poco acertada y por eso no acabo de encontrar equilibrio que nos una, porque la verdad no creo que yo deba asumir esta responsabilidad que no me compete.

Esto es agotador. En mi cabeza solo hay cabida ahora para un diálogo que nace en lo más profundo de mis entrañas lleno de interrogantes en los que trato de reconstruirme e identificarme.

La única conclusión que tengo clara es que he decidido concederme calma. Ahora la que necesita tiempo soy yo.

El ser humano es cobarde. A veces esa cobardía solo es fruto del temor a perder lo que tenemos y la mayoría de las ocasiones es miedo a que los demás descubran cómo somos, las cosas que nos atormentan y nuestras debilidades. Los hombres somos machistas por naturaleza. Aun los que piensan que no lo son tienen algo en su interior que les supera y emerge involuntariamente en algunos momentos, desvelando esa debilidad por mucho que luchen contra ello. Y lo sabemos. Y cuando eso emerge dentro de nosotros, y queremos ocultarlo, nos hace tomar decisiones y realizar actos que nos convierten en el género más cobarde de las especies del planeta.

Marta tenía que volver a España. Su negocio no soportaba por más tiempo la gestión en la distancia y su regreso era imprescindible. La echaría de menos. A ella y nuestros momentos. Nuestras excursiones mientras fotografiaba Italia, nuestro sentimiento y nuestra pasión.

Sin tiempo para pensarlo, al día siguiente de comunicarme su partida la llevé al aeropuerto. Nos despedimos con un abrazo intenso y un beso prolongado y me quedé solo. Me sentía extraño, quizá porque era la primera vez que me separaba de una mujer sin querer que se distanciara de mí.

Monté en el coche y emprendí el regreso pensando en Marta, en nosotros, y decidido a acabar cuanto antes mi trabajo en Italia y volver a España. Esa idea me intranquilizaba. Había dejado allí tantas cosas y tantos problemas que únicamente la presencia de Marta me hacía pensar en ello como un objetivo y no como una posibilidad a evitar.

Cuando salí de mis pensamientos y miré la carretera tuve que constatar un hecho: no tenía ni idea de dónde estaba. Continué hasta entrar en un pueblo y decliné la posibilidad de pararme a preguntar. Tarde o temprano llegaría a un cruce con alguna indicación que me hiciera volver a la senda correcta.

No la encontré, pero seguí avanzando. Estaba convencido de que cogiendo los cruces a la derecha terminaría en la *autostrada*.

Atravesé el decimoquinto pueblo, y estuve a punto de pararme a preguntar, pero no lo hice. Seguro que después de aquel pueblo encontraría algo conocido que me llevaría al camino correcto. Y lo encontré. El nombre del siguiente pueblo me sonaba, no sabía muy bien de qué, pero me sonaba, solo tenía que recordarlo. La alegría inicial se disipó al darme cuenta de que era el mismo pueblo donde tuve conciencia de que estaba perdido.

Tuve tentaciones de seguir hacia delante y cambiar de táctica y empezar a girar a la izquierda en los cruces, pero no sé muy bien por qué decidí pararme a preguntar para descubrir que yo tenía razón: después de dos cruces a la izquierda estaba la *autostrada*.

Me relajé y disfruté de mi soledad. El anuncio de la siguiente gasolinera me hizo mirar el indicador del coche. Mi pequeño despiste había dejado el depósito cerca de la reserva, pero podría esperar a la siguiente y así recorrer el máximo camino con la luz del día. Cogí la salida de la *autostrada* sin encontrar ninguna gasolinera. La aguja iba bajando, pero mi nerviosismo se disipó al ver una a lo lejos. Aunque en realidad ya tenía que quedar poco. Era absurdo pararme entonces pudiendo llegar hasta mi casa antes, todavía de día y disfrutar más tiempo de mi sofá. Ya echaría gasolina al día siguiente en el pueblo, en la gasolinera de Francesco, y así hablábamos un rato.

Los siguientes kilómetros se me hicieron eternos. Nunca pensé que estuviera tan lejos ni que la aguja de la gasolina pudiera bajar tan aprisa. Opté por conducir en punto muerto en las bajadas y abusar de los frenos, hasta que un gorgoteo puso punto y final a mi empecinamiento. Bajé del coche. Empezaba a anochecer. La última gasolinera estaba demasiado lejos y la siguiente,

sinceramente, no tenía ni idea. Cogí el móvil pensando en llamar a Vincenzo para que fuera a recogerme, pero tendría que contarle que me había quedado sin gasolina. Lo descarté. No podía estar muy lejos, así que lo mejor sería ir andando, llegar a mi casa y volver al día siguiente con un bidón de gasolina. Sí, era la mejor opción.

Empezaba a anochecer, así que decidí correr para tardar lo menos posible. Me convencí de lo acertado de mi elección pensando que me vendría bien un poco de ejercicio. Después de cinco minutos el paisaje me parecía igual que al empezar la carrera, con un único cambio: empezó a llover. Primero unas gotas leves, que aceleraron mi carrera, luego una lluvia más intensa, que me hizo correr como un loco, y luego la tormenta del siglo, que me detuvo. No tenía ni idea de dónde estaba ni cómo salir de allí y aquel diluvio me mataría. Solo podía hacer una cosa: deshacer el camino y guarecerme en el coche. Giré y corrí mientras me calaba cada vez más. Al rato me pareció ver la silueta de un coche. Desee que fuese el mío y que me hubiera dejado las luces encendidas, pero me di cuenta de que este se movía. Tampoco era mala opción, alguien que podría ayudarme. Pero entonces tendría que explicarle que me quedé sin gasolina porque me perdí dando vueltas porque no encontraba el camino y que luego dejé pasar las gasolineras y luego decidí correr bajo la lluvia hacia no sabía dónde y ahora volvía a mi coche porque, evidentemente, era la mejor opción.

No, no podía permitir que nadie se enterase. Así que antes de que se aproximase más y pudiera verme, salté a la cuneta para ocultarme. Por suerte, pasé inadvertido. Permanecí un tiempo tumbado para asegurarme de que los ocupantes del vehículo no me hubieran visto y comprobar que no se acercaba ningún otro. Me miré la mano. Se había sumergido en el barro. La saqué para enorgullecerme de que, a pesar de todo, no había soltado el móvil. Le quité el barro. Lo miré, toqué la pantalla, el interruptor, lo volví a limpiar y no obtuve más respuesta que la pantalla negra.

Me levanté y volví al coche. Una vez en él me asaltó la duda. ¿Qué hacer? ¿Esconderme dentro esperando que pasara la tormenta? ¿Pedir ayuda al primer coche que pasase, aun sabiendo de la humillación que la situación me produciría? Quizá no fuese una mala opción. Podría ser que pensarán que entre los españoles era algo normal y no dudaran de mi hombría por estar perdido en un estado tan lamentable. Imposible, no podía dejar que se enterara nadie.

Mi reflexión se vio interrumpida por el estruendo de un claxon. Mis diatribas me habían abstraído tanto que no me había percatado de que un coche se había detenido a mi lado, aunque el que fuese con las luces apagadas tampoco me había ayudado mucho. La ventanilla se bajó y una voz femenina me interrogó:

—*Tutto bene?*

—Sí, sí, no hay problema —mentí por instinto—. Todo controlado.

—Miguel, *sei tu? Io sono Rossa.*

Aquella mujer me conocía. Estaba perdido. Me acerqué hasta la ventanilla. Era la panadera, la mujer que fotografié en su boda y gracias a la cual conseguí el trabajo de fotógrafo.

Se ofreció a llevarme, pero yo me empeñé en decirle que tenía todo controlado. Ella reía e insistía y al final claudiqué, me comí el orgullo y accedí a montar en su coche. Por suerte, la lluvia en mi rostro disimuló perfectamente una pequeña lágrima.

Confesé mi situación en mi mal italiano mientras ella reía. Llegamos a su casa y ella insistió en ofrecerme ropa seca de su marido. Realmente la necesitaba, así que acepté y fui al baño a cambiarme. Mi hombría estaba mancillada, pero podía minimizar los daños. Hablaría con ella para que me guardara el secreto.

Volví al salón. Ella también se había cambiado. Empecé a hablarle y le dije que nadie tenía por qué saber nunca lo que había pasado aquella noche. No sé si elegí mal las palabras en

italiano, pero su respuesta fue abalanzarse sobre mí y besarme salvajemente. La aparté y me retiré. ¿Qué estaba pasando allí?

La miré. Me percaté que en su cambio de indumentaria había elegido una blusa de tirantes que marcaba un pecho precioso y el resto de su cuerpo tan solo estaba vestido por unas... ¿braguitas?, ¿mini bragas?, ¿tanga?, ¿mini tanga? No sabría cómo definirlo, pero eran lindísimas. Pero ¿cómo no me había dado cuenta de algo así nada más salir del baño? La miré a la cara. Era guapísima. ¿Cómo se me había olvidado que aquella mujer era tan mona? ¿“Mona”? ¿Realmente había pensado yo en la palabra “mona”?

Empecé a sudar. Algo raro pasaba allí. Ella volvió al ataque. Su acometida me derribó y practicó un efecto ventosa en mi cuello, liberado por su lengua que subió hasta mis labios. Al fin se separó —¿al fin? ¿Por qué me venían a la cabeza esas expresiones tan inadecuadas para el momento?—, tan solo para quitarse la camiseta y mostrar los senos. Eran perfectos, divinos. ¿Divinos? Me asusté y volví a separarme. La miré fijamente, de arriba abajo y de abajo arriba, deteniéndome en cada parte de su cuerpo que la definía como mujer. Algo iba mal. No podía ser. Me miré, me palpé. Nada. Mi cuerpo no reaccionaba. Por más que la miraba no sentía el más mínimo deseo y el único pensamiento que recorría mi mente era “seguro que se ha hecho algún retoque”. Creo que grité, que chillé. Espero que no fuese un grito histérico.

Un ruido le hizo cambiar la cara.

—*Mio marito!*

Era su marido. Sentí alivio. ¿Pero cómo podía sentir alivio?

Tras unos segundos e incitado por ella, comprendí que no era buena idea que me encontrara allí, no porque llevara puesta su ropa, sino porque sería difícil de explicar que ella no llevara ninguna.

Salté por una ventana y corrí como era habitual en mí, no sé si por miedo al marido o por miedo a lo que había sentido en aquella casa o, más bien, a lo que no había sentido.

Llegué a casa trastornado. Bebí agua y traté de tranquilizarme. No pasaba nada. A fin de cuentas, ¿cuál era el problema? Mi cuerpo no había respondido correctamente a los estímulos visuales, ni a los sensoriales. Y mi mente tampoco. Quizá solo fuese producto del estrés provocado por mi aventura en el coche. Di otro trago de agua, cerré los ojos y recordé la cara oculta de la panadera. Nada. No tenía respuesta. Empezó a faltarme el aire. Abrí los ojos y me percaté de que seguía vistiendo la ropa prestada. Me la quité y fui a la habitación. Abrí el armario y me inundó el olor a Marta. Marta, mi Marta. Mi amor. Cogí una camiseta suya y la olí. Cuánto hubiera dado por que no se hubiera ido y abrazarla, besarla, acariciarla...

Un momento. No estaba muerta. Noté ese cosquilleo y esa alegría en el bajo vientre que me hizo dar saltos e incluso la hubiera besado de no saber que era una tarea imposible para los mortales que no trabajamos en el Circo del Sol.

Era maravilloso. Mi virilidad estaba intacta, solo había sido un pequeño percance. Había oído hablar mucho de ello, pero son ese tipo de cosas que piensas que solo les pasan a los demás. Esperaba que no hubiera alcanzado una fase en la que empezara a repetirse. Debería cuidarme. Vida sana y ejercicio. ¡Mira que no excitarme con la panadera! Con esos besos, esos muslos, esos pechos. Un momento. No, por favor, no. ¡Vuelve, vuelve!

Otra vez no. Pero si un instante antes parecía un joven de diecisiete años al recordar a Marta. Mi Marta, mi amor. ¡Ey!, volvía. De nuevo conmigo.

La siguiente hora estuve haciendo pruebas alternativas entre el recuerdo de Marta y otras mujeres desnudas para llegar a una conclusión: únicamente pensando en Marta era capaz de activar en mí la capacidad de erección.

Aquello era maravilloso, o quizá no. ¿Sería eso el amor pleno? ¿La amaba tanto que tan solo ella me excitaba? Esa idea me hacía sonreír pero a la vez me inquietaba. ¿Ya estaba? ¿Eso era todo? Ya nunca más disfrutaría, aunque tan solo fuese mirando, de otra mujer hermosa. Había sido presa de un caso de monogamia brutal.

Tuve miedo, sí, lo reconozco. Incluso pánico. Cogí el móvil para hablar con alguien, pero recordé que no funcionaba. Busqué uno viejo de Marta y le puse la tarjeta con la esperanza de que siguiera viva. En contra de lo que podría esperar, funcionaba. Busqué en la agenda y solo me aparecían desconocidos o amigos de Marta. Seleccioné solo los contactos de la tarjeta, pero no aparecía ninguno. Mi vida social había desaparecido en la memoria del móvil enterrada por el barro. Pensé en llamar a algún contacto de Marta para desahogarme, pero la idea de confesarles que solo se me levantaba pensando en Marta no me resultó de ningún alivio.

Encendí el ordenador. Mandaría un email a alguien de confianza para que me llamara y hablarlo. ¿Pero a quién? Nada más abrir el correo me entró un mensaje de Nick. Perfecto, él me podría ayudar. Abrí el correo para reenviarle otro para que me diera su número y llamarle. Me mandaba un vídeo, como siempre. Lo abrí. Nick nunca defraudaba y tampoco lo hizo esta vez. Dos gemelas impresionantes salían jugando a la Wii desnudas. Muy guapas, aunque con demasiada silicona. Y las cortinas del piso eran horribles. Mierda. Grité, fui presa del pánico, abrí un email en blanco y me puse a escribir en trance. Después de enviarlo fui consciente de que estaba cortando con Marta.

Hiperventilé durante un tiempo indefinido hasta que mi nuevo móvil me devolvió a la realidad. Número desconocido. Descolgué. ¡Marta, era Marta! Estaba furiosa y lloraba, pero mi cuerpo se alegraba de oírla. Creo que tartamudeé, miré al ordenador donde las gemelas de las gemelas me recordaron lo dramático de mi situación y asentí sobre el contenido de mi email, a pesar de no recordarlo muy bien, y colgué.

Por muy duras que sean hay cosas que un hombre debe hacer.

La claridad de la mañana siguiente me hizo ver el error que había cometido. ¿Y qué pasaba si solo me excitaba Marta? ¿Acaso no era todo lo que yo quería? Estar junto a ella, besarla, amarla, sin pensar en nadie más y así por siempre jamás. Me detuve en ese pensamiento un instante. Sí, demasiado cursi, femenino en exceso. Definitivamente el “por siempre jamás” sobraba. Pero era lo que sentía y, sobre todo, era lo que quería.

Pensé en llamarla, pero después de lo que había hecho era necesario verla. Cogí el primer vuelo de regreso y volví a pisar España.

La ansiedad y los deseos de verla me habían hecho olvidar algunas de las necesidades básicas. No sé si eran mariposas o hambre, pero mi estómago no paraba de hacer ruido, así que decidí calmarlo en la cafetería del aeropuerto.

Mi segunda tostada se vio interrumpida por un grito con mi nombre. Me giré. Era el cornudo reincidente. ¿Cómo se llamaba? Luc... Sí, era algo así. Recordé a su pareja y la busqué nervioso, pero no estaba. Él se dirigió hacia mí y me apretó la mano.

—¡Pero qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? —pregunté para ganar tiempo mientras trataba de recordar su nombre—. Y ¿dónde está Luc... Luc?

Entonces se echó a llorar y me abrazó.

—Se ha ido, Lucía se ha ido —dijo entre sollozos—. Me ha engañado con otro, bueno, con otros, ni siquiera sé con cuántos. ¿Te lo puedes creer?

No me costó mucho hacerlo, pero no creí correcto decirle que se veía venir, así que puse cara de sorpresa.

—Una mañana, después de una noche interminable de amor, la desperté con un beso y con los

ojos cerrados no pronunció mi nombre, sino el de otro. No dijo Lucas, sino el nombre de otro hombre. ¿Puedes creer que alguien pueda confundir los nombres?

Como siguiera haciendo esas preguntas tan estúpidas, yo iba a tener que decirle la verdad. Pero opté por mantener la cara de incredulidad, con el deseo de que no hubiera sido mi nombre el que pronunciase.

—Superé la ira y le cogí el móvil. Sus últimas llamadas coincidían con el nombre de ese bastardo. Un tal Javier —suspiré aliviado y deseando que ese Javier no fuese de mi sangre—. Seguí mirando y descubrí más llamadas y nombres. Miré los mensajes. Cientos de ellos, llenos de guarradas. La desperté y confesó todo.

Aquel hombre estaba destrozado. Me interesaba muy poco su historia y deseaba salir corriendo de allí para ver a Marta y decirle que la amaba con la fuerza del mar bravo y quería terminar cada una de mis noches en sus días, pero Lucas me necesitaba, por raro que parezca yo era su único amigo, necesitaba mi consuelo y yo no podía abandonarle. Aunque me crispaba un poco seguir con estos nuevos sentimientos de mi parte femenina, sabía que era lo correcto.

Le pasé el brazo por el hombro y le acompañé en sus penas.

Una copa llevó a otra. El pobre diablo se desahogó hablando, llorando, gimoteando y bebiendo. Yo sabía que aquello terminaría sujetándole la frente mientras él liberaba su mezcla de alcohol, pero no me importó. Por desgracia me equivoqué. Tras horas y horas de insultar y alabar por igual a sus exparejas, paró, me miró, pronunció un “Te quiero” y se abalanzó a mis labios. Mi estupefacción me paralizó hasta que su lengua en mi boca me hizo reaccionar. Le aparté. No podía creer lo que había pasado. Para mi alivio, él se desplomó. Le llevé a su casa y volví a la mía. No quería pensar en nada. Era tarde y necesitaba descansar. Necesitaba la fuerza del nuevo día para ir a ver a Marta. Sí, eso era lo que necesitaba, la fuerza y la ilusión con la que me había despertado aquella mañana para volver con Marta.

Pero no las tuve. De nuevo el amanecer me había dado claridad, pero me había hecho recordar lo que mi mente quería olvidar: el beso de Lucas. No es que me gustase, fue desagradable, pero mi cuerpo no pensó lo mismo. ¿Por qué el pensar en mujeres desnudas no me hacía ningún efecto y un beso de ese desgraciado me la había puesto dura?

Aquello era una pesadilla. Había admitido el efecto castrante de Marta hacia el resto de la humanidad femenina y no me importaba, pero un cambio de tendencia sexual era demasiado.

Mi nombre en la voz de Marta me dirigió la mirada hacia la puerta de la entrada. Era ella, estaba allí. Me dijo que pasaba por delante de casa y que vio la puerta abierta y había entrado. Era probable que con el shock de la noche anterior hubiera olvidado cerrarla, pero eso no explicaba por qué escondió rápidamente unas llaves en su bolso.

Allí estaba ella. La amaba, la deseaba, era todo lo que yo quería, de no ser porque era la mujer que me había convertido en gay. Había que acabar con todo ello. Nunca debí llevar esa relación tan lejos y pensar que el amor podía ser bueno. Decidí cortar, terminar, acabar para siempre. Ella se fue y yo me quedé llorando durante horas como una magdalena con la esperanza de que aquel efecto pasara.

Los siguientes días me calmé. ¿Qué había hecho? ¿Había despedido al amor de mi vida porque pensaba que me había convertido en gay! Y basándome en una mala reacción física en un momento inapropiado. Me parecía imposible que llegase a pensar que alguien pudiera convertirse en homosexual o que pudieran convertirle. Vale que había hechos irrefutables, vale que últimamente no me atraía ninguna mujer que no fuera Marta y que estaba demasiado tierno, y vale que una erección con un beso de un tío era difícil de justificar, pero lo vivido en los últimos días era nuevo para mí, estaba confundido y alterado y mi reacción física no tenía ningún componente

sexual. Sí, eso era. Seguía siendo tan hombre como antes, no tenía más que repasar la lista de mujeres que habían pasado satisfactoriamente por mi vida, aunque nunca volverían... Lloré al pensarlo, quizá algo más de lo normal, quizá no debí tomarme ese envase completo de helado al hacerlo y quizá tampoco debí acompañarlo de volver a ver *Tienes un email*. Pero lo hice. ¿Y qué? Amaba a Marta, había sido un estúpido y no deseaba otra cosa que estar con ella. Con ella, solo con ella, con ninguna otra mujer ni ningún otro hombre.

Apagué el televisor, tiré la tarrina de helado y apunté clínex en la lista de la compra. Me duché, me vestí, puse excesivo cuidado en no pasarme con la colonia y fui en busca de Marta.

Confesé todo, bueno, todo salvo lo de que llegué a pensar que me había convertido en gay y que solo me ponía ella. Hay cosas que un hombre no debe confesar, sería como reconocer que estás perdido y preguntar al primer desconocido. Esa forma de pensar me hizo sentirme bien. Ella me admitió de nuevo y fui feliz... durante unos días.

Mi vida volvía a un cauce normal y mis preocupaciones volvían a ser sobre cosas de mortales. Estaba de nuevo en España y de nuevo sin trabajo. La falta de contactos en mi móvil me animó a pasarme por mi antigua agencia para encontrarme con Nick y preguntarle si sabía de algo para mí.

Fuimos a una cafetería y estuvimos hablando. Él no sabía de ningún trabajo, pero yo echaba de menos sus charlas. Llega un momento en que los hombres, a pesar de todo, necesitamos alguien a quien contarle la verdad, liberar nuestros sentimientos más sonrojantes y tener un alivio. Ese momento había llegado y Nick sería mi confidente. Le hice jurar tres veces que no le diría nada a nadie y le conté todo, lo de que ya solo me excitaba Marta, que llegué a pensar que era gay e incluso confesé lo de que me quedé sin gasolina, aunque no fui capaz de reconocer que me había perdido conduciendo y al final tuve que preguntar a un extraño.

Tras mi confesión él dejó de sonreír. Pasados unos segundos rompió un incómodo silencio.

—A ver, Miguel, algo sencillito. Bragas y tangas.

—¿Cómo?

—Sí, en esta cafetería hay nueve mujeres, excluyendo a la que está detrás de la barra, que como no ha salido, no podemos valorar, aunque yo juraría que es de tanga. ¿Cuántas de las nueve llevan tanga y cuántas bragas?

—¿Y yo qué sé, tío? ¿A qué viene eso? —respondí confuso.

—Preocupante, Miguel, preocupante. Siete a dos.

—¿Cómo que siete a dos?

—Siete con tanga y dos con bragas. Es algo básico, tío. ¿Cuándo dejaste de fijarte en esos detalles?

Miré alrededor, y conté las nueve mujeres y la camarera. No me había fijado en ellas. Aunque me dé vergüenza, reconozco que antes era algo normal, incluso sin querer hacía ese sencillo muestreo en cualquier sitio.

—En el rato que llevamos aquí no has parado de estar concentrado en mí. No has echado el más mínimo vistazo a ninguna mujer, tu única atención han sido mis ojos y mis labios. Quizá tuvieras razón y Marta te haya convertido en marica. Te gusto, ¿verdad, Miguel?

—¿Pero qué dices! Eso no es cierto —dije nervioso mientras miraba alrededor—. Mira, me he fijado en esa, la de la barra, la buenorra morena. Mira, mira, hasta se le ve un poquito el tanga.

Nick empezó a reír.

—¿Pero de qué te ríes? ¿Tú estás tonto o qué?

—En esa, te has fijado en esa, precisamente en esa —dijo sin parar de reír—. De las diez tías del bar, precisamente te has fijado en la de la nuez.

—¿Nuez? ¿Qué nuez?

—La de California, no te digo —continuó mientras que doblaba el cuerpo por la risa—. La de la garganta, Miguel, la de la garganta —y añadió bajando la voz—. Es un tío.

—¿Un tío? ¿Pero qué dices? —dije mientras la miraba de arriba abajo con esmero—. Pero ¿cómo va a ser un tío si está buenísima!, quizá demasiada garganta, sí, pero no puede ser.

—Que sí, Miguelete, está buenísima, no te digo que no, yo mismo me la tiraría, pero no deja de ser cierto que de entre todas las mujeres de este bar te hayas fijado única y exclusivamente en la que puede mear de pie y escribir su nombre.

Enmudecí.

—Miguel, te lo digo de todo corazón: te aprecio, incluso podría decirse que te quiero, pero eres marica. Marta te ha convertido. Sabías el riesgo que corrías, pero...

No le dejé terminar. Salí corriendo de allí, temí llorar, desplomarme o montar una escena.

Los días siguientes fueron duros. Me negaba a aceptar las teorías de Nick, pero me sentía tenso cuando estaba con Marta y creo que ella me lo notaba. Hacía el esfuerzo, cuando salíamos, por mirar a otras mujeres para comprobar si volvía a sentir lo que mi cuerpo experimentaba antaño. Pero nada. Pero no podía ser homosexual. Nuestros encuentros sexuales eran óptimos, al menos para mí, y plenamente satisfactorios. No podía ser gay, pero ¿y si lo fuera? Para salir de dudas tomé la decisión menos drástica: compré un par de revistas de hombres desnudos. Me produjeron la misma indiferencia que el resto de mujeres. Tan solo me sirvieron para corroborar que las posibilidades de que el mercado de trabajo del porno se interesara en mí eran nulas.

Tanta prueba y tanta tensión estaban repercutiendo negativamente en mi relación con Marta. Lo notaba. La tensión sexual había dado paso a la tensión ambiental y aquello se desmoronaría a menos que dejase a un lado todos mis miedos y confesase a Marta todo lo que había pasado. Decidí hacerlo. Cité a Marta en casa y le preparé una cena. La velada estaba siendo maravillosa. A los postres confesaría y todo se arreglaría. Justo antes de servirlos, ella se excusó para ir al servicio.

—En cuanto vuelvas tengo algo que contarte —le dije con mi mejor sonrisa y mi cara de enamorado.

Momentos después volvió al salón con cara de pánico. No supe qué le pasaba. Últimamente cuidaba más ciertos detalles y nunca faltaba en el aseo ni el papel higiénico ni el ambientador y ni rastro de antiguas costumbres de no bajar la tapa. Pero parecía que ella no podía hablar. Me preocupé y me levanté a asistirla. Al bajar la mirada vi en sus manos dos revistas que habían sido abandonadas en el lugar más inoportuno. Ella las dejó caer y corrió hacia la puerta con ira en sus ojos.

—Espera, te lo puedo explicar —dije desesperado, mientras intentaba detenerla.

La puerta se cerró antes de que la alcanzara. Volví la vista a mi piso y desde el suelo un hombre gordo y peludo parecía reírse de mí.

Me senté de espaldas a la puerta intentando no llorar, pero no pude contener las lágrimas al darme cuenta de que no me quedaba helado de vainilla con nueces de macadamia. No sé por qué, en vez de abalanzarme a por mi colección de películas de Bruce Willis, no paraba de pasarme por la mente la idea de ir al videoclub mientras centelleaba en mi cabeza el nombre de Meg Ryan. No me contuve y salí a alquilar una película, pero tendría que ser algo intermedio. Busqué *Harry el sucio*, de Clint Eastwood. Podría valer, pero no la tenían, así que alquilé *Los puentes de Madison*. Por reforzar mi virilidad conecté el *home cinema* y la vi entera a un volumen estridente.

Lloré un poco. Bueno, mucho. Demasiado. En exceso. Estaba seguro de que era el hombre más infeliz del planeta y no tenía nada ni nadie a quien echarle la culpa.

Un aviso de mensaje me sacó de mi autoflagelación. Cogí el móvil y comprobé que el exceso

de volumen no me había dejado oír algunos más. Veintiséis en concreto. Los repasé. La mayoría de ellos eran de números desconocidos y en tres aparecía el remitente: Fede, Dani y el último de Marta.

Veintisiete mensajes con un denominador común. Todos ellos con más o menos palabras decían: “Miguel, tenemos que hablar”. Estremecedor. Preocupante. O, al menos, interesante. Tres remitentes conocidos y otros veinticuatro perdidos entre el barro de la memoria de mi viejo móvil. Al menos esperaba que de los veinticuatro alguno fuese de una tía buena.

Y ese pensamiento, no sé por qué, me hizo sentir mejor.

Mi querido Fede,

Cuando por fin creo haberme descifrado y sentirme fortalecida con ánimo para manejar nuevas ilusiones, me vuelvo a encontrar inmersa en un mar de dudas que solo me llevan a pensar que carezco de audacia suficiente para lograr mantener una relación, pues creo que soy incapaz de descubrir al hombre que escojo lo que me lleva a muchas sorpresas. Debe ser que no presto suficiente atención, me dejo llevar por mis sentimientos y me olvido de la realidad.

Llevaba días observando un comportamiento que no correspondía al Miguel con el que había estado viviendo estas últimas semanas. Una vez más quise pasar por alto algo tan latente, suplicando que solo fuera pasajero. Pero las cosas no son así. Si hay algo, sale, lo quieras o no. Tardará un día o un año, pero sale a la luz. Con el correr de los días, las capas de personalidad se van desvelando y nadie puede dejar de mostrar su naturaleza real eternamente.

Fíjate que independientemente de que he sido muy consciente del desconcierto que Miguel me produjo desde su primera llamada, más que nada por ese "calidoscopio" que es y que le capacita para generar mil variaciones de él mismo a cual más desastrosa y en ocasiones, cuestionables, creí haber reconocido en él la imperfecta y sin embargo adecuada y exacta definición de *Príncipe VerdeAzul* y estaba dispuesta a despojarme de estereotipos inútiles que, en el mejor de los casos, lo único que consiguen es confundirte.

Situados en este punto, también tuve que *negociar con* mi juicio para que dejara de llevarme por angostos derroteros cargados de insistentes preguntas llenas de inconexas, confusas y dispares respuestas a cuál más complicada, acordes por supuesto a él mismo y a mi facilidad para perderme en mi propia mente.

Ya había comenzado a sentir algo muy fuerte por Miguel que no podía controlar. Esta inesperada relación que me pilló desprevenida, empezó con fugaces instantes en los que todo mi ser se dirigía hacia él como un imán para dejarme caer rendida en un estado de excitación fuera del control de mi propia voluntad.

Mas tarde me di cuenta de que no se trataba solo de una fuerte atracción física que me borraba hasta el sentido común, sino que sentía la imperiosa necesidad de hacer caso de mi instinto y transitar por mí misma y mis sentimientos, pues de una extraña forma, todas las piezas encajaban perfectamente en este desordenado mundo que Miguel traía consigo y del que yo ya no quería salir. Era algo que estaba sintiendo por primera vez, que era diferente, un sentimiento que nacía desde mi más veraz y puro interior como una fuerza poderosa que me llevaba directamente a él.

Aún me cuesta creer que haya jugado de una manera tan cruel con toda la confianza e integridad que le entregué. Ojalá hubiera sido capaz de detectar antes su egoísmo y así haber impedido que se cargara mi autoestima, pero es muy complicado adentrarse en su mente para lidiar con esos extraños comportamientos que tiene y que en ocasiones, me atraen de igual forma que me repelen.

Con apenas escasas palabras y un solo hecho se puede derrumbar sin piedad un mundo que comenzaba a tomar forma y que estaba ayudando a sanar mi corazón.

Mi precipitada salida de su casa con las manos manchadas en tinta aún caliente me llevó a repasar mi vida analizando qué fue lo que hasta aquí me trajo, cómo he llegado a este punto y sobre todo a intentar averiguar qué parte de mí he descuidado para hacer de mí la persona que soy, que no hago más que ir de decepción en decepción con expectativas incumplidas, en busca siempre de respuestas pero sin embargo, encontrando cada vez más preguntas.

Me detuve tratando de llegar a descubrir quién quiero ser y me doy cuenta de que hace tiempo debí “dejar de ser” para “llegar a ser”.

A veces no somos conscientes de las maquiavélicas jugadas que nos esperan cuando despertamos de algunos letargos en los que voluntariamente hemos decidido retirarnos para que la realidad no nos moleste, pues haciendo balance de las huellas de *Mis VerdeAzules*, creo que he vivido a base de idear absurdas fantasías que he ido vistiendo y desnudando según mi estado de ánimo y necesidad de cariño, permaneciendo en ellas el tiempo que tardaba mi juicio en imponer orden de nuevo. Y ahora que mi mirada retorna al pasado, me pregunto en qué momento permití que entrara la estupidez para dejarme caer vencida confiando que *podía ser*.

Este patrón que he repetido incansablemente me hace detenerme y pensar seriamente si no es ya cuestión de plantar cara a estas quimeras y ver si de una vez por todas dejan de vomitar innecesarios sueños imaginarios que trato de hacer reales a golpe de insistencia, (insistencia que ya hasta me resulta incómoda), y me rindo ante el clamor popular que aboga por desertar de este afán que tengo de férrea defensa del Amor, que además no hace más que poner a prueba a mi corazón a ver cuánto dolor es capaz de soportar.

Tal vez si hubiera sido más hábil, menos soñadora a la vez que osada, y hubiera dado tiempo a mis pasos para hacer que ellos se fueran acercando lentamente y con más cautela, estaría ahora hablando en otros términos.

Pero no ha sido así. Mi afán por ser leal a mí misma ha hecho siempre que me apoyara en lo que nacía dentro de mí. Sin embargo, lo que mayoritariamente he ido consiguiendo es que mis instintos se dieran de bruces una y otra vez. Me he vuelto a confundir. Pensé que con este *Príncipe* iba a llegar al sitio donde siempre quise estar. No ha sido así.

Y aunque detesto reconocerlo y aun a sabiendas de que he dejado muchas veces que mi barómetro haya sido manejado por manos ajenas en la terrible convicción de que iban a colmarme de felicidad, no dejo de culpar a Miguel por haber explotado mi mundo. Sé que es un grave error, pues eso de liberar mi responsabilidad a base de culparle a él ni es del todo justo ni me va a calmar, más bien incluso me conduce al desespero al generar mil reproches y crear un absoluto y despiadado vacío.

Sucede que en cuestiones de corazón las necesidades son elevadas. Conforme vamos cerrando relaciones, vamos acumulando carencias no cubiertas que de alguna manera trasladamos a la siguiente pareja para reivindicarle que las cubra. Creemos que estos pagos no cumplidos han de ser zanjados y no hay apelación posible. Lógicamente, prácticamente nadie quiere asumir esta tarea que otros dejaron a medio hacer y entonces en cuando pensamos que no recibimos lo que merecemos —más bien “lo que deseáramos”— y, por lo tanto, suele resultar escaso el beneficio invertido en los “intercambios”. Nuestra vulnerabilidad se vuelve a tambalear y nuestra confianza se queda hecha jirones.

Es lo que suele ocurrir cuando te dedicas a la incansable búsqueda del hombre perfecto. Quieres que ese *azul Príncipe* brille sin fallo alguno, pero cuando los sueños son derrotados por la realidad, dejan de ser azules para tornarse bicolor y de esta forma comienzan a engrosar la lista de *Príncipes Verdeazules*. Y vamos abocados al desastre. Malgastando energía en requerir aquello que no tuvimos, dejamos escapar lo que sí se puede alcanzar. No adentrarse en la autenticidad de lo que otros tengan que ofrecer es destruir cualquier mínima posibilidad de acercamiento saludable que beneficiaría a todos, amén de disfrutar de un aprendizaje impagable.

No reniego de lo vivido con cada PVA que en mi camino se ha cruzado. Mi entrega a ellos fue absolutamente veraz, es más, diría que casi por encima de mí. Sin embargo, si pudiera volver a determinados instantes, pondría comas y borraría párrafos, los que ahora me hablan de prudencia,

pues nutrirse a base de consuelos esporádicos es alimentarse de migajas y lo normal es que desemboque en desengaño.

Y además, aparte de lo que supone despertar del autoengaño, existe ese conglomerado de efectos devastadores provenientes de palabras borrosas carentes de rumbo, juramentos rotos y promesas eludidas cuyo desenlace suelen ser las despedidas, por lo que no queda más que redirigir los esfuerzos en velar por quien únicamente podemos hacer algo: nosotros mismos.

En mi tenaz insistencia de encontrar brazos que me dieran calor, no me di cuenta de que ya disponía de los míos y es esta afirmación que ha golpeado mi cara, la que me hace despertar hacia un nuevo concepto del Amor. Ahora sé que debo partir de mí. Mi centro me llevará a donde quiero ir.

En el complejo arte de conocerse a uno mismo, sé que deberé enfrentar comportamientos antes nunca imaginados, pues es la única manera posible de avanzar y así dar esquinazo a tan molesta carga que es esto de pensar y tratar de comprender a los demás cuando lo que realmente debo hacer es comprenderme y aceptarme a mí misma.

Tocada, pero no hundida, flotando sobre los límites del desencanto, con mi fortaleza bastante debilitada, tengo que cruzar el umbral para configurar mi nueva versión, porque sé que, si no lo hago, puedo quedar paralizada. Además, he de idear algún tipo de estrategia de supervivencia no vaya a ser que mi ética y yo acabemos inmoladas.

Mientras hago acopio de mis recuerdos, a medio camino entre la locura, dejo de esperar. A estas alturas me da igual qué era lo que hizo cambiar a Miguel. Ni siquiera creo que esas revistas tengan algo que ver. Tampoco me interesa saber qué trae de nuevo a mi PVA a mi vida: diecisiete correos y seis llamadas (proporción muy acorde a su valentía). No sé ni quiero saber qué quiso o quizá quiere Dani. Ha dejado de interesarme lo que ellos buscan en mí. Ahora mi piel se resiste a ser tocada.

¿Tan difícil resulta amar?

La complejidad del Amor es amplia y variopinta y ella y sus rarezas se enfrentan a menudo con nuestro malherido interior que suele robar sosiego dificultando en ocasiones, que nuestra fe se reactive. Nos acabamos fiando más de las alarmas contra la entrega que en sobrepasar obstáculos dónde a veces casi sin darnos cuenta, nos hemos *autoencarcelado* generalmente por miedo al sufrimiento y al fracaso.

Muchas relaciones no salen adelante por encontrarse los seres a destiempo, aniquilando de esta manera, posibilidad alguna de continuidad, pues además suele ocurrir que nadie hace partícipe al otro del punto en el que se encuentra, o por lo menos no con mucha claridad. Es entonces cuando las desavenencias surgen, aflora la desconfianza, la distancia va haciendo surco y los corazones marchitan. Y es en este punto cuando a menudo surgen los reproches, con uno mismo y con tu pareja, o lo que es más preocupante, sensaciones reiteradas de parecer injusta víctima de las dagas del desamor. Y todo se rompe.

Amar es fácil; es vida. El Amor se hace amando y todos podemos Amar.

Quizá lo que si resulte difícil es que dos personas se encuentren en el preciso momento en el que ambas se sientan preparadas, convencidas y predispuestas para crear un proyecto de vida conjunta con conocimiento interno de quienes son que les ayuden a contribuir de forma favorable y generosa en el desarrollo de la pareja, además de la completa aceptación y respeto hacia las luces y las sombras de su compañero.

Una entrega de dos cuerpos desvestidos de temores que deben elegir si, por y pese lo

encontrado, desean continuar el camino. Un camino liberado de impurezas, que no de durezas, más cargado de honestidad, lleno de las virtudes que otorga la sinceridad. Almas limpias sin caretas que posiblemente tengan llagas de tanto dolor acumulado y que, sin embargo, y contra todo pronóstico, han sido capaces de sanar.

Imperfectos individuos que se aceptan dándose calor.

Puede que este, sea el camino del Amor.

La gente no es como parece. Ninguno lo somos. Todos tenemos secretos. Y lo sabemos. Pero a pesar de ello, siempre creemos que conocemos a los demás y cuando descubrimos que no, no podemos evitar la cara de incredulidad.

Ha pasado medio año desde que Marta salió horrorizada de mi casa por culpa de aquellas revistas para gays. Seis meses dan para mucho, para vivir y morir, para ilusionarse y desmoralizarse, y en esta sala de espera recordarlo es lo único que se me ocurre para hacer pasar el tiempo lo más rápido posible. Estoy emocionado, nervioso. No todos los días uno va a conocer a su probable hijo.

Seis meses sin ver a Marta y acostumbrándome a su ausencia. Pero eso ya estaba superado. Esperaba que un doctor atravesara esa puerta para comunicarme que el hijo de Paula había nacido y deseaba con toda mi alma que así fuera. Miré a mi derecha. Allí estaba Javier, esperando como yo. Hablando por el móvil y sonriendo.

Marta salió de mi casa y me quedé con veintiséis mensajes con el mismo texto: *“Miguel, tenemos que hablar”* y con tan solo tres remitentes conocidos: Marta, Fede y Dani. Un hálito de esperanza se me iluminó al pensar que Marta quería volver a saber de mí. Pero y si era así, ¿qué pasaría? ¿Volvería a cagarla? Probablemente. Mi única oportunidad era la sinceridad, aclararlo todo, aunque con lo sucedido era complicado que me creyese, a no ser que no fuese yo quien lo explicase. Esa era la solución.

No perdí el tiempo y con la ilusión de lo que piensas que son buenas ideas mandé veintiséis mensajes a los veintiséis destinatarios diferentes con el mismo texto: *“Nos vemos mañana, a las doce del mediodía, en la terraza Centro”*. No sabía a quiénes iban dirigidos, pero estaba seguro de que todos podrían ayudarme a aclarar la verdad con Marta.

Recibí varias respuestas aceptando en diferentes términos y una sola discordante: *“Ni de coña. Tengo que verte ahora mismo. Ven a mi casa YA”*.

No tenía ni idea de quién sería. No tenía nada mejor que hacer, pero no sabía que contestar sin que se notara que no conocía el remitente. ¿Hombre? ¿Mujer? Ni idea. Opté por seguir mi nueva inspiración de sinceridad: *“Vale, pero ¿quién eres?”*.

La respuesta fue inmediata: *“Veo que lo tuyo no se ha arreglado y sigues igual de lerdo”*.

Solo podía ser una persona: *“¿V?”*

“Bravo por el caballero. Al menos se sabe una letra”.

V. A pesar del maltrato, me alegré de que fuese ella, me apetecía verla. Fui a su casa. Me abrió la puerta y me sorprendí. Iba arreglada. No sé por qué esperaba encontrármela vestida con un chándal y el pelo revuelto y sujeto con algún utensilio de papelería. Pero no. Tenía el pelo más largo que la última vez que la vi y lo lucía suelto y ondulado. No llevaba las gafas y me sonreía. El chándal lo había sustituido por una blusa de tirantes y una falda de tubo. Reflexioné un momento sobre mis pensamientos y mis últimas tendencias. No, no sentía envidia, no me fijaba en el más mínimo detalle para regocijarme de su falta de estilo. No, no era eso. Simplemente me resultaba atractiva.

Sonreí. Ella me sonrió.

—Hola —dije con la sonrisa estúpida del que recuerda la primera erección.

—Hola —respondió ella sonriendo—. ¿Vas a pasar o saco el sofá al descansillo?

Entré avergonzado.

—¿Qué tal estás? ¿Qué hay de tu vida? —me preguntó nada más cerrar la puerta.

—Bien... Bueno, últimamente no he tenido una buena...

—Vale, vale, vamos al grano —me interrumpió—. Mi madre viene hoy y necesito que te quedes esta noche.

Su madre. La recordé con una sonrisa de otra índole, muy diferente a la anterior. Esa mujer encantadora y estupenda cocinera que me adoraba.

—Pero, no puedo, ¿cómo...? ¿Pero no le has dicho...?

—A ver, guapete. Te lo voy a explicar todo solo una vez, pero presta atención porque no tengo ganas de repetirlo. Después de nuestra última cita le dije a mi madre que habías muerto.

—¡Muerto!

—Sí, muerto. Eso sí, habías sido un héroe, te habían atropellado al ayudar a cruzar la calle a una ancianita. No entiendo por qué, pero mi madre te había cogido mucho cariño y fue decírselo y empezar a llorar. Que si eras un chico estupendo, que si eras como un hijo para ella. Total, que estuvo unos días apenada sin levantar cabeza y como no soporto verla sufrir, le dije que no te habías muerto, que tenías múltiples fracturas y estabas en coma y no daban un céntimo por tu vida y que por eso le dije que habías muerto para evitarle el sufrimiento, pero que me acababa de llamar el doctor para decirme que habías despertado y lo primero que hiciste fue preguntar por ella. Y se lo tragó.

—¡Se lo tragó!

—Que sí, que se lo tragó. Es una adicta a las telenovelas y una cosa así es su pan de cada día. Ni dudó. Pero casi fue peor. Insistió en que quería ir a verte a Barcelona.

—¿Insistió en que quería...?

—¡Que sí, cansino! —gritó—. ¡Cállate y no me interrumpas! No tenemos tiempo. Pues eso, que quería ir a verte para hacerte la comida y cuidarte para que te recuperaras. Le dije que era imposible, que tu estado todavía era grave y que no podías recibir visitas. Insistió para hablar contigo y le dije que no te dejaban acercarte aparatos electrónicos a la cabeza por si te pasaba algo. Pensé en matarte de nuevo —intenté exclamar algo pero me abstuve—, pero no quería causarle ese dolor. Esta semana empezó a desvariar y decirme que solo sentía que se iba a morir sin volver a verte y que si ella podría cuidarte y estarías mejor. Total, que ayer le dije que te habían dejado venir a casa el fin de semana y esta tarde se ha cogido el autobús desde el pueblo. Solo tienes que quedarte esta noche.

Permanecí en silencio, entre perplejo y asustado por esa mente tan retorcida.

—¿Qué? —soltó bruscamente—. ¿No vas a decir nada?

—¿Puedo hablar ya?

—Si es que eres lelo, no sé qué te ve mi madre. Por cierto, podías haberte arreglado un poco para verme, estás fatal. ¡Pero di algo!

—No puedes hacerle eso a tu madre, no le puedes mentir.

—¿Ah, no? ¡Pues llegas tarde!

—Tenemos que explicárselo todo. —Sí, ese era el camino: la verdad, explicar la verdad y todo se arreglaría—. Decirle que todo era mentira, que no somos novios, que me chantajeaste, que lo hiciste todo para no hacerle daño y se te fue de las manos. Ella te entenderá, te perdonará y seréis mucho más felices.

—¿Pero tú de qué película de Disney te has escapado? —gritó de nuevo—. Hay que mentir, eso son estupideces, la verdad hace daño.

—Que no, que no, puede hacer daño temporalmente pero es la única manera de que las cosas vayan bien, de veras.

—¡Uf! A ver, Bambi —dijo, e inmediatamente cambió el gesto, que tornó más dulce, se mojó

los labios, se inclinó hacia adelante y juntó los brazos, elevando e insinuando aquello que yo sabía que estaba allí desde el mismo momento en que abrió la puerta—. Creo que no me he expresado bien —y sonrió estúpidamente—. Tú... Yo... Tenemos algo pendiente, ¿recuerdas? —Sonrió de nuevo de esa manera, causándome rechazo y añorando a la otra V, la brusca—. Y esta noche dormirías aquí, ya sabes, en mi cama, y esta vez sería diferente. —Subió los brazos, pasando las manos por detrás de la cabeza y dejando deslizar su pelo ondulado entre los dedos, sonriendo de nuevo, con esa risa estúpida, y mirándome fijamente.

No, no le iba a funcionar. A lo mejor con el viejo Miguel hubiera funcionado, seguro que lo hubiera hecho. Pero ahora no. No podía permitir que esa pobre anciana viviera engañada.

—No...

Empecé a hablar, pero me silenció poniendo su dedo índice en los labios. Se acercó cada vez más a mí. Jugueteeó con el dedo en mi rostro y lo llevo hasta la nuca, acariciándome el pelo. Me acercó los labios y sentí su aliento. Se sentó en mis rodillas y me acercó el pecho. Entonces supe que sí, que le iba a funcionar.

—Sí, lo haré —pronuncié—. Pero por tu madre, me da pena —me excusé.

—Estupendo —dijo, y se levantó—. Venga, vete al baño y quítate los pantalones. Yo en seguida me cambio y voy para allá. No tenemos tiempo que perder, falta poco para que llegue.

Volé, incrédulo. Iba a tener mi recompensa en ese mismo instante, sin esperar a la noche. No me planteé nada más. Entre la excitación sexual y la emoción por mi retomada masculinidad, no perdí el tiempo, entré en el baño y me desprendí de los pantalones. Pensé en quitarme los calzoncillos también, pero no quería que me viera tan ansioso ni que se topara de golpe con aquella erección.

V apareció al rato, con un atuendo algo diferente al que esperaba. El vestido y la blusa habían sido sustituidos por el pantalón de un chándal y una camiseta ancha de publicidad de Carrefour. Las gafas habían retornado a su rostro, que era más visible porque su pelo estaba recogido y sujeto con unas pinzas de tender la ropa. En las manos acarreaba vendas, esparadrapo, tijeras y unas cajas que no identifiqué de qué eran.

—Vaya lo que tenemos aquí, campeón —dijo riendo al dirigir la mirada a mis calzoncillos.

Bajé la vista temeroso de llevar una prenda inapropiada, pero solo encontré el bulto formado por mi miembro, que a pesar del cambio de modelo seguía dando lo mejor de sí. V no era la misma, con esa ropa ya no era atractiva, pero yo no podía parar de mirar su rostro y sus gafas de pasta.

—Vamos, será mejor que te quites también la camiseta —dijo, y se giró al lavabo dejando todo lo que llevaba en él y manipulándolo sin que pudiera ver lo que hacía.

Me pareció extraño lo de la camiseta, pero me la quité y decidí hacer correr la misma suerte con los calzoncillos. Dudé en acercarme, acariciarla quizás, besarle la nuca. Pero antes de decidirme, se giró portando una venda empapada e impregnada de una capa blanca.

—A ver... —empezó—. Pero bueno, ¿qué? ¿Así estas más fresquito? Por mí no hay problema, pero ¿podrías bajarla? No es que me importe mucho, ni es que tema que me saques un ojo, pero bueno, a lo mejor estas más cómodo y no se te enfría el culo cuando te sientes.

—Pero... —articulé mientras me tapaba con las manos instintivamente mis partes, que retomaban la flacidez—. Pero... ¿no vamos a...?

—Eres muy gracioso, Miguel, ya te voy cogiendo el punto. Anda, siéntate, que te escayole.

—¿Que me escayoles? —interrogué mirándole las manos y el lavabo donde se sumergían más vendas en una masa y el paquete que ahora estaba abierto y en el que pude leer la palabra “Yeso”.

—¡Claro! Estás fatal, te han atropellado, al borde de la muerte, no podías desplazarte. Mi

madre no se lo creará si no lo vestimos bien.

En un cuarto de hora terminé con las piernas y los brazos escayolados.

Media hora más tarde llegó la madre de V. Empezó a llorar al verme y a darme múltiples besos, cortos y sonoros, mientras daba gracias a más Vírgenes de las que nunca pude imaginar que existieran. Esa mujer era un encanto y deseé tener cuarenta años más y hacerla mi esposa.

Cené ayudado por mi suegra ficticia como hacía tiempo que no lo recordaba. V y su madre me llevaron a la habitación y me ayudaron a tumbarme. Recibí otra batería de besos por parte de la anciana y, al fin, salió. V me quitó una camiseta ancha y unos pantalones cortos de deporte que había sacado del armario y que evité preguntar su procedencia. Me había escayolado a conciencia, desde el tobillo hasta la ingle de ambas piernas y desde los dedos de la mano hasta el sobaco en los brazos. Desafortunadamente, el yeso había secado estando sentado, por lo que yacía en la cama con las piernas dobladas por la rodilla y los brazos separados. V se quedó mirándome, como ausente.

—¿Qué? —pregunté, revisando mi indumentaria y esperando su mofa.

—No, nada, solo es que...

—No me digas más, se me ha salido un huevo.

—No —sonrió—. Solo es que... Gracias, Miguel.

—De nada.

—Espera —dijo antes de salir.

No sé dónde ni cómo pensaba que podría irme. Cuando volvió había realizado un nuevo cambio de indumentaria. Había vuelto a soltarse el pelo y abandonado las gafas, lo que lamenté tan poco como el tiempo que tardé en bajar la vista y ver un camisón negro, con transparencias, que terminaba en el borde inferior de su ropa interior. Había algo que me había ganado y que ya había olvidado que parecía que iba a obtener. Se acercó lentamente, y mis calzoncillos se movieron. Ella soltó una carcajada.

—Ahora sí —dijo.

—Ahora sí, ¿qué?

—Que ahora sí que se te ha salido un huevo.

Intenté juntar los brazos para tapanlo pero la escayola me lo impidió y se me clavó en las axilas, haciéndome emitir un grito.

—Espera, no te hagas daño, yo te ayudo —dijo acercándose y quitándome los calzoncillos.

Me sentí como si estuviera atado, a merced de su imaginación. Me besó y me acarició el pecho. Siguió besándome y acariciándome el resto del cuerpo. Yo deseaba tocarla, acariciarla, desnudarla, pero a cada deseo el instinto de mi cuerpo para realizar el movimiento era anulado por la escayola lacerante.

—Espera —dijo riéndose de mi tortura.

Se desnudó. No era perfecta, pero me lo parecía. Se subió en la cama e intentó ponerse a horcajadas sobre mí. Era inútil. Por más que manipulaba mi herramienta e intentaba acomodarse, la escayola de mis piernas nos impedía unirnos.

—Arráncame la escayola —creo que grité.

—Más bajo. Te oírás mi madre.

—Ve por una sierra y me la quitas —dije en un susurro.

—Sí, claro, y mañana qué le decimos a mi madre cuando te vea sin escayola, tan campante.

—Pues que me ha curado alguna de las ochocientas Vírgenes que ha mencionado.

—Tendremos que posponerlo.

—A lo mejor si me giras y te pones de lado, con una pierna por aquí... —dije a la

desesperada intentando mover un brazo para indicarle la posición, arrancándome un nuevo grito.

—Pobre.

—Y quizá... de otra manera... Si tú me la... y luego yo...

—Miguelite, hay cosas que es mejor hacer bien.

Se levantó y apagó la luz. Noté que me cubría una sábana y ella se deslizaba bajo ella abrazándome. Enseguida sentí su respiración relajada y me quedé con mis extremidades inmovilizadas hacia arriba, pensando que en esa postura jamás podría dormirme, pero me equivoque: tanta sangre tanto tiempo tan lejos del cerebro debió de hacer que perdiera el conocimiento.

Me despertó un olor delicioso a café y empecé a notar dolor en los músculos entumecidos. Continuaba en la misma postura y al abrir los ojos vi el rostro de la madre de V, que empezó a hablar en cuanto despegué los párpados, ofreciéndome una bandeja con café tostadas y bollos. Pregunté por V y por la hora. La primera no estaba y la segunda rozaba las doce. ¡Mi *multicita* en la terraza! Convencí a la anciana para que me vistiera y me pidiera un taxi. Fue humillante que la buena mujer me pusiera los calzoncillos, pero no tenía otra opción. Una vez en él, forcé las piernas hasta quebrar la escayola y poder doblarlas. Las articulaciones me dolían como si realmente me hubiera atropellado un coche.

Me bajé del taxi, caminando a trompicones con la escayola quebrada y con los brazos extendidos. Noté que la gente me miraba y que alguno incluso me grababa con el móvil y otros llamaban a la policía. Me escondí tras un seto y avancé hacia el lugar de la cita entre la vegetación para no ser visto por los curiosos. Allí estaban todos, bajo el reloj de la terraza Central que marcaba las doce y media. Marta, Fede, Javier, Paula... Parecían felices. Charlaban, sonreían, parecía una pequeña reunión de amigos, perfecta, en la que no faltaba nadie. Y entonces me di cuenta: no faltaba nadie. No me necesitaban, eran perfectos, eran felices sin mí. Mi presencia lo hubiera roto todo, sumiéndolo en el caos.

Me di la vuelta y me fui como malamente pude.

Todo estaba claro, era yo el que no encajaba en aquel puzle. Volví a Italia a terminar mi trabajo y encontré al fin un periodo de tranquilidad, fotografiando y cocinando, y manteniendo a distancia a panaderas y primas. Hubiese pensado incluso que era feliz, pero había un punto dentro de mí que anhelaba algo. No respondía a las llamadas que me llegaban de España, a menos que fueran de mi sobrino Fran o de V. Fran se acercaba a la adolescencia y reclamaba que le escucharan y no sé si veía en mí a alguien en quien confiar o que nuestra madurez era similar. Le echaba de menos, y a Cisco y Aranda también. Intentaba evitar el pensar que tarde o temprano habría otro pequeñín, sobrino o hijo, en el mundo, pero cuando no lo conseguía quería volver a España, incluso alguna vez llegué a estar con la tarjeta de embarque en la mano frente al control del avión de vuelta. Pero no lo hice.

También contestaba las llamadas de V. Me alegraba hablar con ella, a pesar de sus constantes réplicas y bromas, y la falta de contacto visual o físico aliviaba cualquier tipo de tensión sexual, aunque me dejó claro que había pasado mi oportunidad porque jamás podría hacer nada con alguien al que su madre le hubiera acomodado el paquete dentro de los calzoncillos. Por suerte el teléfono no la dejó verme el rubor del rostro, que hubiera sido respondido de inmediato.

Una vez terminado el reportaje fotográfico, el tiempo se hacía más largo y la cabeza no paraba de pensar y solo era cuestión de tiempo encontrar una excusa para regresar.

Y la oportunidad llegó. Fran me llamó emocionado: estaba enamorado y había decidido declararse cantando una canción a su amada en su fiesta de cumpleaños y quería que le dijera alguna canción viejuna, de mi época, en la que saliera su nombre: Macarena.

Quizá habíamos mantenido demasiados secretos familiares y alguien debía haberle contado hace tiempo el pequeño incidente con Noelia que marcó mi vida. Pero nadie lo hizo y yo no podía permitir que mi sobrino arruinase toda su existencia futura al ritmo de Los del Río. Intenté quitarle la idea de la cabeza, desengañarle, hacerle ver lo fatídica que podría llegar a ser esa decisión. Pero no me hizo caso, empezó a reprocharme mi ausencia, mi desaparición, diciendo que él no me importaba y era un egoísta que solo me preocupaba por mí mismo, como decía su padre.

Colgó diciendo que no me necesitaba, que ya había encontrado una canción en internet. Intenté comunicar con él, pero no atendió ni mis llamadas ni mis mensajes.

No podía dejarle ante aquel abismo. No. Si se hubiera llamado Lucía, María, Penélope, Sandy o, incluso, Eloise, habría tenido una oportunidad, pero con Macarena el desastre era seguro.

Pisé tierra en España con el deseo de quedarme y con el miedo de tener que volver a huir a menos que resolviese cientos de hilos abiertos en el pasado.

Decidí iniciar mi vuelta dando una sorpresa a V. El taxi que me llevaba a su casa pasó por delante del local de Marta, que tenía los cristales pintados de blanco y un cartel enorme en el que ponía: SE ALQUILA. Marta. Quizá esos cientos de hilos se redujesen a uno solo. Quizá volviera a encontrarla o quizá ella había cerrado el negocio y también hubiese huido.

Tuve suerte y el portal de V estaba abierto, así la sorpresa sería mayor. Pensé en llamar a la puerta y esperar a que abriera de espaldas, con los pantalones bajados, pero la probabilidad de que si lo hacía, abriese la puerta su madre me pareció más que real.

Cuando llegué al piso, la puerta de su casa estaba entreabierta y una voz masculina, alterada y gritando, salía de ella. Entré y fui directo al salón. Me daba la espalda un hombre alto, grande, corpulento, que parecía enfurecido.

—¡Después de tanto tiempo es así como me recibes! —le gritaba—. ¡Para eso me molesto en jugármela mintiendo a mi mujer!

—Vete —dijo un susurro de voz procedente de una mujer que no veía, tapada por el cuerpo del hombre.

El tipo se movió y me dejó ver a la mujer. Era V, aunque me costó reconocerla. Estaba sentada en el sofá, encogida, con las piernas dobladas, agarrando con las manos los tobillos y la cara apoyada en las rodillas. Estaba despeinada y el pelo le cubría en parte la cara. Pero era ella quien gimoteaba, irreconocible.

—¿Pasa algo, V? —me sorprendí diciendo con más necesidad que valor. El hombre se giró y V levantó la cabeza.

—¿Miguel? —dijo V—. Vete, vete, Miguel, todo está bien...

—¿Y tú quién eres? —me gritó el hombre.

Ahora le veía la cara. Parecía más joven que yo y sin ese aspecto desencajado podría asegurar que era bien parecido. Se volvió hacia V.

—¿Te lo estás tirando? ¿Por eso no quieres follar conmigo?

—No, no, es un amigo, solo un amigo. Vete, Miguel, por favor —dijo V, aunque seguía sin reconocer en ella a la mujer que yo conocía.

—¡Seguro! Serás zorra... —dijo él y se abalanzó hacia ella.

Todo parecía un sueño. Era irreal. Ella no podía ser V ni podía estar pasando eso. Y como en un sueño, sin saber cómo, me vi entre los dos, intentando detenerle y recibiendo un puñetazo en la cara. V gritó. Él se quejó de la mano.

—¡No merece la pena! ¡Todas sois iguales! —gritaba mientras se iba.

—Miguel, ¿estás bien? Dime algo.

—¡Por Dios, cierra la puerta, que no vuelva a entrar! —acerté a decir mientras el salón giraba

a mi alrededor.

Cerró y al rato reapareció con una bolsa llena de hielos, que me puso en la cara. Me quejé, pero me alivió. La habitación empezaba a girar y pude sentarme.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Nada, salvándote la vida. ¿De verdad salías con ese tío?

—Sí. Pero ¿estás bien?

—Pero tú estás loca. ¿Qué le ves? Es un animal.

—Salía. Perdóneme el señor, no todos llevamos una vida sentimental tan ideal como la suya.

—Pero sigues enamorada de él.

—No elegimos a quién amamos. Pero él no está en mi vida. Hace más de un año que no le veía... —dijo mientras sus ojos se ponían brillantes.

—¿Alguna vez te...?

—¿Pegó? Solo una.

—Pero ¿cómo se lo permitiste?

—Nos conocimos, salimos varias veces. Era encantador. Me enamoré. Le insistí en que viviéramos juntos y fue cuando me confesó que estaba casado, pero que iba a dejar a su mujer. Estuve un tiempo sin verle. Pero le quería, no podía estar sin él. Volvimos y le insistí para que la dejara. Entonces me confesó que le llevaría tiempo, por los niños, tenía dos y quería prepararles. Me harté de sus mentiras e intenté alejarme, pero no pude. Le necesitaba. Necesitaba besarle, amarle, follarle y estaba dispuesta a sacrificar todo por tener un poco de él, aunque cada día él volviese a dormir con su mujer, aunque nunca fuésemos una familia. Empecé a cambiar, aunque no me daba cuenta. No era yo. Hacía todo lo que él quería. Le abría mi puerta a cualquier hora y con ella todo mi cuerpo. Dejaba lo que estuviera haciendo si él me llamaba, incluso me iba del trabajo. Odiaba en lo que me había convertido y quería luchar contra ello. Un día no podía más. Llegó a mi casa casi con la polla fuera y me negué. Le pregunté que cuándo iba a dejar a su mujer y me dijo que necesitaba tiempo. Le dije que no podía más, que si no se lo decía él, se lo diría yo. Se puso como loco, empezó a gritarme que si lo hacía, me mataría y me golpeó. No volví a dejarle entrar. Hasta hoy.

—¿Y no le denunciaste?

—¿No me habías preguntado que si seguía enamorada de él?

—Pero te podía haber... ¿Te ha pegado antes de que yo entrase?

—No, no —dijo, y me abrazó—. Gracias, Miguel. Si no llegas a aparecer, no sé... Estoy en deuda contigo. ¡Me has salvado la vida! ¿Cómo podré agradeceréte? Ya sé. ¿Te la chupo?

Me quedé de piedra, literalmente. Y su abrazo le hizo percatarse.

—No cambias, ¿eh? —empezó a reír mientras se separaba—. Siempre tan ingenuo, eres un encanto. —Me besó la mejilla y me tocó el paquete al separarse.

—No era una broma todo, ¿verdad? —pregunté.

—Solo lo de chupártela.

Llamé a Fran pero no me lo cogió. Le llamé desde el teléfono de V. Contestó, pero al reconocer mi voz, colgó. Decidí ir directamente a su casa, pero eso sería al día siguiente. Estuvimos un buen rato hablando y riéndonos de mí, y a pesar de ello y de la ausencia de sexo, estaba tan cómodo que me sentí afortunado por que fuese mi amiga y esperaba que lo siguiera siendo toda la vida. Mi amiga. Un concepto nuevo para mí. Pero ¿qué se hacía con una amiga? ¿Cómo se formalizaba esa amistad para siempre? Ya sé que nada es para siempre, ni el amor, o quizá sobre todo el amor no es eterno, pero si cuando nos enamoramos nos declaramos esa intención de que lo sentimos para siempre, ¿cómo se declara esa intención de amistad hasta que la

muerte nos separe? Mi inexperiencia jugaba en mi contra, pero debía hacer algo.

—Victoria —dije muy serio y la miré fijamente a los ojos—, tengo que decirte algo.

—Eres gay, ya lo sé, no pasa nada. Me di cuenta nada más verte.

¿Gay? ¿Por qué lo diría? Yo pensaba superada esa fase de incertidumbre en mi identidad sexual, pero por qué dudaba ella.

—No, no bromees, es serio.

—Me estás asustando, Miguel. ¿Te pasa algo? —dijo poniéndose seria—. Ya sé, te estás muriendo, te quedan pocas horas y quieres echar tu último polvete, ¿no? —volvió a reír.

—No, es serio, quería pedirte algo.

—¡Ay, Dios, que me va a pedir en matrimonio! Sí, sí, quiero. La ilusión de mi vida, voy a llamar a mi madre. Eso, sí, yo quiero llegar virgen.

—No seas tonta. —Le cogí la mano y me arrodillé, y por un momento pareció descolocada—. Victoria, quería pedirte que fueses mi amiga, hoy y el resto de mi vida.

—Tú esto lo haces para follar, ¿no?

—¡Que no, que no! Que quiero que sepas que no he conocido a nadie como tú y quiero ser tu amigo toda la vida.

—Y si acepto, ¿no podremos tener sexo nunca?

—Nunca.

—¿No ves? Eres gay.

—¡No te aguanto, eres insoportable!

—¡Nuestra primera discusión de comprometidos! ¡Qué bonito! ¡Anda, tonto!

Corrió hacia mí y saltó rodeándome el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Perdona, amigo —dijo—. Si no me sujetas un poco el culete con las manos, me voy a escurrir.

Pensé que si no lo hacía, volvería a llamarme gay, así que lo hice.

—Es la declaración más bonita que me han hecho en la vida —dijo mirándome a los ojos—. Sí, quiero ser tu amiga el resto de mi vida. —Y me besó apasionadamente.

—Pero hemos dicho que nada de sexo... —dije al separarnos.

—¡Uy, perdón, señor estricto! Si no vamos a tener sexo en la vida, no tiene nada de malo un besito de despedida de amiga no comprometida. Vale, empezamos a ser amigos para toda la vida desde ahora. De todas formas, no soy la única que se ha saltado las normas —dijo palmeando mi entrepierna—. ¡Perdón, perdón! Fallo mío. Venga, amigos desde ya.

Al llegar a la casa de mi hermano, me abrió Fran directamente y pude verle un brillo de felicidad en los ojos que de inmediato tornó en una protesta por mi presencia. Conseguí convencerle de que me diera un minuto para explicárselo y le conté mi historia.

—Pero, tío, ¿cómo fuiste tan pardillo?

—Pues porque estaba enamorado y pensé que así ella me amaría y seríamos felices toda la vida y... la cagué y no quiero que te pase lo mismo.

—Pero yo no la voy a cagar. Mira cómo lo bordo.

Encendió el móvil y empezó la melodía de *Macarena*, o parecida, no era la que yo recordaba, esta era mucho más moderna. El enano era bueno, ¡qué manera de moverse! Afortunadamente estaba claro que no había heredado mi torpeza natural.

—Muy bien, Fran. Eres un *crack*. Pero ¿y si te cambia la voz, o si te paralizas, o si se te

rompen los pantalones o si a ella no le gusta esa música o si se ríe de ti...?

—O si me muero de asco por no intentarlo. ¿Qué debo hacer si no?

—Pues intenta conocerla, pregunta sus gustos, cómo son los chicos que le atraen. Haz las cosas que le guste que hagan. No te lo creerás, pero las chicas dan mucha importancia a eso.

—Guay, así conseguiré que se enamore de alguien que no soy yo.

—¡Sí, claro! Eso es, lo vas entendiendo. No te arriesgues a que se ría de ti y no te haga caso por no ser lo que ella quiere y que nunca seáis novios, ni os caséis, ni tengáis hijos, ni...

—¡Por Dios, tío! ¡Que tengo once años!

—Diez.

—Casi once. Y no va a ser un drama si no nos... ¿casamos? Solo quiero gustarle porque ella me gusta, pero gustarle yo, para sentirme bien cuando nos veamos y no fingiendo un papel. A mí me gustan las bromas, bailar y hacer un poco el gamberro. Si no le gusto así, ¡pues no se acaba el mundo! Me jode... me molestará porque me gusta mucho, pero peor sería saber que le gusto porque piensa que soy como no soy.

¡Vaya labia! Tenía razón y tenía que apoyarle. Acababa de recibir una lección de un mocoso de una década.

—Está bien. ¿Cuál es el plan?

—¡Bien! —Me abrazó—. Esta tarde celebra su cumpleaños en *Príncipes y princesas* con sus amigas

—¿Eso qué es?

—Un sitio superñoño en el que se disfrazan de princesas y se peinan, cantan canciones en un karaoke y cosas de esas.

—Ok. Y entonces nosotros nos disfrazamos de princesa y nos colamos.

—Mejor. Escúchame: conozco a la dueña, es una amiga de papá, muy maja, creo que tú también la conoces.

—Ah, vale, al grano. —Me abstuve de conocer más detalles. Con mis problemas con los nombres y el listado de amigas de mi hermano, podía llevarnos horas identificarla.

—Pues que me deja entrar, pondrá la canción y yo haré mi actuación.

—Perfecto. Y yo ¿qué hago?

—Me vale con ver que estás ahí.

—¿Solo eso?

—Sí. Si sale mal, necesito a alguien a quien echarle la culpa.

—¡Ah! —dije contrariado.

—Y porque tú siempre estás ahí. —Me abrazó riendo.

—Ok, Fran. A qué hora y dónde.

—A las cinco, ahora te paso la dirección. Una cosa. El sitio es solo para niñas y no pueden ir chicos normales. Tendremos que ir disfrazados para no “desentonar”. Yo ya tengo un disfraz de príncipe. ¿Puedes conseguirte uno?

—Sin problema. —No tenía ni idea de dónde conseguirlo, pero tenía que apoyarle.

—Genial.

Una puerta abriéndose y unos pasos nos interrumpieron.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —me interrogó Javier con gesto serio, más que por enfado, como reacción del que no le gusta encontrarse a alguien en un sitio que no espera—. Bueno, es igual. Llegas justo a tiempo. Va a nacer tu hijo.

—¿Cómo que mi hijo?

—O el mío, yo qué sé. Paula, que está de parto.

—¡Paula! —Empecé a ponerme nervioso—. ¡Mi hijo! —Miré a Javier—. ¡Tu hijo! ¡Mi sobrino! —empecé a hiperventilar y miré a Fran—. ¡Tu primo! ¡Tu hermano! —Perdí el control—. ¡Paula de parto! ¡Rápido, toallas! ¡Que alguien ponga agua a hervir, por Dios!

—En el hospital, Miguel, está de parto en el hospital —dijo Javier.

—¿Y qué hacemos aquí? ¡Rápido, vámonos! ¡Tú conduces! —le dije a Fran, que sin saber cómo me dio un guantazo.

—Tranquilo, tío. No te olvides, hoy a las cinco. Esta es la dirección. No me falles —dijo a la vez que me daba un folleto.

Y así llegamos a este punto en el que estoy en una sala de espera de un hospital junto a mi hermano y con un folleto de *Príncipes y princesas* en la mano. Me acuerdo de lo de la fiesta y de que necesito un traje. Llamó a V y le digo que me consiga uno. Me insulta y me dice que lo conseguirá.

—¿Quién es? ¿Tu novia? —me dice Javier.

—Una amiga.

—¡Ah! ¿Y qué tal folla?

Le iba a contar que era una amiga, amiga de verdad, que incluso estábamos comprometidos como amigos, pero no creo que lo entendiera.

—De lujo, Javier, de lujo.

—Ese es mi hermanito —me dice y me golpea el hombro con el puño.

Miro el folleto. Una princesa y un príncipe vestido de azul juntan las manos y acercan los labios para darse un beso. Sitios así deberían estar prohibidos. Crean unas expectativas infantiles que no se cumplen y los que tardamos en madurar vivimos decepción tras decepción. Los príncipes no existen. Las princesas tampoco. Mi primer intento de princesa, Noelia, se convirtió en pesadilla. Y desde entonces lo más cerca que he estado de una princesa... ¿Quién fue? ¿Paula? ¿En qué cuento de princesas la protagonista se tira al hermano de su novio y se queda embarazada sin saber cuál de los dos es el padre? ¿Marta? ¿En qué cuento de princesas...? Quizá Marta ha sido lo más parecido a una princesa que he tenido al alcance, aunque yo nunca pasé de sapo.

—Javier, ¿sabes algo de Mar...?

—¿El padre de Blanca? —me interrumpe una enfermera vociferando.

—¿Mar? ¿Qué Mar? ¿La morenita de pechos grandes o la rubia alta de culo imponente? —dice Javier, repasando con la mirada de arriba abajo a la enfermera, contradiciendo a los que dicen que un hombre no puede hacer dos cosas a la vez.

—¿Blanca, el padre de Blanca? —sube la voz la enfermera. No sé por qué grita tanto, solo estamos Javier y yo.

—Marta, me refiero a Marta.

—Ah, sí. Cerró la inmobiliaria.

—¿Pero sabes si...?

—¡A ver! —grita la enfermera captando nuestra atención. Mira unos papeles—. ¿Alguno de ustedes es familia de Paula Nos?

—¡Paula, Paula! —me emociono—. Nuestra Paula, Javier, es nuestra Paula. Ha nacido nuestro hijo.

—Hija, es una niña, Blanca. ¿Es usted su padre y no sabe ni que va a tener una hija ni cómo se llama? —dice la enfermera con cara de incredulidad.

—¡Una niña, Javier, hemos tenido una niña!

—Nadie me ha informado de que fuera una adopción. ¿Son los dos los padres?

—¡No, qué va... Laura! —dice mi hermano mirando la identificación de la enfermera,

deteniéndose en su busto y luciendo su mejor sonrisa—. Somos hermanos. Es que está un poco nervioso. Es la primera vez.

—Ya veo. Bueno, pues puede pasar a verlas.

—Perdona, ¿podemos pasar los dos?

—Bueno... —dice algo ruborizada—. Es que las normas solo dejan pasar al padre.

—Lo sé, Laura, lo sé y también sé que es tu obligación, pero mira a mi hermano. Si pasa solo, en su estado, puede hacer cualquier cosa.

—No sé...

—Si solo es un momento. Pasamos, lo dejo todo controlado y me salgo. Anda... ¡Y con lo tarde que es! Si quieres, comemos juntos en ese restaurante que hay al otro lado de la entrada.

Ella asiente con la cabeza y nos dice que la sigamos.

—¿Nos? ¿Paula se apellida Nos? —me pregunta en voz baja Javier mientras avanzamos.

—Sí, claro, ¿no lo sabías? ¿Y qué pasa?

—No me jodas, Miguel. Pobre niña.

Entramos en una sala donde está Paula incorporada en una cama, con una sonrisa diferente a la que siempre le he visto. Sujeta contra su pecho a una pequeña bebé. Nos paramos.

—¡Ostia! —dice Javier.

Paula nos mira y contrae el gesto. Yo me acerco y guiño los ojos para ver mejor.

—Hola —dice Paula con una voz débil, como si le costase articular palabra.

—Bueno —dice Javier—, creo que sobro. Está claro que es tu hija, Miguel. Enhorabuena, hermanito. Enhorabuena, Paula.

—¿Cómo que está claro que es mi hija?

—Es igualita que tú.

—Pero si tú y yo nos parecemos mucho.

—No, qué va, es igual que tú. Me tengo que ir. He quedado para comer. ¡Joder, Blanca Aranda Nos! No has dejado nada al azar, Paula.

—Esto... Yo... —intenta decir Paula—. Lo siento, no sabía que...

Me acerco despacio, acostumbándome a la luz de la sala. Blanca es perfecta si no fuera por su nombre y sus apellidos. Está dormida con la boquita entreabierta y la naricita pequeña. Tiene mucho pelo, oscuro y rizado. Apoya la manita en la piel de Paula, haciendo contraste entre tonos, Paula tan blanca y Blanca tan morena. Tomo consciencia de que no puede ser mi hija y siento una punzada en el pecho que me hace cambiar el gesto.

—Lo siento de veras, Miguel. Pero entiéndeme, tú estabas tan raro... y me sentía tan sola...

—¿Puedo cogerla?

Paula asiente con la cabeza. Me acerco y cojo a la niña con delicadeza. Me la apoyo en el antebrazo y le acaricio el moflete. Mueve los labios y me parece que forma una sonrisa. La beso y le susurro al oído: “No te fallaré”.

—¿Y sabes quién es el padre?

—Uf... No sé, tendría que pensarlo... No estoy segura.

—Y... ¿podría serlo yo?

—¿Cómo?

—Que si podría ser yo su padre.

—Miguel, tú no eres negro.

—Me refiero a que si me dejarías que fuese su padre.

—¿Lo harías?

—Solo con una condición. Cambia el orden de los apellidos.

El tiempo pasa volando cuando tienes en brazos a la bebé mulata de tu exnovia, tanto que no me doy cuenta de que ya son pasadas las cuatro. Recuerdo que me necesita uno de los tres Franciscos. Salgo del hospital y llamo a V. Tiene mi disfraz. Voy a su casa y me lo da.

—Es horroroso —le digo.

—¿Y qué quieres con tan poco tiempo? Suerte que he encontrado uno en esa tienda de alquiler.

—¿Pero de qué color es?

—Ponía que era un disfraz de príncipe azul, pero de tanto lavado ha debido de desteñir a verde, o algo parecido. Pero qué más da. Cámbiate, que llegarás tarde.

—¿Y esto? —le pregunto extendiendo en la mano una prenda que me ha dado junto al disfraz.

—Pues un tanga.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Que para qué me das un tanga.

—Coño, Miguel. Llevas leotardos. Si te pones los calzoncillos, se te van a marcar y si no te los pones... ¿Tienes intención de entrar en una fiesta de niñas preadolescentes marcando los genitales?

Tenía razón, como siempre. Me pongo el disfraz. No me queda mal del todo. Un flash me deslumbra y veo a V riéndose.

—Esto es para guardarlo. Venga, que te llevo.

Llego rozando las cinco. Veo a Fran. Me espera en la puerta, sonrío y me hace gestos con la mano. Entramos casi de puntillas, sin abrir la boca, como si nos fuese la vida en no ser descubiertos. Le sigo hasta una pequeña habitación.

—¡Genial, tío! Mola tu disfraz. Esperamos aquí hasta que nos avisen. Yo me subo y empiezo mi actuación y tú me esperas abajo.

—Perfecto.

—¿Y qué tal Paula? ¿Y mi hermanita-prima?

—Muy bien... Un momento, ¿tú sabías que era una niña?

—Claro, me lo dijo Paula.

—¿Y sabías que era mulata?

—Tío, ¿estás bien?

Dan unos golpes en la puerta:

—Fran, todo listo, puedes salir —dice una voz de mujer.

—¡Vamos, tío!

Abre la puerta y sale corriendo. Yo salgo y la veo. Está vestida de princesa. Está preciosa.

—Miguel...

—Marta... —Noto un vacío en el estómago, que lo llena y lo estruja. La garganta la tengo seca. Quiero decir algo, pero no sé el qué. No quiero estropearlo y que ella se vaya. Empieza a sonar la música de Macarena.

—¡Fran! No puedo fallarle. Ahora... ahora vuelvo.

Voy corriendo, buscando la música, y me quedo a pie de escenario. Allí está Fran, bailando y cantando. Dirige sus miradas a una chica que se sonroja y se ríe. No es especialmente guapa, pero sus ojos son vivos y expresivos.

Temo por él. En cualquier momento puede llegar la catástrofe. Pero sigue la actuación y Fran se va creciendo. ¡No te confíes! Su voz sigue en el mismo tono. Las invitadas siguen el ritmo con palmadas. Ahora la niña se sube al escenario y empieza a bailar al ritmo de Fran. Se ríen. Termina la canción y ella le abraza y le da un beso en la mejilla. Por primera vez, él se pone rojo. Me

busca con la mirada y cuando me encuentra me hace un gesto levantando el pulgar y yo me vuelvo loco.

—¡Mi sobrino! ¡Es mi sobrino! —grito, saltando y aplaudiendo.

—Para antes de que se te rompan los leotardos.

Es Marta. Me paro avergonzado. Tomo consciencia de mi indumentaria y sé que de nuevo hago el ridículo.

—¿Has visto? Fran es un *crack* —digo todavía emocionado.

—Sí, alegre ver que no ha heredado las dotes sobre el escenario de su tío.

—Sí... Sí... —digo como un panoli. La miro y maldigo mi torpeza—. ¿Cómo te va?

—Bien, no me puedo quejar.

—¿Y la inmobiliaria? —pregunto, intentando no decirle que al verla de nuevo me he dado cuenta de que la amo, que uno se puede mentir a sí mismo durante un tiempo pero no por siempre.

—Cerré. Ya sabes, la crisis. Hay que adaptarse a los tiempos.

—Sí, claro.

—Y ¿estás con alguien? —digo, arrepintiéndome al momento de haberlo hecho.

—¿Importa eso?

La cosa no va bien. Quiero decirle lo que siento en el estómago y que solo se me ocurre calmarlo besándola. Pero tengo miedo a hacer algo que lo estropeeé.

—Estás preciosa. Tu disfraz es espectacular.

—En cambio el tuyo... ¿de qué es?

—De príncipe azul.

Ella se calla.

—Más bien verdeazul —dice.

—Depende de cómo le dé la luz. Pero los príncipes no existen.

—Desde luego. Mira, Miguel, tengo trabajo. Hasta otro día.

Se gira y empieza a caminar. Veo a mi princesa que se aleja, pero no sé qué hacer. Miro a Fran y le veo riendo con Macarena y recuerdo sus palabras: “*y si me muero de asco*” y “*peor sería saber que le gusto porque piensa que soy como no soy*”.

—¡Marta, espera! —Corro hacia ella. Se detiene y se gira—. Ya sé que es difícil de creer, pero casi nada era verdad, solo era cierto que te amaba. —Se gira—. Yo no soy un príncipe azul, ni verdeazul ni de ningún color. Soy yo, torpe y despistado, pero te quise con toda mi alma y...

—¿Cómo quieres que te crea si me dices que casi nada era verdad? Cambiabas una y otra vez, te alejabas de mí y volvías como si nada.

—Pensaba que era gay, ¿vale? No te lo podía decir.

—¿Tú gay? ¿Y cómo quieres que confíe en un hombre que piensa que es gay y encima no me dice nada? Es eso a lo que me refiero.

—No es tan fácil de explicar qué es lo que piensa un hombre cuando parece que no piensa en nada. Porque tenía miedo, miedo a perderte, a cagarla y que te fueras.

—Pues es lo que conseguiste.

—Lo siento.

—Yo no necesito un príncipe azul, solo quiero alguien que me haga sentir como si fuese una princesa. Que me quiera, que me lo demuestre con lo que hace y que sea sincero, que no le importe hacer el ridículo por mí y que no se preocupe de meter la pata, que no le importen sus miedos, que solo le importe yo.

Vuelve a darse la vuelta. Se va. Otra vez no. No pienso morir de asco. Miro alrededor y veo el escenario. Voy corriendo a la chica que pone las canciones y le digo que ponga la primera

que me viene a la cabeza. Subo. Cojo el micrófono. Oigo las primeras notas. Marta se para. Me mira con preocupación. Todas las niñas de la fiesta y Fran me miran. Me siento cada vez más pequeño. Siento una punzada en la vejiga. Creo que me voy a mear encima. Sudo. Alguien se ríe. No voy a poder. El local quiere empezar a girar. Allí están todas esas princesitas odiosas deseando reírse de mí. Y Marta que se da la vuelta de nuevo. Y Fran. Me mira, aprieta los puños y los sacude delante de su cara y leo en sus labios que dice: “Vamos, tío”. No puedo fallarle. No puedo fallar a Marta. Pero, sobre todo, no puedo fallarme a mí mismo. Empieza la letra y me sorprendo oyéndola salir de mi garganta:

*Marta tiene un marcapasos
que le anima el corazón
no tiene que darle cuerda
es automático...*

Me siento tranquilo. Marta se ha parado, nadie se ríe y ya no siento que me meo. Sigo adelante y empiezo a oír que me hacen coros. No tengo ni idea de cómo estas preadolescentes pueden saberse la letra de una canción de los ochenta. Me fijo en que me miran, pero que cambian con frecuencia la atención por encima de mi cabeza. Miró hacia allí. Me giro y sigo cantando. Hay algo arriba. Me alejo un poco y veo una pantalla en la que sale la letra.

—¡Cuidado! —grita Fran.

Me giro y no encuentro apoyo. No me he dado cuenta de que estaba junto al borde. Caigo. Sustituyo la letra de la canción por un grito acompañado por otros más jóvenes. Abro los ojos y veo a Marta.

—¡Dios mío, Miguel! ¿Estás bien?

No lo estoy. Me duele el tobillo, creo que me voy a desmayar.

—Sí, no es nada. —Intento levantarme pero no tengo fuerza en el pie y vuelvo a caer—. Lo siento, la he vuelto a cagar.

—Deberías plantearte dejar los escenarios.

Intento pensar en algo, pero no puedo más y solo se me ocurre ser sincero.

—Te quiero —digo—. Dame una última oportunidad.

—Volverás a cagarla, lo sabes.

—Y entonces volveré a pedirte una oportunidad, porque te quiero.

—Y si no te la doy, ¿qué harás?

—Volveré a subirme a ese escenario y me tiraré de nuevo, y así hasta que me la des. —Hago un gesto de apoyarme con la mano para intentar levantarme.

—Terminarás matándote.

—De una forma u otra ya estaría muerto.

—¿Y si estoy con alguien?

—Déjale.

—¿Por qué?

—Porque no sé quién es y ya le odio, porque si no le dejas, estaré ahí, vigilando, y si un solo día no te hace feliz, le subiré a ese escenario y le tiraré una y otra vez hasta que le mate.

Se calla. Me mira. Me besa en los labios, suave, despacio. El vacío del estómago parece salir por una pequeña válvula. Intento besarla y me frena.

—Despacio, amiguito. Una más, solo una oportunidad más.

Soy feliz.

—Ese otro ¿existe? —pregunto.

—No.

—Eso facilita las cosas. No creo ni que pueda levantarme.

—Anda, apóyate, te llevo al hospital.

El hospital.

—Marta. Sinceridad absoluta, ¿verdad? —Asiente con la cabeza—. Sea lo que sea —asiente de nuevo, ahora con cara de preocupación—. Recuerda que por muy raro que parezca, todo tiene una explicación y que te quiero.

—Dilo ya o yo misma te subo al escenario y te tiro. —Amenaza y cierra los ojos.

—Hoy he tenido una hija. Es negra.

—No te has golpeado también la cabeza, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Me lo temía. Por si acaso que te miren en el hospital.

Estoy contento. He sido sincero, sin pensar en las consecuencias y Marta sigue a mi lado. Me siento incómodo, y no es el pie, hay algo que me molesta. Tengo que confesarle algo más antes de que lo descubra ella misma en el hospital y piense que le oculto cosas.

—Una última cosa, Marta. Esto... Llevo tanga.

¿Te ha gustado?

Nos ayudaría mucho si pusieras un comentario en la página donde compraste el libro y si compartieras tu experiencia con tus conocidos.

Puedes seguirnos en nuestra página de Facebook:
<https://www.facebook.com/PrincipesVerdeAzules/>

AGRADECIMIENTOS

Silvia

Gracias a mi hijo por venir a mí y llenarme de amor y luz.

Gracias a Jorge y a su genialidad por entrar en mi vida y
hacer posible este deseo.

Gracias a quién no quiso ver ni escuchar.

Gracias a quién me hizo observar y sentir más allá de mí misma.

Gracias a quién huyó.

Gracias a quién se quedó.
Gracias por traerme calma.

Gracias por traerme inquietud.

Gracias por dejar que me descubra en ambos escenarios.
Gracias por llegar hasta aquí.

Jorge

Gracias a Silvia, por aparecer en el ciberespacio y forjar una amistad de la que nació este reto.
Sin ti no hubiera sido posible.
Gracias a mi padre por enseñarme que caerse solo es una situación temporal.
Gracias a mi madre por confiar siempre en mí.
Gracias a mi hermana por estar siempre ahí.